Loretta Napoleoni

Traficantes de personas

El negocio de los secuestros y la crisis de los refugiados

PAIDÓS Estado y Sociedad

Índice

PORTADA
DEDICATORIA
PREFACIO
PRÓLOGO

PRIMERA PARTE
1. EL PROTOCOLO DE AL QAEDA EN EL MAGREB ISLÁMICO
2. DAR DE COMER A LOS OSOS
3. TRAFICAR CON MIGRANTES
4. LA ECONOMÍA DE LA PIRATERÍA
5. CONEXIÓN DE LA DIÁSPORA SOMALÍ CON EL GOLFO PÉRSICO
6. HUMO Y ESPEJOS DE LA GUERRA CIVIL SIRIA

SEGUNDA PARTE
7. EL NEGOCIADOR
8. EL RESCATE
9. LA HORA DE ORO: ANATOMÍA DE UN SECUESTRO
10. LA PRESA: EN BUSCA DE UNA NUEVA IDENTIDAD
11. LA MITOLOGÍA SOBRE LOS REHENES OCCIDENTALES

TERCERA PARTE
12. PUNTO FINAL A LA VERDAD
13. UN AJEDREZ CON LAS VIDAS DE LOS REHENES EN JUEGO
14. HISTORIA DE AMOR DE DOS REFUGIADOS
15. EL BUMERÁN POLÍTICO

EPÍLOGO. EL «BREXIT»
GLOSARIO
AGRADECIMIENTOS
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

A la memoria de Luigi Bernabò

PREFACIO

Durante los dos últimos años, el mundo se ha visto sacudido tanto por la amenaza representada por el yihadismo en general (y por el ISIS, en particular) como por una oleada de atentados terroristas en suelo europeo con la firma de Estado Islámico. Estas tragedias han tenido lugar al tiempo que Europa se enfrentaba a la mayor migración humana acaecida en este continente desde el final de la segunda guerra mundial. Tanto el terrorismo como el éxodo de refugiados se han vinculado a la guerra civil en Siria y al ascenso al poder de Estado Islámico, dos sucesos sumamente trágicos. Pero esta no deja de ser una interpretación simplista de lo que, en el fondo, es un fenómeno de una extrema complejidad.

En realidad, la caída del Muro de Berlín y la llamada «guerra contra el terror» son factores comunes a muchos de los acontecimientos de los que los medios de comunicación han venido informando durante esta última década.

Tras 1989, la desestabilización del Sahel y del Cuerno de África causó la caída de regímenes sostenidos hasta entonces por Estados Unidos o la Unión Soviética, y en ese anárquico vacío florecieron la delincuencia y el yihadismo. En Somalia, por ejemplo, el secuestro de extranjeros se convirtió en una importante fuente de ingresos.

La falsa sensación de seguridad que acompañó a la globalización y al final de la guerra fría hizo que toda una nueva generación de reporteros, periodistas y cooperantes se decidieran a viajar a regiones infestadas de grupos criminales y terroristas con el fin de informar de las atrocidades cometidas por tales organizaciones, una decisión tan bienintencionada como en extremo peligrosa.

Quienes han secuestrado y vendido a rehenes occidentales y han negociado su rescate son organizaciones criminales que, en ocasiones, están interrelacionadas con grupos yihadistas y cuyo principal negocio ha pasado a ser el mercadeo de seres humanos: son, pues, mercaderes de personas.

¿Cómo hemos llegado a tan terrible confluencia de acontecimientos?

Mis investigaciones sobre el secuestro y el tráfico de seres humanos comenzaron hace ya más de una década. Poco después del 11-S, empecé a reunirme en encuentros y en ciudades varias de todo el mundo con personas dedicadas a la lucha contra el terrorismo y el lavado de dinero. Todas ellas coincidieron en señalar que la ley estadounidense conocida como «Patriot Act» había impulsado al cártel de los colombianos a formar empresas conjuntas con el crimen organizado italiano para lavar en Europa y Asia sus ingresos por droga y para hallar nuevas rutas por las que traer cocaína al Viejo Continente. Venezuela, la tristemente famosa Costa del Oro del África occidental (desde donde salían históricamente gran parte de los cargamentos de esclavos hacia América) y el Sahel se convirtieron en zonas clave de transbordo de ese comercio ilegal.

Los traficantes africanos no tardaron en sacar provecho de este negocio transportando cocaína hacia otros países. Gao, en Mali, se convirtió en su principal centro de operaciones. Desde Gao, la cocaína viajaba cruzando el Sáhara hasta las costas mediterráneas de Marruecos, Argelia y Libia. Desde allí, toda una flota de pequeñas embarcaciones llevaba la droga hasta Europa.

En 2003, un grupo de antiguos miembros del Grupo Islámico Armado (GIA) argelino implicados en el tráfico transahariano decidieron diversificar su actividad y secuestraron a treinta y dos europeos en Mali y el sur de Argelia. Los rehenes fueron transportados por las rutas de contrabando que cruzaban el Sáhara hasta campamentos situados en el norte de Mali. Los gobiernos europeos pagaron entonces jugosos rescates para recuperar a sus ciudadanos, suficientemente cuantiosos como para que con ellos se pudiera financiar un nuevo grupo armado: Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI).

Entre las personas con quienes me he reunido desde el 11-S, hay varios negociadores de rescates. Su posición como intermediarios entre las partes les permite tener una perspectiva privilegiada del negocio de los secuestros. Pues bien, de nuestras conversaciones saqué en claro que el rapto de los treinta y dos europeos había abierto los ojos a aquellas organizaciones

criminales y armadas al hecho de que secuestrar occidentales podía ser una importante fuente de ingresos. Se había levantado así la veda para la caza de rehenes de esa procedencia.

En la segunda mitad de la primera década del siglo XXI, apenas un lustro después del 11-S, el negocio de la cocaína ya había acelerado la desestabilización del Sahel. Aparecieron por entonces, además, varios Estados fallidos y semifallidos cuya situación forzó a muchos de sus ciudadanos a convertirse en migrantes económicos que trataban de llegar a Europa. Al Qaeda en el Magreb Islámico no tardó en invertir parte de las ganancias obtenidas con su negocio de los secuestros en esta otra rama de actividad: la de traficar con migrantes.

Los negociadores creen que el hecho de que los gobiernos implicados no denunciaran públicamente la crisis de los secuestros en el Sahel hizo imposible que se interviniera en la región como debería haberse intervenido en aquel momento. De ahí que les resultara fácil a los secuestradores dedicarse también al tráfico humano.

Gracias a mi labor como cronista del lado oscuro de la economía de la globalización, descubrí que aquella política de secretismo de los gobiernos se debía a su deseo de ocultar los defectos de esa globalización. La proliferación de Estados fallidos (y regiones fallidas, incluso) donde la ley y el orden habían desaparecido desde los tiempos de la caída del Muro de Berlín propició que los secuestros y el tráfico florecieran como nunca antes en la historia. Y el secretismo de las grandes naciones hizo posible que esa conflagración se propagara sin control. Fue como si todos los bomberos hubieran decidido hacer huelga en pleno incendio forestal.

Tanto negociadores de primera fila como antiguos rehenes coinciden en que la oferta de «presas de caza» valiosas ha sido abundante todo este tiempo. Durante los últimos veinticinco años, una falsa sensación de seguridad en el mundo globalizado ha animado a ciudadanos jóvenes e inexpertos del club de las «primeras naciones» (los llamaré aquí «occidentales», si bien pueden ser personas procedentes de Tokio o de Santiago tanto como de Nueva York o Copenhague) a explorar todos los rincones de la aldea global y a informar personalmente desde ellos, o a llevar ayuda a poblaciones atrapadas en zonas de guerra o asoladas por la anarquía política. Estos reporteros novatos y cooperantes humanitarios han pasado a ser unos de los blancos principales de los secuestradores modernos.

Desde el 11-S, el número de secuestros se ha multiplicado exponencialmente al mismo ritmo al que lo han hecho las sumas exigidas como rescate. En 2004, 2 millones de dólares eran suficientes para liberar a un rehén occidental en Irak. En la actualidad, pueden llegar a pagarse más de 10 millones para ese mismo fin. Un miembro del gabinete de crisis italiano bromeó diciendo que la liberación de Greta Ramelli y Vanessa Marzullo —dos jóvenes italianas raptadas en Siria en 2014 y vendidas al Frente Al Nusra— costó a Italia casi un punto porcentual de su PIB: ¡13 millones de euros! Del mismo modo, se han disparado también tanto el número de empresas de seguridad privadas que se especializan en la protección contra secuestros como el coste de su contratación. Una década atrás, 1.000 dólares era la tarifa diaria habitual. Hoy es ya de 3.000.

¿Acaso es la economía de los secuestros inmune a las leyes de la economía en general? Diez años de inflación excepcionalmente baja sumada a una fuerte competencia entre secuestradores y empresas de seguridad privadas deberían haber servido para impulsar los precios a la baja, pero, en vez de eso, no han hecho más que subir. El motivo es sencillo: el número de rehenes occidentales potenciales es casi infinito, y negociadores gubernamentales y privados compiten entre sí por liberar a sus conciudadanos, lo que empuja al alza los precios de mediadores, informantes, conductores, etcétera.

Hoy sabemos lo mal que ha salido la pretensión de exportar la democracia occidental a todos los rincones de la aldea global. Desde la caída del Muro de Berlín, el mundo se ha convertido en un lugar mucho más peligroso, no solo para norteamericanos y europeos, sino también para asiáticos, africanos y latinoamericanos, millones de los cuales se han visto forzados a reconvertirse en mano de obra migrante y en refugiados económicos. También la región de Oriente Próximo y Medio ha sido partícipe de tan funesto destino, lo que ha hecho que el grueso del negocio de los captores de rehenes en esa región se esté desplazando nuevamente y esté centrándose ahora en el tráfico de personas que huyen del suplicio y los estragos de la guerra civil. Actualmente, esos mercaderes de hombres y mujeres manejan una nueva variedad de mercancía humana: no rehenes, sino migrantes. Una interdependencia surrealista vincula, pues, el secuestro de occidentales y el tráfico de migrantes.

Cuando, en 2015, estalló la crisis migratoria en Oriente Próximo, los secuestradores y contrabandistas se apresuraron a convertirse en traficantes

de mercancía humana. Contaban ya con una estructura organizativa sofisticada y con dinero suficiente —procedente de los rescates de rehenes— que invertir en esta nueva empresa. Con unos ingresos netos de unos 100 millones de dólares mensuales en verano de 2015, los mercaderes de personas entregaban decenas de miles de ellas cada semana en las costas europeas. Es un negocio rentable, porque la demanda supera con mucho a la oferta y el coste de llegar a Europa no deja de crecer. Diez años atrás, una persona podía pagar unos 7.000 dólares a un traficante para que la llevara del África occidental hasta Italia. En el verano de 2015, con esa suma ya no se pagaba más que la corta travesía que lleva de Siria a Turquía y de Turquía a Grecia.

Quince años después de la destrucción de las Torres Gemelas, la mayoría del mundo musulmán está en llamas. Los ganadores son los mercaderes de personas, una mezcolanza de organizaciones criminales y yihadistas que raptan, compran y venden personas por un precio. ¿Qué será lo siguiente?

La crisis migratoria podría forzar a todo un continente a afrontar tanto la hipocresía de sus propios políticos, que guardaron silencio cuando más deberían haber hablado, como lo absurdo del mito de que nos movemos hacia una Europa cada vez más integrada e igualitaria. Pero, por encima de todo, pondrá de manifiesto una vez más lo frágil que es nuestro respeto por la vida humana y nuestra defensa de la dignidad de las personas. Los mercaderes de hombres y mujeres no son distintos de los comerciantes de esclavos del siglo XVIII, ni de los colonizadores del siglo XIX, ni de los nazis del siglo XX: todos ellos creyeron también que tenían derecho a disponer libremente de las vidas de otras personas.

Por la naturaleza misma de su profesión, yo no podía mencionar aquí los nombres de los negociadores que me ayudaron a comprender un fenómeno tan complejo como es el de los secuestros. Su anonimato debe protegerse por motivos de seguridad; son personas que a menudo ponen en peligro sus vidas para salvar las de otras y que tienen amplias redes de informantes en países donde secuestrar es una actividad cotidiana. En lugar de aludirlos usando alias, he suprimido sus nombres y he indicado solo algún que otro dato sobre su ámbito general de influencia o de origen. Y, en la mayoría de los casos, me he referido a ellos simplemente como «un negociador» o «el negociador».

PRÓLOGO

Son las tres de la tarde, pero afuera ya está oscuro. Una alfombra de nieve cubre los suburbios residenciales de Umeå, una localidad universitaria del norte de Suecia. Las calles están vacías y los pocos coches que nos encontramos circulan con las luces largas puestas. Sin esos haces luminosos, la carretera resultaría indistinguible de los jardines delanteros de las casas. Mientras viajamos en nuestro automóvil, la combinación de oscuridad y luz reflejada por la nieve induce en nosotros extrañas ilusiones ópticas.

Cuando llegamos al hotel, abro la puerta del vehículo y tengo la sensación de estar entrando en una cámara frigorífica. Hace frío, tanto que puedo incluso medir la capacidad de mis pulmones cuando ese aire gélido de menos de cero grados de temperatura los llena. Estamos a finales de noviembre de 2006. En sentido estricto, debería ser otoño todavía, pero aquello parece un invierno ártico en toda regla.

Hemos venido a Umeå atraídos por un proyecto de arte político —la «Ecuación iraquí» se llama— que forma parte de una iniciativa de un grupo de artistas e intelectuales para llevar la oposición a la guerra de Irak mucho más allá del mero «ataque preventivo». Tras meses y más meses de manifestaciones contra la intervención militar, el mundo calló en la primavera de 2003, seguramente traumatizado por el descaro de Bush y de Blair, por su indiferencia ante la opinión pública. Tres años más tarde, nuestro grupo continúa haciendo campaña contra aquella intervención; es nuestro deber, porque sabemos lo que está ocurriendo en Irak.

Entre los artistas allí congregados, hay varios iraquíes. Huyeron en cuanto las fuerzas de la coalición aterrizaron en su país, pues se convirtieron en blanco de los múltiples grupos armados que operaban en el

interior. La invasión había desatado una rabia reprimida durante décadas, y diversas organizaciones de delincuentes, yihadistas, milicias chiíes recién formadas y partidarios de Sadam se volvieron contra la población civil. Pero para quienes lograron escapar de aquello y están ahora con nosotros en esta sala, la huida de Irak fue solamente física. Sus corazones y su pensamiento continúan estando allí, ligados por un hilo invisible a la sangrienta realidad del Irak «liberado».

Nos dijeron que habría muchos iraquíes en la inauguración de la exposición, pero no esperábamos que fueran dos centenares. Superan en número a los propios suecos. Hay allí hombres, mujeres, niños incluso, que, envueltos en ropa de abrigo, han venido de lugares cercanos y lejanos, desafiando el clima nórdico. Circulan silenciosos por las salas de la exposición, nos dan la mano, sonríen y comienzan a quitarse capa tras capa de ropa. Enseguida el árabe pasa a ser el idioma más hablado allí.

Algunas mujeres sacan enormes recipientes de comida de sus bolsos, envueltos completamente en papel de aluminio, y los colocan junto a los aperitivos de queso y vegetales que los organizadores de la exposición han servido. Sus platos tienen un aspecto tan colorido como delicioso. Esos aromas nos regalan el olfato. Cuando Catherine David, directora artística del proyecto, comienza su discurso, nos sentimos ya como si estuviéramos en el inicio de una celebración, una boda entre un cónyuge sueco y otro árabe, quizá. Es una sensación mágica e inolvidable. Por un momento, todos nos olvidamos de que esta es la inauguración de un acto de denuncia de una agresión militar.

En un momento posterior de la velada, cuando algunos de los asistentes se están ya despidiendo para irse, un joven se me acerca. Su tez es demasiado blanca para ser la de un iraquí. Es de hombros anchos y estatura media. Se presenta y me dice que se llama Rashid, un nombre muy común en Irak, pero sé que ese no es su nombre de verdad. Además, habla inglés con un marcado acento francés, como normalmente hacen los norteafricanos. Rashid dice que ha leído mis libros y quiere felicitarme por mi trabajo. Empezamos a hablar. Quiere saber más acerca de mis contactos en Londres con antiguos muyahidines. ¿Conozco a fulanito y a menganito? Menciona a varios argelinos que han huido a la capital británica tras el golpe militar y a quienes se les ha concedido asilo político.

Rashid es un alma atormentada. Me doy cuenta de que quiere hablarme de un detalle oscuro de su pasado, pero que no sabe por dónde empezar. Así

que le sugiero que volvamos al hotel y nos tomemos un chocolate caliente. Y eso hacemos.

Nunca me revela su nombre real, pero sí su nacionalidad y su edad: es de Argelia y acaba de cumplir veintinueve años.

Su padre fue uno de los fundadores del Frente Islámico de Salvación. Al poco del golpe militar (apoyado por Francia y otros países europeos), el padre y los hermanos de Rashid fueron encarcelados. Todos ellos desaparecieron en el laberinto del sistema argelino de detenidos y presos políticos. «Cuando la policía vino a arrestar a mi padre y mis hermanos, yo estaba pescando», me cuenta. Él era el benjamín de la familia y tenía solamente quince años de edad en aquel entonces. La política no le interesaba. Quería ser marinero y pescador y viajar por todo el mundo. «Pero a raíz de que se llevaran a mi padre y a mis hermanos, los asuntos políticos pasaron forzosamente a incumbirme.»

La madre de Rashid dispuso que él se fuera de Argel de inmediato. Pero, esa misma noche, tras regresar de su jornada de pesca, se unió a un grupo de hombres que pertenecían al partido de su padre. Varios de ellos habían luchado en Afganistán como muyahidines. Partieron hacia el sur, hasta el borde del Sáhara, donde se reagruparon y comenzaron a tramar un futuro regreso triunfal a la capital.

Rashid pasó los años siguientes en el sur de Argelia, en el desierto sahariano, a miles de kilómetros de su amado mar. Nunca llegó a ingresar en el GIA, el Grupo Islámico Armado, la organización que, nacida de las cenizas del Frente Islámico de Salvación, combatió contra el régimen militar durante casi una década y desencadenó así una nueva guerra civil sangrienta en tierras argelinas. Él optó por ser un contrabandista que recorría sin cesar las rutas transaharianas.

Entonces se produjo lo del 11-S. «Todo cambió —dice—. Durante años, habíamos llevado una vida monótona, contrabandeando principalmente con cigarrillos entre Argelia, Mali y el África occidental. Pero, de pronto, se presentaron nuevas oportunidades. Por toda la región se desbordaron la rabia y el orgullo. Empezamos a comerciar con armas, drogas y, entonces, a alguien se le ocurrió una idea: vamos a probar con los secuestros.»

De contrabandista, Rashid pasó a ser secuestrador, una ocupación que él detestaba.

Rashid deja de hablar y yo miro hacia fuera. Nieva tan copiosamente que el cielo está blanco. Menudo contraste con el calor del Sáhara, pienso

yo entonces. Menudo cambio para personas como Rashid, nacidas y crecidas en un clima cálido. «¿Por qué me estás contando toda esta historia?», le pregunto por fin. Rashid no responde de inmediato. Me mira directamente a los ojos durante un rato, tratando de encontrar las palabras correctas. «Alguien tiene que saberlo», me dice.

Sale del hotel a pie, dejando en la nieve unas huellas de pisadas que la nevada se encarga de borrar al momento. Sé que nunca volveré a verle. Ni siquiera sé dónde vive ni a qué se dedica. Lo único que me ha contado es que, poco tiempo después de que su grupo comenzara a traficar con migrantes desde el África occidental hasta Libia, Rashid se las ingenió para subirse a un barco rumbo a Italia haciéndose pasar por refugiado iraquí. Desde Sicilia, logró llegar a Suecia y hallar asilo aquí. Cuando le preguntaron de dónde era, él dijo: «Soy iraquí». Con aquella mentira que no hacía daño a nadie, escapó por fin a una vida violenta que no había elegido. ¿Acaso puede alguien culparle por haberlo hecho?

PRIMERA PARTE

1*

EL PROTOCOLO DE AL QAEDA EN EL MAGREB ISLÁMICO

A finales de enero de 2011, Maria Sandra Mariani partió de San Casciano in Val di Pesa, una pequeña localidad de la Toscana, con rumbo a la esquina sureste del Sáhara argelino. Esta italiana de cincuenta y tres años se moría de ganas de regresar, como todos los años, a tan increíblemente bella región del Magreb. Había reservado un *tour* en grupo por las principales maravillas naturales y ruinas arqueológicas (del Neolítico incluso) de la zona, y tenía previsto dedicar varios días a visitar pueblos por allí. Todos los inviernos desde 2006, Mariani había ido de vacaciones al desierto del Sáhara, en parte para hacer turismo, pero en parte también para hacer labores de «voluntariado de ayuda humanitaria», según sus propias palabras, llevando «medicinas y productos a la población local».[1] Como ya había hecho muchas veces antes, reservó su *tour* con Ténéré Voyages, una conocida agencia de viajes especializada en el Sáhara. Y, como en ocasiones pasadas, Aziz iba a ser su guía. Aziz, un educado argelino con quien Mariani había trabado amistad a lo largo de esos años, había llegado incluso a visitarla (a ella y a su familia) en la Toscana.

Cuando Mariani aterrizó en el aeropuerto de Yanet, a unos 150 kilómetros de la frontera entre Argelia y Libia, fue Aziz precisamente la primera persona a la que vio. Él le dio la bienvenida y, viendo lo pálida que estaba, le preguntó si había tenido mal viaje. Mariani reconoció que no se sentía muy bien. «Seguramente había comido algo en mal estado en el avión y me encontraba fatal —confiesa—, pero nos fuimos de allí sin

mayor demora. Nos dirigimos hacia el desierto de Tadrart,[2] entre Argelia y Libia. Pasaron días sin que todavía me encontrara bien del todo. Aziz me sugirió que nos detuviéramos en un pequeño complejo turístico, de apenas unos pocos bungalós, que era también propiedad de Ténéré Voyages.»

Mariani tardó un par de días en recuperarse. El 2 de febrero, se sintió ya suficientemente bien como para hacer una pequeña excursión. «Pasamos un día genial —recuerda ella—. La luz, el aire, el paisaje, todo era perfecto. Estaba feliz: feliz de encontrarme bien de nuevo, feliz de estar en mi amado Sáhara.»

Mariani y Aziz regresaron en coche al complejo turístico al atardecer. «Salí del vehículo y, de repente, cuando caminábamos hacia los bungalós, Aziz vio dos todoterrenos negros que se nos acercaban a toda velocidad. Creyó que eran atracadores o contrabandistas y me dijo “Vete, vete, que no te vean”, y yo salí corriendo hacia el bungaló, pero ya me habían visto. Luego supe que me habían descubierto con sus prismáticos; iban en busca de extranjeros. Yo no iba tapada con pañuelo porque no había nadie alrededor. Estábamos en medio del desierto y el hotel estaba vacío, así que no se me ocurrió disimular mi aspecto. Pero ellos me vieron y supieron al momento que yo era una turista occidental», recuerda Mariani.

Aquellos hombres rodearon enseguida a esta mujer de mediana edad, a Aziz y al conserje del hotel. «Estuvieron mucho tiempo preguntando “¿Dónde están los demás turistas?, ¿dónde está tu marido?”. No se podían creer que yo estuviera allí sola —dice Mariani—. Además, hablaban en inglés porque pensaban que yo era inglesa. Veinte días antes, en aquel mismo complejo, se había alojado un numeroso grupo de turistas ingleses para las fiestas de Año Nuevo.»

Frustrados, los hombres —que claramente esperaban haber encontrado allí a un número más grande de occidentales— agarraron a Mariani y la metieron a empellones en el asiento trasero de uno de los todoterrenos. Dos de ellos obligaron al conserje y al guía a seguirlos en el coche de Aziz. «Cuando me encerraron en el todoterreno, entendimos todos que no eran ladrones ni contrabandistas, sino secuestradores. Tuve una sensación de abatimiento, se me cayó el corazón a los pies, sentí que me faltaba el aire —recuerda Mariani—. Más tarde, cuando les pregunte quiénes eran, me miraron y, orgullosos, me respondieron: “Somos Al Qaeda”.»

Caía la noche y Mariani estaba allí sola, en el asiento de atrás de un vehículo conducido a través del desierto por catorce miembros de Al Qaeda

en el Magreb Islámico. De todos modos, la visión de las luces del coche de Aziz siguiéndolos justo por detrás le resultaba tranquilizadora. «Aziz era amigo mío. Estaba segura de que me protegería», confesó. Pero cuando ya llevaban unas cinco horas de viaje, sus secuestradores decidieron dejar que el guía y el conserje se fueran, porque el vehículo en el que iban no era tan rápido por los caminos y sendas del desierto como los todoterrenos de los secuestradores. «Rompieron los faros del coche de Aziz para que no pudiera viajar de vuelta a casa hasta el amanecer y, acto seguido, nos fuimos», recuerda Mariani.

Los secuestradores eran profesionales. Sabían que tenían que alejarse del escenario del rapto lo antes posible. Y, a fin de cuentas, no tenían interés alguno en secuestrar a dos argelinos. Solo querían extranjeros. Cuando sus captores prosiguieron viaje en plena noche dejando a Aziz y al conserje varados en aquel desierto, Maria Sandra Mariani se dio cuenta de que estaba completamente sola.

Hundida en la parte de atrás del todoterreno, aquella italiana de mediana edad escuchaba el sonido de su corazón que se aceleraba sin saber que aquella terrible experiencia suya estaba ligada, a través de una surrealista cadena de acontecimientos, a una controvertida legislación aprobada una década antes por la administración Bush: la USA PATRIOT Act.

UNA *JOINT VENTURE* DEL CRIMEN

La ley conocida como «Patriot Act» entró en vigor en Estados Unidos un mes después del 11-S. Aquella legislación disminuía los derechos civiles de los estadounidenses, incrementaba la vigilancia gubernamental y fijaba una serie de nuevas reglas financieras y bancarias para poner trabas al flujo internacional de ingresos por actividades delictivas y al lavado de dinero en dólares estadounidenses, lo que forzó al cártel colombiano de la droga a buscar rutas alternativas para introducir su cocaína en Europa y para lavar sus ilícitas ganancias. La ruta elegida fue a través de África occidental y el Sahel. Los secuestradores de Mariani, Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI), habían sacado partido de esa nueva fuente de negocio en un primer momento y, luego, habían diversificado su búsqueda de nuevas fuentes de ingresos dedicándose, primero, al secuestro de extranjeros y, después, al tráfico de migrantes. Para entender mejor esta surrealista cadena

de acontecimientos que convirtió a yihadistas en traficantes de droga, secuestradores y tratantes dedicados al tráfico humano (una especie de *frikiterronomía*), hay que seguir la pista del rastro del dinero hasta su fuente: el cártel colombiano durante la época inmediatamente posterior al 11-S.

Hasta el ataque contra las Torres Gemelas, el grueso de los ingresos netos por la droga a nivel mundial se lavaban en Estados Unidos en dólares de ese país.[3] Dado que el 80 por ciento de esos beneficios eran en efectivo (denominados en la mencionada moneda), el dinero tenía que transportarse físicamente hasta Estados Unidos. El principal punto de entrada eran entidades y bancos pantalla con sede en paraísos fiscales de las Antillas. La Patriot Act dificultó enormemente (por no decir que imposibilitó) ese proceso. Por ejemplo, los bancos estadounidenses o registrados en Estados Unidos ya no podían mantener negocios con bancos en paraísos fiscales (del Caribe, por ejemplo). Además, la nueva legislación otorgaba a las autoridades monetarias norteamericanas el derecho a supervisar todas las transacciones en dólares que se realizaran en cualquier lugar del mundo. En concreto, convirtió en delito penal que un banco estadounidense (o extranjero, pero registrado en Estados Unidos) no alertara a las autoridades monetarias norteamericanas de cualquier transacción sospechosa en dólares que detectara en un punto cualquiera del planeta.

No es difícil comprender, pues, por qué la Patriot Act representó un revés muy duro para el cártel colombiano de la droga. No obstante, el problema clave no radicaba tanto en cómo lavar las ganancias sucias obtenidas de la venta de cocaína dentro de Estados Unidos, como en cómo lavarlas en dólares en cualquier otro lugar del mundo y en cómo transferir esos fondos de un país a otro sin alertar a las autoridades monetarias estadounidenses.

La solución a ese problema vendría de un inmigrante italiano afincado en Colombia, Salvatore Mancuso. Siendo jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), una organización terrorista paramilitar colombiana, Mancuso intercedió para que se cerrara un pacto entre el cártel de la cocaína y el crimen organizado calabrés, la *'Ndrangheta*, por el que el recién nacido euro pasaba a ser la moneda de cambio global de los beneficios del comercio ilegal de la droga. La *'Ndrangheta* proporcionaba un servicio integrado: se ocupaba de la venta de la cocaína en Europa y lavaba los beneficios resultantes en los mercados europeos y asiáticos.

La ausencia en Europa de una legislación análoga a la Patriot Act facilitó el éxito de tan inusual *joint venture*. «Los ingresos por la droga generados en España se transformaban en beneficios derivados de la inversión inmobiliaria en Bélgica —aclara una fuente de la Europol—. Desde allí, podían ser rápidamente transferidos en euros a Bogotá sin pasar filtro alguno.»[4]

Tras el 11-S, la Italia de Maria Sandra Mariani se convirtió en un centro clave en Europa para el transbordo y el lavado de dinero del comercio de cocaína. Según datos de la Guardia di Finanza, la principal fuerza policial financiera italiana, entre 2001 y 2004, el lavado de dinero en Italia se incrementó en un 70 por ciento.[5] De ahí que pueda afirmarse que, con el nuevo milenio, llegó también a Europa una verdadera edad de oro del lavado monetario por cortesía de la Patriot Act y de las astutas estrategias de la *'Ndrangheta* para sortear esas barreras legislativas en Estados Unidos. Sin embargo, el envío directo de cocaína de Colombia a Europa demostró ser mucho más problemático que el lavado de ganancias ilícitas en el Viejo Continente, como bien quedó demostrado por el éxito de la Operación Decollo.

De la Costa del Oro a la Costa de la Coca

En el otoño de 2003, la Guardia di Finanza italiana logró un gran avance en una operación encubierta que había iniciado tres años antes con el nombre en clave de «Decollo» («despegue» en italiano). En realidad, aquel éxito se debió a un golpe de suerte: un informante, algo ciertamente poco habitual tratándose de la *'Ndrangheta*. Este informador había revelado que estaba previsto que llegara una gran remesa de cocaína camuflada entre un cargamento de mármol colombiano al puerto de Gioia Tauro, en Calabria, en pleno territorio controlado por la *'Ndrangheta*.

Oculto entre los bloques de mármol, los policías (los *finanzieri*) hallaron 5.500 bolsas de cocaína herméticamente selladas, de un kilo de peso cada una. Por la documentación del capitán, se supo que Miguel Díez, una falsa compañía de importación-exportación creada por el cártel colombiano de la droga, había fletado el barco. La empresa transportista, la danesa Maersk Line, no tenía ni idea del verdadero contenido del cargamento; tampoco la tripulación ni el capitán.

Lo acaecido aquel día fue excepcional. Por cada cargamento ilegal que se descubre, centenares de ellos (cuando no millares) pasan sin comprobación.[6] Sin un soplón, habría sido imposible detectar aquel cargamento de cocaína. No obstante, la redada dejó al descubierto la debilidad de recurrir a los envíos directos hacia Europa en el contexto posterior al 11-S. El aumento de las medidas de seguridad en territorio europeo tras los ataques en suelo norteamericano y los posteriores atentados en Madrid y Londres confirmaron la necesidad de buscar rutas alternativas y nuevos países de transbordo para hacer llegar la cocaína desde América Latina hasta Europa. Y Venezuela y el África occidental resultaron ser ideales en ese sentido.[7]

Desde mediados de la década de 1990, el cártel colombiano de la droga se había esforzado por establecer un clima de buenas relaciones con los políticos de la vecina Venezuela a base de colmarlos de dinero. Y la inversión se demostró muy oportuna. Ya en 1998, tras su elección como presidente, Hugo Chávez ofreció refugio en su país a organizaciones armadas implicadas en el comercio de la cocaína colombiana. Tras 2001, llegó incluso a animarlas a trasladar sus plantaciones de coca a suelo venezolano.[8] De ahí que cuando, a finales de ese mismo año 2001, el cártel valoró la opción de usar Venezuela como punto clave de transbordo para trasladar la cocaína a Europa haciendo escala en el África occidental, hallase fuertes apoyos y una infraestructura muy afianzada para ello.

Como centro principal para el transbordo de la mercancía en el continente africano, el cártel eligió Guinea-Bissau, en la que antaño se dio en llamar Costa del Oro, tristemente famosa franja del litoral africano occidental desde donde se transportaban los esclavos hacia el Nuevo Mundo. Daniel Ruiz, quien, en 2006, como representante de la ONU en Guinea-Bissau, denunció el creciente papel de esa nación en el tráfico de cocaína, señalaría años después que las características del país hacían que los envíos ilegales fuesen especialmente difíciles de detectar. «Desde un punto de vista geográfico, Guinea-Bissau era muy buena elección como punto para el transbordo de la mercancía. Es un territorio llano que incluye un archipiélago de unas ochenta islas, todas ellas cubiertas de una densa selva y fácilmente accesibles por mar. Contaba, además, con veintisiete pistas de aterrizaje construidas por los portugueses durante sus guerras coloniales, ideales para aviones pequeños que atravesaran el Atlántico desde Venezuela cargados de cocaína. Por último, Guinea-Bissau era un

importante centro pesquero. De ahí que sus puertos dispusieran de enormes almacenes vacíos donde el cártel podía guardar la droga.»[9]

El modelo de negocio aplicado por el cártel era sofisticado y lineal al mismo tiempo. Según Ruiz, «siempre había dos líneas de envío: una más pequeña que se servía de “mulas” —africanos que tragaban pequeñas cantidades de cocaína y se desplazaban en avión— y que generaba ingresos en efectivo para los políticos y los policías corruptos del propio país; pero también había otra más grande, que era la de los envíos de toneladas de cocaína oculta en contenedores, entre cargamentos de mercancías transportadas por mar hacia Europa».

No obstante, cuando el cártel aterrizó en Guinea-Bissau, halló otra inesperada vía por la que traficar grandes cantidades de cocaína y que demostró ser tan eficiente como eficaz: concretamente, por tierra, siguiendo las viejas rutas de contrabando transaharianas, con la cocaína oculta en camiones y todoterrenos. Me refiero a los mismos caminos arenosos que, años después, los captores de Maria Sandra Mariani usarían para llegar hasta ella y secuestrarla.

«Sabía que, en el desierto del Sáhara, había mucho contrabando. Aziz me había mostrado alguna vez contenedores vacíos abandonados en la arena y me había dicho: “¿Ves eso? Es de los contrabandistas, deben de haberse parado aquí”. Hacían contrabando de toda clase de mercancías: petróleo, cigarrillos, hachís, todo lo que tuviera demanda», recuerda Mariani. También traficaban con otra cosa sin que personas como Mariani lo supieran: cocaína.

Según fuentes de las fuerzas de seguridad, «la verdadera escala de los crecientes lazos entre los yihadistas y los cárteles latinoamericanos se hizo evidente cuando fuentes militares informaron de la localización de un Boeing 727 calcinado en medio del desierto de Mali en 2009. El avión había sido cargado con cocaína y otros productos de contrabando en Venezuela, había sido pilotado hasta el otro lado del Atlántico, se había estrellado en el desierto y había sido quemado para eliminar pruebas».[10] Ese mismo año, apenas dos antes de que Mariani fuese secuestrada y trasladada a Mali, la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, por sus siglas en inglés) calculaba que, al año, llegaban a Europa entre cincuenta y sesenta toneladas de cocaína a través del África occidental, transportadas de contrabando por las rutas transaharianas, lo que representaba aproximadamente el 13 por ciento del comercio total de ese

estupefaciente en Europa. Las drogas destinadas al Viejo Continente llegaban al África occidental desde Colombia —que es con mucho el más importante Estado latinoamericano en este sector de actividad—, pero también desde Perú, Bolivia, Venezuela y Brasil.[11]

Ya desde el primerísimo momento, entre 2002 y 2003, fue muy fácil para la enorme red de contrabandistas africanos —que ya controlaban las rutas de tráfico ilegal transahariano por el Sahel que conectan el África occidental con las costas del Mediterráneo— explotar el nuevo negocio que el cártel colombiano había llevado hasta el oeste de África. Los contrabandistas eran principalmente argelinos, mauritanos, malienses y marroquíes, y entre ellos se contaban también varios grupos de yihadistas. Tenían su cuartel general en Gao, una localidad a orillas del río Níger, en el noreste de Mali. Gao no tardó en convertirse en uno de los principales puntos de paso en el comercio de la cocaína con Europa. Desde Gao, la caravana de la droga se dirigía hacia el norte, a través del desierto del Sáhara, especialmente hacia el litoral mediterráneo de Libia. En febrero de 2011, Maria Sandra Mariani viajó con sus secuestradores justo en el sentido contrario.

El negocio de la cocaína resultó muy rentable y reactivó con fuerza las viejas rutas del contrabando, lo que actuó como un estímulo para las economías locales del Sahel en una época de gran dificultad económica general. Pero, al tiempo que ayudaban a mantener muchos negocios locales a flote, estas actividades desestabilizaron más aún una región que, desde la caída del Muro de Berlín, había perdido todo anclaje político. Guinea-Bissau era especialmente vulnerable en ese sentido. «Tercer país más pobre del mundo, con un índice de analfabetismo de un 60 por ciento y sin apenas red de suministro eléctrico, Guinea-Bissau se había convertido en una de las muchas víctimas del desmantelamiento del bloque soviético. En 1998, tras la caída de su gobierno marxista, el país se sumió en una guerra civil. Con ese telón de fondo, no le fue difícil al cártel colombiano comprar a la élite política y a la fuerza policial, y decidir el resultado de las elecciones de 2005», explicaba Daniel Ruiz.

La ausencia de una autoridad estatal fuerte y la importancia de las lealtades personales, tribales y étnicas facilitó que los contrabandistas procedieran sin trabas con su negocio y cultivaran una completa red de funcionarios corruptos: un movimiento fundamental para garantizar el paso de productos ilegales. Al final, los beneficios así generados (y gastados) a

nivel local les granjearon el respeto de las tribus locales. Como en el Cornualles del siglo XVIII, en el Sahel el contrabando había formado parte del ser mismo de la población durante siglos, así que no fue difícil reanimarlo. «Antes incluso de que se disparara el comercio de esclavos, el oeste y el norte de África compartían ya unas enraizadas tradiciones contrabandistas a través del Sahel, tradiciones que sobrevivieron a la globalización», escribió Colin Freeman en el *Daily Telegraph*.[12] Tras la caída del Muro de Berlín, por ejemplo, la economía de Mali pasó a ser totalmente dependiente del contrabando de productos argelinos, que eran más baratos porque estaban subvencionados por el gobierno militar de Argel.[13]

Con este trasfondo, el contrabando de droga en el Sahel no solo floreció, sino que se convirtió en prácticamente la única actividad económica de la región. Fue solo cuestión de tiempo que los contrabandistas añadieran a su catálogo otro producto ilícito: cargamentos humanos. Extranjeros y extranjeras como Mariani, secuestrados a cambio de un rescate, pero también migrantes dispuestos a pagar mucho dinero para ser «traficados» lejos de la desestabilización del África occidental.

El protocolo de Al Qaeda en el Magreb Islámico

Una semana tardó Maria Sandra Mariani en llegar a su destino final: un campamento en el norte de Mali. Durante ese viaje, se percató de que sus secuestradores sabían muy bien cómo moverse por el Sáhara. «A lo largo de nuestro viaje, vi que tenían comida, gasolina y neumáticos de repuesto almacenados en varios escondrijos repartidos por el desierto. Sabían exactamente dónde estaban los suministros y cómo sacarlos de donde estaban», recuerda ella. Lo que ella no sabía entonces era que sus captores habían tenido casi una década para perfeccionar el transporte de rehenes a través del desierto del Sáhara.

Al Qaeda en el Magreb Islámico se creó, en parte, con los ingresos del contrabando y, en parte también, con el dinero del rescate del primer gran secuestro de extranjeros en la región. En 2003, el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC),[14] una facción escindida del GIA argelino, secuestró a treinta y dos europeos y los trasladó al norte de Mali. Su líder era Mojtar Belmojtar, «El Tuerto», antiguo muyahidín argelino.

Belmojtar usó parte de los 5,5 millones de euros de rescate pagados por los países europeos a cambio de la liberación de sus rehenes para financiar AQMI.[15] A partir de ese momento, una pléyade de pequeños grupos que mezclaban delincuencia y yihadismo —incluido el GSPC— se integraron en la nueva organización.

Como AQMI carecía de vínculos con los financiadores tradicionales de Al Qaeda en el golfo Pérsico, tuvo que autofinanciarse desde el principio a partir de las actividades ilegales varias de sus miembros en el África occidental y el Sahel, destacando entre todas el tráfico y secuestro de extranjeros por su elevado rendimiento en ingresos netos. Los analistas estiman que AQMI gastaba unos 2 millones de dólares mensuales en armamento, vehículos y pagos compensatorios a las familias cuyos hijos ingresaban en las *katibas* (unidades de combate) locales. En 2012, la ONU informó de que las familias del norte de Mali recibían unos 600 dólares por niño soldado, a los que seguían pagos mensuales de 400 si el niño permanecía en servicio activo.[16] Por lo tanto, los costes de reclutamiento eran elevados.

Belmojtar adquirió una inmensa popularidad en AQMI porque generaba enormes ingresos monetarios por actividades ilegales y pagaba bien a los miembros de su *katiba*. Ya con anterioridad, a finales de la década de 1990, había conseguido desarrollar una muy rentable red de contrabando entre Argelia y Mali que le había valido el sobrenombre de «Mr. Marlboro», por los cigarrillos con los que traficaba. Según Jean-Pierre Filiu, profesor de estudios de Oriente Próximo y Medio en Sciences Po (el Instituto de Estudios Políticos de París), la popularidad de Belmojtar era debida también a que sabía reforzar sus relaciones con las tribus del desierto estableciendo con ellas alianzas matrimoniales y absteniéndose de extorsionar a las poblaciones locales por dinero, justamente al contrario de lo que el GSPC estaba haciendo en aquel momento en su feudo de la Cabilia,[17] en las montañas del Atlas Telliano, al norte de Argelia. Curiosamente, casi veinte años después, el Estado Islámico (también conocido como Estado Islámico de Irak y Siria, o ISIS según sus iniciales en inglés) pondría en práctica una estrategia similar tanto en Siria como en Irak para ganarse el consenso de las tribus locales.

De hecho, para compensar los ingresos perdidos por no esquilmar a las poblaciones locales, Belmojtar decidió en 2003 diversificar su ámbito de actividad y dedicarse también al secuestro de extranjeros sin dejar de seguir

involucrado en el tráfico de drogas y armas.[18] Antes de ese año, la captura de extranjeros no se consideraba un negocio rentable en la región porque el tráfico de cocaína hacia las costas norteafricanas producía buenos ingresos por sí solo. Sin embargo, el éxito de los primeros secuestros en 2003 demostró a la comunidad de delincuentes y yihadistas de la zona que ese era un nuevo negocio al que valía la pena dedicarse.[19]

A diferencia del tráfico de cocaína, el secuestro de extranjeros era un negocio del que AQMI podía encargarse prácticamente en solitario sin la intervención de entidades foráneas como el cártel colombiano. Eso explica que los ingresos por ese concepto superaran enseguida los beneficios que obtenía del tráfico de drogas. Según una investigación del *New York Times*, desde 2003 y hasta que Mariani fue secuestrada en 2011, AQMI había recaudado 165 millones de dólares en rescates.[20]

Además, la oferta de extranjeros en la región era abundante. Hasta que los secuestraban, ninguno de los rehenes tenía idea alguna de lo peligroso que se había vuelto el Sahel en apenas unos pocos años, ni de que las rutas transaharianas eran vías muy transitadas por el tráfico de cocaína y de migrantes. Eran tan ignorantes del riesgo de viajar a esas áreas como Maria Sandra Mariani lo era antes de aquel viaje. «Unos pocos días antes de salir rumbo a Argelia, vi un programa en France 24 sobre dos rehenes franceses que habían sido raptados en el Sahel hacía seis meses. Sarkozy decía entonces que Francia no pagaría ningún rescate —añade Mariani—. Pensé que para él era muy fácil decirlo, pero que, para aquellos rehenes, el rescate representaba la diferencia entre la vida y la muerte. Sin embargo, jamás me pasó por la cabeza que algo así podría ocurrirme a mí. Llevaba cinco años viajando al desierto argelino y en ningún momento me había sentido insegura.»

Los gobiernos occidentales habían logrado mantener la creciente crisis de los secuestros alejada del foco de los medios, lo que había contribuido a reforzar tanto en turistas como Mariani como en muchos periodistas la sensación de que la aldea global era segura.[21] Las noticias de personas secuestradas aparecían como excepciones aisladas dentro de lo que, por lo demás, se nos presentaba como una región pacífica y segura del continente africano. Tampoco era de dominio público que el cártel colombiano había establecido nuevas rutas de contrabando a través del Sahel ni que un nuevo género de delincuente florecía en aquellas tierras, ni que las organizaciones yihadistas se estaban enriqueciendo con ambas líneas de negocio.

Pronto, secuestrar a extranjeros se volvió tan rentable que la central de Al Qaeda en Afganistán emitió directrices sobre cómo ponerlo en marcha en otras regiones, animando a sus grupos yihadistas afiliados a introducirse en el negocio de capturar a occidentales como AQMI hacía en el Sahel. A partir de ese momento, el secuestro de extranjeros pasó a conocerse como el «protocolo» de Al Qaeda en el Magreb Islámico, un modelo que, como veremos, se reproduciría en el resto del mundo yihadista.[22]

El protocolo de AQMI estaba centrado en el secuestro de extranjeros en zonas desprovistas de una autoridad propiamente dicha: Estados fallidos o semifallidos, de los que, en el Sahel, había ciertamente en abundancia e incluían Níger, el sur de Argelia, Mauritania, Mali y más áreas. La facilidad de acceso de AQMI a un escondite seguro en el norte de Mali (una región «gobernada» por una autoridad estatal semifallida) fue también un factor crucial. Pero las claves definitivas de su éxito fueron una estricta división del trabajo y una igualmente estricta disciplina interna en la organización.

Mariani y todos los demás rehenes eran secuestrados por miembros de baja cualificación (y bajo rango) de la organización. Normalmente, estas personas recibían instrucciones de sus jefes y no podían tomar decisiones ejecutivas propias sobre el terreno. Otro grupo de personas (con menor nivel de cualificación aún) vigilaban a los rehenes en los campamentos. Estos hombres tremendamente sencillos compartían todo con sus rehenes, comida incluida. «Quienes me vigilaban eran personas muy, muy sencillas —me cuenta Mariani—. Tenían miedo incluso de mirarme cuando me traían la comida. Eran todos muy religiosos y rezaban cinco veces al día, con total puntualidad. Pero no hacían gran cosa aparte de orar.»

Con el paso de los meses, el trato dispensado por los carceleros de Mariani a su rehén fue haciéndose cada vez más desabrido. Querían su dinero, su parte del rescate, y estaban desesperados por salir ya del campamento y regresar a sus casas y gastarse el dinero. A pesar de su impaciencia, su rudeza y su aburrimiento, ninguno de quienes la vigilaban le hizo daño alguno. Todo lo contrario: un escorpión la picó dos veces y ellos la colocaron entonces en una cama del campamento. Y desde que una noche se despertó con una serpiente enroscada en la cabeza, todas las noches a partir de entonces se aseguraban siempre de que la tienda en que ella dormía estuviera libre de reptiles peligrosos.

Una de las pocas tareas de sus carceleros era asegurarse de que Mariani no tenía contacto alguno con ninguno de los otros rehenes retenidos en el

campamento. «Sabía que había otras dos personas capturadas, los dos franceses de los que habían hablado en France 24. Los había visto desde la distancia, pero nunca pudimos hablar: nos tenían en extremos opuestos del campamento», recuerda Mariani. De hecho, Mariani estuvo recluida en el mismo campamento que Marc Féret y Pierre Legrand, que serían puestos en libertad en octubre de 2013.

A la hora de negociar el rescate, solo los miembros de más alto rango de AQMI intervenían. A diferencia de los carceleros de base, aquellos otros hombres eran sofisticados y sí tenían un elevado nivel de cualificación. A menudo llevaban varias negociaciones simultáneamente. El negociador en el caso de Mariani fue Abu Alid Saravi. Hablaba varios idiomas, tenía un título universitario y era un saharaui[23] de la Argelia suroccidental. En la entrevista mantenida con las autoridades tras su liberación, Mariani reconoció a aquel hombre como el secuestrador de otra italiana, Rossella Urru. «Yo no dejaba de decirles a los del servicio secreto que él era el mismo tipo que había secuestrado a Rossella, pero ellos se resistían a creerme», me cuenta Mariani. Urru fue raptada el 23 de octubre de 2011 junto a dos cooperantes españoles, Ainhoa Fernández de Rincón y Enric Gonyalons, en un campamento de refugiados saharauis en Tinduf, en el suroeste de Argelia. Por entonces, Abu Alid había salido de AQMI para integrarse en un grupo escindido de dicha organización y compuesto predominantemente por argelinos saharauis, conocido por el nombre de Movimiento para la Unicidad y la Yihad en África Occidental (o MUJAO, por sus siglas en francés). El secuestro de los tres cooperantes fue la primera acción terrorista del MUJAO y Mariani está convencida de que Abu Alid Saravi fue el cerebro que la planeó.

«No vi a Abu Alid en todo el verano de 2011. Cuando regresó a principios de octubre, se había afeitado la barba y tenía un aspecto muy distinto. Le pregunté dónde había estado y me dijo que fuera de África, que había ido al extranjero. Yo creo que se había esfumado para organizar el secuestro de Rossella Urru y los demás rehenes.»

Con anterioridad a ese mes de octubre de 2011, Abu Alid había visitado a Maria Sandra Mariani en varias ocasiones y la había puesto al día de los progresos en las negociaciones para su puesta en libertad. Se había mostrado cortés y hablador, y había mencionado varias veces que los italianos no estaban cooperando, posiblemente porque ella no era más que una turista. Aseguraba que se había puesto en contacto con el gobierno

italiano el 17 de febrero de 2011, pero que nadie le había dado respuesta. Así que, en junio de 2011, optó por hablar con la familia de Mariani, que, a su vez, trató de contactar con el gobierno Berlusconi directamente.

«En un cierto momento, a mi hermana le facilitaron un número de contacto directo con Berlusconi —recuerda Mariani—. Cuando llamaron a ese teléfono, se puso un secretario y les dijo que el presidente del gobierno estaba ocupado con las elecciones y que llamaran tras los comicios. Pedí a Abu Alid que me enseñara el número y me di cuenta de que no era de un móvil, sino de un teléfono fijo. ¡Lo que le habían dado a mi familia era el teléfono del secretario de Berlusconi! Posteriormente, mi hermana reconoció que, en el verano de 2011, el Ministerio de Exteriores había pedido a mi familia paciencia porque estaban tratando con diecinueve secuestros a la vez.»

Como veremos en los capítulos siguientes, los gobiernos clasifican a los rehenes por orden de importancia y les asignan una indicación con el rescate que están dispuestos a pagar por sus vidas. Es decir, que no solo los secuestradores, sino también los gobiernos, ponen precios diferentes según los rehenes: hay vidas que valen más que otras.

2

DAR DE COMER A LOS OSOS

El 18 de julio de 2012, Rossella Urru, Ainhoa Fernández de Rincón y Enric Gonyalons fueron puestos en libertad tras nueve meses de cautiverio, pero Maria Sandra Mariani tuvo que esperar catorce meses para ser liberada. Según los secuestradores, los gobiernos español e italiano pagaron 15 millones de euros de rescate por los tres primeros rehenes mencionados.[1] Era evidente, pues, que la liberación de una cooperante tenía prioridad sobre la de una turista.

Los secuestradores saben muy bien que los gobiernos clasifican a los rehenes. El MUJAO, por ejemplo, seleccionó adrede a Urru, Fernández de Rincón y Gonyalons como víctimas de su primera operación de secuestro con el propósito de maximizar la repercusión de esa captura. Los rehenes colaboraban con agencias de cooperación internacional que tenían sede en países diferentes: Urru con el CISP (Comitato Internazionale per lo Sviluppo dei Popoli), Fernández de Rincón con la Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui de Extremadura, y Gonyalons con la ONG vasca Mundubat. Fueron secuestrados dentro de un campamento de refugiados saharaui,[2] un hecho que resultó particularmente chocante, no solo para la opinión pública italiana y española, sino también para la comunidad internacional de cooperantes humanitarios. Hay cinco campamentos de refugiados saharauis, todos ellos en las proximidades de Tinduf, cerca de la frontera entre Argelia, Marruecos y Mauritania, y la población local depende principalmente de la ayuda humanitaria para su subsistencia, pues las actividades generadoras de ingresos son muy escasas. Se calcula que, en

2015, unos 165.000 refugiados vivían en esos campamentos. Al poner el punto de mira en unos cooperantes del campamento, el MUJAO envió un mensaje muy claro: los campamentos de refugiados saharauis —fértiles criaderos para el reclutamiento de yihadistas— estarían a partir de entonces fuera del alcance de las ONG.

El objetivo del secuestro era triple: librarse de la presencia de organizaciones humanitarias occidentales en los campamentos saharauis; liberar a varios yihadistas ligados a su organización, y cobrar un rescate. Tales demandas jamás habrían sido atendidas de estar en juego la liberación de una simple turista como Maria Sandra Mariani.

Los tres rehenes fueron trasladados a un campamento distinto de aquel en el que se encontraba Mariani, aunque situado también en el norte de Mali: un campamento controlado por el MUJAO y no por AQMI. El 10 de diciembre de 2011, comenzó a difundirse por internet un vídeo de los tres cooperantes con una serie de hombres armados con el rostro cubierto al fondo. Pero las negociaciones se habían iniciado ya con anterioridad, tal vez desde el momento mismo de la captura, probablemente impulsadas por sus propias ONG. «El procedimiento es siempre el mismo —me cuenta un negociador europeo al que he entrevistado—. Las organizaciones de cooperación internacional tienen un protocolo de actuación ya previsto para estos casos y saben qué es lo que hay que hacer.»[3] Aun así, solo las organizaciones más grandes pueden permitirse aplicar un protocolo de seguridad adecuado. Las ONG pequeñas no disponen del dinero ni de la capacidad organizativa para hacerlo y deben recurrir a los gobiernos para que estos negocien la liberación de sus trabajadores retenidos como rehenes.

Gestión de crisis

En el inicio de la década de 2010, la crisis de los secuestros propició que los donantes exigieran a las ONG la elaboración de planes de seguridad, la contratación de asesores para tratar posibles tomas de rehenes y la formación de su propio personal en esos temas. «Aquel fue un avance muy positivo —comenta a ese respecto Liban Holm, miembro del equipo de «seguridad global» de la ONG danesa Danish Refugee Council (DRC), una de las mayores y mejor financiadas del mundo—. Hizo que la

comunidad de las organizaciones de ayuda humanitaria desarrollara planes de seguridad.»[4] El propio DRC, por ejemplo, elaboró sus planes basándose ampliamente en su propia experiencia de cuando dos de sus cooperantes —la estadounidense Jessica Buchanan y el danés Poul Hagen Thisted— fueron secuestrados en 2011 por un grupo de piratas somalíes que se habían reubicado en tierra firme.

Aquellos dos cooperantes, que trabajaban concienciando a la población local sobre cómo evitar las minas terrestres, actuaban desde el norte de Somalia, pero el secuestro tuvo lugar mientras regresaban de la región sur del país, más peligrosa, adonde habían ido a recibir formación. En su libro *Impossible Odds*, la propia Buchanan da ciertas pistas sobre cómo podría haberse mejorado la seguridad de aquel viaje. «El plan de la ONG para mí era que volara de Hargeisa a Galkayo Norte, y desde allí, y por motivos de seguridad, recorriera el trayecto de paso del norte al sur de Somalia en una caravana de tres vehículos motorizados. Esa caravana de seguridad era nuestro modo estándar de desplazamiento, así que no hallé nada extraño en ello. El problema es que mis colegas olvidaron informarme de que había una amenaza de secuestro de “expatriados” vigente en toda aquella zona y de que nuestro destino estaba situado a apenas quinientos metros de una conocida guarida de piratas.»[5]

Es probable que los piratas supieran que Buchanan y Thisted iban a asistir a aquella sesión de formación y, a raíz de ello, decidieran secuestrarlos. A fin de cuentas, ese es un modo de proceder estándar entre los grupos delictivos organizados que operan en áreas muy desestabilizadas.

Desde entonces, el DRC se ha esforzado mucho por mejorar aún más sus planes de gestión de crisis, tanto en su sede central en Copenhague como sobre el terreno, allí donde se produzca una toma de rehenes. Estos equipos pueden estar operativos con extrema prontitud. «Hemos prefijado equipos de unidades de gestión de crisis tanto en nuestras oficinas centrales como en los países donde operamos», explica Holm. Eso significa que actúan siendo muy conscientes de lo importantes que esas primeras horas inmediatamente posteriores a un secuestro pueden ser de cara al resultado final del mismo.

El Danish Refugee Council se ha asegurado en ese sentido de que, aun contando con buenos recursos propios internos, también pueda solicitar el apoyo de un equipo especializado. La relación entre el equipo de gestión de crisis y la empresa de seguridad externa es crucial. Los miembros del

equipo de seguridad se reúnen periódicamente con expertos en secuestros, muchas veces de manera informal, en almuerzos o cenas en los que comentan la evolución de los acontecimientos políticos y los riesgos potenciales que se perciben en los 37 países en los que opera el DRC.

Durante el intercambio de información, la aportación de los cooperantes es también esencial para la empresa de seguridad, pues pueden proporcionar información muy útil acerca de las regiones donde están destacados. Esa sólida relación se construye con el tiempo y tiene como objetivo evitar, por ejemplo, que la empresa de seguridad envíe un experto en secuestros desde Afganistán para asesorar sobre un secuestro que se acaba de producir en Somalia. Ahora, en cualquier momento, la unidad de gestión de crisis del DRC sabe exactamente a quién acudir dependiendo de la localización geográfica.

En 2003, cuando AQMI secuestró a los treinta y dos europeos ya mencionados, pero todavía incluso en 2011, cuando Rossella Urru fue hecha rehén, nadie había desarrollado aún un plan de seguridad tan complejo y eficiente. Tampoco se consideraba entonces tan crucial el papel de los expertos y las familias como se considera hoy en día. El asesoramiento de expertos externos en materia de secuestros y rescates es fundamental: tienen un amplio conocimiento de ese campo, pues tratan con centenares de tomas de rehenes al mismo tiempo, mientras que la experiencia de la ONG puede limitarse a solo unos pocos casos (si es que ha tenido alguno con anterioridad). Holm también cree que, «cuando se involucra a las familias, la presencia de un experto con experiencia sirve para dar validez a lo que estamos haciendo». Por así decirlo, refuerza la estrategia puesta en práctica por la organización humanitaria y ayuda a que las familias la acepten mejor.

La relación entre las ONG y los gobiernos de los países de origen de los rehenes puede ser bastante complicada. «Siempre les explicamos nuestra estrategia y por qué seríamos las personas idóneas para resolver la crisis aplicando una estrategia de implicación y compromiso con las comunidades locales», comenta Holm. Sin embargo, hay gobiernos a quienes les resulta muy difícil permitir que las organizaciones de ayuda humanitaria hagan algo así y prefieren ser ellos quienes se ocupen de todo, principalmente porque las ONG no entran en negociación directa con los secuestradores. Otros gobiernos, por el contrario, están más que contentos de no implicarse directamente en esos asuntos. La negociación en casos de toma de rehenes

es algo muy arriesgado para los gobiernos por el escrutinio al que los somete la opinión pública, unido a que carecen del extenso conocimiento de la zona y de la población local que suelen tener las ONG. Así que, por lo general, cuando se trata de abordar casos de secuestro, los gobiernos tienden a estancarse. Y eso puede resultar (y muchas veces resulta) desastroso. La técnica del «esperar a ver qué pasa» suele ser justamente la menos indicada en situaciones así.

Los países que «oficialmente» no pagan rescates se entrometen menos, lo que no significa necesariamente que estén menos activos en esos momentos. En el caso de Buchanan y Thisted, por ejemplo, los estadounidenses elaboraron un plan propio para el rescate de los rehenes y en ningún momento informaron al DRC de que los SEAL de la Armada estadounidense (los Navy Seals) iban a lanzar una operación de rescate. De todos modos, a nadie sorprendió que la misión se emprendiera finalmente, sobre todo, desde el momento en que se supo que Buchanan había enfermado de gravedad. Por fortuna, la misión de rescate salió bien. Pero, en general, este tipo de operaciones no presentan índices de éxito muy elevados. Aproximadamente una de cada tres fracasan y se saldan con muertes entre los rehenes o sus rescatadores. De ahí que sean de uso limitado.

Como es natural, el DRC, una organización de cooperación humanitaria, jamás habría favorecido una operación de rescate militar armado. Su manera de enfocar los secuestros y las negociaciones es radicalmente diferente de la que emplean los gobiernos. Para empezar, nunca pagan rescate. «Si aceptas pagar un rescate, automáticamente estás poniendo precio a una vida humana», explica Holm. Se deduce de ello que el DRC tampoco clasifica a los rehenes por rango de relevancia: todas las vidas son igualmente importantes.

Como para los secuestradores los rehenes son una inversión que conlleva unos costes diarios desde el momento de la captura, las negociaciones pueden girar en torno a esos costes variables: de transporte, de comida, de mano de obra, etcétera. ¿Habría bastado ese enfoque para salvar a Buchanan y Thisted? ¿Habría conseguido devolver a sus casas a Rossella Urru, Ainhoa Fernández de Rincón y Enric Gonyalons sin desembolsar 15 millones de euros de dinero de los contribuyentes? Es imposible saberlo, pero lo que sí es seguro es que, si los gobiernos pagan tan sustanciosos rescates, cada vez les resulta más difícil a las ONG aplicar

con éxito estrategias alternativas. «Si continuamos dando de comer a los osos, los osos no dejarán de venir al campamento», escribió Amanda Lindhout en su libro *A House in the Sky*,[6] donde relata su secuestro en Somalia.

Poco después de que Buchanan y Thisted fueran secuestrados, el personal del DRC comenzó a movilizar a la población local. Acudieron a los ancianos tribales, juntando para ello a clanes rivales. El mensaje que les transmitieron fue que las acciones de ese tipo no eran buenas para nadie, y menos para la población local que tanto necesita de la ayuda que suministran los programas humanitarios, cuyos proveedores se ven muchas veces obligados a interrumpir sus actividades cuando se produce un secuestro. De lo que se trata, en definitiva, es de que todos comprendan que la captura de un cooperante es un problema en el que han de implicarse los líderes locales para buscarle solución. El enfoque del DRC en estos casos, pues, consiste en implicar a la población local. En el caso de Buchanan y Thisted, por ejemplo, el equipo de gestión de crisis sabía que los secuestradores trasladaban con frecuencia a los rehenes a nuevos emplazamientos, algo que se interpretó como un síntoma del limitado apoyo con que contaban en la zona. Eran piratas con familiares en la región y habían llevado sus actividades a tierra firme porque el negocio en alta mar no estaba yendo bien. Fue así como se enteraron de la presencia de cooperantes extranjeros en el área. El DRC obtuvo esa información a partir de sus estrechas relaciones con las autoridades y la población locales. Los servicios secretos del gobierno jamás habrían podido tener acceso a pistas como esas.

El enfoque que aplica el DRC —que podríamos calificar de «blando» en comparación con el protocolo de los gobiernos en casos de secuestro— descansa sobre unos pocos principios fundamentales: ninguna vida humana tiene precio; deben evitarse las misiones armadas de rescate, y normalmente puede hallarse una solución pacífica a un secuestro haciendo que la población local participe también en las negociaciones. En definitiva, las tomas de rehenes deberían gestionarse en la medida de lo posible como fenómenos esencialmente localizados.

En general, la manera que los gobiernos tienen de abordar el secuestro de ciudadanos propios no está tan bien estructurada como la de las principales organizaciones humanitarias cuando alguno de sus cooperantes es secuestrado. Cuando los rehenes son de un país que paga rescates —

como Italia o España—, son siempre los gobiernos los que se encargan de negociar y de abonar el dinero convenido, pasando por encima de las ONG. Las organizaciones de ayuda pequeñas no tienen inconveniente en delegar esa tarea en las autoridades gubernamentales, sobre todo cuando sus propios protocolos de seguridad no son todo lo buenos que deberían, tal como se demostró en el caso de los secuestros de Simona Torretta y Simona Pari en 2004.

Las dos Simonas

El 7 de septiembre de 2004, un comando armado irrumpió en las oficinas de la ONG italiana Un ponte per... en Bagdad y se llevó a dos cooperantes de veintinueve años de edad, Simona Torretta y Simona Pari. Las dos rehenes serían conocidas a partir de entonces como «las dos Simonas». Junto con las italianas, los captores se llevaron también a dos colegas iraquíes de estas, Raed Ali Abdul Aziz y Mahnaz Basam, que cooperaban con otra organización italiana de ayuda humanitaria, INTERSOS.[7] Al día siguiente, en el sitio web <Islamic-Minbar.com>, el grupo Ansar al Zawahiri («Partisanos de Al Zawahiri») reivindicó la autoría del ataque.

«No era un secuestro político —aclara Karin Weber, cooperante ya retirada y antigua colega de las dos Simonas—. En Irak había dos tipos de tomas de rehenes: las políticas y las económicas. Los secuestradores de Simona Torretta y Simona Pari eran delincuentes comunes. Querían dinero, ya está. Por eso las trataron muy bien: aquellas chicas eran una mercancía valiosa.» Pero el gobierno y los medios italianos no clasificaron así aquel secuestro. Según las autoridades gubernamentales y la prensa, las dos Simonas eran víctimas de los yihadistas iraquíes. Tan potente fue aquella propaganda que Yama'at al Tawhid wal Yihad, el grupo liderado por Al Zarqaui, llegó incluso a emitir un comunicado negando toda responsabilidad en aquel secuestro.

En 2003, Weber trabajaba de administradora de Un ponte per... en Basora. Tras la localización y captura de Sadam Huseín, escribió un memorando en el que explicó detalladamente que, ante la rápida degradación del clima político iraquí, la seguridad de sus cooperantes estaba en riesgo porque su plan de seguridad era deficiente. Desde la sede

central en Roma de Un ponte per... respondieron a Weber restando importancia a sus temores. Irak era un lugar seguro, vinieron a decirle. Pero Weber tenía razón. Poco después de la invasión del país, en marzo de 2003, los secuestros pasaron a ser una fuente de financiación para diversos grupos delictivos e insurgentes.

«Lo que vimos, especialmente en el sur, donde yo estaba destinado —recuerda Mario Maiolini, exembajador de Italia en Irak—, fue un aumento del número de secuestros de personas adineradas y profesionales iraquíes por parte de organizaciones varias.» Al término de 2003, cuando la mayoría de esos autóctonos ricos habían abandonado el país, los extranjeros se habían convertido ya en la presa más perseguida. Una década más tarde, el mismo patrón de evolución de los acontecimientos se repetiría en Siria durante la guerra civil en ese país.

«Cuando conté a las dos Simonas que iba a dimitir porque no estaba de acuerdo con la insuficiente seguridad, una de ellas me acusó de ser una cobarde —recuerda Weber—. No me ofendió. Era joven y muy inexperta. Yo era una mujer ya madura, con un sólido historial profesional en el campo de la ayuda humanitaria. No tenía miedo. Simplemente sabía lo peligroso que había pasado a ser quedarse en Irak sin la protección apropiada.» Las dos Simonas serían secuestradas solo dos meses después de que Karin Weber abandonara Irak.

«También les expliqué que la ausencia de una seguridad adecuada podía terminar dañando nuestra misión humanitaria. Cuando secuestran a un cooperante en zonas de guerra (y, en 2004, Irak era una zona de guerra), se da por entendido que las ONG se han convertido en blanco de los combatientes. Así que, por razones de seguridad, hay que evacuar a todo el mundo y dejar allí únicamente al personal no crítico, como los cooperantes locales. Uno de los principios esenciales de la ONU y de todas las ONG es *no hacer daño*. Cuando se quiere ayudar a la gente, hay que asegurarse de que no la estás dañando», explica Weber haciéndose eco del mismo parecer que Holm a propósito de lo perjudiciales que las misiones de rescate son para las misiones humanitarias.

Como Weber había predicho, «el secuestro de las dos Simonas activó la evacuación de todas las ONG de Irak, lo que dejó a la población en manos de las milicias y de los yihadistas que libraban una guerra sangrienta contra las fuerzas de la coalición.

»El problema de Un ponte per... era que se trataba de una ONG muy pequeña que no tenía a más que siete personas que trabajaban en Roma para ella y una sola contrata: la que las dos Simonas supervisaban en Irak. No disponían de dinero para proporcionarse la seguridad apropiada, así que su única opción era la evacuación. Pero eso habría significado cerrar todas las operaciones, perder a los donantes y despedir a todos los cooperantes, incluidas las dos Simonas. Para ellas, dejar Irak suponía perder su trabajo soñado. Así que se quedaron, queriendo creer que aquello era seguro e ignorando las consecuencias que su secuestro tendría para el conjunto de la misión de la ayuda humanitaria internacional en Irak».

Las dos Simonas permanecieron en Irak incluso después de la evacuación del personal diplomático italiano en aquel país. «Tras la tragedia de Nasiriya,[8] nos fuimos de Irak, así que, cuando secuestraron a las dos Simonas, ya no estábamos allí. Por eso no participé en la negociación para su puesta en libertad», comenta el exembajador Maiolini. Eso tal vez explica por qué la Cruz Roja italiana sí intervino en las negociaciones.

«El servicio secreto italiano y la Cruz Roja negociaron el rescate. Tengo entendido que la Cruz Roja aportó 1 millón de dólares —añade Weber—. No sé cuánto dinero aportaron los contribuyentes italianos. Lo que sí sé es que el rescate se pagó.» El 28 de septiembre, Al Jazeera mostró las imágenes de las dos Simonas siendo recibidas por el comisario extraordinario de la Cruz Roja italiana, Maurizio Scelli, para llevarlas de vuelta a Italia. «Imagínese cuántas cosas podríamos haber hecho con el dinero del rescate. Podríamos haber construido escuelas, hospitales... En vez de eso, la comunidad de grupos y organizaciones de ayuda humanitaria tuvo que recoger sus bártulos y salir de Irak, y el dinero que debería haber ido a parar a las personas necesitadas terminó en los bolsillos de una banda de delincuentes iraquíes», lamenta Weber.

El enfoque con el que los gobiernos encaran los casos de secuestro —centrándose en el pago de un rescate negociado con los secuestradores— ignora deliberadamente que ese dinero financia luego actividades terroristas o delictivas y fomenta nuevas tomas de rehenes extranjeros. La política de las organizaciones de ayuda humanitaria en casos de rapto de sus cooperantes consiste en ofrecerse a pagar solamente los costes del secuestro y el cautiverio de los rehenes, de manera que los captores no obtengan dinero para financiar futuras actividades criminales. Al mismo tiempo,

tratan de implicar a los líderes de la comunidad local para poner fin a esos delitos y, de ese modo, hallar una solución a largo plazo que acabe con los secuestros en ciertas zonas del mundo. El problema es que las tomas de rehenes suelen convertirse en un problema político para los gobiernos que se presta a ser fácilmente manipulado con fines propagandísticos.

De regreso a su país de origen, las dos Simonas fueron tratadas como heroínas de la misión de las fuerzas de la coalición en Irak destinada a liberar a los iraquíes de un odioso dictador. Pasaron a ser dos palomas de la paz raptadas por los malvados yihadistas. Llegaron incluso a aparecer en la portada de la revista *Time*.[9] El gobierno italiano y los medios de comunicación insertaron aquel secuestro dentro del relato de la ficción del ataque preventivo en Irak para demostrar que, en el fondo, la invasión era muy necesaria y la presencia de tropas en Irak resultaba imprescindible para llevar la paz a aquel país.

Las contradicciones de Japón

Un recibimiento muy diferente aguardaría a los tres rehenes japoneses secuestrados en el sur de Irak en 2004 por la Saraya al Muyahidin («Brigada Muyahidín»). Se trataba de Noriaki Imai (dieciocho años), miembro de la Campaña por la Abolición del Uranio Empobrecido, llegado a Irak el 1 de abril con la intención de estudiar el impacto de las armas de uranio empobrecido en los niños de las áreas más pobres del país; Nahoko Takato (treinta y cuatro años), una cooperante y activista por la paz que había viajado a Irak por tercera vez para ayudar a niños sin hogar en Bagdad, y Soichiro Koriyama (treinta y dos años), un exsoldado que había ido a Irak en calidad de fotoperiodista *freelance* para obtener material para la revista japonesa *Asahi Weekly*.

En vez de ser considerados unos héroes humanitarios, se les acusó de ser una vergüenza para Japón y de haberse buscado su propia desgracia al desafiar la advertencia del gobierno, que aconsejaba no viajar a Irak. A cada uno de los rehenes se les libró también la correspondiente factura de 6.000 dólares por el coste del vuelo de regreso a su país, aunque nada se les pidió por el rescate que hubo que pagar por su puesta en libertad.

Los secuestradores habían exigido inicialmente la retirada de todas las tropas japonesas de Irak, pero, al final, se conformaron con un rescate

negociado por la Asociación de Clérigos Islámicos, un grupo de eruditos religiosos suníes. En diciembre de 2003, el gobierno japonés había enviado un contingente de seiscientos militares a la ciudad meridional de Samawa. Aunque la intervención japonesa en Irak no tenía más cometido que el de ser una misión de paz, en Japón causaba una extraordinaria polémica cualquier participación en la «guerra contra el Terror» de Bush y Blair y, de hecho, una mayoría de la población nipona se oponía a la guerra en Irak. En realidad, y a juzgar por las iras que se proyectaron sobre los rehenes liberados, la opinión pública japonesa se oponía a toda clase de implicación en Irak, incluso aquella que tuviera como objetivo revelar datos que podían ser útiles para reforzar la postura de quienes se oponían a la guerra en aquel país de Oriente Medio.[10] De esta postura un tanto contradictoria, que dejaba entrever una profunda sensación de incomodidad con toda guerra que no fuese estrictamente en defensa propia, hablaremos más a fondo en el capítulo 13.

En 2004, la vuelta a casa de otro rehén japonés, Junpei Yasuda, concitó parecida indignación entre la población nipona. Yasuda había renunciado a su puesto de periodista en un periódico regional para viajar a Irak como reportero *freelance* con el propósito de informar sobre el papel de las tropas japonesas. Lo había movido a ello la mala cobertura informativa dispensada en los medios de Japón a la guerra en Irak, un fenómeno particularmente común en la mayoría de los países que participaron en la coalición de Bush.

Las duras críticas que recibió Junpei Yasuda cuando regresó a su país no le disuadieron de proseguir con su búsqueda de la verdad. En julio de 2015, volvió a ser secuestrado nada más cruzar en secreto la frontera entre Turquía y Siria. Había desafiado una vez más las advertencias de su gobierno —que, en esa ocasión, aconsejaban no viajar a Siria— para informar sobre la guerra civil y sobre ciertos temas clave para su propio país, como la ejecución de Kenji Goto, un periodista *freelance* (y amigo de Yasuda) decapitado por Estado Islámico.

Aunque la respuesta de Italia y de Japón a los secuestros de sus propios ciudadanos fue completamente diferente, y uno y otro gobiernos presentaban relatos opuestos para justificar su implicación en Irak y el pago de los correspondientes rescates, ambos países negociaron y aceptaron condiciones para liberar a sus compatriotas. En resumidas cuentas, tanto el secuestro de las dos Simonas —la primera toma de rehenes extranjeros de alto perfil en un país que se deslizaba hacia la anarquía política a manos de

grupos de delincuentes y yihadistas— como el de los rehenes japoneses demostraron a la insurgencia que secuestrar extranjeros (sobre todo, cooperantes y miembros de la comunidad internacional de organizaciones de ayuda humanitaria) era un negocio rentable que podía sufragar su sublevación violenta. Reforzaron, además, la convicción de que la mayoría de gobiernos occidentales pagarían millones de dólares por traer a sus ciudadanos de vuelta a casa, una idea que, menos de un año antes, ya se había introducido con el pago del rescate por los treinta y dos extranjeros secuestrados por AQMI. Los gobiernos occidentales estaban dando de comer a los osos y estos no iban a dejar de pasar por el campamento en busca de más y de cada vez más.

Entre 2003 y 2004, dio comienzo en serio la temporada de caza del extranjero, una temporada que fue migrando de un país a otro, año tras año, y que continuará haciéndolo mientras los rescates no dejen de llegar. Los cooperantes y los empleados de la ONU han sido las piezas más preciadas, pero no hubo que esperar mucho a que cualquier individuo que fuera portador de un pasaporte occidental pasase a ser considerado un objetivo valioso también.

3

TRAFICAR CON MIGRANTES

En abril de 2009, el oasis era un estallido de vida renovada. Era primavera en el Sáhara y el invierno había sido inusualmente lluvioso. Las acacias y los arbustos desprendían un frescor de verdor y fragancias. La primavera en el desierto huele a vida nueva, dicen los tuaregs. Pero ni Robert Fowler ni Louis Guay, dos enviados especiales de Naciones Unidas en Níger a quienes Al Qaeda en el Magreb Islámico había raptado cuatro meses antes, podían oler nada. Tras 126 días de cautiverio en uno de los campamentos prisión malienses de Mojtar Belmojtar, tenían los sentidos tan embotados que ya ni les hacían caso.

Este oasis era el punto acordado para la entrega de los rehenes. Encerrados en la camioneta que los había llevado hasta allí, Fowler y Guay observaban desde dentro cómo una multitud de combatientes de AQMI saludaban a los hombres que aún los tenían cautivos. Con sus Kaláshnikovs en ristre, algunos de los combatientes exclamaban cada cierto tiempo «*Allahu Akbar*». Otros alzaban las armas al cielo como si quisieran mostrar a su creador la potencia de los fusiles automáticos. Para un observador externo, aquella reunión bien habría podido parecer entre surrealista y celebratoria: aquel ejército de hombres harapientos y fuertemente armados saltaban y se abrazaban como niños tras marcar el gol de la victoria en un partido de fútbol. Pero para Fowler y Guay, el regocijo de sus captores era más bien una señal de un peligro muy real.

Pronto llegó otro convoy de camionetas. En él venían dos mujeres rehenes: Marianne Petzold, maestra de francés jubilada de una localidad

próxima a Hamburgo (en Alemania) y de setenta y pico años de edad, y Gabriella Greiner, ciudadana suiza de cincuenta y tantos. En enero de 2009, habían sido secuestradas cerca de la frontera entre Argelia y Mali junto a otros turistas europeos, incluido el marido de Greiner, Werner. Pero sus secuestradores no pertenecían a la *katiba* de Belmojtar: eran miembros de un grupo liderado por un rival suyo, el otro emir de AQMI en la región del Sáhara, Abdelhamid Abu Zeid.[1]

Según Fowler,[2] ese día de primavera, Belmojtar echó un vistazo al interior de una de las camionetas que acababa de llegar y se quedó impactado al ver el estado físico de las dos mujeres que allí vio. Ciertamente estaban en muy malas condiciones. Una de ellas había sido picada por un escorpión y tenía el brazo hinchado y cada vez más morado. Ambas estaban aquejadas de una avanzada disentería y, aunque sus gobiernos habían enviado medicinas durante las negociaciones, Abu Zeid se había negado a permitir que se las administraran.

Belmojtar pidió a Fowler sus comprimidos para la disentería y se los dio a las mujeres. Luego tuvo una discusión con Abu Zeid sobre la puesta en libertad de las dos rehenes. Al parecer, Abu Zeid había cambiado de opinión y ya no quería dejarlas marchar como estaba inicialmente previsto. A la vista de aquello, Fowler no pudo evitar quedar gratamente impresionado por lo que él interpretó como empatía de Belmojtar por unas rehenes mayores y enfermas.

Durante un buen rato y entre una gran inquietud, los rehenes observaron a través de los cristales tintados de la camioneta cómo discutían los dos emires. Como dos escorpiones del Sáhara, allí estaban, agitando sus colas ante sus respectivas *katibas*. Pero a los yihadistas allí presentes no les interesaba aquella pelea; ellos estaban más que contentos con reencontrarse con viejos amigos para ponerse al día de sus cosas. Lo único que querían era disfrutar de aquella pausa en su agotadora doble vida como yihadistas y delincuentes.

De la yihad a la delincuencia

El yihadismo delictivo es una actividad relativamente nueva en el campo del terrorismo. Para describir lo que es hace falta entender bien lo que es el terrorismo en sí, y eso no es fácil si tenemos en cuenta que no

existe una única definición aceptada internacionalmente. El profesor Paul Gilbert elaboró la mejor definición breve de terrorismo que conozco: «Un crimen con fines bélicos».[3] El móvil puede ser nacionalista, como sucedía con la organización vasca ETA o con el Ejército Republicano Irlandés (IRA), o puede ser puramente político, como lo era en el caso de las paramilitares Brigadas Rojas italianas. Sin embargo, a veces las actividades delictivas paralelas y los ingresos que reportan corrompen a los miembros de esas organizaciones armadas haciendo que se desvíen de sus objetivos políticos. La frontera entre los fines bélicos y los medios ilegales empleados para alcanzarlos se difumina y los terroristas se transforman en delincuentes especializados en otros delitos. Eso fue lo que le ocurrió a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) de Arafat, que, mucho antes de la muerte de su líder histórico, estaba penetrada a fondo por la corrupción y movida por la pura codicia. En otras ocasiones, el fin bélico, el objetivo político, puede ser débil ya de partida y servir de poco menos que un pretexto para legitimar una vida de delincuencia. En el fondo, esto último es lo que sucede con AQMI.

Desde su creación misma, como se señalaba en el capítulo 1, AQMI tuvo un componente criminal-delictivo muy acusado y dependió en gran medida de actividades ilegales para financiarse: secuestros por dinero y tráfico de personas y de drogas en las áreas más ingobernables del Sahel. Esto explica por qué no colaboró nunca con los grupos insurgentes locales, que, de hecho, se volvieron contra AQMI en Chad en 2004, y en Mali en 2006. Al mismo tiempo, varios de sus fundadores mantenían fuertes vínculos con las redes de contrabando que se extendían desde el África occidental hasta el norte del continente, y que incluían diversas organizaciones delictivas de pequeño o mediano tamaño que operaban a lo largo y ancho del Sahel sahariano.

Al comenzar el nuevo milenio, los países del Sahel constituían un caldo de cultivo ideal para el yihadismo delictivo.[4] La absoluta pobreza de la región facilitaba a AQMI un flujo constante de nuevos efectivos que la organización acogía con independencia de cuál fuera su verdadero nivel de compromiso yihadista o de mero deseo de ganarse la vida delinquiendo. Hablamos de un fenómeno que en absoluto era privativo de aquella región. «Los grupos de delincuentes y algunos grupos políticos se han ido cruzando a lo largo de los últimos veinte años y han dado lugar a esta clase de híbridos»,[5] explicaba meses atrás Vincent Cochetel, que fue secuestrado

el 29 de enero de 1998 en Vladikavkaz,[6] en el Cáucaso norte, cerca de Chechenia, cuando trabajaba para la ACNUR (la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados). Como ya hemos visto, el yihadismo delictivo también estaba presente en Irak tras la invasión de 2003.

Pero, curiosamente, en el Sahel, el yihadismo no dio pie más que a una actividad guerrillera de baja intensidad entre bandas criminales y fuerzas gubernamentales. Nunca llegó a adoptar la forma de una insurgencia propiamente dicha. La yihad no representaba más que una pátina ideológica con la que tapar las motivaciones delictivas que guiaban a la mayoría de miembros de AQMI. De ahí que la evolución de AQMI haya seguido un patrón conocido, ya observado en el crimen organizado de las áreas proclives a la desestabilización política: a medida que surgen oportunidades para ello, la organización no cesa de introducirse en nuevas actividades ilegales de las que sacar partido con el objetivo de maximizar beneficios. Del contrabando de cigarrillos pasó al tráfico de cocaína aprovechando las mismas rutas transaharianas; luego diversificó su campo de actuación y se dedicó al secuestro de extranjeros para, por último, involucrarse en el tráfico de migrantes desde África occidental hasta Europa. El currículum de Belmojtar es un registro escrito de esa evolución.

Por eso, lo que Robert Fowler interpretó en abril de 2009 como humanidad en el trato dispensado por Belmojtar a sus rehenes bien podría considerarse poco menos que una manifestación visible de su sagacidad para los negocios. A fin de cuentas, Belmojtar era un mercader de personas. Comerciaba con hombres y mujeres a cambio de dinero y sabía de sobra que cualquier incumplimiento de los acuerdos alcanzados durante las negociaciones de un secuestro perjudicaría a su negocio en el futuro. También sabía que entregar mercancías muy dañadas —y, de hecho, para él, esto valía tanto para aquellas rehenes como para las drogas o los cigarrillos que traficaba a través del Sáhara— era malo para el futuro de su negocio.

Su rival, Abu Zeid, era diferente. Él representaba el alma yihadista de AQMI. Para él, los infieles no merecían más que brutalidad. No era un mercader de personas y despreciaba a quienes lo eran: no le interesaba el «negocio de los rehenes». Para él, los extranjeros eran simplemente enemigos, no bienes. Drukdal, emir del GSPC en la Cabilia, había seleccionado con toda la intención a Abu Zeid como el otro emir de la región para contrapesar el poder de Belmojtar. La labor de Abu Zeid

consistía, pues, en frenar y contener la popularidad del argelino entre los miembros de AQMI. Pero no era una tarea sencilla. Belmojtar era un antiguo muyahidín y miembro del GIA, y había contribuido considerablemente a financiar el nacimiento de AQMI, lo que le había granjeado una gran admiración entre los miembros de esta organización.

La rivalidad personal era, pues, el elemento central de la relación entre los dos emires de AQMI, y el secuestro de occidentales se convirtió en un motivo propicio de contienda entre ambos, como bien presenció Robert Fowler. Para entonces, las tomas de rehenes se habían convertido ya en la principal fuente de ingresos de AQMI. Entre 2003 y 2012, las cuantías de los rescates se habían incrementado y ya oscilaban entre el millón y los 4 millones de dólares por rehén occidental. El modelo de secuestro de AQMI había sido tomado, además, por otras organizaciones yihadistas (los talibanes, por ejemplo) que lo habían reproducido en su propio territorio y estaba suponiendo para ellas una fuente de ingresos muy eficaz.

Antes de que comenzara 2010, Belmojtar y Abu Zeid habían aumentado hasta tal punto el grado de su competencia mutua que su rivalidad dio pie a una nueva oleada de secuestros. «Tres españoles fueron capturados en la carretera costera mauritana. Una pareja italiana lo fue en Mauritania, cerca de la frontera con Mali. Un ciudadano francés que llevaba mucho tiempo trabajando como cooperante humanitario en el norte de Mali fue secuestrado en la localidad oriental de Ménaka».[7] Luego, en Arlit (Níger), Abu Zeid lanzó su operación más audaz e hizo rehenes a siete extranjeros, cuatro de ellos ciudadanos franceses. Por último, en junio de 2009, Abu Zeid ejecutó a Edwin Dyer, un rehén británico secuestrado junto con Marianne Petzold y Gabriella Greiner en Níger en enero de ese mismo año, y a quien retenía cautivo en un campamento del norte de Mali. Dyer fue asesinado después de que el gobierno británico se negara a pagar un rescate por él y a poner en libertad a Abu Qatada, detenido en Gran Bretaña a la espera de su deportación a su Jordania natal. Pero la ejecución de Dyer también pretendía intimidar a otros gobiernos europeos que sí pagan rescates. Como veremos, esta es una técnica que Estado Islámico también utilizó en 2013.

El repentino aumento del número de secuestros puso fin al hasta entonces rentable sector turístico en Tombuctú, pues sus monumentos históricos se convirtieron en áreas que evitar para los visitantes internacionales. Los turistas también rehuyeron las expediciones de

aventura por el desierto en Mauritania. Uno de los inconvenientes de financiar la actividad delictiva y terrorista por la vía de los secuestros es que, como negocio, tiende a ahogar por sí mismo —y de forma casi inmediata— su propio suministro de nueva materia prima. En Irak, el secuestro de las dos Simonas activó la evacuación de todo el personal dedicado a la ayuda humanitaria en el país (pues esas personas se habían convertido de la noche a la mañana en rehenes potenciales). En Mauritania y Mali, el creciente número de turistas secuestrados acabó con el turismo.

Sin turistas entre los que tomar rehenes en Mali y Mauritania, las finanzas de AQMI no tardaron en resentirse. La rivalidad personal entre Belmojtar y Abu Zeid amenazaba con dejar a AQMI sin negocio. Lanzada a la caza de rehenes, AQMI tuvo que mirar hacia el este, a Argelia y Níger. Allí el negocio seguía siendo rentable, como bien demostró el secuestro de Maria Sandra Mariani a comienzos de 2011.

Aunque la infraestructura que AQMI había erigido para gestionar el negocio de los rehenes era muy eficiente, cada vez se hacía más difícil y caro administrar esa logística en regiones distantes, como Níger o el sureste de Argelia. «Si tienes que viajar miles y miles de kilómetros por el desierto del Sáhara para secuestrar a alguien, conviene que te asegures de que va a haber suministros suficientes enterrados a lo largo de esa ruta. También debes saber a quiénes sobornar y cuánto dinero tendrás que darles», explica sobre esa cuestión un antiguo dueño de una tienda de teléfonos móviles de segunda mano de Trípoli que había permanecido en la capital libia hasta la caída de Gadafi y se había mudado luego a Mali para trabajar en un campamento de rehenes. Recordemos que Maria Sandra Mariani se dio cuenta de que sus captores llegaron tarde para llevarse secuestrados a otros turistas que preveían raptar también, y eso significa que alguien debió de haberles dado el chivatazo de la presencia de aquellos huéspedes y potenciales rehenes.

Muchas autoridades gubernamentales y políticos de todo el Sahel se convirtieron en actores importantes en el negocio de los secuestros a partir de 2003. En las memorias que escribió sobre su experiencia particular y que tituló *A Season in Hell*, Robert Fowler recordaba que el presidente de Níger, Tandja, sentía tal animadversión hacia la ONU y la misión de esta en su país que Fowler y su colega eran de la opinión de que el mandatario no les había ofrecido seguridad alguna.[8] «Creo [...] que el gobierno del presidente Mamadou Tandja se las arregló, por indirectamente que fuera,

para que la información relacionada con nuestros movimientos llegara a conocimiento de AQMI», escribió Fowler.[9] Ni que decir tiene que AQMI seguramente pagó a un muy alto precio la información referida a los dos enviados especiales de la ONU.

A pesar de la creciente distancia que recorrer para cometerlos, cuando los secuestros procedían sin problemas, continuaban reportando pingües beneficios. En 2010, por ejemplo, AQMI liberó a Pierre Camatte tras «solo» noventa días de cautiverio. Aquello representó una rápida rotación de existencias —por así llamarla— para la organización. Las negociaciones habían ido según lo planeado. Francia convenció al gobierno de Mali para que pusiera en libertad a cuatro yihadistas tal como exigía Al Qaeda en el Magreb Islámico. Y, según Vicki Huddleston, exembajadora de Estados Unidos en Mali, el rescate por Camatte estaba incluido dentro del total de 17 millones de dólares pagados por Francia en 2010 por la liberación de cuatro rehenes franceses retenidos por AQMI.[10]

Pero las negociaciones veloces y una rápida puesta en libertad de los rehenes constituían más bien la excepción. De hecho, lo normal era que se negociase durante mucho tiempo, sobre todo cuando los gobiernos se implicaban en el proceso (una dilación que se explica, en parte, por el hecho de que los funcionarios tienden a no tomarse los casos de secuestro con especial apremio o urgencia). Fowler cuenta que, cuando aún no habían transcurrido diez días desde que fue secuestrado, ofrecieron un vídeo de él como rehén al gobierno canadiense (posiblemente poniendo un precio a la grabación), pero las autoridades de Ottawa optaron por rechazarlo e incluso prefirieron no negociar con los intermediarios porque no les merecían confianza. No fue hasta seis semanas después, al aparecer informaciones en la prensa procedentes de la Agencia France-Presse con detalles del contenido del vídeo, cuando los canadienses decidieron adquirirlo.[11]

En un contexto como ese, era normal que, a medida que la continuada desestabilización política del África occidental propiciaba la aparición de nuevas oportunidades de negocio, personajes como Belmojtar no perdieran la ocasión de aprovecharlas. Y, en pleno comienzo del nuevo milenio, el tráfico de migrantes se estaba convirtiendo rápidamente en el principal recurso generador de ganancias en esa zona del mundo.

Comerciar con vidas

En 2004, la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) publicó unas impactantes estadísticas referidas a la década previa: más de un millón de personas del África occidental y central habían emigrado clandestinamente a Europa en el transcurso del decenio. El tráfico humano se había convertido en el mayor tinglado delictivo en el continente africano, solo superado por el de la droga.[12] Hoy esas cifras nos parecen bajas, bajísimas, sobre todo si las comparamos con el número de refugiados que se están desplazando actualmente y tratan de hallar asilo en Europa. Solo en 2015, un millón de migrantes lograron entrar en Alemania. En el invierno de 2016, una media de tres mil migrantes diarios llegó al Viejo Continente. La diferencia entre estas cifras y las de apenas diez años atrás pone de manifiesto que, a diferencia de los secuestros, el tráfico de personas es un negocio con mucho mayor recorrido a largo plazo que puede resultar crecientemente rentable.

En 2004, obtener un pasaporte y un visado falsificados para entrar en la Unión Europea costaba del orden de 4.000 dólares en países relativamente ricos, como Costa de Marfil, mientras que en países más pobres, como, por ejemplo, la República Centroafricana, el precio era mucho menor: unos 1.900 dólares. En 2004, los traficantes ofrecían a quienes no se podían permitir un billete de avión desde Costa de Marfil o desde Senegal hasta Europa un viaje por tierra hasta las costas de Libia y, desde allí, por barco hasta Italia, todo ello por un precio de entre 1.000 y 2.000 dólares.[13] En 2015, antes de que la UE abriera oficiosamente sus fronteras, un sirio que quisiera entrar en Europa con un pasaporte real desde Rumanía o desde Bulgaria por vía aérea tenía que afrontar un pago total de entre 10.000 y 15.000 euros. Un viaje por tierra a Europa desde Siria tenía un precio situado entre los 2.000 y los 4.000 euros. Queda claro, pues, que los traficantes siempre han aplicado una política de discriminación de precios según el tipo de viaje que pudiera permitirse cada persona.

En 2004, la Interpol calculaba que quienes controlaban el negocio de la inmigración ilegal en Costa de Marfil ganaban entre 50 y 100 millones de dólares al año, mientras que sus colegas intermediarios en Senegal se embolsaban del orden de los 100 millones también. Hoy en día, esas cifras son diez veces superiores para quienes trafican migrantes hacia Europa desde Oriente Próximo y Medio y desde otras zonas de Asia. En 2015, en Libia solamente, ese negocio reportó unos beneficios netos de 300 millones

de euros a sus organizadores. Traficar migrantes de África occidental a Europa siguiendo las rutas transaharianas resultaba mucho más rentable que secuestrar a extranjeros ya en 2004. En la actualidad, también el tráfico de refugiados sirios es una actividad delictiva más fácil y lucrativa que la toma de rehenes occidentales.

Gente como Belmojtar y sus cómplices yihadistas-delincuentes, poseedores de toda una infraestructura para secuestrar y contrabandear a lo largo de las rutas transaharianas, amén de buenos contactos en Libia y un cuartel general en el norte de Mali, estaba muy bien posicionada para sacar partido del negocio del tráfico de personas. De ahí que entrar también en esa rama de actividad delictiva, traficando con migrantes y refugiados, pareciera el siguiente paso natural de la evolución del negocio de los secuestros.

A principios del milenio, por ejemplo, Mali no solo era el lugar preferido de los secuestradores para ocultar a sus rehenes, sino que se había convertido también en un punto de transbordo clave para el tráfico de esa otra mercancía humana que trataba de llegar a Europa. Casi todas las caravanas de migrantes ilegales que salían en dirección al Viejo Continente pasando por Libia partían de Mali. Algunas de ellas estaban organizadas por *katibas* de AQMI, pero los migrantes no podían distinguir entre traficantes comunes y yihadistas metidos a delincuentes. Una de las personas con las que así se traficó fue M, un inmigrante indocumentado que llegó a Italia en 2009 y participó poco después en la rebelión que se desató en Rosarno, en Calabria.[14]

«Yo tenía diecinueve años cuando me fui de Conakry, en Guinea. Era 2006. Me había mudado allí para buscar trabajo: Conakry era la ciudad más grande que había cerca de mi pueblo. No encontré empleo, así que pagué a un traficante para que me llevara a Libia. Me pidió mil dólares, pero yo solo tenía ochocientos y los aceptó, aunque me aclaró que tendría que ir hasta Bamako, en Mali, por mi cuenta. No pasé más que una noche allí. A la mañana siguiente, me dijeron que me metiera en un camión con otras muchas personas. Y había muchos, muchísimos, camiones. Algunos, según me dijeron, habían transportado cigarrillos desde Argelia y hacían entonces el trayecto de vuelta vacíos, aunque, más tarde, también supe que tenían cocaína escondida en su interior. Otros, que se veían mucho más viejos, se usaban para transportar a personas como yo hasta Libia.

»Cruzamos el desierto en un convoy de tres camiones. Entramos en Libia desde Níger. Por la carretera, solo nos detuvimos a recoger suministros; los conductores sabían exactamente dónde se ocultaban el combustible y el agua. Los conductores eran todos malienses y parecían conocerse la ruta al dedillo», recuerda M.[15]

En 2007, Fabrizio Gatti, un periodista de investigación italiano, publicó un libro, *Bilal*, en el que narra su impactante viaje de Senegal a Italia disfrazado de migrante ilegal. De Senegal partió hacia Bamako, donde dio inicio su viaje a través del desierto. Gatti, que llegó también a Libia desde Níger, dice del negocio del tráfico de personas por las rutas transaharianas de contrabando que es una industria inmensa, la mayor en toda la región: una industria estructurada como una pirámide del crimen.

En su cima están los mercaderes de personas y los traficantes de droga, que se disimulan a sí mismos ocultos entre los camiones destartalados que llenan hasta los topes de personas desesperadas, pues los camiones nuevos se reservan para el transporte de cigarrillos y cocaína. En la base de esa pirámide, se sitúan los dueños de los taxis que llevan en sus viejos vehículos a los migrantes hasta los puntos de recogida; los tenderos (muchos de ellos tan pobres y míseros como los propios migrantes económicos) que se reparten por la ruta; y los policías y militares corruptos que a menudo roban a los migrantes en los puestos de control. Gatti calcula que, en 2006, quienes tenían encargada la tarea de controlar las rutas del desierto ingresaban entre 1 y 2 millones de euros mensuales netos en sobornos. En resumidas cuentas, el tráfico de migrantes mantenía a flote la economía de la región.

Con semejante telón de fondo, al entrar en el siglo XXI, el del Sahel era un mundo asolado por la pobreza y la delincuencia, un terreno más que abonado para la yihad. De ahí que la rivalidad entre Belmojtar y Abu Zeid pudiera ser mucho más que personal y obedeciera más bien al choque entre dos maneras opuestas de concebir el inmediato futuro de aquella parte del mundo y el papel de organizaciones como AQMI. Para Abu Zeid, la desestabilización del Sahel era un paso en el desempeño de la labor principal de AQMI: prender la mecha de la yihad para la construcción del Califato. Secuestrar a occidentales no era un negocio, sino una forma de debilitar al enemigo lejano (Occidente) y de financiar la yihad. Y como, según Abu Zeid, traficar con migrantes nada tenía que ver con la yihad, él no tenía ningún interés en participar en ello.

Para Belmojtar, AQMI era un instrumento para ganar dinero en una región del mundo fuertemente desestabilizada donde las actividades ilegítimas ofrecían oportunidades para el negocio. No le interesaban ni la yihad ni construir el Califato. Como buen mercader de personas que era, no hacía distingos entre contrabandear con cigarrillos o cocaína, secuestrar extranjeros o traficar con migrantes. Cada uno de esos negocios le hacía ganar dinero comerciando con cargamentos valiosos.

Sucias componendas con Gadafi

En 2008, cuando los hombres de Belmojtar secuestraron a Fowler y a Guay, la *katiba* del argelino estaba ya implicada en el tráfico de migrantes hacia Libia. Era una especie de «negocio complementario» que ya se estaba haciendo más rentable que los secuestros. Quizá fuera esa la razón por la que Belmojtar aceptó un rescate muy modesto, de aproximadamente 1 millón de dólares, por los dos enviados especiales de la ONU. Posiblemente ese fuera también el motivo por el que aquella mañana de abril de 2009, en el desierto de Mali, Abu Zeid se había enfadado con él.

La vertiente delictiva de AQMI había ido creciendo sistemáticamente con el paso de los años hasta el punto de engullir las motivaciones política y religiosa, y de difuminar las líneas divisorias entre terrorismo y delincuencia pura y dura, como bien demuestra el distanciamiento entre Belmojtar y el consejo (o *shura*) de AQMI. En 2013, Associated Press descubrió una carta en uno de los escondites de Al Qaeda en Mali.[16] En el documento se podía leer la desaprobación de la *shura* por el pobre rescate cobrado a cambio de la liberación de Fowler y Guay. La carta también mencionaba que, en 2010, la insubordinación constante de Belmojtar había llevado a la ruptura de su grupo con AQMI.[17] Según las autoridades malienses, Mojtar Belmojtar fue expulsado de AQMI por su participación en el comercio de drogas, una actividad condenada por el credo yihadista. Además, se afirmaba que había obrado cada vez más por su cuenta con su *katiba*, lo que había terminado por exasperar a los líderes de AQMI y a los miembros de la organización.[18]

Libia brindaba las mejores oportunidades para hacer dinero traficando con migrantes africanos, pues se había convertido ya por entonces en el principal punto de partida de quienes pretendían entrar ilegalmente en Italia

y Europa. Y Belmojtar tenía buenos contactos en Libia, consolidados a lo largo de los años de su negocio de contrabando de tabaco, así que para él y para sus seguidores resultaba bastante fácil sacar provecho de ese mercado. De hecho, entre las críticas manifestadas por la *shura* contra la insubordinación de Belmojtar estaban las referidas a la frecuencia y la duración de sus viajes a Libia.

Libia lleva tiempo lucrándose con el tráfico de migrantes. En 2003, el gobierno Berlusconi inició unas negociaciones secretas con el dictador libio Gadafi con el fin de llegar a un acuerdo para la «contención» y el «bloqueo» del flujo de inmigrantes a través de ese país norteafricano. Ese mismo año, Italia envió «suministros» para ayudar a Trípoli con la cuestión de los migrantes: barcos, vehículos todoterreno, camiones, equipos de buceo, doce mil mantas, mil bolsas para cadáveres y un gran número de contenedores que Gadafi usaba para transportar migrantes africanos desde la costa hacia el interior, hasta campos de detención en el desierto libio.

«Hay dos tipos de contenedor: uno pequeño y otro grande. Yo he viajado dentro de ambos —decía un antiguo migrante—. Cuentan que los ha suministrado Italia. Cuentan que eran un regalo del gobierno italiano a Gadafi.»[19]

Lo que los medios italianos bautizaron como el «viaje de la esperanza» (el trayecto que recorrían los migrantes camino de Europa y de una vida mejor) era en realidad un desplazamiento mortal e inhumano de ida y vuelta al infierno, según lo describen algunos migrantes africanos con quienes se comerció como si fueran mercancía, transportados de un lado a otro de Libia en grandes cajas de metal.[20]

«Cuando llegamos a Misurata, había un contenedor preparado para nosotros —dijo uno de aquellos migrantes—. Era muy largo. Nos obligaron a entrar en él. Nosotros ni sabíamos lo que era. Mientras estábamos dentro, trajeron a otras cien personas del centro de reclusión. Venían de diferentes países; muchos eran de Somalia, Sudán, Eritrea. Se suponía que yo tenía que ir a Italia, pero, en vez de eso, desde Misurata y encerrado en aquel contenedor, me llevaron de vuelta al sur, a Kufra.»[21] Situado en el borde mismo del Sáhara libio, próximo a la frontera con Sudán, Kufra era el mayor centro de detención de Gadafi. Antes o después, todos los migrantes iban a parar a Kufra.

«Me encerraron en un contenedor junto a otras ciento diez personas. Durante el viaje, la mitad se desmayaron. Cuando llegamos al destino, la

prisión estaba llena y no podían admitirnos. Estábamos en Ajdabiya. Así que nos volvieron a meter en el contenedor sin darnos agua alguna y nos condujeron por carretera hasta Kufra. Hubo personas que se murieron allí mismo, a mi lado», recuerda otro migrante.[22]

Para ayudar a Gadafi «con los flujos migratorios», Italia también le facilitó dinero. La ley presupuestaria de diciembre de 2004 concedía a Libia 25 millones de euros para 2005 y 20 millones para 2006. El gesto de agradecimiento del dictador libio no se hizo esperar: en 2007, Eni, la multinacional petrolera y gasística italiana con sede central en Roma, fue elegida para participar en el desarrollo de los sistemas de suministro de gas de Libia en virtud de un acuerdo de negocio de 28.000 millones de dólares por diez años. Fue un contrato escrito con la sangre de los migrantes.

El acuerdo entre Italia y Libia fue una sucia componenda que benefició a los traficantes, convirtió a los migrantes en rehenes y mano de obra esclava, y desvió grandes sumas de dinero del contribuyente italiano hacia el bolsillo del propio Gadafi al tiempo que enriquecía a empresas italianas ligadas a la élite política del país. Berlusconi prometió proporcionar a Libia 200 millones de euros a lo largo de un periodo de veinticinco años en forma de inversiones en obras de infraestructura en territorio libio, entre las que se encontraba un sistema de radares construido por la compañía italiana de seguridad Finmeccanica con el fin de vigilar las fronteras libias en el desierto.

El 29 de diciembre de 2007, el gobierno italiano de centro-izquierda de Romano Prodi (expresidente de la Comisión Europea) otorgó 6 millones de euros adicionales a Libia y firmó un acuerdo para frenar la inmigración desde África hacia Italia. En 2008, durante la campaña electoral, Berlusconi abogó abiertamente por un acuerdo total con Libia sobre cuestiones migratorias que, finalmente, se firmaría tras ser elegido primer ministro. Para celebrar la firma, Gadafi viajó a Roma con sus mujeres guardaespaldas. Plantó sus tiendas (jaimas) en parques públicos de la capital y, cual rey beduino de toda la vida, recibió y agasajó a políticos locales en ellas.

Fue un acuerdo muy sorprendente, pues venía a legalizar un sistema de gulags libios en pleno siglo XXI.[23] Sin embargo, la comunidad internacional acogió favorablemente la nueva amistad entre las dos naciones y no prestó atención a las protestas de organizaciones como Human Rights Watch. «Tiene menos aspecto de amistad que de sucia

componenda que permite a Italia descargar migrantes y solicitantes de asilo sobre Libia a fin de eludir sus obligaciones», comentó al respecto Bill Frelick, director de políticas de refugiados de Human Rights Watch.[24] ¿No estará Angela Merkel tratando de obtener los mismos resultados con Turquía? De hecho, ese parece ser el fin del acuerdo de entre 3.000 y 6.000 millones de euros negociado por la Unión Europea en 2015 y ofrecido a Ankara a cambio de dispersar a los migrantes concentrados a las puertas de Europa.

En los gulags libios

Para los migrantes, el efecto del acuerdo fue desastroso: se tradujo en más intentos fallidos de llegar a Europa y en mayores ingresos para mercaderes de personas como Belmojtar o los traficantes y las autoridades libias. Los traficantes llevaban a los migrantes hasta la costa y alertaban a la policía, que los arrestaba o los secuestraba de inmediato. El traficante recibía a cambio un pago en concepto de rescate. Atrapados en contenedores metálicos, los migrantes volvían a cruzar entonces el desierto del Sáhara en dirección sur, hacia la frontera sudanesa, e iban a parar a Kufra, un gulag del siglo XXI donde quedaban recluidos una temporada.

«Yo viajaba con mi hermana. Tenía veinticinco años y ella, veintidós —recordaba Salima, una somalí que actualmente vive en Canadá—. Cuando llegamos a Kufra, nos encerraron en una habitación con otras ciento veinte personas. Hacía mucho calor y nos moríamos de sed. No había agua. Nos daban una botella de agua diaria y esa era el agua con la que teníamos que apañarnos para todo: para beber, para lavar, etcétera. Íbamos todas sucias, sucísimas. Casi todas teníamos sarna; algunas mujeres tenían cicatrices que no paraban de sangrar. Éramos tantas en la habitación que, por la noche, nos costaba encontrar un hueco para acostarnos. En la de la puerta de al lado, tenían retenidos a los hombres. Ellos lo pasaban mucho peor que nosotras: los vigilantes les daban golpes cada dos por tres. Oíamos sus gritos, pero no podíamos hacer nada, así que algunas mujeres no hacían más que llorar, llorar y llorar. Yo pensaba que habíamos llegado al infierno. Solo quería morirme de una vez.»[25]

Después de unas semanas o incluso meses, los carceleros fingían poner en libertad a quienes habían sobrevivido. «Nos decían que nos iban a

expulsar a Sudán —explicó uno de aquellos migrantes—. Dos coches patrulla de la policía (vehículos que decían que les había suministrado el gobierno italiano) venían a recogernos de prisión, pero, en vez de trasladarnos a la frontera, nos llevaban a los traficantes locales, que aguardaban afuera, preparados para comprarnos. Había algunos de Sudán y pagaban treinta dinares por migrante. No es mucho. Pero luego sacaban mucho dinero vendiéndonos a los traficantes libios, que nos llevaban de vuelta a Trípoli, donde nos cobraban cuatrocientos dólares [por nuestra libertad].»

Los migrantes eran vendidos una y otra vez a una serie de intermediarios. Y en cada una de esas ocasiones, se les ordenaba que llamasen a sus familias y les pidieran que pagasen un rescate si querían que los pusieran en libertad. «Mi familia envió el dinero a Mesfin, [un lugar de] Sudán. Pero, aunque pagues, te vuelven a parar más adelante. A mí me pararon en Ajdabiya [en Libia] y me pidieron más dinero. Si no les pagas, te atan como a un animal o te entregan a la policía, que te devuelve a Kufra, y la pesadilla empieza nuevamente desde cero.»[26]

Siguiendo esta especie de ritual más propio de un «Día de la Marmota» sádico que de otra cosa, los migrantes eran capturados y recapturados, transportados a través del desierto en contenedores y secuestrados una y otra vez. Podían pasarse meses (años incluso) atrapados en el Sáhara libio. «Yo pensaba que el viaje sería de Sudán a Kufra, de Kufra a Trípoli y de allí a Italia —recordaba otro migrante—. Pero no: antes de llegar a Italia, tuve que ir y volver varias veces de la costa libia a Kufra, y me compraron y me vendieron en cinco ocasiones, y me secuestraron en otras siete.»[27]

¿Sabía el gobierno italiano qué métodos utilizaba Gadafi para mantener a raya a los migrantes? En 2005, llegó a Kufra una delegación de Italia. «Los guardias encerraron a todos los delincuentes comunes y a quienes habían venido de Nigeria, Chad, Senegal y Darfur que estaban con nosotros —recuerda un migrante que, en aquel entonces, estaba recluido en Kufra—. Los italianos llegaron con nuevos vehículos relucientes con la bandera de Italia. Un joven eritreo comenzó a hablar con ellos en italiano para que los vigilantes no entendieran lo que les decía. Ellos le preguntaron si nos gustaba aquel sitio, si teníamos comida suficiente, si disponíamos de duchas, jabón, etcétera. Y el joven les respondió que aquel sitio era un gulag. Que nos molían a palos con asiduidad, que nos vendían a intermediarios y que la policía nos secuestraba. Cuando se fueron, dijeron

que estábamos bajo protección de Naciones Unidas y que las cosas mejorarían a partir de entonces. Pero no cambió nada.»

¿Sabía la Unión Europea lo que estaba ocurriendo en Libia a raíz de los acuerdos estratégicos firmados para contener la migración hacia Europa? En 2007, una delegación de Frontex, la agencia de la Unión Europea fundada en 2004 para gestionar la cooperación entre policías nacionales de fronteras, organizó una misión a Libia que visitó Kufra. Cuando, unos años después, uno de los que habían estado recluidos en ese campo de detención preguntó al presidente de Frontex si él conocía las condiciones de los migrantes que allí había, dijo no estar muy familiarizado con la situación en aquel centro, pero que había oído que «había margen de mejora».

Entre las labores de Frontex, se incluye la detección y el freno de la inmigración ilegal, el tráfico humano y la infiltración terrorista; sin embargo, está claro por su informe anual de 2007 que no había descubierto ni había denunciado los gulags libios. En vez de ello, la delegación de Frontex escribió lo siguiente acerca de Kufra: «Durante la visita a la región sur de Libia, los miembros de la delegación tuvieron la oportunidad de apreciar la extensión y la diversidad del desierto; ninguna región europea es comparable». Es evidente que aquellos visitantes no habían cruzado el desierto del Sáhara en el interior de un contenedor.

4

LA ECONOMÍA DE LA PIRATERÍA

Judith y David Tebbutt, una pareja británica de mediana edad, llegaron al Kiwayu Safari Village, un complejo de turismo de playa situado al norte de la ciudad costera de Lamu (en el litoral marítimo septentrional de Kenia), el mismo día en que se cumplía el décimo aniversario del 11-S. Se alojaron en un bungaló junto a una playa de arena blanca, a unos pasos del océano. Esa noche, los Tebbutt cenaron en el restaurante del complejo turístico y tomaron unas copas con el dueño. Eran los únicos huéspedes del establecimiento.

Judith Tebbutt admitiría en retrospectiva haber sentido cierta inquietud ante el hecho de que nadie más que ellos se alojara esos días en el Kiwayu Safari Village y ante la mucha distancia que separaba su bungaló de la zona de la recepción y el restaurante.[1] Tampoco le gustó que no hubiera puertas o ventanas que cerrar y que su dormitorio fuera completamente abierto. Les dijeron que el Kiwayu Safari Village era tan seguro que no hacían falta cerraduras. La dirección sí aconsejó a los Tebbutt que depositaran sus joyas en una caja para protegerlas de los traviesos monos de la zona. Era evidente que el complejo hotelero era seguro o, al menos, eso pensaban los Tebbutt.

La pareja se quedó dormida escuchando el suave batir de las olas del océano Índico contra la playa de arena junto a la que estaba su dormitorio. Pero lo que prometía ser el preludio de unas vacaciones de ensueño terminó siendo el último rato que Judith Tebbutt pudo pasar acostada junto a su marido. Cuando ella se despertó en plena noche, él estaba de pie gritando a un hombre armado mientras otro apuntaba con un arma a la cabeza de la

propia Judith. En apenas unos segundos, su marido cayó al suelo desplomado y dos hombres la sacaron a rastras de la cama y la llevaron hacia la playa. Pensaba que a David lo habían golpeado y que había perdido el sentido. Descalza, en pijama, Judith no tardó en darse cuenta de que la estaban secuestrando. Dos hombres la arrojaron a una barca que aguardaba a solo unos metros del porche del bungaló, donde unas horas antes ella había esbozado una sonrisa para la cámara de fotos de su marido, que quiso retratarla allí, estirada en la hamaca.

La embarcación arrancó a toda velocidad en dirección a la costa somalí, de la que solo los separaban una cuarentena de kilómetros.

La globalización de la mano de obra criminal

Judith Tebbutt fue la primera rehén raptada por secuestradores somalíes en tierra firme en Kenia. Hasta el 11 de septiembre de 2011, el mundo solo había oído hablar de los «piratas» de Somalia: huestes de malhechores que llegaban a bordo de pequeñas embarcaciones y apresaban grandes cargueros en aguas del golfo de Adén. El secuestro de Tebbutt, sin embargo, fue el primero de una serie de parecidas operaciones de toma de rehenes en Kenia. En las semanas siguientes, una francesa discapacitada, Marie Dedieu, fue llevada a la fuerza por sus captores de otra playa del norte de Kenia; luego, dos cooperantes españoles fueron secuestrados de un campamento de refugiados. Era evidente que Kenia, un país considerado por muchos occidentales como un buen lugar de vacaciones, ya no era segura.

Judith Tebbutt estuvo secuestrada durante más de seis meses. Sus captores la movieron de escondite con bastante frecuencia, en ocasiones, llevándola a campos situados en lo hondo de los manglares de la costa meridional de Somalia. En pleno cautiverio, durante la primera llamada telefónica que pudo mantener con su hijo, supo que su marido no había sobrevivido al ataque.

Su calvario fue similar al de otros muchos rehenes extranjeros: le daban de comer lo justo para mantenerla con vida; los secuestradores trataban de deshumanizarla; enfermó por culpa de la mala alimentación, la suciedad del agua que bebía, las duras condiciones de su cautiverio y la falta de una higiene adecuada. Como Maria Sandra Mariani, Judith tuvo tiempo de observar las interacciones entre sus captores y llegó a la conclusión de que

aquellos carceleros suyos eran personas sencillas y que el grupo funcionaba con arreglo a una jerarquía bien definida, una estructura de poder respetada por todos sus miembros.[2]

Mariani y Tebbutt tuvieron la impresión de que la disciplina se mantenía por medio del castigo; no sabían, sin embargo, que se aplicaba predominantemente, más bien, a base de sanciones monetarias, que se deducían de la parte del rescate que tocaba al secuestrador sancionado. En realidad, esa era una regla general que todos los captores seguían, con independencia de cuál fuera la región o el país de sus operaciones. En Somalia, por ejemplo, los piratas que maltrataban a la tripulación secuestrada o que se dormían en plena guardia tenían que pagar una multa de 5.000 dólares, y hasta el doble de esa cantidad cuando se negaban a obedecer una orden.[3] Los robos, por su parte, eran una infracción punible con la muerte. De hecho, el marinero danés Søren Lyngbjørn, secuestrado en 2011 por piratas somalíes, declaró tras su puesta en libertad que, en una ocasión, unos cuantos de sus captores habían sido sorprendidos por otros miembros del grupo cuando intentaban robar un coche lleno de *khat* (la droga que los piratas mascaban todo el rato),[4] y estos los habían ajusticiado a tiros en el acto.[5]

En Somalia, como en Mali y en todo el Sahel, en la base de la pirámide de la mano de obra de los secuestros de personas, vehículos y navíos, nos encontramos con jóvenes sin estudios ni cualificación que recurren a la delincuencia para sobrevivir. En 2011, en Somalia, había una más que abundante oferta de personas así. Entre 1950 y 2010, ese país había experimentado un *boom* demográfico sin precedentes: su población había aumentado desde los 2 millones de habitantes hasta los 8 millones, y eso aun teniendo en cuenta que, durante esas mismas décadas, se había producido el éxodo de más de 2 millones de somalíes. Lo paradójico es que ese crecimiento demográfico excepcional coincidió en el tiempo con una disgregación progresiva de la economía y el Estado somalíes.

Somalia: una baja de la guerra fría

Muchos creen que los problemas serios de Somalia comenzaron en 1992, cuando la ONU y Estados Unidos lanzaron la Operación Restaurar la Esperanza. Tras la caída del dictador Mohamed Siad Barre a manos de

milicias rebeldes locales, Naciones Unidas envió una misión internacional de paz de treinta mil militares a aquel país con el propósito de restablecer la ley y el orden y proteger a la población civil. Pero las tropas estadounidenses y de la ONU fueron retiradas a raíz de que, el 3 de octubre de 1993, dos helicópteros estadounidenses UH-60 Black Hawk fueran derribados en Mogadiscio y los rebeldes arrastraran entonces el cadáver de un americano por las calles de la capital somalí como si fuera un grotesco trofeo de guerra.[6] Pronto Somalia fue declarada un Estado fallido.

A pesar de lo atractiva que pueda resultar esta manida versión de la historia del declive somalí, la verdadera génesis de las tribulaciones del país se remonta a décadas antes, concretamente a finales de los años sesenta, cuando Somalia se vio arrastrada a una de las típicas guerras subsidiarias de la era de la guerra fría. En 1969, el general Siad Barre derrocó la frágil democracia somalí y proclamó el socialismo en el país. Bajo el paraguas de la Unión Soviética, comenzó a recibir armamento y ayuda exterior. Pero cuando, a finales de la década de 1970, Moscú decidió apoyar a Etiopía en la pugna por el control de la región de Ogaden, Barre acudió a Washington, que lo recibió con los brazos abiertos. No tardaron en llegar así más armas y ayuda a Mogadiscio. Esta militarización y esta relación clientelar con los contendientes de la guerra fría terminaron por dañar la economía, penetrada a fondo por el componente armamentístico, lo que crearía el marco propicio para los problemas posteriores.

Frank Crigler, embajador de Estados Unidos en Somalia de 1987 a 1990, asegura que el gobierno de Washington armó a Barre por razones estratégicas: «Era valioso contar con acceso a instalaciones militares de refuerzo en caso de que fueran necesarias».[7] Pero Barre jamás había estado interesado en combatir por las superpotencias. Valiéndose de su hondo conocimiento de los clanes somalíes, repartió armas entre quienes le eran leales (localizados principalmente en el sur) y los alentó a atacar a los clanes del norte, que se oponían a su régimen. De ahí que, durante dos décadas, las armas soviéticas y norteamericanas sirvieran para alimentar una violenta guerra civil que el propio dictador instigaba y costeaba con el propósito de conservar su poder personal.

Con el fin de la guerra fría, Estados Unidos dejó de apoyar a Barre y este fue pronto derrocado por las facciones rebeldes. Sin embargo, su caída no ayudó a restablecer la paz. A comienzos de la década de los noventa, Somalia era un país embrutecido por la guerra e inundado de armas. El

norte se declaró independiente bajo la denominación de Somalilandia, mientras que el sur se sumió en la guerra civil. Nada debe sorprendernos que la Operación Restaurar la Esperanza fracasara. Se lanzó en 1992, cuando el daño ya estaba hecho. Desgraciadamente, apenas un par de décadas después, la guerra civil en Siria —transformada hoy ya en una guerra subsidiaria entre potencias externas— está recreando ese mismo escenario distópico.

Como Estado fallido que era, Somalia no tardó en convertirse en blanco perfecto para la delincuencia globalizada. Por ejemplo, sin una armada funcional que pudiera patrullar sus costas, la pesca ilegal proliferó como nunca. A comienzos del nuevo siglo, se estima que había unos setecientos navíos extranjeros plenamente dedicados a pescar sin licencia en aguas somalíes, de donde extraían capturas de especies de alto valor, como atunes, tiburones, langostas y langostinos de aguas profundas. En apenas unos pocos años, la pesca ilegal destruyó la rica industria pesquera somalí y condenó a gran parte de la población del país a la pobreza. Las aguas costeras de Somalia se convirtieron también en un vertedero global de desechos electrónicos y radioactivos. En 2009, el coste de los vertidos de residuos tóxicos procedentes de otros países en aguas somalíes equivalía aproximadamente al 1 por ciento de lo que costaba procesarlos en Europa. [8]

Era cuestión de tiempo que los delincuentes somalíes comenzaran a explotar el extenso litoral sin vigilancia de su país: un área de miles de kilómetros cuadrados que va desde el canal de Mozambique hasta el mar Rojo. «La longitud de su costa y su posición geográfica en plena entrada del mar Rojo hacen de Somalia un lugar único desde el punto de vista estratégico», explica Giacomo Madia, un asegurador italiano. Somalia, además, está muy próxima a la principal fuente de suministro de energía de Europa, los yacimientos petrolíferos de Arabia Saudí y el golfo Pérsico, por lo que muchos petroleros navegan habitualmente junto a sus costas.

Visto desde nuestra perspectiva actual, dejar que Somalia cayera en el abismo hasta convertirse en un Estado fallido fue un error mayúsculo: la victoria en la guerra fría no cambió la geografía del planeta. La ubicación estratégica de Somalia adquirió primordial importancia porque la globalización potenció el comercio internacional y una parte crecientemente grande de este transita ahora frente a las costas de Somalia y el Cuerno de África. Esta ruta comercial, desprovista de vigilancia policial, pasó así a ser

un nuevo recurso listo para ser explotado por piratas somalíes dedicados a secuestrar embarcaciones y personas.

Negociar con piratas

El 6 de abril de 2009, unos piratas somalíes secuestraron el *Malaspina Castle* y a su tripulación en aguas del golfo de Adén, frente a la costa de Somalia. Aunque el dueño del barco era italiano, este navegaba bajo pabellón y empresa fletadora británicos. He ahí un factor importante, pues la ley italiana prohíbe el pago de rescates en caso de secuestros y prevé la congelación inmediata de los fondos y activos de los potenciales afectados. Si el carguero hubiese estado registrado en Italia, el propietario no habría tenido la posibilidad de negociar rescate alguno.[9]

El *Malaspina Castle* se había hecho a la mar unos días antes desde Novorosíisk y se dirigía a China. Era el último navío de un convoy que acababa de atravesar el canal de Suez en dirección al océano Índico, lo que lo hacía el blanco más fácil de todos los del grupo para los piratas. Transportaba un cargamento delicado —mineral de hierro prerreducido (DRI), que puede explotar a temperaturas elevadas—, por lo que resultaba fundamental que el material se mantuviera en las condiciones correctas durante el secuestro. ¡Y vaya si se mantuvo!

«Desde el mismísimo principio, nos dimos cuenta de que estábamos tratando con profesionales —puntualiza Giacomo Madia, quien ejerció de coordinador de la negociación para la liberación del *Malaspina Castle* en representación del propietario—.[10] Pusimos inmediatamente en marcha un equipo de crisis. Un abogado especializado en derecho del mar, nuestro director de reclamaciones por seguros de casco (el señor Nunzio Natale), un ingeniero marítimo y el gerente de la flota estaban permanentemente pendientes y vigilantes de cualquier emergencia. Ellos (los secuestradores) establecieron de inmediato una buena relación con nosotros, con el objetivo evidente de evitar tensiones y cualquier clase de problemas durante las negociaciones. De hecho, el único punto muerto con el que nos encontramos fue cuando su oferta inicial fue rechazada: pedían más de 3 millones de dólares. En aquel entonces, las tarifas vigentes oscilaban entre los 1,5 y los 2,5 millones de dólares. Luego, claro está, en 2010 y 2011, los

rescates se dispararon y llegaron a ser incluso de 5 o 6 millones. Pero, en 2009, exigir 3 millones era demasiado.»

Enseguida se contactó con un equipo profesional de negociadores, ArmorGroup, y las conversaciones con los secuestradores empezaron justo al día siguiente de la captura del navío en alta mar, empleando para ello una línea telefónica reservada, y repitiendo los contactos cada dos días. «Eran unos negociadores muy hábiles —recuerda Madia—. Trataron incluso de presionarnos utilizando a la tripulación. Permitían que los tripulantes hablaran con sus familias. Luego, estos familiares llamaban al dueño y le metían presión para que aceptara las condiciones del rescate. [...] También permitían que el capitán hablara con el gerente de la flota y lo mantuviera informado de la situación de la tripulación y de los niveles de humedad y temperatura, que podían terminar afectando a la vulnerabilidad del barco debido al cargamento especial, de DRI, que este transportaba. Hubo un momento, tras nuestras reiteradas negativas a pagar, en que incluso amenazaron con llevarse a diez miembros de la tripulación a tierra firme para matarlos allí. Yo pregunté al negociador de ArmorGroup (la empresa británica a la que contratamos no solo para que nos orientara en las negociaciones, sino también para que se encargara del resto de actividades) si iban en serio y él me dijo que aquello era un farol. Se trataba de una táctica psicológica dirigida a que aceptáramos una oferta más alta. En realidad, al cabo de veinticuatro horas, reanudamos las negociaciones y, en menos de un mes, recibimos una nueva petición, de 1,8 millones de dólares aproximadamente... que sí aceptamos.»

Los secuestradores del *Malaspina Castle* estaban asimismo muy bien organizados por lo que se refiere a la entrega del rescate. A Madia le explicaron con todo lujo de detalles qué debía hacer la compañía propietaria: el rescate tenía que entregarse allí donde guardaban el barco. Para ello, hubo que transferir los fondos a Yibuti para retirar allí el dinero en efectivo y colocarlo en maletas forradas y selladas con plástico. Luego, ArmorGroup alquiló una avioneta PiperJet y lanzó las maletas en paracaídas sobre el navío secuestrado. «Fueron muy meticulosos con los detalles de cómo dejar caer el dinero sobre el barco. Aquella era una operación arriesgada, porque todas las instrucciones se nos daban por mensajes de radio y cualquiera podía escucharlos.» Si las maletas caían demasiado lejos de la embarcación, otros grupos de piratas alertados por las instrucciones radiadas podrían llegar antes a ellas. «Si eso hubiera ocurrido,

habríamos tenido serios problemas, porque el seguro no cubría esa clase de riesgo —aclara Madia—. Habíamos conseguido la absoluta cooperación de nuestros aseguradores londinenses después de que yo los visitara inmediatamente después del secuestro del *Malaspina*, y continuamos teniéndola a lo largo de todas las negociaciones, y logramos incluso usar nuestro seguro por riesgos de guerra para financiar el rescate.» Entre los «riesgos de guerra» se incluía el riesgo de un ataque pirata, en virtud de lo que se conoce como una cláusula de avería gruesa, y Giacomo Madia se las ingenió para que los aseguradores del *Malaspina Castle* sufragaran no solo el rescate, sino también los gastos derivados que el dueño del barco tenía que afrontar, incluido el alquiler del PiperJet (para transportar el rescate por vía aérea), entre otros. Eran gastos que surgían a diario y entre los que había que contabilizar también el coste de contratar a ArmourGroup a razón de 1.750 libras esterlinas por día.

La industria de la piratería

El secuestro de naves y tripulaciones representaba unos costes (fijos y variables) también para los piratas. Cuanto más se alargaban las negociaciones, menores eran sus beneficios. Este es un principio aplicable a cualquier forma de secuestro. En el modelo de negocio que los piratas habían desarrollado en Somalia, los secuestros eran tratados como recursos naturales, mientras que la negociación se clasificaba como uno más de los costes de explotación de tales recursos.

El modelo de la piratería somalí evolucionó siguiendo el mismo patrón que el modelo de negocio de los secuestros de AQMI en el Sahel. Dada la coincidencia casi exacta del carácter distópico de los respectivos Estados fallidos en los que operaban, tanto los yihadistas-delincuentes de AQMI como los piratas somalíes sustituyeron el sistema centralizado clásico de la Mafia de los siglos XIX y XX por una forma de delincuencia descentralizada y desestructurada, que tenía como objetivo primordial a los extranjeros y los intereses foráneos. Como se detalla más a fondo en el capítulo 14, ese es también el modelo que los traficantes de migrantes han adoptado en la actualidad.

Ahora bien, los piratas somalíes demostrarían ser más sofisticados que los yihadistas-delincuentes de AQMI. Para empezar, la piratería hacía

blanco en uno de los negocios que más se benefician de la globalización: el comercio internacional. En segundo lugar, los piratas no secuestraban solamente tripulaciones, sino que también capturaban sus embarcaciones y los cargamentos que estas transportaban, con lo que las negociaciones trataban de más cosas que la mera liberación de rehenes.

La piratería obligaba a realizar unas inversiones iniciales más elevadas que los secuestros y requería por tanto de financiadores. Para el secuestro de embarcaciones normalmente era preciso contar con un gran barco nodriza, por lo que el coste en inversiones era elevado. Los financiadores podían gastarse hasta 30.000 dólares en juntar una tripulación en el océano Índico y más de 10.000 en hacer lo propio en el golfo de Adén. Además, para garantizar que otros clanes rivales no robaran los rehenes ni el dinero de los rescates, los piratas contrataban los servicios de milicias locales a razón de hasta 10.000 dólares mensuales. También se necesitaba dinero para adquirir dispositivos electrónicos destinados a interceptar los barcos y coordinar los asaltos.

Por último, la piratería exigía más efectivos humanos (y mejor equipados y mejor cualificados) que los secuestros de extranjeros en el desierto del Sáhara. Los piratas necesitaban marineros. Esto explica en parte por qué se reclutaron inicialmente antiguos pescadores: personas que conocían el mar y habían visto desaparecer su anterior medio de vida por culpa de la sobrepesca.

A diferencia del modelo de los secuestros de AQMI, que no requerían de grandes inversiones iniciales, el de la piratería emulaba el clásico modelo de inversiones del capitalismo temprano, en el que el retorno del capital era mucho más elevado que el coste del factor trabajo debido a la abundancia de mano de obra barata. Los inversores podían embolsarse hasta un 75 por ciento de los beneficios y dejar a los piratas solo un 25 por ciento de los mismos. Sin embargo, no hay que olvidar que, en un país donde el PIB per cápita estimado se situaba en torno a los 600 dólares anuales, un pirata podía ganar fácilmente 10.000 dólares o más de una sola tacada al término de un secuestro zanjado con el cobro de un rescate, como sucedió con el del *Malaspina Castle*. De esas grandes sumas, los piratas tenían que deducirse sus gastos y las tasas que tenían que abonar para ser admitidos en la operación, que a menudo eran muy altas.

El efecto goteo de la economía de la piratería

Según el testimonio de antiguos piratas, cuando un navío capturado era conducido a tierra en Somalia, toda una economía se activaba en apoyo de aquella acción. Había cocineros que se encargaban de los servicios de comida y bebida de la tripulación secuestrada y de los piratas. Se hacía traer *khat* hasta allí y no faltaba una buena oferta de otros muchos productos y servicios, alcohol y prostitución incluidos. Todas estas personas, emprendedores incluidos, no cobraban hasta que se hacía efectivo el rescate. Cada gasto se apuntaba y cada recibo o resguardo se conservaba religiosamente hasta que llegara el día de cobro.

No dejaba de ser irónico que los préstamos y el efecto económico de goteo de la riqueza, fenómenos ambos muy queridos de la doctrina neoliberal occidental, fuesen esenciales para el éxito del modelo de la piratería en Somalia. Los inversores cubrían el coste inicial del secuestro de un navío y, durante las negociaciones, los piratas se autofinanciaban incurriendo en deudas. Por así decirlo, pues, los inversores se encargaban de los costes fijos, mientras que los costes corrientes se cubrían a base de comprar a préstamo en las tiendas y negocios locales. Como es lógico, hasta que se cobra el rescate, la deuda aumenta devengando un interés que puede llegar a ser de hasta el 100 por ciento. Por ejemplo, si un pirata pide diez dólares de saldo para su teléfono móvil y promete pagarlos en cuanto reciba dinero de un rescate próximo, tendrá que reembolsar veinte dólares al tendero que le facilitó el servicio.[11]

Cuando se percibe un rescate, es día de cobro para todos. Los patriarcas locales y los líderes de los clanes exigen entre un 5 y un 10 por ciento del rescate en concepto de derechos de fondeo en sus zonas. Otro 10 por ciento toca a repartir entre el grupo encargado de la seguridad, en el que se incluyen exmilicianos e intérpretes. Los piratas, su comandante, la tripulación del buque nodriza y los escuadrones de asalto se reparten otro 30 por ciento del rescate, con el que tendrán que saldar sus deudas personales pendientes. «Un contable busca entonces a cada uno de los que deben dinero y lo cobra nada más recibirse [el rescate]», explicaba un antiguo pirata.[12] En ocasiones, una parte se dedica a pagar a señores de la guerra que protegen a los piratas de sus propios clanes (ante quienes ocultan sus identidades) a fin de no tener que compartir el dinero con sus

respectivas tribus. Por último, hay un porcentaje que también va a parar a los bolsillos de los negociadores.

En su libro de memorias *A Long Walk Home*, Judith Tebbutt describe el efecto económico de goteo de la riqueza que se desencadena con el pago de un rescate. «La suma que se pagó en concepto de rescate por mi liberación tuvo que dividirse luego entre muchos perceptores: muy probablemente, la primera tajada iría destinada a saldar un préstamo con su correspondiente interés que los piratas suscribieron para financiar de entrada la operación. Mantenerme cautiva resultaba caro: aunque mi alimentación salía barata, vigilarme no lo era y, además, a aquellos guardianes había que mantenerlos con comida cocinada, *khat* y salarios. Una vez abonadas todas esas facturas pendientes, el resto de los ingresos tuvieron que dividirse entre todos los participantes, desde los de arriba del todo hasta los de más abajo.»[13]

El efecto de goteo de la riqueza prosigue luego a nivel local. Los piratas de bajo rango, por ejemplo, se gastan su dinero rápido, muy rápido, en la economía local. En una entrevista con miembros de la Youth Organization Against Piracy (Organización Juvenil contra la Piratería) de Garowe, capital de la región somalí de Puntlandia, uno de los expiratas contó que había participado en el secuestro de un buque por el que se había obtenido un rescate de 2,5 millones de dólares. Su inversor recibió unos 800.000 dólares, y su parte personal fue de unos 40.000. Él se compró un coche por 10.000 dólares, prestó 20.000 a un amigo que quería reinvertirlos en otra operación que finalmente se frustró, y luego empleó los 10.000 dólares restantes en «actividades de ocio» en Garowe, básicamente en alcohol y prostitutas.[14]

El modelo de negocio de la piratería está estructurado deliberadamente de tal modo que obliga a sus «soldados rasos» a buscar fortuna de nuevo pirateando en el mar. También ha convertido la piratería misma en una industria nacional con la que se financian un gran número de negocios auxiliares de la misma en Somalia. La ONU calcula que, de abril de 2005 a diciembre de 2012, la piratería generó entre 350 y 420 millones de dólares en el Cuerno de África. Durante ese periodo, el número de secuestros de navíos y tripulaciones aumentó en progresión exponencial. En 2006, 188 personas fueron hechas rehenes; en 2009, la cifra alcanzó las 1.050, y en 2010, fueron ya 1.181. Paralelamente, los rescates pagados pasaron de ser de cientos de miles de dólares en 2006 a una media de 5 millones por operación en 2011. En 2011 precisamente, la piratería constituyó la segunda

mayor fuente de ingresos en Somalia, aportando a la economía del país más de 200 millones de dólares anuales, solo por detrás de las remesas de la diáspora somalí repartida por el mundo, que totalizan una suma estimada de 1.000 millones de dólares al año.

No es de extrañar, pues, que los piratas somalíes sintieran que sus actividades estaban perfectamente justificadas y se autodenominaran *badaadinta badah*, o «salvadores del mar» (una expresión traducida a menudo como «guardacostas»), y no *burcad badeed*, que es como se diría «pirata» en somalí.

Los extranjeros, las capturas más codiciadas del océano Índico

Mucho antes de que Judith Tebbutt fuese secuestrada y su marido asesinado a solo cuarenta kilómetros de Somalia, la sociedad civil somalí había desaparecido como tal. Cuando los Tebbutt llegaron a las playas de arena de Lamu, la mayoría de la población del país vecino había retrocedido a un estado de tribalismo casi primitivo: atrapada dentro de clanes cada vez más violentos, viéndoselas y deseándoselas para tener lo mínimo para sobrevivir, había perdido ya su brújula moral.

En una entrevista para la BBC, Judith Tebbutt recordaba que, un día, el secuestrador somalí anglófono que hacía las veces de intérprete suyo le dijo que un hermano (del propio intérprete) quería hacerle una pregunta. Quería saber si ella pensaba que eran unas malas personas por lo que le estaban haciendo. Ella trató de explicarles por qué lo que hacían estaba mal, pero era como si aquellos jóvenes hermanos somalíes no pudieran comprender el significado de lo que ella les estaba diciendo. Mariani vivió experiencias similares en Mali con sus captores más jóvenes.

En 1998, cuando trabajaba para el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), Vincent Cochetel llegó a esa misma conclusión durante su secuestro y su cautiverio de 317 días en Chechenia. [15] Lo tuvieron encerrado en una celda subterránea en la que reinaba la más absoluta oscuridad durante veintitrés horas y cuarenta y cinco minutos todos los días. Solo le daban una vela con mecha y cera para quince minutos junto con un pedazo de pan grande y un cuenco de sopa. Un día, un carcelero nuevo se dirigió a él. Con voz muy queda, le dijo: «Quería agradecerle la ayuda que su organización prestó a mi familia cuando

estábamos desplazados en el vecino Daguestán». Aquello fue muy duro para Cochetel: «Me dolió tanto. Fue como si me clavaran una espada en el vientre. Me llevó semanas de reflexión interior el intentar reconciliar los buenos motivos que teníamos para ayudar a aquella familia y el hecho de que él se hubiera convertido en un soldado de fortuna. Él era joven. Era tímido. Nunca le vi la cara. Probablemente tenía buenas intenciones. Pero con aquellos quince segundos, hizo que me cuestionara todo lo que hacíamos, tantos sacrificios».[16]

En Somalia, como en Chechenia, dentro del contexto de un escenario político cada vez más distópico, el bien y el mal se evaporaron y los extranjeros pasaron a ser presas de depredadores que eran, a su vez, víctimas del Estado fallido. La caza del extranjero se extendió a todas partes: al mar, a la costa y hasta a los países limítrofes.

Todo el mundo parece estar implicado en esa caza, muchos niños incluso, según cuenta Jessica Buchanan a propósito de su calvario particular en Somalia. «Oscurece y hemos cambiado de vehículos un par de veces. Han acudido más personas. Gritan. Y oigo detrás de mí una voz más aguda e insistente en somalí. Y pienso: “Dios mío, han metido a una mujer en esto”. Entonces me giro y veo a un niño pequeño en la parte de atrás del todoterreno con un AK-47 y su correspondiente munición enristrada. Y me doy cuenta de lo irónico del motivo por el que vine a África en su momento».[17] Ese niño soldado estaba, según Buchanan, «aprendiendo el oficio». La globalización tiene un aterrador lado oscuro. Ha convertido varias zonas del mundo en junglas modernas donde los delincuentes buscan aprendices jóvenes que se instruyan en cómo sacar provecho de los extranjeros y los turistas. Los gobiernos continúan siendo reacios a admitirlo, pero esa es la realidad.

Poco después del secuestro de Judith Tebbutt, las autoridades kenianas emprendieron una investigación. La explicación oficial fue que dos somalíes y seis kenianos habían obligado a punta de pistola a un vigilante del complejo a que les revelara qué bungaló estaba ocupado. Según la policía, se trataba de un grupo de delincuentes comunes que habían obtenido un soplo de un trabajador del Kiwayu Safari Village.

Aunque nunca dieron con los secuestradores, las autoridades de Kenia condenaron a Ali Babitu Kololo, un leñador de un pueblo cercano a quien la policía acusaba de haber transportado a los asaltantes hasta el Kiwayu Safari Village. No hubo más investigaciones al respecto.

En octubre de 2015, sin embargo, Al Jazeera hizo público el contenido de una nota informativa del MI6 elaborada solo dos días después del secuestro de Judith Tebbutt que había obtenido a partir de una filtración. Según aquel documento, el complejo hotelero keniano donde la pareja británica se alojaba llevaba ya varios años bajo vigilancia de Al Shabab (la organización yihadista somalí fundada a finales de 2006) antes de aquel asalto. En el informe se citaban fuentes de la inteligencia de Kenia que afirmaban que, en septiembre de 2008, se había procedido al arresto de cuatro hombres sospechosos de pertenecer a Al Shabab cerca del Kiwayu Safari Village mientras, según parece, examinaban su seguridad. En febrero de 2010, los servicios de seguridad kenianos consiguieron frustrar un intento de secuestro de otros huéspedes occidentales en aquel mismo complejo por parte de la propia Al Shabab.

¿Estaban colaborando los delincuentes con los yihadistas? O, lo que es más probable, ¿estaba Al Shabab siguiendo en Kenia la sugerencia de los líderes de Al Qaeda en el sentido de que se introdujeran también en el negocio de los secuestros a la vista del éxito del modelo de AQMI? El rescate que se pagó finalmente por Judith Tebbutt fue de 1,1 millones de dólares, un buen beneficio neto por seis meses de trabajo. De hecho, el mencionado informe también indicaba que, dos meses antes del rapto de Judith Tebbutt, Kahale Famau Khale, un comandante de Al Shabab, había comentado la posibilidad de secuestrar a turistas occidentales de la isla de Lamu, y había hablado incluso de obtener un barco para trasladarlos al norte de la costa somalí. Apenas unos días antes del asalto al Kiwayu Safari Village, Khale fue visto en Ras Kamboni, una localidad próxima a la frontera.

En su libro *A Long Walk Home*, Tebbutt asegura que sus secuestradores eran piratas y «debían de tener un conocimiento preciso de las mareas locales y de los peligrosos arrecifes coralinos que bordean la costa y convierten la navegación por la zona en un ejercicio muy arriesgado».[18] Sin embargo, a Al Shabab no le resultaría imposible contar con marineros expertos entre sus seguidores o conseguir que sus propios miembros se hicieran pasar ante aquellos por otro tipo de personas con otros fines. Como veremos más adelante, los secuestradores suelen ocultar la organización a la que pertenecen. Pero lo más relevante del caso es la revelación de la política del gobierno británico de no implicarse en trato ni negociación alguna con organizaciones terroristas como Al Shabab. Judith Tebbutt tuvo

suerte de que las autoridades estuvieran convencidas entonces de que sus captores eran piratas y no terroristas, aun cuando la distinción entre unos y otros bien pudiera ser meramente semántica.

El documento del MI6 filtrado daba a entender, de hecho, que Al Shabab también estaba teniendo sus escarceos con el negocio de la piratería somalí y con el secuestro de grandes buques. No obstante, como ya hemos visto, la piratería era una sofisticada industria nacional. Es sumamente improbable que Al Shabab dispusiera de los inversores, la estructura y la experiencia técnica necesaria para secuestrar cargueros. Tampoco contaba con el respaldo de la población local. De hecho, no existe prueba alguna de que nunca se haya producido un episodio de piratería de buques comerciales perpetrado por islamistas somalíes. Ahora bien, dada su poderosa presencia en ciertas partes del país, es indudable que Al Shabab se beneficiaba indirectamente de esa clase de piratería. En Haradhere, por ejemplo, un puerto situado al norte de Mogadiscio, los piratas pagaban un «impuesto al desarrollo» del 20 por ciento a Al Shabab, que controlaba la región.[19]

Por su parte, la incursión de Al Shabab en el negocio del secuestro de extranjeros en territorio de Somalia y otros países vecinos no fue tan exitosa como la de AQMI en el Sahel. Aunque sí logró raptar a varios extranjeros que navegaban en embarcaciones privadas, la llegada de Al Shabab a ese negocio fue ya demasiado tardía, apenas unos pocos años antes de que los visitantes foráneos cayesen definitivamente en la cuenta del peligro de viajar a esos países o de navegar por la costa somalí.

Personas como los Tebbutt ignoraban que la total desestabilización de Somalia y el Cuerno de África hubiese progresado hasta tal punto que afectaba también a Kenia y otros países limítrofes, y había convertido su destino vacacional soñado en una zona prohibida. Probablemente ni siquiera recordaban que, en 1998, Al Qaeda había atentado con explosivos contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania, en lo que fueron los primeros atentados transnacionales de Bin Laden. Aquel fue una especie de ensayo general para el 11-S, una prueba de la presencia del yihadismo en esos países mucho antes de que organizaciones como Al Shabab surgieran en Somalia.[20]

En 2011, los británicos todavía consideraban que Kenia era un país amistoso, una excolonia en la que se podían hacer unas buenas y exóticas vacaciones. Pero esa era una de la muchas fantasías que los europeos habían

construido acerca de África tras el 11-S. Kenia era parte de una región —con epicentro en Somalia— que podía contarse entre las numerosas bajas causadas por el nuevo desorden mundial que habían puesto en marcha la caída del Muro de Berlín y el advenimiento de la globalización. El secuestro de extranjeros y de barcos era solo uno de sus síntomas. El yihadismo delictivo era otro.

Judith y David Tebbutt fueron víctimas no solo de sus secuestradores, sino también de la falsa sensación de seguridad infundida por unos gobiernos occidentales que eran ya muy conscientes de los peligros reales.

5

CONEXIÓN DE LA DIÁSPORA SOMALÍ CON EL GOLFO PÉRSICO

El 12 de enero de 2011, unos piratas somalíes secuestraron el *Leopard*, un buque danés que transportaba un cargamento de explosivos destinado a las minas de las regiones orientales de Malasia. Como nave nodriza, los piratas utilizaron un pesquero chino, el *Shiuh Fu No. 1*, que habían capturado en el océano Índico y cuyos veintiocho tripulantes fueron obligados a colaborar en el secuestro del *Leopard*.

El ataque se produjo frente a la costa de Omán, un día después de que la escolta armada que llevaba el *Leopard* se hubiese marchado. El buque danés había recogido esa escolta a la salida del canal de Suez (en el extremo sur del mismo) y la había usado como protección durante la travesía del mar Rojo y el golfo de Adén, pues esas eran las aguas que se consideraba que estaban infestadas de piratas. El barco estaba todavía envuelto en alambre de espino para impedir que los piratas escalaran hasta la cubierta en caso de abordaje. Pero tras la marcha de la escolta, los secuestradores se las ingeniaron para abordar el *Leopard* por un mínimo resquicio en el que se había retirado el alambre. Los piratas presionaron con violencia algunos botones clave y dañaron con ello los engranajes del motor, que quedó inutilizado, por lo que les fue imposible acercarlo a tierra firme para atracarlo en territorio somalí y usarlo como moneda de cambio en una negociación con la empresa propietaria.[1]

Antes de que los piratas abordaran el carguero, el capitán Eddy López también consiguió enviar una llamada de socorro por radio que fue recogida

por un avión japonés de una patrulla naval. Inmediatamente se contactó con un buque de guerra de la OTAN, situado a 250 millas náuticas de distancia. Pero cuando, dos días más tarde, el *Leopard* fue por fin localizado navegando a la deriva por el océano Índico, el barco estaba vacío. La tripulación y los piratas se habían esfumado.[2]

La tripulación desaparecida

Los tripulantes habían sido tomados como rehenes. Cuando los piratas comprobaron que el barco había quedado inutilizado, secuestraron a los seis miembros de la tripulación: dos daneses —el capitán López (chileno de nacimiento) y Søren Lyngbjørn— y cuatro filipinos. Los llevaron a tierra firme, al sur de Hobyo, en Somalia. Pronto se hicieron llegar peticiones de rescate a los dueños del *Leopard*, la compañía danesa Shipcraft.

Desde el principio mismo, el secuestro del *Leopard* tuvo unas características muy singulares, empezando por el hecho de que el ataque se había producido lejos de Somalia, posiblemente mientras los piratas regresaban de haber secuestrado el pesquero chino, un buque que, según Søren Lyngbjørn, aquellos habían apresado cerca de Madagascar en diciembre de 2010. Además, tuvieron que abandonar el *Leopard* y el cargamento que este transportaba (y que la empresa propietaria recuperó indemne unos días después). Y, por último, tras mantener a la tripulación recluida durante seis meses a bordo del buque *Polar*, los piratas decidieron llevársela finalmente consigo a tierra firme. Es decir, que el ataque al *Leopard* comenzó siendo un acto de piratería «al uso» y terminó convertido en un secuestro de personas. Las negociaciones iniciales llevaron mucho tiempo, posiblemente debido a todas esas peculiaridades.

«Durante un año y medio, los propietarios llevaron las negociaciones con los piratas en el más absoluto secreto —escribió el historiador Karsten Hermansen en un libro sobre la experiencia del *Leopard*—. Aparte de las familias de los rehenes y del gobierno, nadie más en Dinamarca sabía qué había ocurrido. Durante ese tiempo, los piratas no dejaron de trasladar a la tripulación a diferentes escondites, pues es evidente que temían ser descubiertos. Finalmente, en julio de 2012, los negociadores daneses fueron informados de que los rehenes quedarían libres en un plazo máximo de diez días. Habían alcanzado un acuerdo.»[3] Pero entonces, de manera tan

repentina como inesperada, uno de los tabloides de Dinamarca, el *Ekstra Bladet*, informó del secuestro y lanzó una campaña mediática con el lema «Liberen a los rehenes». «Al parecer, se habían enterado de la noticia por alguien que era vecino del mismo pueblo que Søren Lyngbjørn, uno de los rehenes daneses, y que afirmaba falsamente ser su mejor amigo», según Hermansen.

El *Ekstra Bladet* publicó en primera plana varios artículos sobre el secuestro y pegó carteles por todas partes haciendo publicidad de la cobertura de aquella noticia. La opinión pública danesa no tardó en reclamar la pronta liberación de los rehenes. Pero aquella campaña mediática representó también un punto de inflexión para los secuestradores. Apenas unos días después de que el *Ekstra Bladet* llevara a sus páginas la información del secuestro, se comunicó a los negociadores daneses que el trato original se había anulado. Había que volver a empezar desde el principio. «Obviamente, los piratas estaban más que enterados de la campaña de los medios en Dinamarca. Tenían contactos con miembros de la diáspora somalí», opina Karsten Hermansen.[4] De hecho, es muy improbable que los piratas somalíes supieran leer danés y tuvieran acceso a los tabloides daneses por sí solos.

La diáspora somalí

Según Naciones Unidas y el Banco Mundial, los piratas somalíes han mantenido lazos con la diáspora de su país desde el comienzo mismo del fenómeno de los secuestros de navíos. Durante una investigación sobre el tema, el Grupo de Supervisión de la ONU para Somalia y Eritrea detectó «múltiples transacciones financieras entre piratas de Somalia y miembros individuales de la diáspora somalí conectadas con toda una serie de casos de secuestro de buques».[5] Varios bancos norteamericanos, africanos, asiáticos y europeos están implicados en la aceptación de depósitos de fondos «relacionados con casos de piratería marítima y secuestros con exigencia de rescate frente a las costas de Somalia»,[6] según puede leerse en un informe del Banco Mundial sobre la piratería.

Los piratas del *Leopard* aprovecharon inteligentemente a su favor la exposición mediática que la tripulación secuestrada recibió en Dinamarca y usaron a la diáspora somalí para invitar a los medios a entrevistar a los

rehenes. Un periodista *freelance* noruego-somalí realizó varias entrevistas con los rehenes en un campamento donde se les tenía retenidos y documentó su visita con fotos y vídeos. «Luego vendió el reportaje a los medios daneses. Toda Dinamarca pudo ver las condiciones en que estaban. Y eran atroces», recuerda Hermansen.

Tras su puesta en libertad, el capitán Eddy López reveló que, con anterioridad a las entrevistas, los secuestradores les habían dado una paliza tanto a él como a Lyngbjørn para que parecieran más asustados y vulnerables ante las cámaras.[7] Como en el caso del *Malaspina Castle*, los piratas pretendían ejercer presión psicológica sobre los negociadores exagerando las terribles condiciones a las que se enfrentaban los rehenes con el fin de movilizar a la opinión pública danesa a favor del pago de un rescate más cuantioso.

El capitán López interpuso una demanda judicial contra los medios de comunicación por aprovechamiento ilícito de su situación como rehén. En mayo de 2016, Søren Lyngbjørn y Eddy López ganaron la causa que mantenían contran el *Ekstra Bladet*. El Tribunal Municipal de Copenhague dictaminó que el *Ekstra Bladet* había actuado de forma incorrecta y condenó al periódico a resarcir a Lyngbjørn y a López con una indemnización de 300.000 coronas (unos 40.000 euros) cada uno. Los dos marineros, muy contentos con aquella sentencia, declararon que compartirían la mitad del dinero con los cuatro miembros filipinos de la tripulación. El *Ekstra Bladet* decidió no recurrir la decisión judicial.

Hermansen reconoce que «es evidente que los periodistas no eran piratas. Pero sí tenían ciertos vínculos con los secuestradores a través de la diáspora somalí en Dinamarca o en Noruega. Si no, personas como [el periodista] Abdi Fitah Gelle nunca habrían podido acceder a los rehenes».[8] Curiosamente, al tiempo que los secuestradores de la tripulación del *Leopard* movían a los rehenes constantemente de un campamento a otro por miedo a ser descubiertos (y, posiblemente también, para impedir asaltos de secuestradores rivales), no tenían reparos en dejar que aquellos periodistas visitaran a los cautivos. Está claro que confiaban en ellos y en los intermediarios de la diáspora somalí que habían dispuesto tales visitas.

Es lógico que, por la estructura misma del negocio de la piratería somalí —siempre necesitado de inversores— y por la creencia, muy extendida entre la población local, de que la piratería no es un crimen, sino una necesidad para la supervivencia, no hayan faltado miembros de la diáspora

que no hayan tenido demasiadas reservas a la hora de entrar a formar parte de todo ese entramado amplio de la industria de la piratería. Colaborando de manera más directa o más indirecta, proporcionaban fondos para familiares y amigos implicados en ese negocio, ayudaban a lavar las ganancias obtenidas con los rescates y, en el caso de los rehenes daneses del *Leopard*, actuaron probablemente como mensajeros entre medios de comunicación y piratas ayudando así a que se pagase el más alto rescate posible.

De ahí que la piratería haya constituido un buen negocio para algunos somalíes residentes en el extranjero. Según una investigación de la ONU, «entre quienes tienen intereses en la piratería se encuentran los financiadores/inversores, los piratas mismos y miembros tanto de la comunidad de la diáspora como de la comunidad local. Los perfiles de esos inversores varían desde los de los hombres de negocios internacionales hasta los inversores privados locales como Sahra Ibrahim, una divorciada de veintidós años de edad que aportó un proyectil de lanzagranadas para una operación de asalto a un pesquero atunero español, un proyectil que ella había recibido de su exmarido en concepto de "pensión compensatoria". Pues bien, la recompensa económica que obtuvo por haber invertido aquella granada fue de 75.000 dólares en un plazo de 38 días».[9]

Según Hermansen, la población somalí —tanto la residente en Somalia como la que vive en Dinamarca— fue cómplice en la pesadilla que vivieron los rehenes del *Leopard*. «En Somalia, desde luego, porque el dinero del rescate se gasta principalmente a nivel local y eso ha hecho que la piratería sea una fuente de ingresos para la población. Allí la piratería está aceptada. No hay alternativa. Los ingresos netos que se obtienen con ella forman parte de la economía nacional. Y aunque eso no ocurre en Dinamarca ni en ninguno de los países nórdicos, la diáspora somalí que reside en ellos en una situación mucho menos desesperada que la de sus parientes en Somalia ha hecho gala de básicamente la misma indiferencia que estos ante la suerte que corrían los rehenes del *MV Leopard*.»[10]

Después de que el *Ekstra Bladet* y los medios daneses comenzaran a hablar del secuestro del *Leopard* y de su tripulación, varios somalíes residentes en Dinamarca emprendieron diversas iniciativas de condena de aquel asalto y de la toma de rehenes posterior. Algunos líderes de las comunidades locales de inmigrantes somalíes incluso se pronunciaron abiertamente en contra del secuestro. Sin embargo, seguían siendo muchos

los daneses que, como Hermansen, opinaban que aquellas críticas eran insuficientes.

El secuestro del capitán López y de Søren Lyngbjørn, agravado por la campaña mediática posterior, dañó las relaciones entre la población danesa y la comunidad somalí. Muchos daneses comenzaron a mirar con suspicacia a la diáspora somalí. En la práctica, pues, la campaña mediática no solo sirvió para incrementar la cuantía del rescate para liberar a los tripulantes, sino que también alimentó la discriminación racial y la fracturación social. Los únicos que se beneficiaron de ello fueron los piratas, que se embolsaron un rescate superior al negociado inicialmente, además de sus patrocinadores (fueran de donde fueren) y, por supuesto, los medios en sí.

«La campaña mediática fue muy despiadada y jugó a favor de los negociadores que representaban a los piratas —apunta Hermansen—. Por ejemplo, en un determinado momento, se reveló que el dueño de la empresa propietaria del *Leopard*, que es sueco pero reside en Dinamarca, se estaba comprando una casa en España por cerca de 20 millones de dólares. La ciudadanía danesa estaba indignada. Pensaban: "¡Cómo puede hacer algo así!". Pero quienes sí estaban encantados eran los piratas, que de pronto supieron que aquel hombre disponía de todo ese efectivo.» Es más que probable que esa información sobre el nivel de liquidez financiera del propietario se utilizara también durante las negociaciones.

Finalmente, en abril de 2013, tras 839 días, se llegó a un acuerdo. El rescate quedó fijado en 6,8 millones de dólares. Aquello era muchísimo dinero en aquel entonces, muy por encima del rescate somalí medio.

Como ya sucediera con el *Malaspina Castle*, el dinero fue arrojado desde un avión específicamente fletado para ello sobre la ubicación indicada por los piratas. Hubo dos lanzamientos: los 1,5 millones de dólares del primero de ellos fueron para Fadhi, el líder de los piratas. El segundo, de 5,3 millones, fue para el resto de secuestradores. El capitán del barco acompañó a los piratas mientras estos recogían el rescate y contaban el dinero hasta confirmar que se les había hecho entrega de la cantidad correcta.

El lavado de ingresos de la piratería

Los piratas se gastaron en Somalia (y en efectivo) su parte de la recaudación, pero no así los inversores, sobre todo aquellos que pertenecen a la diáspora y viven en el extranjero. Para estos últimos, era fundamental lavar ese dinero. Según el Grupo de Supervisión de la ONU para Somalia y Eritrea, el lugar idóneo (y más cómodo) para hacerlo era el golfo Pérsico. Por ejemplo, durante el seguimiento que hicieron del caso del buque belga *Pompei*, secuestrado el 18 de abril de 2012, las autoridades de ese país detectaron cuentas bancarias y números identificativos en Dubái vinculados al negociador pirata del rescate de ese barco.[11] «Además, Bruselas calcula que, tras el lanzamiento del dinero del rescate, el efectivo fue transportado a Yibuti, desde donde se envió a Dubái por medio de empresas de transferencia de dinero o valores.»[12]

Entre 2006 y 2012, años de apogeo de la piratería somalí, Yibuti y Dubái sirvieron de principales puntos de tránsito de los dineros de los rescates. Para lavar sus ingresos delictivos y enviarlos al extranjero a los inversores, los piratas hacían pasar el dinero de los rescates por fondos procedentes de la venta de ganado somalí a Dubái o a los Emiratos Árabes Unidos. Los ingresos por tales acuerdos de negocio fluían de manera regular entre Yibuti y Dubái por medio de cartas de crédito. Resultaba fácil manipular las facturas para incorporar en ellas dinero de los rescates. Muchos exportadores somalíes residentes en el extranjero habían abierto despachos en Dubái y movían dinero sin problema alguno.

Se formaba así una especie de triángulo geográfico: la diáspora somalí invertía en la piratería desde dondequiera que los miembros de aquella residieran (América del Norte o el norte de Europa, daba igual) y luego lavaba los beneficios monetarios resultantes recurriendo a contactos somalíes en el Golfo. Aquel era un negocio muy rentable, que retornaba grandes sumas de dinero a inversores ubicados en ciudades como Seattle o Vancouver, así como a somalíes residentes en los países nórdicos.

Interceptar esos fondos resultaba más que difícil, dificilísimo. La mayor parte del dinero enviado hacia (o repatriado desde) Occidente se movía por medio del sistema de la *hawala*, el antiguo método islámico de transferencia monetaria. En el Golfo, los ingresos de los piratas circulaban a través del sistema bancario islámico, disimulados en forma de pagos por el comercio de mercancías. De ahí que hoy sea imposible cuantificar cuánto dinero ha generado la piratería somalí para sus beneficiarios residentes en el extranjero.

Pero la piratería —al igual que el secuestro de extranjeros en el Sahel— estaba condenada a ser un fenómeno efímero. Como reacción al secuestro de navíos, las compañías dedicadas al comercio internacional y a los seguros y reaseguros optaron por contratar a guardias armados para que viajaran a bordo de los barcos durante la totalidad del viaje y, en no pocos casos, pagaron incluso flotillas armadas que les hicieran de escolta.

Como consecuencia de ello, hacia finales de 2012, la piratería somalí había topado ya con muy serios problemas de continuidad. El sector del transporte naval y la comunidad internacional habían logrado contraatacarla con éxito. Los piratas somalíes y sus inversores no tardaron en darse cuenta de que a la piratería le quedaban solo unos pocos años de rentabilidad, así que comenzaron a buscar otras oportunidades de negocio que complementaran el secuestro de buques y personas, como, por ejemplo, el tráfico de migrantes hacia Yemen. Al igual que sus homólogos del Sahel y por irónico que parezca, los piratas y los yihadistas somalíes se convirtieron enseguida en mercaderes de personas que sacaban provecho de la tragedia de la diáspora somalí y africana oriental en general.

De piratas a traficantes

Los piratas somalíes se habían implicado en el tráfico de migrantes ya desde 2009, entendiéndolo principalmente como un suplemento de la piratería. Por ejemplo, el barco de los piratas que efectuaron el secuestro del *Pramoni*, un buque cisterna singapurense cargado de productos químicos y tripulado por veinticuatro personas, iba de regreso a la costa de Puntlandia (Somalia) desde Yemen, donde había descargado a migrantes ilegales. El 1 de enero de 2010, durante la travesía de vuelta, los piratas se encontraron con el *Pramoni* y decidieron asaltarlo. El secuestro rindió el fruto esperado para los captores y tanto la tripulación como el navío fueron liberados el 26 de febrero.[13] Hay también testimonios de piratas condenados a prisión que han reconocido haber traficado migrantes de Puntlandia a Yemen aprovechando el viaje de ida para recoger cargamentos de armas que transportar de vuelta a Somalia.

Traficar con migrantes resultó ser un negocio más fácil de gestionar que la piratería. Unos simples expescadores o piratas rasos (mano de obra somalí barata, en definitiva) podían ocuparse de sacarlo adelante por sí

solos, sin necesidad de inversores ni de apoyarse en una milicia. La rentabilidad no era mala si tenemos en cuenta que, con un solo viaje de Bosaso (en la región somalí de Puntlandia) a Yemen, para el que no se necesitaba más que un día, se obtenían unos beneficios netos de unos 10.000 dólares. Por supuesto, eso solo era una tercera parte de lo que cada pirata podía ganar tras un secuestro que saliera bien para ellos, pero para cobrar todo eso normalmente tenían que esperar meses. Así que el atractivo de traficar con migrantes siempre ha sido alto para piratas de rango raso interesados en ganar dinero con rapidez.

A medida que creció la dificultad de secuestrar tripulaciones y barcos armados, el tráfico de migrantes dejó de ser un negocio complementario y pasó a convertirse en la actividad principal de los piratas somalíes. «De 2012 en adelante, el número de secuestros de barcos a manos de piratas somalíes descendió sensiblemente y buena prueba de ello es la reducción de las primas que las aseguradoras cobran ahora por los seguros contra secuestro y rescate», aclara Giacomo Madia.

Si los secuestradores de AQMI mutaron en traficantes de migrantes africanos occidentales que buscan una vida mejor en Europa, los piratas somalíes se transformaron en traficantes de migrantes africanos orientales que tratan de encontrar una vida mejor en Arabia Saudí y los Estados ricos del golfo Pérsico.

Decisiones desesperadas

En 2012, el Danish Refugee Council publicó el resultado de una investigación realizada en Yemen entre mayo y junio de 2012 acerca del tráfico de migrantes etíopes. La publicación, titulada *Desperate Choices*, incluía entrevistas a 130 personas que habían sido víctimas de los traficantes. Las conclusiones eran impactantes. «El secuestro, la tortura, la violencia sexual, el rapto y la extorsión se están convirtiendo en riesgos extendidos y frecuentes, en ocasiones letales incluso, para los migrantes en tránsito hacia los Estados del Golfo», se leía en el resumen ejecutivo del documento.

Aunque la travesía desde Yibuti o desde Bosaso hasta Yemen no lleva más de un día y cuesta entre 80 y 150 dólares, muchos de quienes disponen de esos fondos para costeársela pierden su libertad durante el viaje,

exactamente igual que les ocurre a los migrantes cuando cruzan el desierto libio. «En una embarcación pequeña, íbamos unos setenta migrantes, niñas incluso. Cuatro traficantes yemeníes venían a bordo con nosotros. Violaron a las niñas en el barco mismo, allí delante de nosotros. No fuimos capaces de mover un dedo ni de decir nada, y aquellas niñas habían sido vendidas ya a traficantes yemeníes», recordaba un muchacho etíope acerca de su propia travesía en 2011.[14] Al desembarcar, los traficantes vendían a las mujeres para actividades diversas, como, por ejemplo, servir como empleadas domésticas «esclavas» de familias saudíes.

Las bandas criminales, a menudo en colusión con los propios contrabandistas y traficantes, interceptaban con bastante asiduidad los barcos de migrantes en las proximidades de la costa yemení. Así explicaba su experiencia personal un joven etíope entrevistado por el Danish Refugee Council en Haradh: «Cuando ya teníamos la costa yemení a la vista, la embarcación se detuvo. Uno de los dos barqueros se puso a llamar a alguien en yemení. Pensamos que se había perdido. Luego, nos dimos cuenta de que estaba esperando a que los traficantes llegaran antes de desembarcarnos en la playa».[15] Allí mismo, en la costa, se presentaron dos camiones con hombres armados y, solo entonces, los traficantes dejaron salir a los migrantes, que tuvieron que ir a nado hasta la costa, donde los secuestradores los aguardaban. Estos los hicieron subir a unos camiones y los transportaron a una casa en el desierto donde los retuvieron hasta que sus familiares o sus amigos pagasen un rescate por su liberación.

En otras ocasiones, en vez de entregarlos a los secuestradores, eran los propios traficantes quienes tomaban a los migrantes como rehenes. Como en Libia, también en Yemen los traficantes sometían a los migrantes a maltrato físico para forzar a sus familias a pagar un rescate por ellos. «Nos mantenían prisioneros hasta que recibíamos algo de dinero de nuestros amigos o parientes de Etiopía —contaba un migrante etíope—. Si nuestros amigos o familiares enviaban dinero, nos ponían en libertad y éramos libres. Si no, nos daban unas palizas de muerte. De hecho, en nuestro grupo había treinta y cinco personas al principio, pero tres de nuestros amigos murieron por culpa de los golpes que les dieron.»[16] En 2012, el rescate exigido oscilaba entre los 100 y los 300 dólares.

Quienes no tenían a nadie para ayudarlos eran considerados mercancía desechable. «Yo no conocía a nadie que pudiera enviar dinero para mi liberación, así que me dieron unas palizas de miedo y hasta me clavaron la

mano al suelo —recordaba un etíope de veintidós años—. Tras dos meses de sufrimiento, cuando ya se convencieron de que no tenía dinero, me arrojaron al desierto.»[17]

Quienes se las arreglaban para sobrevivir tras semejante experiencia, terminaban a menudo en la calle. Según informaciones llegadas en 2012 de la localidad de Haradh, en el noroeste de Yemen, hasta «un total de doce mil migrantes, predominantemente etíopes y muchos en una situación desesperada, dormían [...] en la calle y sobrevivían a duras penas de la mendicidad y rebuscando entre los cubos de basura».[18] La Organización Mundial para las Migraciones trata a diario en Haradh a migrantes que han escapado de sus captores o han sobrevivido a una situación de secuestro, violación o tortura. Muchos son menores o ancianos no acompañados.

A pesar de la horrenda pesadilla que sufren estos migrantes, el tráfico prosigue impune y continúa siendo menos arriesgado que la piratería para los delincuentes somalíes, pues no existe de momento ninguna gran iniciativa internacional, similar a las que impiden ahora que los piratas secuestren buques comerciales, que haya sido puesta en marcha para salvar a las víctimas del tráfico humano. Como bien explicaba Colin Freeman (corresponsal del *Daily Telegraph* que fue también secuestrado en Somalia), la Unión Europea ha demostrado una indiferencia relativa ante la actividad de los piratas cuando estos se ponen el «mono de trabajo» del traficante, lo que contrasta con la enérgica Operación Atalanta que la propia Unión Europea ha desplegado contra la piratería.[19] «A la vista de que a menudo son las mismas bandas las que controlan ambas líneas de actividad, cabría esperar que las personas que trafican fuesen una prioridad del mismo nivel para las patrullas navales extranjeras como lo es la piratería», escribió Freeman al respecto.

Y, sin embargo, «cuando [en 2009] el *HMS Cornwall* dio con un esquife que navegaba a apenas unas millas de Bosaso cargado hasta los topes de personas, no hizo nada. Los mandos del *Cornwall* explicaron después que no tenían por política detener a los traficantes, en primer lugar, porque no disponían de espacio para subir a los refugiados a bordo, y, en segundo lugar, porque las bandas tenían la mala costumbre de arrojar a su pasaje por la borda si se les daba persecución. Y es que, en tal caso, el *Cornwall* se habría visto obligado a rescatar a los arrojados al mar antes de nada, dando a los contrabandistas margen suficiente para huir».[20] La conclusión de

Freeman es que las operaciones antipiratería de la Unión Europea son «flagrantemente inútiles contra los traficantes de personas».

Este agujero en la labor internacional de vigilancia y protección también hace posible la cooperación transnacional entre los traficantes y sus inversores de otros países, incluidos un buen número de miembros de la diáspora somalí. Y del mismo modo que se forman *joint ventures* para el comercio con cargamentos de personas del África occidental hacia Europa y del África oriental hacia el Golfo, hoy se puede apreciar ya la formación de un fenómeno parecido en Siria tras el estallido de la guerra civil en ese país. Como se analizará más adelante, las ganancias obtenidas con el cobro de rescates se convierten indefectiblemente en capital semilla para actividades de tráfico de personas desesperadas. El capítulo más reciente en esta terrible saga es el éxodo desde Siria e Irak hacia el Viejo Continente. Pero, a pesar de que la interdependencia entre los secuestros y el tráfico humano está más que demostrada, esta es una realidad que no ha salido aún del todo a la luz pública. El pago de rescates es el secreto mejor guardado de los gobiernos occidentales.

6

HUMO Y ESPEJOS DE LA GUERRA CIVIL SIRIA

La sangrienta respuesta de Bashar al Asad a la Primavera Árabe de 2011 destapó la caja de los truenos de la violencia política en Siria. La delincuencia organizada y los patrocinadores de la guerra subsidiaria que allí estalló alimentaron la proliferación de grupos armados y criminales disfrazados de insurgentes. Pronto el yihadismo delictivo proliferó sin control por ese rincón del mundo y, desde el primer momento, los secuestros fueron una de sus principales actividades ilegales.

Los rescates terminaron por convertirse en una de las principales fuentes de financiación para el régimen de Al Asad, sobre todo en el norte, en áreas donde rebeldes y yihadistas combatían puerta por puerta contra las fuerzas leales a Damasco. ¿El blanco principal de los secuestros? La propia población siria.

«Yo era dueño de una fábrica de helados en el norte de Siria, cerca de Alepo», cuenta Mohamed, que se niega a facilitar su nombre completo. Me reuní con él en Milán, cerca de la estación central, en un soleado día del otoño de 2015. Tenía un aspecto diferente del de los demás refugiados, pues él desprendía un halo de elegancia aun con la ropa barata que vestía. Los gestos de Mohamed delataban que había sido un hombre de mucho dinero. Su padre, que todavía vive en Damasco, es propietario de veinte pisos en la capital, inmuebles que hoy no valen nada, me dijo. Cuando me reuní con él, Mohamed estaba ya sin blanca: toda su riqueza se había ido en enviar a su familia a Turquía, antes de nada, y en sobrevivir él mismo en Siria durante

dos años desde entonces, después, para finalmente llegar a Europa como refugiado.

Mohamed lo recuerda así: «Una mañana, fui en coche al trabajo y la policía me paró en la misma calle donde estaba mi fábrica. Me informaron de que aquella calle había pasado a estar bajo control de los rebeldes. No me dijeron quiénes eran: si el Ejército Libre de Siria (ELS) o un grupo yihadista. Lo único que la policía me explicó era que yo ya no podía pasar. Estábamos a principios de 2012. Un año después lo organicé todo para enviar a mi esposa y a mi hija a Estambul, donde aún residen. Yo me quedé y esperé hasta el final de 2013. Entonces, las fuerzas gubernamentales reconquistaron por fin la zona y se me autorizó a regresar a mi fábrica. Pero allí no quedaba nada. Lo habían saqueado todo. Decidí ir a la comisaría de policía y preguntar qué debía hacer, si tenía alguna posibilidad de que me compensaran por aquello. Y me metieron en la cárcel, acusado de ser un partidario de los rebeldes.

»Había muchas personas como yo en la misma celda: empresarios que lo habían perdido todo por culpa de la guerra civil y a quienes el régimen acusaba ahora de formar parte de la insurgencia. Nos golpeaban con frecuencia, muchas veces solo por pasar el rato. Fue una pesadilla. Luego, mi familia consiguió pagar mi rescate. Diez mil dólares hicieron falta para sacarme de allí. Nada más salir, emprendí rumbo a Europa».[1]

Desde el principio mismo de la guerra civil, el secuestro de sirios adinerados demostró ser una forma rápida y rentable de costear el conflicto. La policía de Asad y los oficiales de su ejército metidos a secuestradores pasaron a ser unos depravados guardianes de rehenes. Usaban las cárceles del régimen para recluir en unas condiciones atroces a sirios secuestrados; los torturaban, los acusaban de ser rebeldes (o simpatizantes de estos) y hacían que las familias pagasen un rescate por ponerlos en libertad.

«Mi hermano y yo teníamos una fábrica de ropa en Alepo —recuerda Mohammad Jamil Hassan, un refugiado sirio solicitante de asilo en Dinamarca—. Teníamos empleadas a ochenta y cinco personas. Era un muy buen negocio. Un día, en junio de 2013, el Ejército Libre de Siria vino y confiscó la fábrica: decían que la necesitaban para instalar en ella su hospital. El edificio solo tenía una planta y era muy amplio, con grandes ventanales por todo su alrededor. Vinieron armados hasta los dientes y nos echaron de allí. Mi hermano no estaba aquel día. Intenté protestar, pero me expulsaron a empujones y me apuntaron con un fusil a la cabeza. Así que

me fui. Al cabo de la carretera, me paró la policía. Me preguntaron qué estaba pasando. Les dije que el Ejército Libre de Siria había tomado mi fábrica a punta de pistola. Y ellos me dijeron que estaba mintiendo. Me esposaron y me llevaron a la cárcel acusado de ser de los rebeldes, de haber dado voluntariamente mi fábrica al ELS. Pasé un mes en prisión. Había muchísima gente en una misma estancia cerrada, las condiciones eran horribles: teníamos que beber agua sucia, comer sobras; no nos permitían lavarnos; continuamente había personas que enfermaban y algunas se morían. Me dieron golpes con asiduidad hasta que por fin mi tío pagó el rescate, doce mil dólares, a la policía local.»[2]

A veces, eran tanto el régimen como la insurgencia quienes ganaban dinero con el secuestro de sirios ricos. «Un policía vino y me llevó al patio de la prisión. Le quitó el cierre a la puerta principal y luego se fue a fumar un cigarrillo al lado opuesto. Yo me acerqué andando lentamente a la entrada y me escabullí —sigue contando Hassan—. Allí fuera estaba mi tío, esperándome en el coche. Me metí dentro y él emprendió marcha en dirección norte, hacia la frontera con Turquía. Ni siquiera me despedí de mi esposa. A unos pocos kilómetros de la frontera, me entregó a dos matones de Alepo. Yo los conocía: eran delincuentes de poca monta, pero hacía poco que se habían unido a uno de los grupos yihadistas armados. Conducían una gran camioneta, una de esas que se ven en los desfiles televisados de Estado Islámico. Era nuevecita y llevaba todavía una placa de matrícula saudí. Me pasaron por la frontera hasta Turquía. Mi tío les pagó dos mil dólares. Antes de irme con ellos, me pasó un bolso pequeño lleno de efectivo: “Para el viaje a Europa”, me dijo. Nunca volví a ver a mi tío.»[3]

A medida que avanzaba la contienda civil siria, se fue haciendo evidente que las fuerzas enfrentadas tendían a centrarse en personas diferentes como blanco para sus secuestros. Así, mientras que el régimen de Asad se concentraba en el secuestro de sirios ricos y de clase media, los yihadistas y los rebeldes tenían su punto de mira puesto en los extranjeros, de quienes podían sacar millones de dólares. Ambos tipos de presa eran de fácil captura. El régimen prefería la cantidad a la calidad de los secuestrados, por así decirlo. La insurgencia daba más importancia a la calidad del rescate. A veces, sin embargo, había periodistas occidentales que caían en las garras de las fuerzas de Asad, y sirios secuestrados por la insurgencia.

«Yo llevaba dos semanas en Qamishli, en el noreste de Siria, cuando me secuestró el servicio secreto del régimen de Asad el 15 de febrero de 2015

—recuerda Joakim Medin, un periodista de investigación sueco—. En aquel entonces, Qamishli era una ciudad dividida: una parte estaba controlada por el régimen de Asad y la otra, por los rebeldes kurdos. Yo iba “incrustado” en el bando de los rebeldes. Esa mañana, mi traductor, Sabri Omar, me iba a llevar a entrevistarme con la policía de tráfico kurda y caminábamos por una calle que compartían ambos bandos. Yo iba andando con mi traductor y entonces nos paró una patrulla del régimen. Nos obligaron a entrar en un coche, taparon la cabeza de Sabri con una capucha y nos condujeron hasta el sector que ellos controlaban. A mí me encerraron en una celda de aislamiento, en la más absoluta oscuridad, y a mi traductor, en una celda junto a veinticinco simpatizantes de Estado Islámico. A través de una pequeña abertura, yo podía ver un despacho en el que torturaban a personas. Vi, por ejemplo, a un chaval de catorce años a quien torturaron durante un interrogatorio. Él estaba sentado en el suelo y ellos no dejaban de darle golpes.»

Tres días y medio después, Joakim Medin y su traductor fueron llevados a Damasco. Volaron en un vuelo regular, con pasajeros civiles a bordo. Las demás personas se los quedaban mirando, magullados, esposados y sucios como iban, pero no hicieron nada. En Damasco, los encarcelaron en la Unidad 300, la prisión para los espías y los acusados de espionaje.

«Nadie sabía quién me había secuestrado —prosigue Medin—. No se pusieron en contacto con mi familia ni con el gobierno sueco. Podría haber pasado el resto de mis días siendo trasladado de una cárcel a otra, interrogado en cada una de ellas por los diversos servicios secretos. También podría haber desaparecido sin dejar rastro en el maremágnum del sistema penitenciario del régimen [de Asad] [...]. Pero, gracias a Dios, los kurdos sabían que yo estaba allí recluido, así que negociaron en secreto mi puesta en libertad. Al final, nos intercambiaron por dos oficiales sirios de alto rango que habían hecho prisioneros.»[4]

Joakim Medin tuvo suerte. Otros no han tenido tanta.

Dormir con el enemigo

En abril de 2013, el periodista italiano Domenico Quirico y el profesor belga Pierre Piccinin da Prata entraron en Siria desde Líbano. Confiaron su seguridad a uno de los muchos grupos de la insurgencia siria. Pero aquello

fue un error. En las inmediaciones de la ciudad de Al Quseir, la Brigada Abu Omar, un grupo vinculado a la Brigada Faruk, los secuestró y exigió por su liberación un rescate de 10 millones de dólares.[5] Formada en el verano de 2011, la Brigada Faruk era una rama del Ejército Libre de Siria, en aquel entonces la mayor organización insurgente anti-Asad. Los captores de Quirico y Piccinin pertenecían a aquella nebulosa de grupos insurgentes «moderados» a los que Occidente había apoyado desde el estallido inicial de la guerra civil siria.

Los dos hombres mencionados no fueron ni mucho menos los primeros periodistas o académicos occidentales en ser traicionados y hechos rehenes por un grupo insurgente dentro del territorio bajo control directo de este. Apenas unos meses antes, otro secuestro similar había tenido lugar en el norte de Siria.

Una década después del nacimiento del yihadismo delictivo de Al Qaeda en el Magreb Islámico en la región del Sahel y unos pocos años antes de que naciera su versión marítima frente a las costas de Somalia, el yihadismo de tintes (y métodos) delictivos hizo también acto de aparición en Siria, solo que allí la variación con respecto al cóctel básico de delincuencia y yihad fue la presencia también de grupos armados laicos pertenecientes a la insurgencia anti-Asad, una parte más de las que se dieron en llamar (erróneamente) fuerzas «moderadas» sirias, a las que Occidente consideraba «los buenos» de aquella película.

Lo absurdo de aquellas denominaciones había quedado patente antes incluso del secuestro de Quirico y Piccinin, cuando, en diciembre de 2012, unos pistoleros armados tomaron como rehenes a Richard Engel (un corresponsal de guerra estadounidense) y a otros cinco miembros de un equipo de NBC News. Viajaban escoltados por un comandante del Ejército Libre de Siria que se llamaba Abdelrazaq. Ya unos kilómetros dentro de territorio sirio, tras haber cruzado la famosa frontera de Bab al Hawa, se encontraron con un puesto de control de quienes ellos creyeron entonces que eran los *shabiha* (las «sombras»), una milicia chií entrenada por Irán que, en tiempos, traficaba con drogas y mujeres para la élite del régimen sirio, pero que, a raíz del estallido de la guerra civil, se había convertido en una especie de escuadrón de tortura (o de la muerte) al servicio de Asad. Atados y con los ojos vendados, los rehenes pasaron cinco días en un lugar llamado «la granja».[6]

Desde el primer momento, los secuestradores de Engel no dieron particulares muestras de profesionalidad en lo que hacían. No se percataron, por ejemplo, de que, mientras registraban las pertenencias de los rehenes, activaron el GPS de emergencia, que de inmediato envió una señal de socorro. La NBC pudo así averiguar cuál era la ubicación de la granja, pero los captores no se dieron cuenta de ello hasta dos días más tarde. Les entró entonces el pánico y pensaron incluso en matar a los rehenes, pero el principal mando operativo de la zona, Abu Aiman, impidió que lo hicieran. Engel supo después el motivo: Abu Aiman estaba negociando un envío de armas con los estadounidenses y no quería ningún periodista de esa nacionalidad muerto en el territorio que estaba bajo su control.[7]

Mientras tenían cautivos a los rehenes, los secuestradores se esforzaron en todo momento por que Engel y sus colegas creyeran que pertenecían al régimen de Asad: hablaban con un marcado acento alauí, bebían y fumaban cigarrillos. Al quinto día, metieron a los rehenes en una furgoneta y les dijeron que los llevaban a Fua, un bastión de Hezbolá. De camino hacia allí, pararon en un puesto de control. Tras un tiroteo, un grupo que afirmaba formar parte del Ejército Libre de Siria los rescató. Engel escribió entonces un largo y emotivo artículo sobre su secuestro y su rescate en *Vanity Fair*, en el que describió la brutalidad de sus captores chiíes. No sería hasta 2015 cuando, tras una dilatada investigación, Engel y su equipo descubrieron que su secuestro y su rescate habían sido una farsa.[8]

En realidad, los secuestradores eran suníes y pertenecían a una banda de delincuentes que cambiaba fácilmente el sentido de sus alianzas, como también lo eran quienes fingieron rescatar a Engel y a su personal de apoyo. Abu Aiman estaba al corriente del plan y cooperó públicamente con el líder del grupo que controlaba la granja adonde llevaron a Engel, Ezzo Qusab, un suní con reputación de matón. Múltiples fuentes locales afirmaban que, aunque él se autodenominaba un líder rebelde, «Qusab era más bien un capo del crimen».[9] Lejos de la imagen de idealizado ejército de luchadores por la libertad nacido de la Primavera Árabe en Siria que se tenía de ella, la insurgencia siria estaba infestada en realidad de yihadistas, matones, señores de la guerra, delincuentes y terroristas constantemente sedientos de dinero y armas.

A la vista de la falta de recursos y de conocimientos técnicos en aquella banda, es probable que Qusab tuviera pensado vender a los rehenes a un grupo más grande, como hicieron con los dos japoneses secuestrados en

2014 y vendidos a Estado Islámico. Es de sobra sabido en la zona que solo organizaciones como Al Nusra o Estado Islámico cuentan con los recursos y las instalaciones necesarias para comprar y retener prisioneros durante meses, a veces incluso años, mientras negocian el rescate.

Cuatro meses después del secuestro de Engel, Piccinin y Quirico fueron raptados por captores de esa misma condición delictiva. «El líder del grupo que nos retenía era un autoproclamado “emir” a quien le gustaba que se dirigieran por el nombre de Abu Omar, un alias —escribió Quirico sobre su experiencia—. Había formado su brigada reuniendo a personas de la zona, principalmente bandidos, antes que islamistas o revolucionarios. Abu Omar trataba de dar una pátina islamista a las actividades delictivas de su banda y mantenía lazos con Al Faruk, el grupo bajo cuyo control pasamos a estar posteriormente. La de Al Faruk es una brigada muy conocida en la revolución siria, forma parte del Consejo Nacional Sirio y sus representantes han celebrado reuniones con gobiernos europeos.»[10] Como Quirico descubrió cuando ya era demasiado tarde, sus raptores, aunque «de fiar» para Occidente, eran en realidad un grupo de «bandidos al más puro estilo somalí que se valían de un cierto barniz de islamismo y del contexto de la revolución para controlar parcelas de territorio, obtener dinero de la población mediante extorsión, secuestrar personas y, en líneas generales, llenarse los bolsillos».[11]

Lo ocurrido a Quirico y a Piccinin, o a Engel y a su equipo, no fue ninguna novedad: llevaba pasando ya, al menos, un año. Ya en 2012, varios sectores de la insurgencia siria habían comenzado a considerar a los periodistas y a los cooperantes una presa fácil con la que ganar dinero rápidamente. Sin embargo, pocos eran los extranjeros que tenían presente ese peligro hasta ese momento porque «el relato más aceptado de la situación era muy simplista: el régimen de Asad es malo y todos los que luchan contra él deben de ser buenos», según explica Joanie de Rijke, una periodista de investigación holandesa. En medio de aquel juego de humo y espejos de la guerra civil siria, los medios de comunicación occidentales se habían convencido de que solo las fuerzas leales al régimen de Asad secuestraban a sus periodistas. Era una impresión muy ingenua que el escenificado secuestro de Richard Engel contribuyó a reforzar y que continúa siendo difícil de erradicar. Hacia el final de 2013, cuando aún se encontraba recluido en Alepo por Estado Islámico, Federico Motka oyó a James Foley, a quien conocía personalmente, recitar el Corán en una celda

próxima. Comentó entonces a Marc Marginedas y a los demás rehenes occidentales que allí había que James Foley estaba encarcelado en la misma prisión que ellos. Y Marginedas se quedó impactado por la noticia, porque creía —como creían todos entonces— que Foley había sido secuestrado por el régimen de Asad, no por los rebeldes.[12]

Los periodistas seguían confiando imprudentemente sus vidas a grupos de «insurgentes», aun después de que colegas suyos hubiesen sido secuestrados bajo protección de dichos grupos. «A diferencia de Irak, donde la repercusión mediática que acompañaba a esos episodios nos hizo comprender de inmediato el ingente riesgo que existía de ser raptado, en Siria esta opción se antojaba todavía como algo difuso en el verano de 2013. No parecía ser el peligro real que constituía», escribió Javier Espinosa en *El Mundo*.[13] Espinosa fue secuestrado junto con el fotógrafo Ricardo García Vilanova por Estado Islámico en septiembre de 2013 en la provincia de Raqa, cuando iban de regreso a Turquía. En aquel momento, viajaban bajo la protección del Ejército Libre de Siria. Precisamente, justo antes de marcharse, su intérprete les había advertido de que los yihadistas pagaban hasta 100.000 dólares por los periodistas extranjeros.

«En el tema de Siria, los medios se decantaron *de facto* por un bando. Quebrantaron la regla fundamental de nuestra profesión, y ese es el motivo por el que no ha habido reportajes sobre sirios que respaldan el régimen de Asad», escribe De Rijke. Quienes trataron de hacerlo fueron rechazados. Por ejemplo, en Italia, Monica Maggioni, una periodista que actualmente es la presidenta de la televisión pública italiana, la RAI, fue muy criticada por haber entrevistado a Asad en 2013 y en 2015.[14]

En realidad, ese alineamiento con un bando también impidió que los medios informaran a tiempo sobre Estado Islámico y su papel en la insurgencia entre 2012 y 2014. El relato era siempre el mismo: el Ejército Libre de Siria, una fuerza laica, quería liberar el país del régimen dictatorial de Asad. Cuando escuchamos las historias de los periodistas y los fotógrafos que han sido secuestrados por grupos vinculados con sus escoltas, sus contactos, sus guías o sus chóferes, nos invade la sensación de que todos ellos fueron víctimas de una especie de síndrome de Hemingway: corresponsales de guerra que apoyan a la insurgencia confían en los rebeldes y ponen sus vidas en manos de estos porque están aliados con ellos. Pero eso, evidentemente, era pura fantasía. La guerra civil siria tiene muy poco en común con lo que fue la guerra civil en España. La

insurgencia allí es solamente una variante del yihadismo delictivo, un fenómeno moderno que no tiene lealtad más que a una cosa: el *dinero*.

Un año después de su puesta en libertad, Piccinin consiguió localizar y entrevistar en el Líbano a uno de sus captores. Preguntado sobre por qué pidió dinero a cambio de la liberación de Quirico y del propio Piccinin, aun sabiendo que ambos eran «amigos de la revolución», el exsecuestrador le respondió que los periodistas afectos a la causa no tenían utilidad alguna. La insurgencia necesitaba «dinero para comprar alimentos y armas»,[15] y nada mejor que unos rescates multimillonarios para sufragar suministros tan básicos.

La insurgencia no mostraba simpatía alguna por los periodistas occidentales, a quienes a menudo consideraba ignorantes y poco preparados para comprender la complejidad de la guerra civil. El secuestrador de Piccinin dijo de Quirico que era alguien que «no sabe nada sobre Siria. Se negó a aprender árabe para hablar con nosotros [...], no conocía nada de nuestra cultura, nuestros grupos y nuestros objetivos».[16] A diferencia de Ernest Hemingway durante la guerra civil española, a los periodistas que informaban sobre Siria no se les respetaba en absoluto. Eran simplemente mercancía que intercambiar por jugosos rescates.

Rescates que financian la delincuencia y el terrorismo

En marcado contraste con la caracterización maniquea y simplista que hacían los medios de la guerra civil siria, lo cierto es que el árbol genealógico de las organizaciones armadas sirias consideradas «moderadas» —aquellas que la gran coalición liderada por el presidente Obama apoya abiertamente desde agosto de 2014 con campañas de bombardeos, entrenamiento militar, envíos de armas y hasta medios económicos— es sumamente intrincado. Más que un árbol, recuerda a una maraña incestuosa de alianzas, relaciones personales, engaños, sociedades delictivas *ad hoc* y *joint ventures* de grupos armados pequeños o medianos que operan (todos ellos) en un vacío político. Para estas bandas, la guerra subsidiaria que se libra en Siria se convirtió en una tapadera para ganar dinero, ya fuera gracias a la financiación de sus patrocinadores, ya fuera mediante actividades delictivas como los secuestros, todo ello a costa de la población local o de extranjeros como Quirico, Piccinin y Engel. Las

alianzas se formaban y se rompían en función de esos objetivos más inmediatos, lo que dejaba a los medios y los gobiernos occidentales muy poco tiempo para ponerse al tanto de la situación en cada momento.

Un antiguo piloto español de cazas de combate, Luis Munar, cuenta que, «en 2012, decidí ir a Siria y ayudar a los rebeldes contra el régimen de Asad».[17] Munar recuerda que cerró su empresa de seguridad y se unió a los rebeldes «porque estaba claro que no sabían combatir. Yo entrené, entre otras, a la Brigada Faruk, que formaba parte del Ejército Libre de Siria, y que, en 2012, tenía más de doce mil combatientes. La insurgencia se componía de muchos grupos que, en 2011 y 2012, estaban financiados por los Estados del Golfo. Yo vi a gente de Arabia Saudí y Catar distribuir grandes sumas de dinero, en dólares o en liras turcas, a varios de aquellos grupos, incluida la Brigada Faruk. El efectivo se entregaba al capitán, que luego lo repartía entre los combatientes. Aquello era su salario».

A veces, los patrocinadores venían acompañados de periodistas y de equipos de televisión de sus países para enseñar los progresos de su implicación en la guerra civil siria. «Vi incluso a combatientes escenificando batallas falsas para la televisión catarí, a fin de que el equipo de televisión pudiera filmar la batalla sin asumir riesgos. Presencié una de esas contiendas falsas de noche. Fue escenificada por la Brigada Faruk cuando la entrenaba. Disparaban en plena oscuridad, pero no había ningún enemigo al otro lado», recuerda Munar.

Los patrocinadores alimentaban así una maquinaria propagandística en sus propios países y en el extranjero que no hacía más que confundir a todo el mundo, Occidente incluido. Cuando veían aquellas batallas arregladas y aquellas victorias de mentira, los espectadores se quedaban con la impresión de que la insurgencia estaba ganando, cuando, en realidad, se estaba hundiendo cada vez más en las arenas movedizas del yihadismo delictivo. Occidente y los medios de comunicación estaban siendo básicamente timados por sus aliados del Golfo y por la insurgencia.

Aquel dinero, aunque inicialmente abundante, nunca fue suficiente para los diversos grupos insurgentes. Cuando Estado Islámico cobró fuerza, «los patrocinadores optaron por invertir en él y dejaron de financiar a los otros grupos, incluida la Brigada Faruk. Entre la primavera y el invierno de 2013, el flujo de dinero se secó», recuerda Munar. Llegados a ese punto, introducirse en el negocio de los secuestros se convirtió en una necesidad para ellos.

Fue en esa época cuando la Brigada Faruk comenzó a secuestrar a periodistas extranjeros. A una pregunta de Piccinin, su secuestrador le confirmó en la entrevista entre ambos qué había hecho con el dinero del rescate: «Es muy sencillo: no teníamos apoyos de fuera de Siria, de otros países, quiero decir. Ni siquiera del Golfo: ellos dejaron de ayudarnos. Así que necesitábamos ese dinero para comprar armas, comida, medicinas, etcétera. No tenemos elección si queremos sobrevivir y continuar luchando».[18]

Secuestrar a Quirico y a Piccinin fue una jugada maestra para la Brigada Faruk y sus cómplices. Según Motaz Shaklab, miembro del opositor Consejo Nacional Sirio que actuó como negociador del gobierno italiano con los secuestradores, las autoridades de Italia pagaron 4 millones de dólares por los dos rehenes. El gobierno belga se negó a implicarse, por lo que los italianos negociaron y pagaron por ambos rehenes.[19] No fue un mal trato para *La Farnesina* (el Ministerio de Exteriores de Italia) si se tiene en cuenta que la petición de rescate inicial era de 10 millones de dólares.

También para la insurgencia laica el sumarse a los yihadistas en esa línea de actividad supuso un medio alternativo de financiación de sus operaciones, aun cuando ello les supusiera imprimir a su lucha un marchamo religioso. «Para cubrir costes, los combatientes de la Brigada Faruk formaron el Grupo Islámico Faruk, que pasó a integrarse en el Frente Islámico, que todavía recibía dinero de varios patrocinadores —añade Munar—. Naturalmente, la Brigada Faruk nunca fue una organización religiosa. Era laica, aun cuando hubiera en el grupo personas que sí eran devotas. No obstante, los combatientes se movían libremente entre un grupo y otro, motivados por los salarios. Al final, todos los miembros de la Brigada Faruk se incorporaron a otros grupos islámicos. Algunos fueron a parar a Al Nusra; otros se unieron a Estado Islámico. Esas eran las organizaciones que tenían dinero.»

Los mercaderes de personas en Siria

A pesar de las circunstancias y características especiales de la insurgencia, los mercaderes de personas de Siria comparten muchos elementos con sus homólogos del África del oeste y del norte. Si bien en Siria los rehenes occidentales potenciales eran periodistas y cooperantes, y

no turistas como en el Sahel, tanto en Siria como en el Sahel se formó rápidamente una red de grupos delictivos especializados en el secuestro de extranjeros y compuestos por antiguos rebeldes y yihadistas. Raptaban a personas, a menudo para revenderlas enseguida.

Un negociador sirio con quien me reuní en París me lo explicó así: «La red se extendía hasta Turquía, puerta de entrada de los medios en Siria». Exrebeldes sirios o simples delincuentes «se hacían pasar por refugiados y se afincaban en las localidades donde los periodistas buscaban a guías y a chóferes para entrar en Siria». Según el negociador, aquellos rebeldes disfrazados ofrecían ayuda a sus blancos seleccionados. «A veces, les prometían reportajes excepcionales sobre la guerra civil.» A Engel, por ejemplo, le dijeron que podría filmar a cuatro combatientes iraníes y dos libaneses que el Ejército Libre de Siria había capturado como prueba de que el gobierno de Irán y los grupos armados del Líbano estaban apoyando directamente al presidente Bashar al Asad y sus escuadrones de la muerte. Semejantes pistas eran irresistibles para los periodistas, que caían así en las trampas que sus secuestradores les tenían preparadas.

De todos modos, los mejores blancos para esos secuestros eran los periodistas menos experimentados, los *freelance*: en su mayoría, jóvenes que viajaban solos provistos de una cámara y una grabadora. No obstante, tampoco los periodistas profesionales como Quirico, Piccinin, el equipo de la NBC que acompañaba a Engel, y otros muchos —incluido el veterano corresponsal de guerra francés Didier François, reportero de cincuenta y un años de edad que trabajaba para la cadena de radio Europe 1— se salvaron de ser tomados como rehenes. El propio François fue a parar a las prisiones de Estado Islámico junto a otros secuestrados extranjeros como James Foley y dos periodistas franceses más, Nicolas Hénin y Pierre Torres, raptados cerca de Raqa en junio de 2013.

Según un periodista sirio que trabajaba con la BBC, Omar al Muqdad, en junio de 2013 el chófer que llevó a Didier François y al fotógrafo de veintitrés años de edad, Edouard Elias, a Siria fue el mismo que condujo el vehículo que llevó a los dos rehenes japoneses anteriormente mencionados a territorio sirio tras ser secuestrados en dos episodios separados.[20] Poca casualidad podía ser esa.

Los dos periodistas franceses fueron secuestrados en un puesto de control al norte de Alepo poco después de que cruzaran la frontera de entrada en el país. Unos hombres armados hasta los dientes detuvieron su

coche, los esposaron y les dijeron en inglés que no se preocuparan, que tenían que comprobar su identidad. El conductor asegura que le ordenaron que se fuera, cosa que hizo... sin mirar hacia atrás en ningún momento.[21]

SEGUNDA PARTE

7

EL NEGOCIADOR

«Soy un negociador privado en casos de secuestro. No tengo problema alguno en decir que hago lo que hago por dinero y que mis servicios no son baratos. No soy una organización benéfica. Soy un profesional.

»¿Me importan los rehenes? ¿Empatizo con ellos? ¡Pues claro! Pero jamás dejo que mis sentimientos nublen mi juicio.

»Examino cada caso con una calculada imparcialidad. No podría hacer mi trabajo si no. Si uno deja que sus sentimientos personales interfieran en este negocio, pone en peligro su vida y las vidas de los rehenes. Aunque en todos los casos hay alguna vida en riesgo, cada caso es distinto. En este trabajo, no hay reglas de oro ni soluciones fáciles. Si se quiere estar un paso por delante de los secuestradores, hay que estar dispuesto a pensar de manera no convencional, a reinventar la estrategia a cada paso.

»Es un negocio arriesgado, sin duda. Uno nunca está seguro, nunca sabe si le va a salir bien la jugada, y siempre está en vilo, pendiente del siguiente movimiento del oponente. Yo casi no duermo. Ese es un lujo que prácticamente desconozco.

»Hay personas que vilipendian mi profesión. Otras me ven como un simple mercenario, alguien a quien se le paga para que liberen a seres queridos retenidos como rehenes. Cuando los gobiernos impiden que las familias negocien con terroristas, como sucedió con James Foley y con otros muchos rehenes, mis servicios se consideran incluso ilegales. No me importa; no me interesa la política exterior. Creo que intentar salvar la vida

de un ser querido es un derecho humano. No hacerlo va en contra de nuestra naturaleza.

»Este es un trabajo que nunca tiene final. Supongo que cuando por fin me siento en un avión, a diez mil metros de altura, con una bebida en la mano y una persona sentada a mi lado que, hasta hace bien poco, era el rehén por quien estábamos negociando, entonces sí, entonces puedo decir que se ha hecho el trabajo. Pero, aun así, sé que, cuando aterricemos, habrá más peticiones urgentes esperando; habrá que volver a empezar de nuevo. Por cada individuo que devolvemos sano y salvo a su casa, hay otros muchos, demasiados, que permanecen todavía en cautividad.

»Hace treinta años que soy un negociador. He trabajado para gobiernos, compañías de seguridad privadas, aseguradoras, familias e, incluso, organizaciones no gubernamentales internacionales, pero nunca antes había visto semejante aumento en el número de rehenes como durante la última década. Nos enfrentamos a una crisis de secuestros que ha adquirido proporciones planetarias. Podría pensarse que eso es bueno para personas como yo, pero sería un error. Un crecimiento exponencial como este dificulta mi trabajo; incrementa los riesgos y reduce el porcentaje de éxitos. El negocio de los secuestros es como un cáncer que se ha metastatizado: hoy se compran, se venden y se roban rehenes occidentales constantemente porque son muy valiosos. Especuladores, sinvergüenzas, guías y políticos corruptos, mediadores locales..., toda esa recua de personajes dudosos que quieren ganarse un dinerillo fácil a costa de un secuestro alimentan una industria auxiliar de dimensión mundial y enturbian las aguas para personas como yo. Cada vez resulta más complicado saber en quién confiar o cuál es la vía correcta que seguir cuando se está negociando con los secuestradores.

»El final de la guerra fría y la globalización son los responsables de esta crisis. Los secuestros se han disparado en dos grandes áreas del mundo: allí donde el Estado se está desmoronando y allí donde se está experimentando un crecimiento económico excepcionalmente fuerte (en China, por ejemplo). Puede decirse que lo que alimenta la industria de la toma de rehenes es tanto la anarquía política como la prosperidad económica, acompañadas, claro está, de la codicia, características principales (las tres) del nuevo desorden mundial.

»Cuando el Estado se viene abajo y se quiebran la ley y el orden, los secuestros se convierten en un medio de supervivencia. Esto es lo que ha ocurrido en Afganistán, Somalia, Mali y otros muchos países. Al principio,

eran habitantes locales los raptados para financiar grupos insurgentes, tal como sucedió en Siria justo después de la Primavera Árabe. Se secuestraba a profesionales, hombres de negocios, industriales o incluso tenderos, y se les ponía en libertad cuando sus familias pagaban el correspondiente rescate. Pero a medida que el país se fue hundiendo en una guerra civil, los habitantes ricos se mudaron al extranjero y fueron los ciudadanos de otros países quienes devinieron en la principal fuente de ingresos para todo aquel que tuviera algún poder: señores de la guerra, yihadistas, bandas de delincuentes y hasta empresarios locales.

»Las presas más fáciles siempre son muchachas y muchachos occidentales que viajan a zonas de guerra, Estados fallidos u otras zonas peligrosas del planeta: jóvenes e inexpertos, quieren ver mundo, informar de las atrocidades que en él se cometen y arreglarlo, y sueñan con convertirse en periodistas *freelance* o en cooperantes humanitarios. A veces, se comportan como si estuvieran a punto de vivir una aventura en el bosque, o ir de acampada o de excursión. No tienen ni idea del riesgo que corren. Son ingenuos y un peligro para sí mismos y para quienes interactúan con ellos. A menudo están también equivocados sobre cómo son las cosas: ¿cómo pueden dominarse profesiones tan difíciles como las de corresponsal de guerra o cooperante humanitario simplemente presentándose en medio de una zona de conflicto?

»Pues claro que son fáciles de secuestrar, de asustar, de vender en el “mercado secundario de los secuestros”, de intercambiar por un rescate. El 90 por ciento de las veces sus familias o sus gobiernos pagan. Es evidente que no estamos hablando de millones de dólares. Para cobrar sumas de siete cifras hay que secuestrar a alguien realmente valioso —un alto ejecutivo de una multinacional petrolera, un pariente de un político—, pero esos blancos de más valor son difíciles de capturar porque son profesionales y están protegidos por vigilantes que también lo son.

»En general, los periodistas valen poco, apenas unos cientos de miles de dólares. No importan realmente a nadie, salvo, claro está, que tengan un pasaporte italiano, francés, alemán o de algún otro país europeo que paga rescates, y que terminen en manos de grupos terroristas profesionales como Al Qaeda en el Magreb Islámico, Al Nusra o el ISIS. Estos reporteros son generalmente piezas valiosas porque sus gobiernos temen el efecto que su secuestro puede tener en la opinión pública y, por eso, pagan, y a veces, cifras también muy altas: dinero suficiente como para impactar

notablemente en la economía local. En el norte de Mali, tras el pago de varios millones de euros a cambio de un grupo de cooperantes italianos y españoles, el euro pasó a ser la moneda de uso corriente más común en la economía local.

»Nadie tiene una imagen completa y clara de lo que son realmente los secuestros, ni siquiera los gobiernos occidentales ni los negociadores, porque nadie dispone de toda la información, de todas las piezas del rompecabezas. No sabemos qué ocurre cuando los rehenes están en cautiverio, ni lo que pasa por la cabeza de los captores, de los guías, de los pequeños delincuentes locales que se involucran en ese negocio, de los políticos corruptos, etcétera. Nunca sabemos la verdad. Es obvio que podemos aventurar conjeturas, pero sin estar seguros. Certeza es una palabra que jamás usamos porque generalmente solo sirve para que te maten.

»Podemos, pues, ver este fenómeno desde múltiples ángulos. Está el ángulo humano, que es el que generalmente adoptan los rehenes después de ser liberados: regresan a casa, escriben sus memorias sobre lo ocurrido, hablan con los medios y revelan lo mucho que lucharon por sobrevivir en lo que, a menudo, son unas condiciones inhumanas. Pero ese solo es un aspecto minúsculo del negocio de los secuestros. Luego, estamos también las personas que, como yo, negocian la libertad de esos secuestrados. Trabajamos a oscuras, alejados de los medios, y muy rara vez desvelamos lo que sabemos.

»Los secuestradores, por su parte, tienen una visión distorsionada del fenómeno en su conjunto. En muchas regiones del mundo, por ejemplo, la toma de rehenes está considerada como una especie de mecanismo que redistribuye la riqueza del Occidente acomodado hacia las zonas más pobres del planeta. Las reglas de juego son muy similares a las que rigen en Wall Street. Los rehenes se convierten en el instrumento financiero que pone en marcha un complejo plan de inversiones, una operación lucrativa en la que el retorno del capital es mucho mayor que el retorno que se obtiene del factor trabajo. En Somalia, los inversores locales que respaldan económicamente a las bandas de piratas se embolsan el grueso del rescate y dejan solo una pequeña parte del mismo a los captores reales. Incluso el modo en que se llevan las negociaciones no difiere mucho de la frenética manera de operar de los mercados bursátiles, porque los rehenes son una mercancía cuyo valor varía en función de ciertos factores, como pueden ser

su nacionalidad, su profesión o el momento del secuestro. Y del mismo modo que los operadores de los mercados evalúan los títulos y las acciones que tienen en cartera, los raptores hacen también lo propio con sus activos antes de formular una cuantía para el rescate. El rescate del *Sirius Star*, un petrolero valorado en 150 millones de dólares que llevaba un cargamento de petróleo saudí valorado a su vez en otros 100 millones, fue de 3 millones de dólares. Así que, proporcionalmente hablando, se consideró razonable y las negociaciones concluyeron en un plazo de dos meses. Esa fue una operación muy rentable para los inversores somalíes porque, como en cualquier negocio, el tiempo es dinero y retener a los rehenes sale caro.

»Las negociaciones pueden demorarse meses o incluso años cuando no hay dinero de ningún gobierno o de ninguna aseguradora al que apelar y queda exclusivamente en manos de los familiares y los amigos el satisfacer las exigencias de los secuestradores, como ocurrió con la familia de Daniel Rye Ottosen. Esos son los casos más complicados. Los inversores se ponen nerviosos, los secuestradores se impacientan, los rehenes son objeto de un trato abusivo reiterado y siempre hay alguien que intenta apoderarse del negocio, ya sea secuestrando físicamente a los rehenes, ya sea interviniendo en la negociación para sacar tajada.

»A menudo, el coste de las negociaciones sobrepasa los ingresos previstos por el rescate. Las personas como yo tenemos que viajar a zonas de alto riesgo y precisamos de seguridad y de dinero para comprar información y establecer contactos. Lo irónico del caso es que esos fondos se gastan en la economía local de las zonas donde los rehenes están retenidos, por lo que alimentan la industria auxiliar generada por el secuestro, desde los conductores y los guías hasta el tendero que vende tarjetas con saldo para los teléfonos móviles. Esa no deja de ser una inyección de dinero contante y sonante para esas economías, por lo que los lugareños no pueden evitar pensar que los secuestros les reportan un buen negocio en general.

»Pero aún se le puede dar una vuelta de tuerca surrealista a la situación que les acabo de contar: si los rehenes en cuestión son de varios países cuyos gobiernos pagan rescate, este aumenta su cuantía porque las autoridades de los diferentes Estados compiten entre sí por sacar a los suyos de allí antes que los otros. Los captores lo saben y enfrentan a unos negociadores con otros.

»Es un juego de supervivencia, olvídense de que vaya a haber cooperación en ningún momento. Y es una industria dominada por hombres, rebosante de testosterona. Todos compiten por sacar a sus rehenes y todos trabajan para conseguir ese objetivo, con independencia de las consecuencias. Así que competimos por chóferes, guías, equipos de seguridad, informantes..., y, claro está, los gobiernos tienen arcas más nutridas que las familias, así que pagan precios más altos con tal de conseguir lo que se proponen. Eso fue lo que sucedió con las negociaciones de los veinticinco rehenes retenidos por Estado Islámico desde finales de 2012 hasta el verano de 2014. Los primeros en ser liberados fueron aquellos que pertenecían a países cuyos gobiernos pagan los rescates más altos.

»Así que, ya ven, este es, en gran medida, un negocio de humo y espejos. Estados Unidos y el Reino Unido afirman que pagar rescate alimenta el negocio de los secuestros por parte de grupos terroristas. Aseguran, por ejemplo, que, en el caso de Estado Islámico, esos rescates constituyen una importante fuente de ingresos para el Califato. Ahora bien, de aquellos veinticinco rehenes retenidos por Estado Islámico, un 67 por ciento fueron puestos en libertad previo pago de rescates que sumaron un total de entre 60 y 80 millones de euros. Y, bien mirado, eso no es mucho dinero para una organización que se ha transmutado en un Estado y que, como tal, grava diariamente con tributos a una población de unos ocho millones de personas. Lo que sucede es que ese dinero recaudado por la mencionada industria auxiliar a partir de personas como yo que actuamos en representación de las familias, y de gobiernos que pagan mientras llevan a cabo las negociaciones, supone un fuerte incentivo para que los lugareños apoyen a la industria de los secuestros. Y cuanto más compitamos entre nosotros y más hagamos durar esas negociaciones, más rentable será ese negocio. Ahora, por ejemplo, si queremos contratar los servicios de los mejores guías, informadores y conductores, tenemos que pagar más dinero. La ley de la oferta y la demanda sigue estando vigente, aunque la mercancía en cuestión sean vidas humanas.

»En última instancia, hagamos lo que hagamos, en este negocio nunca vamos a salir ganando, porque su esencia consiste precisamente en asignar un valor monetario a una vida humana.»

8

EL RESCATE

Aunque las grandes organizaciones dedicadas a la ayuda humanitaria se niegan a poner precio a ninguna vida humana, todos los demás lo hacen: las familias, las empresas, los gobiernos y, por supuesto, los propios captores de los rehenes. Un grupo de países de quienes es bien conocida su disposición a pagar rescates y cuyas autoridades insisten siempre en encargarse ellas mismas de las negociaciones y los pagos —países europeos, sobre todo, como Italia, Alemania, Francia y España— han tenido que lidiar con un buen número de casos de secuestro desde el estallido de la crisis de los raptos de rehenes allá por 2003. Italia es quien paga los rescates más cuantiosos con diferencia, y eso tal vez explica por qué un alto número de italianos ha sido secuestrado en estos últimos quince años. Todos los gobiernos europeos han previsto la formación de unidades especiales, «unidades de crisis», para tratar los casos de secuestro. En general, son órganos jerárquicamente dependientes de los ministerios de exteriores, pero están compuestos por personas de los servicios secretos que actúan de enlace con los respectivos ministerios de interior.

«La unidad de crisis italiana estaba ya creada en 2003 cuando fui a Irak —recuerda el exembajador Maiolini—. Su labor consistía en encargarse de cualquier situación de emergencia, incluidas las catástrofes naturales, y no solo de los secuestros.» A menudo, las unidades de crisis son «multitarea». Todas estas unidades clasifican a los rehenes con arreglo a ciertos criterios, entre los que se incluye el impacto de su captura en la opinión pública. Cuando se negocia el rescate, esa clasificación hace más fácil asignar un

precio a cada rehén. Como se detalla en el capítulo 2, los secuestradores tratan de predecir cómo clasificará cada gobierno a cada rehén de su nacionalidad y, en función de ello, negocian de un modo u otro. En 2011, el MUJAO sabía que el gobierno italiano valoraría la libertad de Rossella Urru, una cooperante, más que la de Maria Sandra Mariani, una simple turista. Ese es justamente el motivo por el que organizaciones de ayuda humanitaria como el Danish Refugee Council (DRC) abogan por que no se ponga precio a ninguna vida humana: para evitar que se valoren unas más que otras.

Aunque el DRC está en minoría en esa manera de ver las cosas, ni los gobiernos ni quienes no tienen inconveniente en poner precios a los rehenes hacen nunca público que exista tal sistema de clasificación. Las negociaciones de los gobiernos están envueltas siempre en el secretismo. A los familiares y a los exrehenes se les ordena no hablar del drama por el que están pasando seres queridos suyos en esos momentos. «En general, los gobiernos no quieren que las familias o los amigos hablen de secuestro. La norma es no comentar nada con los medios de comunicación y no hablar con amigos ni parientes nunca», explica un negociador. De hecho, esas fueron las instrucciones que se dieron a la familia de Maria Sandra Mariani una y otra vez durante los muchos meses de su secuestro.

Ese silencio que los gobiernos imponen a las familias de los rehenes sin dejarlas participar en las negociaciones ilustra la desatinada manera que tienen de enfocar los secuestros. Y es que, por mucho que mantengan en secreto lo que hacen, la información circula inevitablemente entre los captores. Excluir a las familias de las negociaciones genera resentimiento entre estas y, con frecuencia, de uno u otro modo, esos sentimientos terminan saliendo a la luz, sobre todo después de la liberación o el fallecimiento del rehén. Por ejemplo, Robert Fowler critica duramente en su libro de memorias personales *A Season in Hell* el modo en que el gobierno canadiense manejó las negociaciones para su liberación.

«Si algo aprendimos del secuestro de Buchanan y Thisted, es lo fundamental que es el papel de las familias en la gestión de las crisis con rehenes», comenta Liban Holm, del Danish Refugee Council. Tras el secuestro de Buchanan y Thisted, el DRC organizó un programa de formación en coordinación con familiares para que aquellos miembros de su personal designados como personas de contacto con las familias contaran con los conocimientos adecuados sobre esa faceta y supieran a qué se

estaban comprometiendo al aceptar esa labor. «Sabíamos que la persona de enlace no debía formar parte del equipo de gestión de crisis», explica Holm. El equipo de gestión de crisis representa una especie de núcleo duro interno. Lo ve y lo conoce todo, incluso rumores y habladurías. La persona de enlace con la familia, por su parte, pertenece a una segunda capa y solo ve una parte de la operación: los hechos conocidos. Esta separación se debe a que la relación con las familias es muy agotadora desde el punto de vista emocional y psicológico. Está en nuestra naturaleza humana que queramos dar esperanzas a los familiares, y eso significa que, si la persona de enlace los conoce, tendrá propensión a contar rumores infundados sobre el caso a la familia. Se necesita una fenomenal fortaleza mental, una buena formación y una actitud positiva para que alguien pueda actuar como el mejor apoyo posible para las familias.

Las unidades de crisis de los gobiernos no se basan en ese tipo de estructuración ni tampoco tienen la misma sensibilidad hacia el trauma que viven los familiares. Por lo general, informan solo esporádicamente a estos de lo que ocurre, y no cuando sucede algo importante, sino cuando el equipo de crisis decide que es seguro hacérselo saber, o cuando no tienen más remedio que hacerlo, como ocurrió durante las negociaciones para la liberación de Robert Fowler.

Mientras su marido era todavía rehén de AQMI, la señora Fowler comió en Londres con el Alto Comisionado canadiense para el Reino Unido, James Wright, que era amigo de Robert. En ese almuerzo, Wright bajó la guardia y dejó caer el comentario siguiente: «Debes de estar encantada de que hayan enviado un nuevo videomensaje y de saber que Bob sigue con vida».[1] Al ver el efecto de sus palabras en el semblante de la señora Fowler, Wright se ausentó de la mesa un momento y regresó unos minutos después. Al poco tiempo, la esposa de Fowler recibía una llamada de la Real Policía Montada de Canadá (RCMP, según sus siglas en inglés)[2] para informarle de la recepción de aquel segundo vídeo. Sin embargo, por «razones de seguridad», a la señora Fowler no se le autorizó a recibir el vídeo por vía electrónica en el Reino Unido, porque se consideraba que aquello podría contaminar las pruebas. Para ver aquella fe de vida de su marido, tuvo que regresar a Canadá.

Las autoridades de los gobiernos suelen contar mentiras o sinsentidos legales a las familias para ocultarles la marcha de las negociaciones. Tampoco debería sorprendernos que actúen así, pues quienes se encargan de

estas suelen ser miembros de los servicios secretos o del ministerio de exteriores de turno, o funcionarios para quienes los rehenes son una mercancía política.

El gobierno italiano no estableció una relación de confianza con la familia de Mariani y, por otra parte, los medios tampoco se interesaron especialmente por el drama de la secuestrada porque no era más que una turista. No puede decirse lo mismo del caso de Rossella Urru, Ainhoa Fernández de Rincón y Enric Gonyalons, hechos rehenes en el ya mencionado campamento de refugiados saharauis. Los medios se hicieron eco de la noticia y la exprimieron todo lo posible, justo como los secuestradores de los cooperantes esperaban que hicieran.

Desde el principio mismo, el secuestro de estos tres trabajadores de organizaciones no gubernamentales tuvo una fuerte repercusión mediática. En noviembre de 2011, el secretario general de la ONU, Ban Ki-Moon, pidió públicamente su liberación.[3] En junio de 2012, durante una conferencia sobre derechos humanos en Florencia, el presidente de la República Árabe Saharaui Democrática, Mohamed Abdelaziz, declaró que los rehenes estaban vivos y que había en marcha negociaciones para liberarlos.[4] El secuestro de Rossella Urru movilizó también a famosos a través de los medios sociales. Fiorello,[5] una de las más populares figuras del espectáculo en Italia, pidió a sus seguidores en Twitter que sustituyeran sus fotos de perfil por la de Rossella Urru durante una semana. Durante el festival de la canción de San Remo, que tiene millones de espectadores en Italia, Geppi Cucciari, un cómico de Cerdeña (isla de nacimiento de Urru), exigió públicamente la puesta en libertad de la secuestrada.[6]

Aunque quienes intervienen de ese modo lo hacen con la intención de ayudar a la liberación de los rehenes, «la publicidad y la atención mediática siempre contribuyen a que los captores consigan cerrar un trato más favorable para sus intereses, ya sea con un rescate más caro, ya sea con la liberación de un número de prisioneros de su bando más alto a cambio de las vidas de los rehenes», según un negociador. De hecho, eso fue lo que pasó con el secuestro de los dos marineros daneses del *Leopard* y, posiblemente también, con los tres cooperantes raptados del campamento de refugiados saharauis. Su rescate se cerró en 5 millones de euros por rehén, cuando la tarifa habitual por aquel entonces en el Sahel estaba en torno a los 3 millones.

Mantener el secreto en torno a las negociaciones por un caso de secuestro ayuda a que el precio del rescate no se dispare, pero solo si se hace bien, haciendo partícipes a las familias de los rehenes del desarrollo de los acontecimientos. Mantenerlas al margen no sirve más que para escudar a los gobiernos frente a potenciales críticas por tratar a los rehenes como simple mercancía humana, comprada y vendida —viva o muerta— por razones políticas y a un precio acorde con esas razones.

El coste de un cadáver

A comienzos de 2015, las autoridades estadounidenses recibieron una petición de rescate a cambio de los cuerpos de dos rehenes: Warren Weinstein, un profesional de setenta y tres años de edad de esa misma nacionalidad, y Giovanni Lo Porto [Giancarlo para sus amigos], un cooperante italiano de treinta y nueve años. En enero de 2015, un dron de la CIA había abierto fuego contra un complejo de Al Qaeda próximo a la frontera paquistaní con Afganistán. Cuando el ataque del dron estadounidense mató a aquellos dos hombres, la CIA declaró no haber tenido conocimiento previo de la presencia de ellos en el interior del complejo. De hecho, la oferta de venta de sus cadáveres no vino de Al Qaeda, y eso hizo que muchos creyeran que habían sido vendidos a algún otro grupo. Las imágenes tomadas por drones militares estadounidenses confirmaron, además, que ambos cuerpos habían sido trasladados a una ubicación diferente.[7]

Warren Weinstein había ido a Pakistán contratado por J. E. Austin Associates, una consultoría privada especializada en obras de modernización en economías en vías de desarrollo que había obtenido a su vez una contrata de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (la USAID). Cuando lo secuestraron en agosto de 2011, se disponía a regresar a casa desde Lahore tras un periodo como director de operaciones internacionales de la consultoría.

Cuando se supo que los captores pedían un rescate, el gobierno federal estadounidense declaró públicamente que se negaba a pagar, pues su política oficial es no negociar con terroristas. Sin embargo, según *Wall Street Journal*, «en 2012, el FBI ayudó a facilitar un pago de 250.000 dólares de la familia Weinstein a Al Qaeda en un intento fallido por lograr

su puesta en libertad».[8] El *Wall Street Journal* informó también de que, tras reunir aquellos fondos por vía privada, la familia entregó el rescate a un intermediario paquistaní que había sido previamente investigado por el FBI. El dinero del rescate se entregó en junio de 2012, pero la liberación de Weinstein nunca se hizo efectiva.[9]

Cuando Weinstein fue secuestrado, el presidente Obama no había revocado todavía la legislación que permitía acusar formalmente de financiación del terrorismo a las familias que pagan rescates. De hecho, ese fue el argumento que usaron luego las autoridades estadounidenses para tratar de disuadir a la familia de James Foley de que reuniera por su cuenta el dinero del rescate tras el secuestro de su ser querido. Pero la de Weinstein fue otra historia. «Siempre hay vías para eludir esas restricciones, en especial, para personas que trabajan en estrecha colaboración con los servicios de inteligencia», me explicó un negociador estadounidense con el que hablé sobre el tema. Algo salió mal en el momento de poner en libertad a Weinstein, a pesar de que, tras los soldados y los agentes de inteligencia, los cooperantes son los rehenes a quienes se asigna la máxima categoría posible en la clasificación de personas secuestradas.

La historia de Giovanni Lo Porto, otro rehén de alto valor, es más tétrica aún. El 19 de enero de 2012, mientras trabajaba para una ONG alemana, Lo Porto y su colega germano Bernd Muehlenbeck fueron secuestrados en Multan, unos cuatrocientos kilómetros al suroeste de la capital de Pakistán.

Lo Porto murió en cautividad —sin que ni su familia ni el gobierno italiano lo supieran— a causa del ataque de un dron de la CIA contra el complejo donde le mantenían preso sus captores. Casi un mes después de la muerte de Lo Porto, el entonces recién elegido presidente de la República Italiana, Sergio Mattarella, incluso expresó su optimismo acerca de una pronta liberación de Lo Porto en su discurso de investidura.[10] Es evidente que Mattarella ignoraba que el cooperante italiano había fallecido por la acción de uno de los aliados clave de Italia, Estados Unidos. La noticia de las trágicas muertes de ambos rehenes asaltaría los teletipos meses más tarde. No dejó de ser irónico que aquella información llegara poco después de que el primer ministro italiano, Matteo Renzi, hubiera realizado una visita oficial a la Casa Blanca.

Tanto Lo Porto como Muehlenbeck habían ido a Pakistán por un proyecto de la Unión Europea destinado a ayudar a la población local tras dos grandes desastres naturales: un terremoto y unas inundaciones. Según

Margherita Romanelli, íntima amiga de Lo Porto, cuando Muehlenbeck fue puesto en libertad en octubre de 2014, reveló que los habían separado tras un año de cautiverio, una posible señal de que uno de los dos había sido vendido o entregado a otro grupo u organización. «Si no antes, desde ese momento, es probable que las negociaciones con los dos gobiernos se llevaran de forma separada», me dijo el negociador al que entrevisté. Dos meses después de la liberación de Muehlenbeck, moría Lo Porto.

Aquella revelación de Muehlenbeck se contradecía directamente con las palabras con las que el gobierno italiano había intentado tranquilizar a la familia Lo Porto anteriormente. «El Ministerio de Exteriores les aseguró que estaban colaborando estrechamente con los alemanes», recuerda Romanelli.[11] A diferencia de lo que hizo el DRC, la ONG para la que trabajaba Lo Porto no designó a ninguna persona de enlace con la familia, por lo que esta tuvo que recurrir principalmente a la unidad de crisis del gobierno italiano y a los propios colegas de Lo Porto que la surtían de información por vías «oficiosas».

«El silencio fue la norma. Nadie habló; nadie dijo nada. Estábamos totalmente a oscuras», confirma Romanelli. Aun hoy resulta difícil encajar las piezas del rompecabezas del secuestro de aquel cooperante italiano. Nunca se hizo público vídeo alguno de Lo Porto. El primer y único vídeo que confirmaba el secuestro de los dos hombres mostró solamente a Muehlenbeck. Nadie sabe si se llegó a enviar alguna prueba de vida de Lo Porto. Tampoco se ha tenido información alguna de cómo manejaron los italianos la gestión de su secuestro a nivel local.

«Lo primero que los profesionales hacen en esas circunstancias es registrar el vecindario puerta por puerta y hablar con la población del lugar», me explicó el negociador europeo con quien hablé. Eso es lo que el DRC hizo en Somalia a raíz del secuestro de Buchanan y Thisted. «Cuando Muehlenbeck fue puesto en libertad, reveló que, tras el secuestro, habían sido retenidos una semana en una casa justo a la vuelta de la esquina de donde los cogieron», comenta Romanelli. Habría sido fácil dar con ellos, pues, si se hubiera practicado un registro bien hecho de aquel vecindario. Pero los italianos, cuya inteligencia militar no estaba presente en aquella región, tuvieron que confiar a las fuerzas paquistaníes la labor de seguir el rastro de los secuestradores.

En contra de lo que muchos creen, los gobiernos occidentales no disponen de fuentes de inteligencia adecuadas en la mayoría de zonas donde

sus ciudadanos son fácil presa de las bandas de secuestradores, y es habitual que las autoridades recurran entonces a los periodistas que trabajan en esas regiones pidiéndoles ayuda. «Cuando en julio de 2015 [los tres periodistas] Antonio Pampliega, José Manuel López y Ángel Sastre [...] fueron secuestrados en el norte de Siria, cerca de la localidad de Azaz, yo estaba en Ucrania. Los conocía y tenía cierta idea de lo que había ocurrido, así que me puse en contacto con las autoridades españolas, que me pidieron que les pasara los contactos que yo tuviera, porque carecían de presencia de sus servicios de inteligencia sobre el terreno», recuerda Francesca Borri.[12]

Contra lo que es habitual en secuestros de ciudadanos italianos, el caso Lo Porto coleó durante años, pues concitó persistentes críticas de amigos del cooperante. «El gobierno italiano dejó abandonado a Giancarlo [Lo Porto] desde los primeros días de su secuestro —dijo, por ejemplo, uno de sus amigos, Filippo Occhipinti—. El Ministerio de Exteriores lleva tres años burlándose de la familia con esa imposición suya de un estricto silencio. Yo pregunto por qué, pero, desgraciadamente, nunca obtendré una respuesta. Por encima de todos, quien mató a Giancarlo fue el Estado, que lo abandonó.»[13]

El gobierno de Italia no trajo a Giovanni Lo Porto de vuelta con vida, pero sí repatrió su cadáver. «Cuando el cuerpo llegó a Italia, fue el gobierno quien se encargó de los análisis de ADN, no la familia —explica Romanelli—. El cuerpo llegó por barco al puerto de Palermo y la familia no estaba allí porque no se la había informado de la hora prevista de arribada del buque. De hecho, aconsejaron a los familiares que no miraran el cadáver, que no abrieran el féretro, que estaba sellado, y se mantuvo cerrado durante el funeral civil.» Al día siguiente, se practicó la incineración.

«Aunque no hubo presencia de ningún político en el funeral, dos agentes del servicio secreto se personaron en la incineración para verificar que todo, incluida la ropa que llevaba el fallecido, se quemaba en aquel momento.»

¿Correspondía el cuerpo por el que los italianos pagaron rescate a Lo Porto o a otra persona? Solo el gobierno de Italia conoce la respuesta a esa pregunta. Todas las pruebas han quedado reducidas a cenizas. En cualquier caso, repatriando un cadáver, el gobierno italiano pudo dar carpetazo a un muy controvertido caso de secuestro, y sin tener encima la mirada de los medios. La familia recibió un certificado de defunción, imprescindible para

reclamar el seguro de vida. Y así, sin hacer ruido, el caso Lo Porto llegó a su fin.

El crimen silencioso

Por mucho que el secretismo a la hora de abordar los casos de secuestro sea presentado como una táctica para impedir que los secuestradores eleven al máximo sus peticiones de rescate, el verdadero objetivo de los gobiernos cuando imponen ese silencio es minimizar su propia rendición de cuentas a propósito de la marcha de las negociaciones. Por ejemplo, en lo referente al pago de rescates, todos los gobiernos niegan siempre que vayan a pagar o que hayan pagado. Pero los secuestradores saben muy bien quién paga y quién paga más que los demás.

«Este es un negocio de mentiras, espías y encubrimientos», se afirma en el documental de Al Jazeera *The Hostage Business*,[14] dedicado al turbio mundo de los secuestros. El gobierno miente, los secuestradores mienten, los intermediarios mienten y las familias tienen que arreglárselas por sí solas con la mínima (o nula) información que les llega.

En 2011, entre los diecinueve rehenes de los que el gobierno italiano tenía que ocuparse por entonces, estaba Bruno Pelizzari, un residente en Sudáfrica que tenía la doble nacionalidad sudafricana e italiana y había sido secuestrado por piratas somalíes el 26 de octubre de 2010 cuando navegaba con su compañera, Debbie Calitz. «Al principio, pedían por ellos 20 millones de dólares», cuenta Vera Hecht,[15] hermana de Pelizzari. Cuando el gobierno sudafricano se negó a pagar e incluso a involucrarse en las negociaciones, Hecht buscó ayuda en una organización benéfica sudafricana presente en Somalia llamada Gift of the Givers. Las negociaciones se prolongaron dieciocho meses entre constantes presiones de los captores, que amenazaban con matar a los rehenes. Entonces, Hecht recibió un mensaje por Facebook de alguien llamado Marco que le dijo que la podía ayudar. Marco la instó a obtener una prueba de vida una vez más y a cerrar un acuerdo. Según documentos secretos obtenidos por Al Jazeera, el gobierno italiano, frustrado por cómo los sudafricanos estaban manejando aquel secuestro, decidió intervenir y pagar un rescate de unos 525.000 dólares. El pasaporte italiano de Pelizzari salvó su vida y la de

Debbie Calitz. Obviamente, a Hecht se le ordenó que nunca revelara que los italianos habían pagado realmente el rescate.

Marco, un agente de inteligencia italiano, orientó a Hecht en las negociaciones. Usaban la misma cuenta de Gmail, de manera que nunca se enviaban mensajes entre ellos, sino que hablaban a través de correos no enviados pero guardados como borradores en dicha cuenta. Tres meses después, en junio de 2012, Pelizzari y Calitz (quien ni siquiera era ciudadana italiana) fueron puestos libertad previo pago de un rescate. Hecht pudo por fin volver a ver a su hermano, acompañada, eso sí, de agentes de inteligencia del país transalpino.

«Es probable que los italianos supieran que podrían conseguir a Pelizzari y a Calitz relativamente pronto y por mucho menos dinero que Mariani. Los rescates que cobraba AQMI por aquel entonces estaban en torno a los 3 millones de euros y, además, eran unos negociadores muy duros. Así que los italianos probablemente optaron por colaborar con la hermana de Pelizzari para tachar rápidamente un nombre de la lista de rehenes de su país. Al acabar el año, lo que importa para los servicios secretos es cuántas personas han traído de vuelta a casa», me comentó uno de los negociadores europeos a los que entrevisté.

El gobierno de Italia también preparó una manera de encubrir la noticia real con otra ficticia.[16] Cuando Pelizzari y Calitz regresaron a su domicilio en Sudáfrica, los medios fueron informados de que habían sido liberados por las fuerzas de seguridad somalíes, que tenían respaldo occidental. Pelizzari y Calitz recibieron instrucciones para que no revelaran en ningún momento que el gobierno italiano había pagado el rescate.[17]

Amanda Lindhout, una periodista *freelance* canadiense, no corrió la misma suerte. El 23 de agosto de 2008, a los dos días de haber llegado a Mogadiscio, fue secuestrada junto a Nigel Brennan, un fotoperiodista *freelance* australiano de treinta y siete años. Tanto el gobierno canadiense como el australiano se negaron a pagar el rescate, pero «guiaron» a las familias a lo largo de las negociaciones. A la madre de Lindhout le dijeron una y otra vez que nada iba a pasarle a su hija, porque sus secuestradores eran personas religiosas y no la agredirían sexualmente. Pero, al parecer, Lindhout fue violada por uno de sus carceleros y, cuando intentó huir, fue violada de nuevo por un grupo de ellos.

En un principio, los secuestradores pidieron 2,5 millones de dólares. Finalmente, se conformaron con menos de 1 millón. Según el libro que

escribió Lindhout sobre su experiencia, titulado *A House in the Sky*, el gobierno canadiense no mostró sensación alguna de urgencia o apremio en ningún momento de las negociaciones. Solo se limitó a instruir a su madre para que negociara un rescate más bajo. Llegó un momento en que le ordenaron incluso que no respondiera a más llamadas, porque el gobierno había decidido llevar las negociaciones directamente. Semejante sugerencia desafía toda lógica, teniendo en cuenta que era la familia, y no el gobierno, quien iba a pagar el rescate. Según Lindhout, los secuestradores se habían negado repetidamente a aceptar 250.000 dólares, una suma que tanto el gobierno de Canadá como el de Australia habían calculado en concepto de «gastos» a fin de ocultar su implicación en el pago del rescate.

Al final, presionada por la familia de Nigel Brennan, la madre de Amanda Lindhout accedió a contratar los servicios de un negociador privado, John Chase, de la compañía británica AKE. Chase guio a la madre de Lindhout durante las negociaciones, como Marco haría después con la hermana de Pelizzari. AKE dispuso que fuera un parlamentario somalí quien recibiera el rescate de 600.000 dólares —una cifra muy próxima a la que los italianos pagarían por Pelizzari y Calitz—, que se transfirieron a un banco de Nairobi y, desde allí, a un quiosco de Mogadiscio. El parlamentario hizo entrega entonces del dinero a un grupo de notables tribales que dieron finalmente el rescate a los secuestradores solo después de que se hiciera efectiva la liberación de Lindhout y Brennan. El 25 de noviembre de 2009, 460 días después de que fueran tomados como rehenes, ambos fueron puestos en libertad.[18]

9

LA HORA DE ORO: ANATOMÍA DE UN SECUESTRO

Cuando la temporada de caza de rehenes extranjeros se abrió en Siria en 2012, ninguno de los múltiples grupos de delincuentes y yihadistas involucrados en ese negocio contaban con la estructura ni la experiencia técnica necesarias para llevar adelante unas negociaciones del modo apropiado. Muchos de aquellos hombres ni siquiera sabían hablar una lengua extranjera, así que acudían a sirios distinguidos y bien relacionados para que les ayudaran. Los secuestradores les enviaban información sobre los rehenes y, a menudo, recurrían a esos compatriotas más cosmopolitas para que les hicieran las veces de negociadores o traductores, y de mensajeros *de facto* entre ellos y las familias y los gobiernos. Su objetivo era conseguir una entrega rápida, en un plazo que no se demorara más de unas pocas semanas a lo sumo. En esos casos, si la respuesta era suficientemente rápida, los rehenes podían llegar a ser puestos en libertad en cuestión de días y a cambio de apenas unos pocos miles de dólares. Pero si la cosa se estancaba, entonces los rehenes eran vendidos o intercambiados y terminaban en manos de organizaciones más grandes que sí tenían mayor capacidad para sostener reclusiones a largo plazo y negociaciones más prolongadas a cambio de sumas de dinero más altas.

A finales del verano de 2014, Samir Aita, un miembro del Foro Democrático Sirio que reside en París, recibió una llamada a propósito de un problema que había surgido en las negociaciones para la liberación de dos cooperantes italianas, Greta Ramelli y Vanessa Marzullo, secuestradas

en julio de 2014 en Alepo. «Querían que negociara con el gobierno italiano —recuerda Aita—. Yo les pedí inmediatamente una prueba de vida, pero ellos no me la dieron, así que les dije que no podía implicarme en aquello.»[1] Según Francesca Borri, Samir Aita se puso en contacto con ella y le pidió que alertara a las autoridades italianas de lo que estaba ocurriendo y de la información que le acababa de confiar acerca de las dos mujeres, cosa que Borri hizo.[2] «Los secuestradores estaban convencidos de que las dos chicas trabajaban para los servicios secretos. No se creían que fueran dos inocentonas que habían viajado a Siria para llevar allí unos inútiles kits médicos —añade Borri—. Y es que ¡su historia era tan absurda que no les parecía creíble!»

La respuesta de la unidad de crisis italiana fue lenta y desganada. Así que Ramelli y Marzullo permanecieron en cautividad hasta enero de 2015. Sus captores, un pequeño grupo de delincuentes, las habían intercambiado o vendido a Al Nusra, que se encargó de las negociaciones con el gobierno italiano. «Al final, pagamos 13 millones de euros por su puesta en libertad —me recuerda un senador italiano—. Fue uno de los rescates más caros que se hayan pagado nunca.»[3]

Los contribuyentes italianos no sabrán jamás si Ramelli y Marzullo podrían haber sido liberadas por unos pocos miles de dólares en el caso de que la unidad de crisis del Ministerio de Exteriores hubiera actuado con prontitud, dentro de los márgenes de lo que se conoce como la «hora de oro», y siempre suponiendo, claro está, que dicha unidad de crisis hubiera tenido conocimiento desde el primer momento de que las cooperantes habían viajado a Siria. «Tardamos semanas en verificar el secuestro de Greta y Vanessa —confirma el mencionado senador—. Ni siquiera habían informado previamente a Exteriores de su viaje a Siria.» Cuando los gobiernos intervienen en las negociaciones por los rehenes, todo se mueve siempre a paso de tortuga.

En todo congreso de alto nivel sobre el tema de los secuestros (y se celebran muchos en el mundillo de la industria de la seguridad), es habitual que haya una sección dedicada a esas primeras horas y jornadas inmediatamente posteriores al momento de la toma de un rehén, cuando el rastro de los captores está aún fresco y es posible salvar una vida y reducir el rescate de un modo significativo. Pero difícilmente nadie reconocerá abiertamente en esos foros lo que los expertos en el tema bien saben: en concreto, que, para actuar con rapidez, hay que soslayar a las autoridades,

ignorar su consejo e, incluso, excluirlas, como sucedió en el secuestro de Joanie de Rijke.

Veterana corresponsal de guerra holandesa, De Rijke fue raptada a comienzos de noviembre de 2008 en Afganistán por un pequeño comando de los talibanes cuando trabajaba para el ya desaparecido semanario belga *P-Magazine*. Había apalabrado una entrevista en exclusiva con un comandante talibán, Ghazi, cuyo grupo había tendido una emboscada y había matado a diez soldados franceses apenas unos meses antes. Desde el primer momento, fue evidente que Ghazi y sus seguidores estaban actuando en solitario y que De Rijke había sido secuestrada para recaudar dinero para el grupo y su comunidad. Como ocurría con muchas *katibas* de AQMI, el grupo talibán de Ghazi también había sido seducido por los encantos del yihadismo delictivo.

Aunque formaban parte de la comunidad talibana general, «los captores de Joanie eran simples delincuentes, personas que usaron el dinero del rescate para dar de comer a sus familias, a su tribu, no para financiar la yihad contra Occidente —me comenta Michaël Lescroart, antiguo director de la mencionada revista belga y hombre que, junto con un amigo escocés de De Rijke que desea que nos refiramos a él simplemente como «Dave», negoció su rescate—. Desde luego, eso no justifica lo que le han hecho a ella, pero muestra hasta qué punto los secuestros en países muy desestabilizados, como Afganistán, se han convertido en una industria para un amplio sector de la población que, de otro modo, no sabría cómo sobrevivir».[4]

En su libro *In the Hands of Taliban*, De Rijke coincide con ese análisis. «Íbamos en coche por una carretera todavía terrible, no muy lejos del pueblo de Ghazi. Le oía suspirar. “Necesitamos dinero. Para construir una buena carretera para poder enviar luego a nuestros hijos a estudiar a Surobi si quieren estudiar. Escribe eso también. Y queremos construir una escuela nueva en nuestro valle.”

»—¿Para las niñas también? —no pude evitar preguntarle.

»Y su respuesta fue tan decidida como la que había escuchado en Kandahar unos meses antes: “¡No! Las niñas no deben ir a la escuela. Solo los niños”.»[5]

Tras su secuestro, De Rijke fue obligada a caminar campo a través por las montañas afganas hasta llegar al campamento donde ella y sus captores

pasarían la noche. En ese momento, Ghazi le pasó un teléfono móvil y ella llamó a Lescroart.

«Recibí la llamada por la noche. Debían de ser las siete, porque yo estaba viendo *Los Simpson* por la tele con mi hijo —recuerda Lescroart—. Era Joanie. La habían secuestrado. Le dije que no me dijera dónde estaba, pero que me deletreara el lugar en holandés y eso hizo. Así que yo sabía más o menos adónde la habían llevado. Nada más terminar la conversación, telefoneé al ministro belga de defensa. Joanie había viajado con él a Afganistán unos días antes, pero ella se había quedado allí más tiempo para entrevistar a Ghazi. Él estuvo muy servicial y amable y me dijo: "Si tenemos que pagar, pagaremos". Esas fueron sus palabras literales. Luego, claro está, al día siguiente, cuando se dio cuenta de que ella era holandesa y no tenía pasaporte belga, cambió de actitud por completo y me comentó que era responsabilidad del gobierno holandés encargarse de aquel secuestro.»

Aquella misma noche, Lescroart también llamó al ministro belga de Exteriores, quien también lo instó a esperar, pues se tardaría tiempo en aclarar la situación. Y cuando contactó con las autoridades holandesas al día siguiente, tuvo que oír la misma historia de boca de estas. Sin embargo, los holandeses le dejaron muy clara una cosa desde el principio: «No negociarían con los terroristas ni pagarían ningún rescate. Ahora bien, si yo quería hacerlo por mi cuenta, ellos no me lo impedirían». Lescroart tuvo la impresión de que tanto las autoridades belgas como las holandesas estaban estancadas, que eso ya les había costado dos días preciosos y «que no había ningún protocolo previsto, por lo que se limitaban sencillamente a improvisar».

Cuando las autoridades holandesas quisieron asumir la negociación para la liberación de Joanie, Lescroart se resistió. «En una de sus llamadas, Joanie me había dicho que confiara en Dave, un amigo escocés con quien ella se había alojado en Kabul mientras aguardaba el visto bueno para entrevistar a Ghazi. Al principio, había dudado sobre si fiarme de él —recuerda Lescroart—. No lo conocía y pensé que sería una especie de mercenario. Pero ella tenía razón: Dave sabía lo que hacer.»

De hecho, la misma noche que recibió la noticia del secuestro de De Rijke, Lescroart contactó con Dave y le dijo que Joanie había sido secuestrada y que sus captores habían pedido 2 millones de dólares. Dave había activado de inmediato sus contactos en Afganistán para acceder a los

secuestradores de la holandesa y comenzar a negociar a la baja la cantidad del rescate.

«Los secuestradores de Joanie eran un pequeño grupo de talibanes que pensaban que podrían sacar algo de dinero tomándola como rehén. No eran unos profesionales de los secuestros, aunque también es cierto que, en lo que a la delincuencia se refiere, en Afganistán todo el mundo es aficionado y profesional al mismo tiempo. Pero sabíamos que no tenían intención de dedicarse a esto a largo plazo y que se conformarían con una fracción de lo que habían pedido inicialmente si pagábamos el rescate con prontitud. ¿Que cómo lo sabíamos? Porque, unos días antes, ese mismo comandante, Ghazi, había concedido una entrevista a dos periodistas franceses y no los había secuestrado. Me parecía evidente que no lo había hecho porque encargarse de tres rehenes les habría resultado muchísimo más complicado, cuando no imposible, que ocuparse solo de una, aunque esta fuera mujer. Carecían de la infraestructura para retener a tres rehenes. No eran secuestradores profesionales.»[6] Es probable que Ghazi desconociera incluso que el gobierno francés habría pagado mucho más dinero por la liberación de sus ciudadanos que *P-Magazine* por la de su reportera.

Otra razón por la que los captores de Joanie estaban interesados en una solución rápida era que sabían que no iban a poder mantener el secuestro de una periodista occidental en secreto mucho más tiempo. «Confiaba en que los captores de Joanie también quisieran que llegáramos pronto a un acuerdo para ahorrarse el inconveniente de que alguien les robara la rehén», confiesa Lescroart.

En su papel de negociador en Afganistán de la liberación de De Rijke, Dave tuvo la suerte de que los captores de la holandesa permitieran que se mantuviera regularmente en contacto con su director, pues, de ese modo, ambos sabían que seguía viva. Pero los rumores de su secuestro se extendieron pronto entre la comunidad periodística en Kabul, y Dave y Lescroart tuvieron que asegurarse de que ni las autoridades belgas ni las holandesas alertaran a las afganas. «Hubo un momento en que los holandeses quisieron ponerse en contacto con la policía afgana a propósito del manejo del dinero del rescate —recuerda Lescroart—. Por suerte, el embajador de los Países Bajos en Kabul explicó a los colegas de su propio ministerio que si se supiera que alguien iba por la capital afgana con semejante cantidad de dinero, ni él mismo estaría seguro. No podría siquiera salir de la habitación de su hotel. La policía robaría el rescate.»

Lescroart y Dave trabajaron en equipo, sin descanso, haciendo caso omiso de las sugerencias de los gobiernos belga y holandés. Dave logró rebajar el precio de la libertad de De Rijke hasta los 130.000 dólares, y Lescroart se encargó de bucear en las aguas de la burocracia política en Bélgica y Holanda para enviarle el rescate en efectivo lo antes posible. Fue una tarea muy difícil.

«Tardamos dos días en recibir el visto bueno para mover el dinero. Tuve que ir a La Haya con una foto de Joanie y decirles que ella pronto no sería más que un trofeo si no actuaban con diligencia. Al final, accedieron. Por fortuna, la revista pudo pagar el rescate. Así que *P-Magazine* transfirió 100.000 euros desde su cuenta hasta la cuenta de la embajada holandesa en Bélgica y, luego, en menos de dos horas, la embajada de los Países Bajos en Kabul libró esos fondos en efectivo y en dólares», me explica Lescroart.

Una semana después de haber sido secuestrada, De Rijke estaba ya de camino hacia su libertad, justo a tiempo. Los líderes talibanes acababan de enterarse de su secuestro y, en esas últimas horas de cautiverio de la periodista, habían intentado prohibir al grupo de Ghazi tanto su puesta en libertad como el cobro del rescate. Pero los secuestradores cumplieron lo acordado y lograron enviarla de regreso a Kabul. Durante ese viaje, la hicieron cambiar de vehículo en varias ocasiones hasta llegar a las afueras de la capital, donde tenían que entregarla al negociador, Dave.

«Había dos coches: uno lo habíamos alquilado nosotros y era el que tenía que llevarla hasta la casa de Dave en Kabul, y el otro lo había enviado la embajada holandesa con una mujer occidental en su interior. No teníamos noticia alguna de ese segundo vehículo hasta aquel momento, pero fue en él en el que entró Joanie —cuenta Lescroart—. Cuando no se presentó en el domicilio de Dave, él me llamó y me dijo: “La he perdido”. No sabíamos qué hacer. Nos limitamos a aguardar a que se pusiera en contacto con nosotros, esperando y deseando que no la hubieran secuestrado de nuevo.»

De Rijke no tenía ni idea de que había entrado en el coche equivocado. «Me metí en el coche y aquella mujer empezó a hablarme en inglés. Al cabo de unos minutos, se dio cuenta de que yo era holandesa, así que cambió al holandés. Ni siquiera sabía que yo era holandesa»,[7] recuerda De Rijke. La mujer en cuestión, empleada de un prestigioso laboratorio de ideas de Afganistán, había sido la elegida para llevar a De Rijke hasta el complejo diplomático holandés, donde le hicieron preguntas para recabar de ella toda la información posible y le dijeron que lo mejor sería que no hablase con

nadie de lo que había ocurrido. Al día siguiente, la subieron a un vuelo regular con destino a Ámsterdam, sin pasar ningún control de aduana ni de pasaporte.

«El gobierno holandés supo dónde se iba a efectuar el intercambio definitivo. Quizá pincharon mi teléfono —dice Lescroart— o el de Dave, o lo siguieron, no lo sé. Como mínimo, tuvieron la decencia de enviar allí aquel coche para asegurarse de que Joanie estuviera a salvo y la policía afgana no le pusiera las manos encima. Querían que saliera del país lo antes posible.»

Para la administración holandesa, De Rijke representaba poco más que una mercancía que tenía que enviar de vuelta a casa cuanto antes mejor. «Nadie me dijo nada en Kabul. No me enteré de cómo me habían liberado hasta que Michaël me lo comentó ya de vuelta en Ámsterdam —explica De Rijke—. Las autoridades holandeses habrían preferido que yo no hubiera hablado de mi secuestro, que hubiera regresado a mi país y me hubiera olvidado de escribir nada sobre aquella experiencia. No solo habían hecho muy poco por mi liberación, sino que querían borrar todo rastro de aquella historia. Querían que mi drama en Afganistán y su mala gestión del mismo se quedaran en un mero crimen silencioso.» De Rijke fue liberada porque, en abierto desafío a los deseos del gobierno holandés, tanto el director de la revista para la que trabajaba como un negociador local actuaron de manera decisiva dentro de los plazos de la llamada «hora de oro». Kayla Mueller, la joven cooperante estadounidense secuestrada en Alepo, no tuvo tan buena fortuna.

Una historia de amor en tiempos del Califato

«Podría haber salvado a Kayla Mueller.» El negociador que, recientemente, ha traído de vuelta a casa a otros rehenes occidentales retenidos en Siria, me mira fijamente a los ojos y observa mi reacción. Sé que está diciendo la verdad porque ha estado involucrado en la negociación de la liberación de más de un rehén en poder de Estado Islámico. Sin embargo, le pregunto si está seguro de lo que me acaba de decir. Asiente. «Cuando llegó la llamada de contacto, apenas unos pocos días después de que la hubieran secuestrado, yo estaba en Antioquía y, casualmente, me encontraba junto a la persona que atendió el teléfono. Los secuestradores

habían revisado los nombres de quienes habían mantenido conversaciones por Skype con Kayla y habían reconocido su nombre. Él me preguntó en aquel mismo momento si yo le podría ayudar, pero le expliqué que no podía asumir ningún caso si la familia no me lo pedía antes. Yo ni siquiera conocía a Mueller: nunca la había visto antes. Le dije, eso sí, que debía pedir una prueba de vida de la rehén.»[8] Aunque el negociador declinó implicarse en el caso de Mueller, está convencido de que podrían haberla liberado por un pequeño rescate. «Estoy segurísimo de que, si hubiéramos actuado de inmediato, podría haber negociado su libertad a cambio de una reducida suma de dinero.»

El negociador se queda callado, enciende un cigarrillo y niega con la cabeza. «Viendo las cosas en retrospectiva, sí, tal vez debería haber contactado con su familia, pero no soy como un abogado que anda a la caza de clientes por los que pleitear. No voy por ahí telefoneando a las familias y diciéndoles “He oído que vuestro ser querido ha sido secuestrado, ¿queréis mi ayuda?”. Nos gusta pensar que, en situaciones así, cuando una vida está en juego, hay un sistema ya instaurado y que basta con pulsar un botón de alarma para ponerlo en marcha. Pero no es así como funcionan las cosas.»[9]

Según el negociador, el caso de Mueller se enfangó en el lodazal de la burocracia, atascado como quedó entre la jurisdicción del Departamento de Estado y la del FBI, y las correspondientes consultas con la CIA y la Casa Blanca. «Seguramente tuvieron muchas, muchísimas, reuniones hasta que lograron organizarse y ponerse en marcha de verdad, y para entonces, era ya demasiado tarde.»

Aunque Kayla Mueller terminó en poder de Estado Islámico al cabo de un tiempo, nadie sabe a ciencia cierta quién la secuestró inicialmente: si un pequeño grupo yihadista o de delincuentes, o alguien del Ejército Libre de Siria, o alguien de alguno de los otros grupos rebeldes que buscaban una vía de financiación rápida. «En 2013, el mercado de los rehenes occidentales en el norte de Siria estaba ya muy desarrollado. Los extranjeros eran comprados y vendidos a precios acordes con su nacionalidad y su profesión», asegura un negociador.

Lo más probable es que Kayla Mueller fuera vendida o intercambiada por armas o prisioneros con un grupo enemigo, como ocurrió con Joakim Medin. Muchas de esas transacciones tienen lugar en el mercado secundario sirio de rehenes, según me explicó el negociador durante nuestra

conversación. El periodista Jean-René Augé-Napoli está convencido de que Estado Islámico no sabía que Kayla Mueller era una mujer cuando la compraron: «Generalmente, los rehenes se compran y se venden sin que se indique antes cuál es su sexo, por lo que es probable que lo que se le ofreció al ISIS fuera un cooperante estadounidense sin especificar. Pero nadie quiere mujeres en ese mercado. Complican las cosas por muchos motivos. Representan una gran distracción. Los yihadistas, en particular, viven en un entorno masculino muy segregado del femenino y para ellos, en términos logísticos, ocuparse de rehenes varones es mucho más fácil y barato que encargarse de cautivos de ambos sexos».

El negociador con el que mantengo la conversación ya mencionada añade que no está seguro de que la persona que recibió la llamada de contacto original llegara a hablar nunca con la familia de Kayla. «Unos meses después de aquella llamada, volví a coincidir con él. Me dijo que sentía una frustración tremenda por cómo las autoridades habían manejado el secuestro. Es una lástima, porque él podía haber sido el negociador perfecto para tratar con los captores originales si todo se hubiera movido con rapidez.» Pero es a ese estancamiento —que es justamente lo contrario de lo que se necesita en esos momentos— a lo que tienden precisamente los gobiernos cuando intervienen para gestionar casos de secuestro de ciudadanos de sus países.

La primera vez que me reuní con este negociador fue en un bar con vistas al mar Báltico. Era una mañana radiante y templada del mes de octubre; la luz era excepcionalmente intensa y el agua, cristalina. Allí estábamos, bebiéndonos unos refrescos a mediados de octubre como podríamos haber estado haciéndolo sentados en un bar a orillas del Mediterráneo, en Turquía o Siria. Mientras hablábamos de la comunidad que forman los periodistas, los cooperantes, los guías, los chóferes, los mercenarios, los refugiados y los aspirantes a yihadistas que viven en las localidades turcas próximas a la frontera siria, me vinieron a la mente las fotos que Kayla Mueller y su novio, Omar Alkhani, habían colgado en sus perfiles de Facebook mientras se encontraban allí, en medio de todas aquellas personas. En ellas se ve a dos personas enamoradas entre un paisaje de clima cálido: un hombre sirio y una mujer estadounidense joven que sonríen y muestran su felicidad bajo un cielo soleado y luminoso. No se aprecia rastro alguno de la guerra en Siria, esa contienda que se está librando, literalmente, allí al lado. El aire risueño y despreocupado de

aquella imagen resulta casi absurdo cuando se compara con la realidad política. De hecho, toda aquella historia de Kayla y Omar es surrealista: una especie de relato de amor en tiempos del Califato, en el que el ave fénix islamista reemprende el vuelo.

Kayla y Omar coincidieron durante un breve periodo en 2010 en Egipto. Luego continuaron manteniendo el contacto los dos años siguientes. En 2012, se reencontraron en Beirut y, poco después, decidieron irse a vivir juntos a Estambul. Kayla quería ser una cooperante; Omar, un fotoperiodista y documentalista *freelance*. Ambos tenían grandes sueños profesionales y creían que el conflicto sirio les brindaba una especie de atajo hacia la materialización de esos sueños. Probablemente por ello se mudaron de Estambul a una pequeña localidad próxima a la frontera turco-siria. Ninguno de ellos era un profesional con preparación formal en sus respectivos campos. Kayla era una voluntaria. Ayudaba a quien aceptara su ofrecimiento de asistencia. No tenía salario, ni seguro, ni nadie a quien llamar si las cosas se ponían mal, como se pusieron a comienzos de agosto de 2013, cuando fue secuestrada en Alepo. Omar no era empleado de ningún periódico. Trabajaba por cuenta propia y se ganaba la vida arreglando ordenadores.

Pese a todo, en aquella primavera de 2013, Kayla y Omar eran felices. Eran jóvenes, estaban enamorados y tenían la sensación de estar siendo testigos de unos momentos históricos. Ambos mantenían blogs sobre el conflicto sirio. Hallándose a apenas unos kilómetros de la línea del frente, recurrían a los medios sociales para informar al mundo de lo que estaban viendo. En realidad, ellos creían que esa era su misión: observar y denunciar las atrocidades de aquel conflicto. Y, lógicamente, se dedicaban juntos a tal labor.

«Conocí a un par de parejas como aquella en las zonas de conflicto —me comenta un cooperante europeo que pide mantenerse en el anonimato—. Quieren ayudar. Quieren mostrar al mundo lo que está ocurriendo. Están decididos a hacerlo y creen que estar tan cerca de una guerra acelerará el proceso que les convertirá en cooperantes o en periodistas. Pero se equivocan. Nadie quiere contratar a personas así porque no están cualificadas para esos trabajos y, sinceramente, emplearlas puede llegar incluso a poner nuestra labor en peligro. Ser cooperante es una profesión muy dura. Se necesitan títulos universitarios y años de formación y de experiencia. Para convertirse en uno no basta con despertarse una mañana

en el Medio Oeste de Estados Unidos o en Oriente Medio y decidirse de pronto por ser un cooperante.»[10]

Parejas como la de Omar y Kayla terminan pasando mucho tiempo juntos, ayudándose mutuamente en su porfía por llegar a desempeñar el trabajo «ideal» para salvar el mundo, reforzándose mutuamente en la convicción de que lo que hacen está bien, muchas veces sin comprender los riesgos que corren. A finales de la primavera de 2013, Omar llevó a Kayla a una reunión que él mismo había concertado en la localidad fronteriza turca de Reyhanlı con dos periodistas estadounidenses: Nicole Tung, la fotógrafa amiga de James Foley, y Janine di Giovanni. Mueller se presentó a sí misma como novia de Omar.[11] «Tenía muy buenas intenciones —comentó Tung al *Arizona Republic*—. Pero, desgraciadamente, cuando eres una recién llegada y novata en una zona de conflicto, y especialmente en un lugar como Siria, corres muchos y muy diferentes peligros.»[12] Y en uno de esos peligros se metieron ambos a comienzos del mes de agosto de 2013 cuando pidieron a Omar que se desplazara hasta Alepo para arreglar el sistema informático de Médicos Sin Fronteras (MSF) y Kayla le rogó que la llevara con él.

Al principio, él se negó, pero acabó cediendo. Aunque vivía a solo unos pocos kilómetros de la frontera, Mueller nunca había estado en territorio sirio; nunca había visto Alepo. Omar creyó que ella necesitaba ser testigo de lo que ocurría allí para que pudiera escribir sobre ello en su blog, *Imbued with Hope* («Imbuidos de Esperanza»), y obtener así un empujoncito extra para conseguir más ayuda para los refugiados. Fue seguramente una decisión imprudente, tomada por dos personas inexpertas que estaban muy enamoradas la una de la otra y que creían que sus actos podían tener un impacto importante. Las organizaciones de ayuda humanitaria llevan documentando la tragedia siria con todo lujo de detalles desde el principio mismo de la guerra civil. La visita de Mueller a las instalaciones de Médicos Sin Fronteras y el relato de aquel viaje suyo en su blog poco podían hacer para aliviar el sufrimiento de los millones de sirios que padecen las consecuencias del conflicto. Y, en cambio, a ella le costó la vida.

Francesca Borri recuerda que «fue Kayla quien preguntó a MSF si podía pasar la noche allí. Al parecer, la pareja ni siquiera había reservado una habitación para estar juntos. Aquello puso de muy mal humor al personal de Médicos Sin Fronteras. Ya habían tenido problemas con el secuestro de

algunos de sus trabajadores autóctonos, así que lo último que querían era una estadounidense quedándose allí aquella noche. Pero tampoco podían echarlos a la calle, así que dejaron que durmieran en el complejo».[13]

A la mañana siguiente, Omar y Kayla tomaron un taxi desde las instalaciones de MSF hasta la estación de autobuses. Nada más ponerse en marcha, Omar se dio cuenta de que los estaba siguiendo una monovolumen gris. La furgoneta adelantó al taxi y los obligó a detenerse. Seis hombres enmascarados, armados con Kaláshnikovs y parapetados por chalecos antibalas saltaron de aquel vehículo y los rodearon. A continuación, se los llevaron a rastras hasta el monovolumen y arrancaron rumbo a un destino desconocido.

Fueron a parar al sótano del hospital infantil de Alepo, convertido en prisión improvisada. Kayla fue encerrada con las mujeres y Omar fue interrogado. Él pasó dos meses en cautividad sometido a torturas y golpes. Cada vez que le preguntaban quién era la mujer con la que viajaba, él respondía: «Mi esposa». Finalmente, lo pusieron en libertad, pero solo. Kayla se quedó en Alepo.

«Me entrevisté con Omar quince o puede que incluso veinte veces —admite el negociador—. A veces, cambiaba algunos detalles del relato de su secuestro. Es normal; está uno sometido a tanto estrés que los recuerdos fallan. Hablé con él porque quería saber si había visto a algunos de los rehenes cuya liberación yo estaba negociando entonces con Estado Islámico. Así que le pedí que me dijera exactamente qué había ocurrido mientras estaba cautivo y llegué a la conclusión de que no había traicionado a Kayla. Todo lo contrario: estaba muy triste, devastado, por habérsela llevado aquel día consigo.»[14]

De hecho, visto en retrospectiva, aquel viaje de Kayla y Omar a Alepo muestra lo poco conscientes que eran ambos de los peligros del conflicto sirio y que su secuestro fue una consecuencia de aquella ignorancia. Francesca Borri, por ejemplo, explica que «cada vez que entraba en Siria, viajaba sin ni siquiera un bolígrafo encima. Me hacía pasar por una refugiada y ni teléfono llevaba. Ya desde mediados de 2013, intentaba siempre entrar y salir del país en el mismo día, evitando pasar la noche dentro de Siria».[15]

«Cuando salió de Siria, Omar se puso en contacto con la familia de Kayla. Le dije que no les dijera que podía resolver el caso, porque estaba muy por encima de sus posibilidades», recuerda el negociador. Omar contó

al *Daily Mail* que los padres de Kayla habían recibido un vídeo de treinta segundos en el que su hija suplicaba ayuda. El vídeo iba acompañado de un mensaje en el que se leía: «Si la quieren viva, les costará 20 millones de dólares».[16]

El negociador vuelve a insistir en que las cosas podrían haber salido de otro modo si, en el crucial periodo de los primeros días después del momento del secuestro, él o alguien como él hubiera recibido poderes para actuar. Sin embargo, cree que los familiares «siguieron las instrucciones de las autoridades estadounidenses, lo que les impidió juzgar objetivamente lo grave que era la situación en Siria. Y Omar estaba realmente convencido de que podía salvarla; tenía un plan. Quizá fuera porque la quería mucho y se sentía muy culpable por su secuestro». El negociador hace una pausa, tal vez repasando mentalmente aquellos días cruciales, luego me mira y niega con la cabeza. «Así que Omar regresó para rescatarla, para salvarla. Lo volvieron a recluir, esta vez en Sheij Nayar, la ciudad industrial al norte de Alepo donde el ISIS había construido uno de sus centros de detención. Para entonces, Kayla estaba ya en poder del ISIS. Omar esperó a tener una vista con un juez para explicarle que ella era su esposa.»

Omar estaba seguro de que Kayla respaldaría su versión. Antes de partir hacia Alepo, ambos habían acordado que, si les daban el alto, Kayla fingiría llamarse Ayesha y se haría pasar por su mujer. Pero cuando el juez preguntó a Kayla en presencia de Omar si era verdad que ella era su esposa, ella prorrumpió en llanto y dijo que era su prometida, pero no su esposa.

«Creo que dijo la verdad para salvarlo —me comenta el negociador—. Quería protegerlo. Temía que lo mataran por mentir. Es probable que le hubieran dicho a ella que, si era sincera, dejarían que él se fuera, y de hecho, eso fue lo que pasó.» Omar arriesgó la vida por salvar la de Kayla, y Kayla renunció a la oportunidad de salir libre por salvar la de Omar.

En julio de 2014, casi un año después de que Kayla hubiese sido tomada como rehén, un comando de las Fuerzas Delta del ejército estadounidense lanzó una operación en Raqa para rescatar a los rehenes extranjeros retenidos por Estado Islámico, entre ellos Kayla. Pero cuando llegaron a su objetivo, los rehenes ya habían sido trasladados a otro lugar. Kayla Mueller moriría más tarde, dieciocho meses después de haber sido secuestrada, víctima de un ataque aéreo jordano contra Estado Islámico en Raqa.

Como todos los rehenes, Kayla se convirtió en noticia para los medios informativos y en motivo propagandístico para los yihadistas. Los primeros

la utilizaron para vender periódicos; los segundos, para hacer proselitismo señalando lo malvados que eran sus enemigos occidentales. Su muerte no ayudó a la causa de los refugiados sirios. Tampoco hizo que aumentara en el mundo occidental el conocimiento de la tragedia de estos, ni activó empatía alguna hacia ellos. Todo lo contrario: solo sirvió para añadir leña al fuego del odio entre las diversas facciones y patrocinadores implicados en el conflicto sirio.

Ni siquiera el sacrificio supremo, su muerte, pudo conseguir que se hiciera realidad el sueño que Kayla Mueller tenía de mejorar el mundo.

10

LA PRESA: EN BUSCA DE UNA NUEVA IDENTIDAD

El negociador no salvó a Kayla Mueller, pero sí trajo de vuelta a casa a otra persona joven e inexperta, un danés llamado Daniel Rye Ottosen. Como Kayla Mueller y su novio Omar Alkhani, Ottosen vio en el conflicto sirio una vía rápida para acceder por la puerta grande a una nueva profesión a la que tenía unas ganas desesperadas de dedicarse: el fotoperiodismo. Al igual que ellos dos, él tampoco tenía ni idea de lo peligrosa que era Siria ni de lo vano que era aquel propósito suyo. El periodismo ciudadano casi nunca lleva al periodismo profesional, pero sí puede meter en muy serios apuros a quienes lo practican.

En 2015, tras su rescate, Daniel Rye Ottosen fue contratado como conferenciante por la empresa danesa de seguridad Guardian-SRM (iniciales de *security risk management*, o gestión de riesgos para la seguridad) para que interviniera en uno de sus excelentes cursos de supervivencia. De hecho, ese tipo de formación es una herramienta imprescindible para cualquiera que se proponga (o necesite) viajar a zonas peligrosas, desde Afganistán hasta Nigeria. Y son cursos que ni Ottosen ni Mueller jamás hicieron en su momento ni podrían haberse costeado.

Joven apuesto de aspecto característicamente nórdico, Ottosen es alto, muy rubio, y tiene la tez blanca y las mejillas encendidas. Antes de que se propusiera ser fotoperiodista, destacó como gimnasta.

Ottosen contó a quienes asistieron aquel día al mencionado curso de supervivencia la impactante historia de su secuestro en el norte de Siria, de

cómo él y los otros rehenes occidentales sobrevivieron al calvario que pasaron en cautividad. No obstante, omitió intencionadamente ciertos detalles de importancia, como el porqué y el cómo fue a parar allí, al norte de Siria.

Una vía rápida hacia el fotoperiodismo

«Conocí a Daniel Rye [Ottosen] antes de que se fuera a Siria, en abril de 2013 —me cuenta el negociador—. Había preguntado entre la comunidad de periodistas daneses si había alguien que pudiera aconsejarle acerca de su viaje a Siria. Quería informar sobre la guerra en ese país, convertirse en un fotoperiodista. Yo estaba trabajando en el caso de [James] Foley desde noviembre de 2012, así que sabía qué pasaba allí, y además, había hecho mucho trabajo de prevención para periodistas que viajan a zonas peligrosas, así que varias personas le sugirieron que hablara conmigo.

»Le dije de inmediato que no debía ir, que aquello era demasiado peligroso y él, un inexperto total. Solo tenía veinte y pocos años y nunca había estado en una zona de guerra. Pero no me quiso escuchar.» Así que el negociador le dio algunos consejos. «Le dije que fuera dejando un rastro de información dentro de Siria por si lo secuestraban, pistas que alguien como yo pudiera luego usar para seguir sus pasos. En el secuestro de James Foley, por ejemplo, no fuimos capaces de reproducir sus movimientos previos al momento en que lo secuestraron [...]. No disponíamos de pista alguna.»[1]

Daniel Rye Ottosen partió hacia Siria. Entró en el país desde Turquía en dos ocasiones distintas. La primera vez siguió el consejo del negociador y no pasó la noche en territorio sirio, pero la segunda vez sí se quedó a dormir allí y a la mañana siguiente lo raptaron. «No cabe duda de que cometió una imprudencia —opina Carsten Jensen, uno de los más distinguidos novelistas escandinavos, que asistió a uno de los cursos de supervivencia de la empresa de seguridad Guardian cuando investigaba para su más reciente novela—. Vio un edificio que estaba siendo utilizado por uno de los grupos yihadistas (Al Nusra, creo que era) y quiso sacarle una foto. Le dijeron que no lo hiciera, pero él la tomó de todos modos.»[2]

No está claro si alguien se percató de su presencia porque estaba sacando fotos o si fue su chófer o su guía quien lo vendió a sus secuestradores. Lo cierto es que, a los pocos días, los captores de Ottosen

dejaron libre a su conductor, de quien se perdió el rastro escaso tiempo después, así que quizá fuera este quien lo vendió. «Los occidentales no entienden lo peligroso que es aterrizar en Turquía y ponerse a buscar allí guías y chóferes. Algunas de esas personas no se lo piensan dos veces si pueden venderte por unos cientos de dólares», explica Omar al Muqdad, que ha producido un documental para la BBC, *We Left Them Behind* («Los dejamos atrás»), sobre el tema de los rehenes occidentales en Siria.[3]

También es posible que alguien viera a un joven alto, rubio y atlético con una cámara y pensara que un fotoperiodista podía ser una muy buena tapadera para un espía estadounidense y decidiera secuestrarlo. No está claro qué grupo lo tomó como rehén inicialmente. Puede que fuera Al Nusra. Sin embargo, como ocurre con todos los rehenes, nada más capturarlo, alguien se dedicó a buscar en internet su trabajo, sus fotos. Al ver que la búsqueda no producía nada, la idea de que fuera un espía que fingía ser fotoperiodista cobró más fuerza aún.

«No descartaría que lo vendieran o lo intercambiaran varias veces a precio de espía antes de que acabara en manos de Estado Islámico —explica un negociador sirio—. Cada vez que cambiaba de manos, sus nuevos captores lo torturaban para hacer que confesara.»[4] Eso explica por qué, al principio, lo movieron con frecuencia de un lugar a otro. Tal vez se lo vendieran como espía a Estado Islámico. «Daniel fue torturado con saña durante un tiempo porque estaban realmente convencidos de que era un espía —me cuenta Marc Marginedas, veterano corresponsal de guerra catalán que fue rehén del ISIS y conoció a Ottosen durante su cautiverio—. No era periodista, así que ellos no hallaron constancia alguna de trabajos suyos. Además, estaba tan “cachas” y era tan atlético que debieron de pensar que había recibido entrenamiento militar y de los servicios secretos. Cuando al fin se dieron cuenta de que no era ningún espía, dejaron de torturarlo.»[5]

Para entonces, estaba ya muy transformado. Ottosen mostró a los participantes en aquel curso de Guardian la foto que sus captores habían enviado junto con la petición de rescate. En ella se le veía tras dos o tres meses en cautividad. «Había perdido treinta kilos y parecía un yonqui callejero de cuarenta y cinco años, por lo menos», recuerda Carsten Jensen.

Pese a que la petición de rescate llegó finalmente mucho después de que Ottosen fuera secuestrado, el negociador dice que había estado buscando a aquel hombre casi desde el principio. «Recibí una llamada del padre de

Daniel a las dos de la madrugada. Fue el 19 de mayo. Daniel había sido secuestrado el 17. Su novia había ido al aeropuerto a recogerlo, pero Daniel no apareció. Antes de marcharse, Daniel había entregado a su padre un sobre que solo tenía permitido abrir si él no regresaba. Dentro estaba mi número de teléfono.»[6]

Ottosen cometió muchos errores: había ido a Siria, un país que él no conocía, para recoger testimonios visuales de aquella guerra y vender sus fotos a revistas danesas a su regreso; había ido solo, sin compañía de algún periodista con experiencia y sin estar integrado en un equipo con otros compañeros de un mismo medio; había ido en calidad de *freelance* independiente, sin que nadie lo hubiera contratado para cubrir alguna noticia en concreto. Como en el caso de Kayla Mueller, muchos de aquellos errores de Daniel Rye Ottosen son también atribuibles a una concepción romántica de la profesión. Y de manera también parecida, Ottosen jamás hubiera imaginado que los periodistas y los cooperantes profesionales verían con malos ojos lo que hacía. Sin embargo, muy posiblemente su cautiverio le hizo aprender cuál era la dura verdad.

«Dijo que, durante cierto momento, estuvo encerrado en una celda pequeña junto a otros doce rehenes occidentales —recuerda Carsten Jensen—. La relación entre todos ellos se volvió muy estrecha. Algunos de los rehenes daban lecciones a los otros sobre los temas en los que estaban más versados. Pero Daniel carecía de esos conocimientos.» No cabe duda de que el estatus de Ottosen entre aquellas personas, algunas de las cuales tenían tras de sí dilatadas carreras profesionales en los medios de comunicación como corresponsales de guerra, era bastante bajo. Era muy joven e inexperto y sentía mucho respeto por aquellos veteranos. Los admiraba. En su charla en el curso de Guardian, Ottosen habló con cierta nostalgia de las «veladas de cine», en las que alguno de los rehenes explicaba una película con todo detalle, como si fuera una especie de cuento largo antes de irse a dormir. De hecho, usó la palabra danesa *hyggeligt*, que, para las gentes de ese país, es la descripción por antonomasia de lo acogedor, lo hogareño.

Para mejorar su estatus entre los rehenes, Ottosen se dio cuenta de que tenía que ofrecerles algo que los demás no supieran. «Había sido un muy destacado gimnasta, así que organizó ejercicios de gimnasia para todo el grupo, lo que hizo que se le valorara más. También adquirió bastante destreza limpiando váteres, una tarea por la que los vigilantes le daban a veces pequeñas recompensas que él luego ofrecía como premios para

quienes ganaran en alguno de los juegos de mesa que los propios rehenes habían fabricado con trozos de cartón»,[7] explica Jensen.

Daniel Rye Ottesen sí había hecho bien ciertas cosas: antes de marcharse, había establecido contacto con un negociador, había confiado el número de este a su padre y había contratado una póliza (con una suma asegurada de unos 650.000 euros) para que su familia pudiera pagar al negociador y reunir algo de dinero para un potencial rescate. Es muy probable que estas medidas de precaución le salvaran la vida. «Cuando su padre me llamó, supe al momento quién era Daniel: me había reunido con él, había hablado con él y le había dado consejos. Sabía que podía ayudar», [8] recuerda el negociador.

El precio de ser un don nadie

«Desde el principio mismo, el secuestro de Daniel Rye [Ottosen] fue uno de los casos más difíciles al que jamás me haya tenido que enfrentar —me cuenta el negociador—. Fue complejo por muchas razones. Por el hecho de ser danés (es decir, de un país que no paga rescates) y un don nadie (ni un periodista famoso ni un cooperante), lo pusieron enseguida en la misma categoría que los rehenes británicos y estadounidenses. Además, Dinamarca es el país de donde salieron las famosas viñetas contra Mahoma, por lo que matar a un danés siempre podía terminar siendo una buena herramienta propagandística de cara al mundillo yihadista.

»Temía también la posibilidad de que el ISIS quisiera usarlo para presionar a los otros gobiernos europeos con el propósito de que pagaran sus respectivos rescates por el resto de rehenes, y, hasta cierto punto, eso fue lo que hicieron los negociadores de la organización. Lo retuvieron hasta el final mientras negociaban con un gobierno europeo tras otro: con el español primero, con el francés poco después. Todos esos rehenes fueron liberados antes que Daniel. Sí, disponíamos de menos recursos que esos otros países porque nosotros solo tenemos los normales de una empresa privada y los suyos son ilimitados. Pero me da a mí que la manera en que los secuestradores negociaron por cada grupo de personas sucesivamente y por separado, y dejaron a Daniel para el último momento, no tuvo tanto que ver con los recursos que poseían esos países como con la posibilidad que ese tipo de negociación otorgaba al ISIS de poner de manifiesto y sacar

partido de las incoherencias y las idiosincrasias de los diferentes gobiernos occidentales a la hora de tratar casos de secuestro.»[9] El ISIS conocía muy bien los puntos flacos de cada gobierno y, en especial, la competencia entre las diversas unidades de crisis a la hora de tratar la liberación de rehenes retenidos por los mismos captores.

De hecho, en lo tocante a la gestión de los secuestros, la cooperación entre gobiernos es una fantasía. «Cuando me interrogaron tras mi puesta en libertad —recuerda Mariani—, les dije que, en el mismo campamento donde yo estaba recluida, había dos rehenes franceses y que el más joven de ellos estaba muy, muy enfermo. Les pedí, por favor, que pusieran al gobierno francés al corriente de que debían actuar con rapidez, porque igual no vivía para contarlo. Me dijeron que mi mensaje había sido transmitido ya a los franceses, pero nadie se puso en contacto conmigo desde la unidad de crisis francesa o desde la embajada. Los únicos extranjeros que se entrevistaron conmigo fueron estadounidenses. Luego, cuando, en octubre de 2013, liberaron a Marc Féret y a Pierre Legrand, intenté ponerme en contacto con ellos. Telefoneé a la unidad de crisis en París y les expliqué quién era yo. Me pasaron con una mujer que me contó que nunca habían recibido mensaje alguno del gobierno italiano sobre aquellos dos rehenes.»

Francesca Borri me relata una experiencia similar: «Cuando secuestraron a Joakim Medin, en febrero de 2015, yo había quedado antes para cenar con él esa misma noche en Erbil, a su regreso de Siria. Como no se presentó a la cita, miré las noticias y descubrí que, según algunas informaciones, había sido secuestrado en Turquía, pero yo sabía que eso era imposible, porque él estaba en Siria; yo había recibido un mensaje de texto suyo desde Siria apenas unas horas antes de su desaparición. Así que llamé al consulado italiano en Erbil y pedí que se pusieran en contacto con las autoridades suecas para informarlas de que Joakim había sido secuestrado en Siria. El cónsul pasó la información a la unidad de crisis italiana y, unas horas después, me llamó el ministro de Exteriores para decirme que, por culpa de un protocolo muy específico, ellos no podían transmitir información alguna sobre el secuestro. Así que yo misma recurrí a los medios sociales y colgué en Twitter un llamamiento al Ministerio sueco de Exteriores para que contactaran conmigo en referencia al secuestro de Joakim Medin. En menos de una hora, ya me habían telefoneado».[10]

A base de enfrentar a diferentes negociadores entre sí, el ISIS ha conseguido embolsarse mucho dinero adicional aumentando la cuantía de

los rescates. Ottosen ha sido uno de los últimos rehenes en ser puesto en libertad y, según confirman varias fuentes, su rescate ha estado muy por encima de los 2 millones de euros de los que informaron los medios. Ciertas fuentes no oficiales lo cifran en torno a 6 millones. El ISIS valoró que el rescate le interesaba más que la propaganda que le habría reportado la ejecución de su «prisionero» danés. El momento de la liberación de Ottosen fue también muy oportuno para la suerte de este rehén en concreto: al poco de ser puesto en libertad, la actitud de Estado Islámico cambió y, como se ha comentado en capítulos previos, ahora esa clase de rehenes (meras mercancías para el ISIS, al fin y al cabo) les valen más muertos que vivos.

¿Cómo logró la familia Ottosen, unas personas de clase más bien humilde, reunir semejante suma de dinero? La empresa Guardian se hizo cargo del caso Ottosen a pesar de que los familiares no disponían de medios para pagar ese servicio. Les dieron instrucciones sobre cómo conseguir el dinero. La hermana de Ottosen se encargó de pedir donativos entre el colectivo de los gimnastas y no dudó en recurrir para ello a una campaña a través de Facebook. Reunió así aproximadamente la mitad del dinero del rescate. Guardian tiró de sus contactos entre personas y empresas con grandes patrimonios para cubrir el saldo restante. También dispuso que la familia se reuniera con un abogado especializado en el control del flujo entrante de ingresos. El gobierno danés se mantuvo en un segundo plano. No interfirió en la operación, pero se le mantuvo informado en todo momento y, finalmente, fue quien dio la autorización para que la familia transfiriera los fondos del rescate.

Aquella fue una admirable muestra de solidaridad entre una empresa de seguridad, un gobierno de un país europeo y varios sectores de la población danesa, incluyendo a varios adinerados propietarios navieros, industriales e incluso banqueros. Fue un esfuerzo conjunto con el propósito de salvar una vida, y no la vida de una persona famosa, ni la de un político, ni la de un periodista estrella, sino la de un desconocido joven danés. Fue una pesadilla con un final feliz que vino de un país famoso por haber producido cuentos de hadas que no suelen acabar muy bien. Desgraciadamente, no podemos decir lo mismo del calvario vivido por otro joven europeo, Jejoen Bontinck.

En la guarida del lobo

A comienzos de la primavera de 2013, la periodista Joanie de Rijke y el fotógrafo Narciso Contreras acompañaron a Dimitri Bontinck a Siria para buscar al hijo de este, Jejoen. «Tras hacer creer a todo el mundo que se dirigía a Ámsterdam, en febrero Jejoen había metido su saco de dormir en una mochila y se había ido a Turquía —recuerda De Rijke—. Desde allí, cruzó la frontera hacia Siria para sumarse a algunos de sus amigos de Sharia4Belgium, una organización salafista radical de Amberes. Su padre, Dimitri, lo reconoció en un vídeo propagandístico del ISIS. Yo vi una entrevista a Dimitri en las noticias en la que él dejó muy claro que quería ir a Siria a buscarlo. En aquel momento, nosotros estábamos a punto de partir hacia Alepo para llevar alimentos y ayuda a personas que se habían quedado atrapadas en aquella ciudad, una misión separada de la actividad periodística. Así que llamé a Dimitri y le dije que teníamos previsto ir y que, si quería, podía venir con nosotros.»[11]

La historia previa de Jejoen Bontinck era muy diferente de la de Daniel Rye Ottosen, como también lo era el relato de los hechos que lo llevaron hasta Siria, pero, sea como fuere, él también acabó yendo a parar allí con el propósito de descubrirse a sí mismo. Nacido de madre nigeriana (Rose) y padre ruso (Dimitri), Jejoen creció en un país extranjero para sus dos progenitores: Bélgica. Fue criado en el catolicismo como su devota madre, Rose, y estudió en una prestigiosa escuela jesuita. Como sucede con muchos adolescentes varones, a los quince años comenzó a tener problemas en el instituto y desengaños con las novias y, de pronto, se sintió perdido. Y allí no tenía a nadie cercano a quien acudir: ni un primo, ni un tío, ni una abuela. Las familias de sus padres vivían a miles de kilómetros de distancia. Pero sí había muchos otros muchachos como él, hijos de inmigrantes que experimentaban un vacío parecido, que se sentían tan perdidos como Jejoen en aquel crisol étnico de la Europa septentrional.

Una novia marroquí de Jejoen y un vecino musulmán, Azeddine, lo introdujeron en el islam y, más concretamente, en una de las versiones más extremas de dicha religión: el salafismo radical. En noviembre de 2011, apenas tres meses después de su primer contacto con el islam, Jejoen visitó el número 117 de la Dambruggestraat, en Amberes, donde estaban ubicadas las oficinas de Sharia4Belgium, una organización salafista radical.

«Hay miles de jóvenes como Jejoen, muchachos perdidos en un mundo complejo que les da miedo. Alcanzan la pubertad y empiezan a darse cuenta de qué diferentes son de los demás. De pronto, se sienten unos inadaptados

en todas partes: en el colegio, en casa, incluso entre sus amistades. Así que, cuando se encuentran con otros que están igual de perdidos y asustados, terminan formando con ellos un vínculo muy fuerte»,[12] explica un psicólogo que trabaja con exyihadistas en Europa.

Todo parece indicar que Sharia4Belgium ayudaba a Jejoen y a otros jóvenes como él a llenar ese vacío existencial que sienten. El salafismo radical les sirve de vía para reinventar el mundo conforme a sus necesidades. El Califato se convierte así en el Nirvana en el que ellos tienen reservada una vida mejor como individuos distinguidos. Cuando se escucha cómo fue aquel viaje de Jejoen hacia la radicalización en Bélgica, a través de lecciones de islam radical impartidas por ancianos, a través de ejercicios de artes marciales, y a través del establecimiento de vínculos con otros hombres jóvenes como él mismo, es imposible no pensar en lo simple y lo poco sofisticado que es ese proceso. Sharia4Belgium no era ninguna organización de reclutamiento propiamente dicha cuya función consistiera en enviar combatientes a Siria. No contaba con lazos oficiales con el ISIS, Al Qaeda ni otros grupos. Se trataba más bien de una especie de improvisado jardín de infancia de salafistas radicales, inspirado por los acontecimientos en Siria y guiado por el absurdo objetivo de transformar Bélgica en un Estado musulmán, en un país regido por la ley de la *sharia*.

Sharia4Belgium era también un foro en el que predicadores radicales de poca monta, como Fouad Belkacem, un belga de familia marroquí, difundían ideas estrafalarias entre un público de hijos inadaptados de inmigrantes demasiado poco familiarizados con el verdadero sentido del islam como para cuestionarlas. Pero el caso es que la mayoría de miembros de Sharia4Belgium, incluido Jejoen, fueron a parar a Siria para luchar en las filas de Al Nusra o del ISIS.

«El proceso de radicalización entre esos chicos procede casi por ósmosis —explica el psicólogo especializado en exyihadistas—. Alguien va a Siria, que lleva ya un tiempo siendo el principal polo de atracción, y comienza a enviar mensajes desde allí sobre lo maravillosa que su vida es ahora que combate a favor del Califato. Y cuelga fotos en las redes sociales. Es puro alardeo, lo típico que hacen los jóvenes de esa edad. Por supuesto, ninguno de esos chavales comprende lo que es la guerra de verdad. Además, son demasiado jóvenes para tener una conciencia desarrollada de su propia mortalidad. Así que el viaje a Siria se convierte en una especie de excursión exótica, una aventura que compartir con los amigos. Cuando

llegan allí, empieza el adoctrinamiento. A la mayoría les lavan el cerebro. En particular, resulta muy fácil convencerlos de que cambien su propia identidad por la del grupo, porque ya no se gustaban a sí mismos de entrada (¿a qué habría venido, si no, ese coqueteo inicial en su momento con grupos como Sharia4Belgium?).»[13]

«Los lazos internos del grupo son muy, muy fuertes, y el individuo pierde rápidamente su individualidad en aquel; simplemente se convierte en una parte del colectivo», confirma a ese respecto Jean-René Augé-Napoli, quien pasó un tiempo como periodista «incrustado» en un grupo yihadista en el norte de Siria.

Cuando Jejoen llegó por fin a ese país, se integró en una de aquellas organizaciones. Él y otros recién llegados fueron alistados automáticamente en un programa de entrenamiento en una villa en Kafr Hamra, una pequeña localidad de las afueras de Alepo. No había pasado aún un mes desde la llegada de Jejoen cuando un coche se detuvo ante la entrada exterior de aquella casa y de él salió Dimitri.

«Fuimos en coche hasta una mansión protegida por un muro exterior, una de esas fincas arrebatadas a la élite de los potentados sirios —recuerda De Rijke—. Era un lugar impresionante, con jardines, huertos. No teníamos ni idea de qué íbamos a encontrarnos allí, ni idea. [...] Dimitri entró junto con dos de nuestros amigos de Alepo, y, mientras, el fotógrafo, el chófer y yo nos quedamos fuera, en el coche. Esperamos y esperamos. Entonces, vinieron unas personas que estaban en la casa y nos ordenaron que saliéramos del vehículo. Empujaron al fotógrafo y al chófer contra el coche mientras yo estaba de pie al otro lado y nos dijeron que nos iban a ejecutar. Yo pensé: “Es el fin, voy a morir aquí, a la sombra de este edificio”.»[14]

De Rijke no supo hasta más tarde qué estaba ocurriendo dentro mientras a ella la amenazaban con ejecutarla. Nada más entrar en el complejo, Dimitri fue llevado ante el comandante, que le ofreció té y le preguntó por qué estaba en Siria. Dimitri respondió que buscaba a su hijo, Jejoen, y preguntó si el comandante había oído hablar de él o sabía algo de su paradero. Su anfitrión le contestó que no. Entonces, cuando Dimitri se disponía a abandonar el lugar, dos personas lo agarraron por detrás y lo arrastraron a otra habitación donde lo desnudaron, lo golpearon y lo interrogaron. Querían saber cómo había dado con aquella mansión, quién le había facilitado la dirección.

«Dimitri se había puesto en contacto con una organización, los Abogados Libres de Alepo, que en aquel entonces se dedicaba a ayudar a localizar en Siria a seres queridos de las personas que se lo solicitaban. Tenían cierta conexión con aquel comandante y habían dado su dirección porque sabían que aquel era un lugar para el entrenamiento de nuevos reclutas», me explicó un negociador europeo a quien entrevisté. Pero los interrogadores no creyeron a Dimitri y siguieron golpeándole.

»De pronto, pararon —cuenta Joanie de Rijke—. ¡Así, sin más! El comandante había cambiado de opinión. Devolvieron la ropa a Dimitri y le dijeron que se fuera. ¡Aquello fue un milagro!»[15]

De Rijke reconoce que ninguno de ellos sabía quién era aquel comandante. No supieron hasta más tarde que Dimitri había estado ante el comandante de más alto rango del ISIS en Siria, Abu Azir, cuyo nombre real era Amr al Absi,[16] emir sirio al mando del Consejo de la Shura Muyahidín, un grupo internacional de yihadistas que se proponía transformar la parte septentrional del país en un Estado Islámico. Abu Azir estaba muy bien relacionado en el ISIS, pues su *katiba* se había constituido en su momento como la primera avanzada del futuro Estado Islámico en Siria. Cuando el líder supremo del ISIS, Abu Bakr al Bagdadi, viajó a Siria desde Irak, Abu Azir fue uno de los primeros yihadistas en darle la bienvenida y rendirle pleitesía.[17] Era la mano derecha de Al Bagdadi en Siria y, como tal, un hombre increíblemente poderoso.

«Su hermano era Firas al Absi, quien fuera emir del Consejo de la Shura Muyahidín y líder de los hombres que, en 2012, secuestraron a John Cantlie y al fotógrafo holandés Jeroen Oerlemans», me explicó el negociador a quien entrevisté. Tras la muerte de Firas al Absi, Abu Azir asumió el mando del grupo, que, de estar formado por unos ciento ochenta combatientes extranjeros, pasó a contar con casi mil hombres en sus filas. En el verano de 2013, recibió oficialmente el encargo de gestionar todos los rehenes extranjeros retenidos por el ISIS. Lo más probable es que él fuera también el cerebro que estaba detrás de las negociaciones de los rescates, en colaboración con la élite dirigente del ISIS.

«Dimitri fue muy afortunado —admite De Rijke—. Todos tuvimos suerte. Nos habíamos metido en la guarida del lobo sin ni siquiera saber que dentro había una fiera.»[18] Quien no tuvo tanta fortuna, según el negociador europeo a quien entrevisté, fue el hijo de Dimitri, Jejoen.

Cuando Dimitri se reunió con Abu Azir, Jejoen estaba a unos cientos de metros de allí, en el mismo complejo, que estaba siendo utilizado como gran campamento de instrucción para los nuevos reclutas de la organización. Según la versión del negociador, «en el momento en que su padre llegó a la mansión, Jejoen se hallaba en la fase intermedia del entrenamiento. Se le había adoctrinado y se había puesto a prueba su lealtad. Para ello, le habían tratado de tender alguna que otra trampa. Por ejemplo, a él y a sus compañeros los hacían entrar en una sala donde había un ordenador y les decían "No lo toquéis", solo para ver si obedecían o no. Superada esa fase, los nuevos miembros pasaban al nivel siguiente: se les asignaban pequeñas tareas logísticas, como, por ejemplo, labores de vigilancia. Poco a poco, se hacían merecedores de mayor confianza. Sin embargo, cuando Dimitri se presentó en el complejo ese día, los instructores desconfiaron de Jejoen: pensaron que había sido él quien había contactado con su padre y le había dado la dirección, así que lo apartaron del entrenamiento y lo encarcelaron para vigilarlo mejor».[19]

Esa no es la versión de los hechos que Jejoen contó a Joanie de Rijke y al *New Yorker*. En «Journey to Jihad»,[20] un artículo que narra la historia de Jejoen y su rescate, el joven explica que ya lo habían encerrado antes de la llegada de su padre porque él mismo había expresado su deseo de volver a casa. De hecho, ese fue también el relato de lo ocurrido que Jejoen dio a la policía belga cuando, tras regresar a casa, fue arrestado. En el juego de humo y espejos en el que están envueltos los secuestros y el yihadismo, es habitual que la verdad tenga múltiples versiones.

Así prosigue la versión de los acontecimientos que me dio el negociador: «Después de que su padre fuera a suplicarle a Abu Azir, Jejoen fue sacado de allí y conducido a una prisión en Alepo, la misma donde estaban recluidos John Cantlie y James Foley, para poner a prueba su lealtad. La prisión estaba bajo la dirección de Abu Obeida, un ciudadano neerlandés en quien Abu Azir confiaba plenamente y a quien este encargó la labor de supervisar a Jejoen para ver hasta qué punto estaba verdaderamente comprometido con la causa. Ambos sabían hablar flamenco, así que no les costó entablar una relación. Jejoen estuvo vigilado durante un tiempo, pero, poco a poco, fue ganándose un mayor grado de libertad y, al final, se le encargaron incluso ciertas tareas menores. Consiguió así que lo reinsertaran en el programa de entrenamiento. Pero, durante esa época, se mantuvo en

contacto con su padre, quien finalmente lo convenció para que saliera de allí».[21]

Cuando por fin regresó a Bélgica, Jejoen fue encarcelado y procesado. Le cayó una pena de cuarenta meses de prisión que no tuvo que cumplir porque quedó en suspensión condicional. Pero mientras aguardaba el juicio, encerrado en una cárcel de nuevo (en Bélgica esta vez), Jejoen se reencontró con la antigua sensación de no encajar en aquella sociedad y comenzó a recordar con nostalgia su experiencia en Siria, una aventura —pensaba él— que deseaba retomar volviendo allí. Tras ser puesto en libertad, trató de subir a un avión con destino a Turquía pero, esta vez, la policía se lo impidió.

A raíz de la Primavera Árabe, la revolución de los pueblos árabes contra la tiranía ejerció una seducción irresistible sobre algunos occidentales. Entre ellos, estuvo el caso de Kevin Dawes, un asiático-americano de San Diego (California). En junio de 2011, cuando contaba veintinueve años de edad, viajó a Libia, oficialmente en calidad de cooperante médico, pero en realidad atraído por el aire revolucionario en el que se envolvía la insurgencia anti-Gadafi. Dawes pasó pronto a ser auxiliar del personal sanitario de los rebeldes en el frente de Dafniya-Misurata y, finalmente, se unió a los rebeldes en Sirte. En una entrevista concedida a la National Public Radio estadounidense, Dawes explicó así su transformación en combatiente: «Todo el personal de una de nuestras ambulancias fue sacado por la fuerza del vehículo y ejecutado. Fue entonces cuando nos convencimos de que no había más opción. Era luchar o perecer aquí».[22] Así que Kevin se convirtió en un contrafrancotirador: alguien dedicado a vigilar las ventanas de los edificios y a abatir a personas que pudieran representar un peligro para su *katiba*.

La experiencia libia de Kevin Dawes tuvo un brusco final cuando él mismo decidió marcharse de su *katiba* sin abandonar el entorno yihadista.[23] En octubre de 2012, viajó a Siria, donde fue secuestrado por partidarios del régimen de Asad. No está claro por qué se desplazó a ese país: dijo que quería rescatar a Austin Tice, un periodista *freelance* estadounidense que desapareció en Siria en agosto de 2012 y había sido anteriormente un marine de los Estados Unidos, pero Dawes también iba por ahí diciendo de sí mismo que era un fotoperiodista e, incluso, un médico que iba a Siria a ayudar a la gente. Además, hay personas que lo

conocieron por entonces y que aseguran que sufría graves problemas de salud mental, con delirios y paranoia.

El relato de su liberación en abril de 2016 está rodeado de tan hermético secretismo que hay quienes han supuesto incluso que Dawes tal vez fuera un espía estadounidense. No parece probable. En la primavera de 2012, trató infructuosamente de recaudar dinero para una campaña iniciada por Kickstarter con el título «Fotoperiodismo aéreo de campos de batalla». Era un proyecto con el que pretendía proporcionar una visión única de la guerra en Siria a través de una cámara aérea instalada en un dron.[24] Se había propuesto reunir 28.000 dólares, pero Dawes no consiguió más que 30. Así que decidió ir a Siria e informar él mismo de aquella guerra desde la línea del frente.

En Antioquía, Dawes intentó procurarse algún modo de transporte hasta Alepo recurriendo a «amigos» suyos de Facebook, pero cuando nada fructificó de aquellas gestiones, cruzó solo la frontera hacia Siria, donde enseguida fue secuestrado y retenido como rehén en Damasco. La única información que se ha hecho pública sobre todo ese asunto es que John Kerry, secretario de Estado del presidente Obama, logró negociar la puesta en libertad de Dawes con la colaboración de la República Checa. No es casualidad que Kerry haya sido también un actor clave en las negociaciones que han puesto fin a las sanciones internacionales contra Irán. Es muy probable que Dawes terminase siendo un elemento más de ese acuerdo. Kerry declaró entonces que también Tice sería pronto puesto en libertad.[25]

Del mismo modo que en el caso de europeos como Jejoen y Ottosen, también estadounidenses como Tice y Dawes vieron en aquella lejana guerra en Oriente Próximo un llamamiento a la defensa de la libertad y la justicia y creyeron que el simple hecho de atenderlo les daría la oportunidad de reinventarse a sí mismos, de adquirir una nueva identidad. Pero, lejos de vivir sus sueños como se proponían hacerlo, quedaron todos atrapados en un juego político mortal que escapaba por completo a su comprensión.

Hace años que se secuestra a jóvenes en Siria tanto en cuerpo como en alma. Entran en la guarida del lobo sin conocer los peligros que allí se encierran y con la absurda idea de que un viaje así puede liberarlos de una vida en Occidente que no les gusta o que no quieren. Lo hacen creyendo que probarse a sí mismos en el más tenebroso rincón de la aldea global no

solo es una posibilidad, sino que también es una precondición necesaria para reinventarse a sí mismos.

Fotoperiodistas, cooperantes, guerreros del yihadismo: todos han sido atraídos hacia una trampa fenomenal que los ha despojado de su libertad, de su identidad e, incluso, de la vida misma. Han sido manipulados por adultos en Occidente o en el mundo musulmán: por directores de periódicos interesados en comprar sus fotos y sus reportajes por pocos dólares; por predicadores que utilizan el Califato para buscar la fama personal; y por políticos que tratan de minimizar el fracaso político de la globalización y ocultar así los errores de las políticas occidentales. Se les ha inducido a creer que sus irresponsables actos serían valorados y harían de ellos mejores personas (y harían del mundo un lugar mejor). De uno u otro modo, todos esos hijos que han desafiado a sus padres, amigos y países son muchachos a quienes hemos perdido porque no les hemos enseñado que la aldea global es infinitamente más peligrosa de lo que era el mundo durante la guerra fría.

Incluso aquellos a quienes hemos conseguido traer de vuelta a casa, como Jejoen, siguen siendo unos inadaptados que todavía no están seguros de cuál es su sitio realmente. Puede que físicamente estén fuera de prisión, pero mentalmente continúan viviendo entre rejas raciales e ideológicas.

11

LA MITOLOGÍA SOBRE LOS REHENES OCCIDENTALES

Los gobiernos occidentales retratan a todos los rehenes de sus países como unos héroes, sobre todo si visten uniforme. Los soldados son quienes tienen reservado un rango mayor en ese sentido. Son los más valientes: secuestrados en acto de servicio y en cumplimiento del deber de proteger a su país. Ese es el relato con el que se justifica la decisión de rescatarlos a cualquier coste, aunque sea negociando con terroristas. No hay gobierno capaz de ignorar ese compromiso, ni siquiera el de Estados Unidos.

Puede que la mejor explicación de por qué, si se dan las circunstancias apropiadas, todos los países negocian con los secuestradores esté resumida en estas palabras del presidente Obama: «Los Estados Unidos de América nunca abandonan a ninguno de sus uniformados y uniformadas».[1] Obama hizo esta declaración el 31 de mayo de 2014 en el Jardín de las Rosas (de la Casa Blanca) durante el anuncio de la liberación del sargento Bowe Bergdahl. Este militar, que contaba entonces con veintiocho años de edad, había sido secuestrado por los talibanes afganos casi cinco años antes, el 30 de junio de 2009. Durante su discurso, el presidente reveló que, a cambio de la libertad del secuestrado, Estados Unidos había accedido a transferir cinco prisioneros del centro de detención de la bahía de Guantánamo a Catar, país que había intermediado en la consecución del acuerdo.[2]

Estaba previsto que la ceremonia celebrada ese día en el Jardín de las Rosas fuese la primera de varios actos de bienvenida en honor del sargento Bergdahl. Sin embargo, tales previsiones comenzaron a frustrarse casi

desde el momento mismo en que Bergdahl pisó suelo estadounidense tras tantos años fuera. Varios miembros de su sección en Afganistán lo acusaron de haber desertado y hubo quien incluso insinuó que, más que rehén, era un traidor. Los republicanos fustigaron entonces al presidente Obama por haber gestionado su liberación sin haber informado oportunamente de ello al Congreso, y por haber puesto en riesgo de ese modo la seguridad nacional estadounidense. Incluso se criticó al padre de Bergdahl por haber pronunciado unas palabras en pastún durante la ceremonia del Jardín de las Rosas. Cuantos más detalles salían a la luz sobre el secuestro del sargento Bergdahl, más se agriaba la polémica en torno a su cautiverio, su liberación y su rescate.

La insensatez de Bourne

Bowe Bergdahl fue secuestrado el 30 de junio de 2009 por la mañana, mientras iba solo y a pie por el desierto afgano, a unos kilómetros del minúsculo puesto de avanzada conocido como OP Mest, en el que estaba destinado. Mest está en la provincia de Paktika, en el este de Afganistán, justo al lado de la frontera con Pakistán. Unas horas antes, Bergdahl había abandonado su puesto sin permiso. En términos estrictamente técnicos, había desertado de su sección.

Nada más salir el sol, un grupo de talibanes en motocicleta detectó su presencia y se aproximó a él, como es costumbre en cualquier región desértica. Dado que no llevaba puesto su uniforme ni ninguna indumentaria militar, sino ropa característicamente civil afgana, los talibanes no se dieron cuenta de que no era un pastún hasta que estuvieron ya a su altura.

El relato de lo acaecido durante aquellas horas que Bergdahl dio tras su liberación no despeja una serie de interrogantes: ¿qué hacía un militar de veintitrés años solo en medio del desierto afgano? ¿Cómo llegó allí? ¿Y por qué iba desarmado por una región infestada de talibanes?

Tras su puesta en libertad, Bergdahl no hizo declaraciones a los medios, y las autoridades estadounidenses tampoco facilitaron información alguna. Se sabía muy poco, pues, de esas horas cruciales inmediatamente previas a su secuestro. Ahora bien, en privado, Bergdahl reveló los hechos que desembocaron en su cautiverio a Mark Boal, guionista de *En tierra hostil* (*The Hurt Locker*) y de *La noche más oscura* (*Zero Dark Thirty*). Boal se

puso en contacto con Bergdahl porque quería escribir una película sobre su historia. Parte de las grabaciones de aquellas conversaciones (de un total de unas veinticinco horas) fueron utilizadas para la segunda temporada de *Serial*, un *podcast* muy popular.[3] En dicho *podcast* pueden apreciarse ciertos aspectos —tan interesantes como desconcertantes— del secuestro de Bergdahl, como, por ejemplo, que su cautiverio fue, al parecer, el resultado directo de la irresponsabilidad de un militar de veintitrés años, convencido como estaba de que podía demostrar al mundo (y demostrarse a sí mismo) que era una especie de Jason Bourne (el protagonista ficticio de la trilogía cinematográfica de Bourne, basada en las novelas de Robert Ludlum) de carne y hueso.[4]

Para empezar, Bowe Bergdahl confesó a Mark Boal que él mismo había orquestado su propia desaparición. Su plan consistía en ir andando desde su base en Mest hasta otro puesto militar estadounidense en Sharana, mucho más grande. Sharana está a unos 35 kilómetros al suroeste de Mest. Bergdahl pensó que podría llegar allí en unas veinticuatro horas, una previsión bastante optimista por su parte. La ruta es larga y difícil, sobre todo en plena época de calor estival, pues solo puede hacerse atravesando terreno desértico. Además, es muy arriesgada. Es una zona bajo control talibán por la que hay un flujo regular de personas que se desplazan tanto en un sentido como en el otro. Era inevitable que alguien viera a Bergdahl y que se le acercara y descubriera que no era pastún, sino estadounidense. Pero Bergdahl no tuvo en cuenta ninguna de esas previsibles posibilidades. Para él, bastaba con estar físicamente en forma para soportar la caminata, y estaba seguro de que la indumentaria civil que vestía aquel día sería un camuflaje perfecto.

La pregunta clave, que Mark Boal no olvidó formular a Bergdahl, era: ¿por qué desaparecer durante veinticuatro horas? La respuesta de Bergdahl fue que su intención era desencadenar un DUSTWUN, que es lo que en el argot militar estadounidense se utiliza para describir una alerta de «desaparecido en situación de servicio» (la versión en la infantería de tierra del «hombre al agua» de la marina: una emergencia militar de primer orden). Y, de hecho, eso fue justamente lo que ocurrió. Cuando la sección se dio cuenta de su desaparición, todas las instancias (desde la CIA hasta la Armada, la Fuerza Aérea o los Marines, pasando por todos los contingentes militares estadounidenses presentes en Afganistán) fueron puestas en alerta. La noticia de que Bergdahl estaba en paradero desconocido terminó

llegando también a Washington D. C., el Pentágono, el Departamento de Estado y la Casa Blanca.

Parece ser que aquel joven soldado pretendía activar tan seria alerta militar con el propósito de poner de manifiesto otra crisis, más importante aún, que él consideraba merecedora de tan excepcional actuación.[5] Bergdahl sabía que aquel DUSTWUN atraería sobre él la atención general y que, cuando reapareciera en Sharana, y fuera interrogado por sus superiores, tendría una oportunidad única de hacerse oír por oficiales de alto rango, generales incluso. Creía que, de ese modo, podría por fin hacerles llegar sus muy serias preocupaciones sobre el modo en que estaba siendo dirigida su sección y el ejército estadounidense en Afganistán, en general. Incluso había escrito a su padre sobre todos esos temas que lo inquietaban y le había pedido consejo al respecto. Pero todo su plan estaba basado en meros delirios de grandeza.

La noche del 29 de junio de 2009, Bergdahl salió a hurtadillas de su campamento e inició su andadura hacia Sharana. Actuó solo, como cabría esperar de todo un Jason Bourne. Durante las jornadas previas, había enviado a casa la mayor parte de sus pertenencias para impedir que nadie las revisara en su ausencia, y había retirado trescientos dólares en efectivo de su cuenta, dinero que pensaba que podía necesitar durante su caminata. Se llevó consigo una brújula y un cuchillo, pero no sus gafas de visión nocturna, ni sus armas, ni su radio.

Cuando llegó al desierto, cayó de pronto en la cuenta de lo que había hecho. Se le vino encima la desproporción (y quizá también la estupidez) de su plan. Y, a diferencia del protagonista de las películas de Bourne, a Bergdahl le entró el pánico. Pero, aunque quería regresar, consideró que era demasiado arriesgado hacerlo en plena noche. Los compañeros que estuvieran haciendo la guardia habrían disparado sobre él al no saber quién era. Pero, sobre todo, le preocupaba qué pasaría con él cuando sus superiores se enteraran de que había abandonado su sección sin permiso. Para el ejército, él era ya un desertor.

Bajo el cielo nocturno de Afganistán, Bergdahl ideó otro plan de actuación, más absurdo si cabe que el anterior. Decidió que, si podía regresar habiendo obtenido algún tipo de información de inteligencia que presentar a sus superiores, estos se mostrarían menos severos con él. Recordó haber oído que, en la carretera que va de Mest a Sharana, los talibanes colocaban a veces artefactos explosivos improvisados (AEI), así

que tomó la decisión de buscar por su cuenta a quienes los instalaban. Actuaría como una especie de soldado de las fuerzas especiales y, o bien atraparía a esos combatientes enemigos, o bien los seguiría hasta su escondite y luego informaría de la posición de este a sus superiores. Comenzó entonces a otear el paisaje nocturno en busca de luces de linternas en movimiento, y a aguzar el oído por si escuchaba el chasquido típico de radios en pleno uso.

«Mi idea era que, si yo hubiera visto a alguien en medio de la oscuridad que estuviera actuando de forma sospechosa, lo habría seguido lenta y silenciosamente en plena noche —contó Bergdahl a Boal—. Y luego, ya por la mañana, habría recuperado su rastro y habría averiguado adónde se dirigía. Y yo recogería entonces toda esa información. [...] [C]uando regresara [a Mest], bueno, podrían decirme, ya sabe, en fin: “Abandonaste tu puesto”. Pero yo podría responderles que, bueno, que también obtuve toda esa información y que, en fin: “¿Qué van a hacer ustedes?”. “Tengo información de esta persona que estaba haciendo esto esta misma noche pasada y que vive aquí.” Así que eso volvería justificable mi acción, en plan “Abandonó su puesto..., pero recopiló información de inteligencia que nos ha ayudado a pararle los pies a, en fin, a alguien que estaba colocando un AEI en la carretera”. En fin, que ese habría sido el regalo inesperado que me habría ayudado a suavizar aquel, cómo diría, vendaval de terror (o no de terror, sino de ira) que iba a azotarme en cuanto volviera [a Mest].»[6]

Escuchando a Bowe Bergdahl, es inevitable no sorprenderse de lo ingenuo que era su plan y de lo engañado que estaba aquel sargento acerca de su «misión». Admitió ante Boal que quería demostrarse a sí mismo (y al mundo en general) que era un supersoldado, alguien como Jason Bourne, un personaje imaginario capaz de poner al descubierto por su propia cuenta y riesgo un defecto crucial en el sistema militar. En vez de eso, se comportó con total estupidez y terminó siendo secuestrado y mantenido en cautividad durante casi cinco años. Y su DUSTWUN activó una descomunal misión de búsqueda que costó al contribuyente estadounidense millones de dólares.

En las informaciones que se publicaron en los medios poco después de la puesta en libertad de Bergdahl, se llegó a decir que la búsqueda de Bergdahl posiblemente les había costado la vida a un total de hasta seis soldados compatriotas suyos, aunque ese dato ha sido puesto en entredicho posteriormente y puede que fuera inventado por miembros de su batallón. No hay ninguna muerte de un militar norteamericano vinculada

directamente con aquel DUSTWUN. Aun así, en aquel momento, la opinión pública terminó atribuyendo a Bergdahl la responsabilidad por la muerte de seis soldados estadounidenses, lo que exacerbó la indignación popular ante el trato cerrado por las autoridades del país para traerlo de vuelta a casa.[7]

A medida que los medios fueron difundiendo aquella historia, el secuestro y liberación de Bowe Bergdahl fue adquiriendo tintes cada vez más politizados. La Casa Blanca había accedido a intercambiarlo por cinco talibanes de alto rango como parte de un proceso de reconciliación entre Estados Unidos y los talibanes planeado e impulsado por Obama y por Hillary Clinton en 2009. Pero cuando dicho proceso se malogró finalmente, el sargento Bergdahl acabó convertido en una prueba más del fracaso de aquella tentativa conciliadora.

Conducta temeraria

La mayoría de occidentales son secuestrados, no porque sean unos héroes, sino porque no comprenden suficientemente los riesgos que están asumiendo. Bowe Bergdahl encaja perfectamente en esa descripción. También encajan en ella otros muchos exrehenes, incluidos algunos de los decapitados por Estado Islámico. «El Jim Foley que yo conocí era muy buen tipo, pero actuó justo como los expertos en seguridad que imparten cursos para evitar los secuestros nos dicen que no debemos actuar», asegura Francesca Borri.

Ese retrato de Foley se corresponde en parte con la descripción que de él me hizo el negociador europeo que intentó traerlo de vuelta a su país.

«La última vez que vi a Jimmy fue en Alepo —prosigue Borri—. Salíamos del hospital Al Shifa, que era blanco de ataques constantes. Nos detuvimos para repartir nuestras provisiones entre las personas que se iban a quedar allí y para recoger a los que nos dirigíamos a Turquía, entre ellos yo misma, Jim Foley, Narciso Contreras, Antonio Pampliega, Manu Brabo, los chicos que luego ganaron el Premio Pulitzer. Todos nos habíamos quitado los chalecos antibalas y tratábamos de relajarnos tras una larga jornada de trabajo. De pronto, comenzaron a atacar el hospital con fuego de mortero. Nos metimos en la primera furgoneta de servicio que encontramos y huimos. La situación era muy grave: había balas y proyectiles explosivos

zumbando por todas partes. El conductor estaba tan asustado que incluso se perdió dos veces. ¡Pero allí estaba Jimmy, riéndose como si nada!

»Yo estaba petrificada del miedo y Jimmy, riéndose. Recuerdo que Narciso Contreras, que iba sentado delante de mí, no dejaba de mirarme. Había captado muy bien lo asustada que estaba. Me sentía especialmente agitada porque había tenido que dejar atrás a alguien que me importaba mucho y que no había logrado meterse en la furgoneta cuando se armó todo aquello. Y Jimmy no dejaba de reírse de mí y de decirme que esa clase de situaciones no eran para mujeres.

»Todo el mundo iba escondido tras las puertas de la furgoneta porque temíamos que una bala perdida pudiera entrar por las ventanillas, pero Jimmy bajó la suya y sacó el brazo fuera como si nada, agitándolo y gritando *"¡Allahu Akbar, Allahu Akbar!"*. Aquel era un gesto que, entre otras cosas, evidenciaba una total falta de respeto y de sensibilidad hacia el conductor que tan desesperadamente estaba tratando de mantener la compostura y salvarnos la vida. ¡Y esa es la última imagen que tengo de Jim Foley! Quizá esa temeraria conducta suya se debiera a que estaba en estado de *shock*. No cabe duda de que el miedo extremo puede desencadenar una sensación de inmortalidad», afirma Borri.

«Es fácil sentirse invencible, incluso cuando la muerte nos rodea por todas partes —escribió Steven Sotloff, que también sería posteriormente secuestrado y decapitado por Estado Islámico, al jefe de la sección de Oriente Próximo y Medio de la revista *Newsweek*—. Es como decirse: "¿No os dais cuenta de que yo soy el 'prota' de esta 'peli' y no puedo morirme?".»[8] Sin embargo, es comportándose con esa sensación de invencibilidad como uno consigue más fácilmente que lo secuestren... y lo maten.

«Steven Sotloff era amigo mío —me cuenta el periodista sirio Omar al Muqdad, autor del documental de la BBC *We Left Them Behind*—. Dos semanas antes de irse a Siria, acudió a mí y me pidió ayuda porque quería viajar a aquel país. Le dije que no fuera. Lo que me pedía era arriesgado para mí, y para él era tremendamente peligroso, pero no quiso hacerme caso. Le mencioné algunos nombres, unos miserables, gente que no dudaría en venderlo por unos cientos de dólares. Le dije qué clase de personas eran. Pero no me escuchó. Luego, me telefoneó antes de cruzar la frontera hacia Siria. Volví a rogarle encarecidamente que no se fiara de su guía. Yo estoy convencido de que su guía lo traicionó. Nada más cruzar la frontera desde

Turquía, solo quince minutos después, lo secuestraron. Después de que entrara en Siria, intenté llamarlo al móvil, pero no conseguí respuesta.»[9]

Tanto Steven Sotloff, aspirante a periodista, como Daniel Rye Ottosen, aspirante a fotógrafo, fueron advertidos de que no entraran en Siria por personas que sabían muy bien lo arriesgado que era lo que se proponían. No quisieron escucharlas. Los secuestraron y terminaron en manos de Estado Islámico.

En el tráiler de presentación del documental de HBO sobre el caso de James Foley, titulado *Jim: The James Foley Story*,[10] tipos como Sotloff, Ottosen y Foley son presentados como periodistas mártires. El mensaje es que, sin ellos, no conoceríamos los horrores de la guerra civil siria. Pero eso no es del todo correcto. Si les rendimos homenaje, no es porque nos mostraran la tragedia que se vive en Siria, sino porque fueron secuestrados y, en el caso de Sotloff y Foley, decapitados por Estado Islámico. Prueba de ello es que el público en general no sabía quiénes eran antes de su secuestro, pues ninguna de sus piezas apareció nunca en las primeras planas de ningún periódico de importancia. ¡En estos momentos, la opinión pública en general sigue sin conocer los nombres de los periodistas y fotógrafos *freelance* que intentan dar testimonio del conflicto sirio, o siquiera de aquellos periodistas secuestrados que permanecen todavía en cautividad!

La perturbadora noticia que nos hizo tomar conciencia de la existencia de personas como Sotloff, Ottosen y Foley no fue ninguna de sus informaciones desde aquel escenario bélico, sino la noticia misma de sus secuestros y sus posteriores ejecuciones. Los periodistas profesionales son perfectamente conscientes de esa realidad. Marc Marginedas, que también fue un rehén del ISIS, dijo que no quería hablar de su secuestro porque él no era la noticia: la noticia es lo que está ocurriendo en Siria. Nicolas Hénin, otro periodista y rehén en su momento de Estado Islámico, advierte a los lectores de su libro *Jihad Academy* que en él no ha escrito nada de su cautiverio, ni de su interacción con los «Beatles» (el grupo de carceleros yihadistas naturales de Gran Bretaña que vigilaban a los rehenes extranjeros en poder de Estado Islámico), ni de quienes estaban cautivos junto a él, sino de lo que está sucediendo en Siria y en Oriente Próximo y Medio, porque ni siquiera cuando estuvo retenido como rehén dejó de ser un periodista.

La mitología que Occidente ha construido en torno a los rehenes oculta algo tan asombroso como que las noticias sobre Siria o sobre Oriente

Próximo y Medio escritas por personas como Sotloff y Foley jamás hayan aparecido en la portada del *New York Times* ni de ningún otro medio con un público lector mínimamente sustancial y, por lo tanto, nunca hayan suscitado reacción alguna entre los ciudadanos de Europa, Estados Unidos, Japón o ningún otro país occidental. ¿Por qué eso ha sido así? Porque a la ciudadanía no le importa lo suficiente la degradación de la situación en Siria hasta la anarquía total y porque los redactores de aquellas informaciones eran unos reporteros *freelance* desconocidos. El gran público estadounidense estaba mucho más interesado en los disturbios que acaecían en Ferguson (Misuri) que en el sufrimiento del pueblo sirio. Hasta el nacimiento del Califato, los informadores *freelance* presentes en Siria solo produjeron noticias muy marginales aparecidas en publicaciones o periódicos muy periféricos y de muy reducido alcance.

Lo que mantenía activos a todos aquellos *freelancers* era el sueño de hacerse con alguna primicia. En su libro de memorias sobre su experiencia en ese sentido, *A House in the Sky*, Amanda Lindhout describe su sueño particular. Concretamente, cita la historia personal de Dan Rather como el ejemplo que ella misma trataba de emular. Cuando, allá por los años sesenta, Rather era todavía un reportero joven e inexperto que trabajaba en un pequeño canal de televisión en Houston (Texas), un enorme huracán alcanzó la zona del golfo de México con una trayectoria directamente encaminada hacia la isla de Galveston. Todo el mundo buscó refugio como pudo, pero Dan Rather cruzó en automóvil el puente hasta dicha isla y aguardó allí a que el huracán llegara a Galveston. Cuando el sistema tormentoso alcanzó la isla, él envió sus informaciones desde el centro mismo del huracán. ¿La conclusión de Lindhout? Aquel día, Dan Rather podía haber muerto, pero sobrevivió al vendaval y consiguió así filmar las imágenes que catapultaron su carrera.[11]

Los reporteros *freelance* aguardan a que les llegue una oportunidad única como esa. Pero es muy probable que, aun en el caso de que llegaran a tenerla hoy en día, esta no produciría ya los mismos resultados que antaño. Para empezar, en la actualidad, los reporteros y cámaras que acudirían al encuentro del huracán serían multitud. La noticia sería apenas un destello en un ciclo informativo normal de veinticuatro horas. Además, ahora que las guerras son una realidad casi constante a lo largo y ancho del planeta y que los públicos occidentales hacen gala de un creciente cinismo en cuanto a la imposibilidad de hacer nada por pararlas, la gran primicia única en la

vida es cada vez más una cosa del pasado. Los aspirantes a reporteros pueden pasarse todos sus años de trabajo coqueteando con la muerte para nada. Muchos se habitúan tanto a la adrenalina de la guerra que regresan en busca de más y asumen cada vez mayores riesgos para no bajar la dosis de estimulante.

Ahora bien, incluso en ese mundo paralelo en el que viven, hay oportunidades de demostrar verdadero heroísmo. James Foley se comportó ciertamente como un héroe durante su cautiverio, según todos los testimonios de quienes lo acompañaron en aquel trance. Fue un verdadero sostén de fuerza para los otros rehenes. Y esto sí debería ser noticia. Puede que el hombre que, segundos antes de ser decapitado ante la cámara, recita un texto de condena de su propio hermano y de su país nos parezca otra persona distinta que muy poco tiene de heroico. Pero ¿accedió tal vez a recitar aquellas frases para proteger a sus compañeros rehenes de una posible represalia por parte del ISIS? No es improbable que lo hiciera.

Los medios de comunicación no han intentado siquiera hacerse esas preguntas ni describir un abanico de perspectivas posibles. Las guerras en Siria, Afganistán e Irak no han tenido nada de glorioso ni de humanitario: han sido guerras sucias, un motivo de vergüenza continuo para los políticos, para el ejército y para Occidente en general. Como ya sucediera con la guerra de Vietnam, los medios de comunicación de masas occidentales han optado por eludir la verdad de esos conflictos y hacer el juego a los sentimientos de las víctimas de sus países tratándolas como una especie de «héroes sobrenaturales» y manteniendo así dichos conflictos a una distancia suficiente como para preservar su imaginaria inocencia.

Convertir a los rehenes en estereotipos, llamarlos héroes como hacen sus gobiernos, oculta la complejidad humana de sus personalidades individuales y la complejidad de la situación en la que se encuentran como rehenes. Puede que Bowe Bergdahl fuera un mal soldado, pero demostró también ser un excelente prisionero de guerra que sobrevivió a un cautiverio de cinco años en atroces condiciones. Desde la guerra de Vietnam, el ejército estadounidense no había tenido una ocasión parecida de estudiar esa forma de supervivencia y aprender de ella: tenía ahí una fuente de información sobre cómo afronta un individuo una situación de cautividad cruel y por qué ese individuo puede manejar tales extremos de estrés. La aportación más importante realizada por el sargento Bergdahl bien podría haber sido en forma de datos científicos sobre su propia

supervivencia. Pero, en vez de eso, no fue aprovechado más que para una burda utilización política sensacionalista de su caso.

Muchas veces se busca que los relatos de rehenes que han tenido que afrontar una violencia y una privación de libertad extremas potencien el sentimentalismo, el impacto y el culto al héroe antes que cualquier otro significado más profundo que esté relacionado con las causas o los efectos de ese particular calvario que tuvieron que padecer. Casi siempre, reducir las vidas de los rehenes a una mera noticia de periódico o de noticiario televisivo es una simplificación de los hechos que esconde la verdad. El dolor físico y el trauma psíquico activan respuestas emocionales y psicológicas complejas en cualquier persona que haya pasado por la dura experiencia de ser un rehén. Y los medios mismos, con su anhelo constante de que cada nueva noticia sea más impactante que la anterior, unido a su actual costumbre de simplificar cada vez más la realidad, deben asumir también parte de su responsabilidad por esos secuestros y muertes. ¿Sería la situación actual la que es si todos los grandes periódicos del mundo continuaran teniendo corresponsalías estables en Oriente Próximo y Medio como antes tenían?

La imprudencia, un pecado de juventud

Que se oculte la verdad es algo que también favorece a los secuestradores. Impide que se formulen nuevas estrategias porque contribuye a perpetuar una práctica (el pago de rescates) que hace que los secuestros mismos sean un negocio lucrativo y altera indebidamente la percepción del riesgo entre los propios occidentales. Esto es especialmente cierto en el caso de los italianos, porque saben que su gobierno siempre pagará su rescate. Más de un periodista de esa nacionalidad me ha confesado que asume mayores riesgos gracias a esa seguridad de que, si lo secuestran, Italia lo rescatará.

La política del gobierno italiano ha consistido en pagar rescate por cualquier rehén que esté en posesión de un pasaporte de ese país, con independencia de quién sea: un periodista, un cooperante, hasta un turista con residencia permanente en el extranjero (véase el caso de Bruno Pelizzari, de quien ya hemos hablado en el capítulo 8). El gobierno italiano ha llegado incluso a pagar el rescate de Debbie Calitz, que ni siquiera tenía

pasaporte italiano, pero que fue secuestrada junto a Pelizzari cuando ambos navegaban juntos. El gobierno de Italia abonó también el dinero del rescate del belga Piccinin, secuestrado en su momento junto a Quirico, según se relató en el documental de Al Jazeera *The Hostage Business*.[12]

Naturalmente, lo que se le dice a la ciudadanía italiana es que nunca se ha pagado rescate alguno. En el caso de Pelizzari, la verdad se tapó bajo una red de elaboradas invenciones. El secretismo que rodea normalmente al secuestro, la negociación y el pago del rescate es fundamental para poder construir luego cualquier relato ficticio de la historia del rehén (o los rehenes) en cuestión. De hecho, lo que las autoridades sirven es una especie de caja vacía que luego los medios contribuyen activamente a llenar con historias mitológicas sobre los rehenes, como sucedió en el caso de las dos Simonas.

Esta maraña de mentiras y engaño es un elemento central de la industria de los secuestros. El relato habitual —héroes cautivos se salvan gracias al pago de un rescate que sus pagadores jamás admiten— tiene como efecto incrementar el valor de ciertos rehenes y disminuir el poder negociador de quienes tienen que regatear con el precio de su liberación porque los captores saben que el rescate siempre acabará pagándose. Y, por último, como ya hemos visto, los beneficios que se ingresan con esa industria de los secuestros sirven de inversión inicial para el negocio del tráfico de migrantes hacia Europa. Lo irónico del caso es que una de las más populares puertas de entrada en el Viejo Continente es el sur de Italia.

Aunque, en Occidente, el gran público no está familiarizado con todos esos detalles, polémicas parecidas a las que estallaron a propósito del secuestro y el rescate pagado por la libertad del sargento Bowe Bergdahl están surgiendo en otros muchos países, Italia incluida. La controversia más reciente ha sido la despertada por el pago de un rescate multimillonario (en dólares) por la liberación de Greta Ramelli y Vanessa Marzullo, secuestradas en Alepo el 31 de julio de 2014, apenas unos días después de su llegada inicial a Turquía, y puestas en libertad el 16 de enero de 2015.

Al igual que en el caso del sargento Bergdahl, circulan varias versiones contradictorias sobre el secuestro de Ramelli y Marzullo. Hubo quienes dijeron que habían sido secuestradas junto a un periodista italiano, Daniele Raineri, con quien habían atravesado la frontera para entrar en Siria. Sin embargo, Raineri negó ese relato de los hechos y expuso uno muy diferente. Él afirma que, la misma noche del secuestro, él estaba en casa de un líder

rebelde, un exmiembro de las fuerzas especiales de Asad. Según declaró al periódico italiano *Il Foglio*, «a las cinco de la mañana, alguien llamó a la puerta. Entraron dos sirios y dijeron: “Han secuestrado a las dos italianas [Greta y Vanessa] y andan buscándote a ti también”». Raineri les preguntó si los hombres que lo buscaban eran guerrilleros o una simple banda de hombres armados, pero ellos no supieron decirle. «Me contaron que llevaban pasamontañas, casi todos ellos, y me señalaron a la cara para asegurarse de que entendía lo que me estaban diciendo.»[13] Según Raineri, él entonces no perdió ni un instante en dirigirse a la frontera acompañado de la escolta que le facilitaron sus amigos del bando rebelde. Ya de vuelta en Turquía, alertó de inmediato a la unidad de crisis italiana.

Tras su liberación, Ramelli y Marzullo relataron ante las autoridades judiciales italianas la dinámica de su secuestro. Las secuestraron apenas horas después de llegar a su destino, la casa del jefe del «Consejo Revolucionario», un sirio a quien habían conocido por Facebook. Nunca llegaron a encontrarse en persona con su anfitrión. Ambas mujeres habían estado en Siria ya dos veces ese mismo año, entre los meses de abril y mayo. Tras reunir en Italia donaciones por un valor de 2.400 euros, llevaron al país árabe medicinas y alimentos que repartieron en la región de Idlib, en el norte, y en Homs, en el sur. Según diversas fuentes, lo que Ramelli y Marzullo llevaban en ese mes de julio de 2014 eran kits médicos camuflados que ya habían mostrado en la página de Facebook de Horryaty, entidad sin ánimo de lucro que ellas mismas habían constituido en abril de 2014 para ayudar a la causa de la independencia siria.

De la reconstrucción de los instantes en que las raptaron, cabe deducir que su secuestro había sido ya dispuesto antes de su llegada a aquella casa. «Vinieron dos vehículos en los que iban hombres armados y se nos llevaron. Mantuvimos las cabezas bajas en todo momento. Intentábamos no mirarles a los ojos. Llevaban las caras tapadas. Los secuestradores hablaban muy poco; solo uno dijo unas palabras en inglés. [...] Tras secuestrarnos, les preguntamos: “¿Por qué hacéis esto?”. Y ellos respondieron: “Por dinero”.»[14]

Las rehenes fueron movidas de su escondite hasta en cinco ocasiones durante su cautiverio. Es probable que las vendieran más de una vez. Puede que el grupo que contactó con Samir Aita, un miembro del Foro Democrático Sirio residente en París, fuese el mismo que las secuestró. Pero el caso es que, al final, fueron compradas por Al Nusra, que llevó las

negociaciones directamente con el gobierno italiano.[15] El pago del rescate de 11 millones de euros fue filmado y mostrado por Al Jazeera en su documental *The Hostage Business*. Pero, según una nueva investigación sobre el caso, los italianos pagaron, no 11 millones, sino 13, de los que 1 o 2 millones no llegaron nunca a manos de los captores. Las autoridades italianas sospechan que se los embolsó un intermediario italiano que se encargó de las negociaciones finales, bien en Siria, bien al otro lado de la frontera, en Turquía.[16] Parte del rescate, unos 5 millones de euros, fue también a parar al bolsillo de otro intermediario, Husam Atrash, un señor de la guerra al mando del grupo Ansar al Islam.

La controversia que rodea al secuestro de Ramelli y Marzullo se hace extensiva a cuestiones que van mucho más allá de la mera cuantía del rescate y alcanza a la naturaleza misma de las ONLUS italianas, un tipo de organizaciones sin fines lucrativos que se rigen por requisitos mucho menos estrictos que los de las entidades sin ánimo de lucro tradicionales. Ramelli y Marzullo habían fundado la ONLUS llamada Horryaty junto a un tercer socio con apenas unos pocos miles de dólares. Eran su único personal. Funcionaban a través de una página de seguidores en Facebook y recaudaban dinero por ese medio. El hecho de que esas dos mujeres estuvieran en Siria en lo que parecía ser una misión humanitaria tuvo un papel muy importante en lo que se dijo y se escribió acerca de su rescate, aun a pesar de que su ONLUS cumpliese a muy duras penas los criterios legales mínimos exigidos para la constitución de tales entidades.

Las ONLUS han proliferado bastante desde 1997, cuando la legislación italiana introdujo esa nueva modalidad de sociedad. En la actualidad, hay unas 40.000, lo que representa más del 10 por ciento del total de organizaciones sin ánimo de lucro en Italia. Según Istat, la oficina nacional de estadísticas italiana, al término de 2013, había 301.191 instituciones sin fines lucrativos activas en Italia (un 28 por ciento más que en 2001). El número de italianos que trabajan en ellas —de forma remunerada o voluntaria— ascendía a nada menos que 4,7 millones.

La popularidad de las ONLUS nace de las ventajas fiscales que se derivan de su estatus no lucrativo y de la facilidad y el mínimo coste con el que se puede fundar una (en torno a los 2.000 euros). Una vez registrada, una ONLUS puede comenzar a recaudar fondos para cualquier causa para la que haya sido creada: desde acontecimientos culturales y deportivos hasta ayuda humanitaria, como era el caso de Horryaty. Dado que una ONLUS

es, en esencia, una entidad fiscal, está bajo la jurisdicción de las autoridades fiscales italianas.

La situación era distinta antes de 1997. Las ONG humanitarias estaban reguladas por el Ministerio de Asuntos Exteriores.[17] Como hasta hace unos quince o veinte años la mayoría de los fondos empleados por las ONG eran dinero público, el propio Ministerio de Exteriores regulaba la asignación de esas partidas. Sin embargo, durante los veinte últimos años, las organizaciones de ayuda humanitaria han conseguido reunir fondos de donantes privados, un fenómeno que explica la necesidad del trato fiscal preferente proporcionado por el estatus de ONLUS. «De las aproximadamente 40.000 ONLUS existentes, actualmente solo unas 250 son organizaciones reconocidas anteriormente por el Ministerio de Asuntos Exteriores como ONG conforme a la legislación de 1987 que regulaba la cooperación internacional», según Marco De Ponte, secretario general de ActionAid en Italia. Esto explica por qué Horryaty no aparecía en esa lista de ONG del Ministerio de Exteriores, pero no por qué Greta Ramelli y Vanessa Marzullo no informaron a dicho ministerio de que iban a viajar a Siria.

Como ocurrió en el caso de las dos Simonas, el gobierno italiano negó pago alguno de un rescate y adoptó una actitud indulgente en relación con la imprudente conducta de Greta y Vanessa. En una entrevista televisada, el ministro italiano de Exteriores declaró que, si bien admitía que aquellas dos mujeres habían actuado con irresponsabilidad, merecían la ayuda del Estado porque estaban ayudando a su vez a personas en dificultades. Una vez más, el relato tejido en torno a unos rehenes los caracterizaba como seres humanos excepcionales, aun cuando aquellas mujeres no fueran más que unas ingenuas advenedizas. Durante la mencionada entrevista, no hubo alusión alguna a qué era aquello que Ramelli y Marzullo tenían previsto hacer en Siria. La reconstrucción de los hechos de su secuestro es poco precisa y elude estudiadamente ciertos detalles importantes: ¿cómo fueron a parar a la casa donde las secuestraron? ¿Cuántas veces las trasladaron de un centro de reclusión a otro? ¿Qué pasó con los kits médicos camuflados que habían llevado consigo a aquel país? Y es que las respuestas a estas preguntas habrían deconstruido la mitología con la que se rodeó a aquellas mujeres, convertidas en poco menos que Florence Nightingales de nuestros días.

Durante aquella misma entrevista televisada, un periodista italiano, Beppe Severgnini, haciendo un elogio del gobierno por haber traído de vuelta a casa a otro par de rehenes, y aun admitiendo que ambas habían sido imprudentes en su momento, añadió que la imprudencia es un pecado de juventud. Se olvidó mencionar, por supuesto, que tan «juvenil» comportamiento había costado 13 millones de euros al erario público italiano.[18]

Negociar con terroristas

Sea cual sea la tapadera con la que intenten disimularlo, lo cierto es que todo el mundo termina negociando con secuestradores y terroristas. Algunos países, como Italia, pagan rescates excepcionalmente elevados, mientras que otros, como Estados Unidos, intercambian rehenes por combatientes enemigos prisioneros. Para los gobiernos, los rehenes son mercancía política. Pueden representar puntos porcentuales en los sondeos de opinión, o pueden ser instrumentales para la implementación de ciertas estrategias de política exterior. De hecho, esta última es la función para la que, al parecer, sirvió Bowe Bergdahl.

A partir de la sobresaliente reconstrucción de su particular calvario realizada por el *podcast Serial*,[19] se deduce que el sargento Bergdahl debe su libertad a una serie de hechos excepcionales. Nada más desaparecer Bergdahl, Kim Harrison, que figuraba como persona de contacto si algo le sucedía a Bowe, comenzó a informarse sobre los procedimientos que seguir para encontrarlo. Tras hallar pocas respuestas y un buen montón de papeleo burocrático, Harrison optó por acudir finalmente al FBI y presentar una denuncia de desaparición. En noviembre de 2009, los talibanes contactaron con Harrison o, cuando menos, eso creyó ella. El FBI tradujo el mensaje en pastún que Kim recibió de alguien que aseguraba conocer dónde estaban reteniendo a Bergdahl. A cambio, el remitente de esa comunicación pedía mudarse a Estados Unidos e instalarse allí con ocho miembros de su familia.

Ninguna agencia del gobierno federal quiso encargarse de esa petición. Además, Estados Unidos no disponía de fuentes fiables en la región que confirmaran aquella información. Para entonces, Bowe estaba siendo buscado también por la CIA y las fuerzas armadas, pues ambos tenían

muchas preguntas para él acerca de por qué había abandonado su puesto. Sin embargo, dos mujeres que trabajaban para la Unidad de Recuperación de Personal del ejército de tierra estadounidense, que es la instancia que se encarga de los rehenes de esa institución, iniciaron una campaña entre el estamento militar a favor de lograr la liberación de aquel hombre. Fue una campaña discreta, sin hacer ruido. Al mismo tiempo, un analista militar que había trabajado directamente en aquel caso se puso en contacto con la familia y se ofreció a ayudar. Todas esas personas entendieron que, con independencia de por qué hubieran secuestrado al sargento Bergdahl, este no dejaba de ser un estadounidense que estaba siendo retenido como rehén en un país hostil. Su deber prioritario era traerlo de regreso a casa; ya se encargarían luego las autoridades de juzgar los motivos de su errático comportamiento.

En el *podcast* ya mencionado (*Serial*), el analista militar está identificado con el nombre ficticio de «Nathan». Nathan orientó a la familia Bergdahl en su búsqueda de ayuda para recuperar a Bowe con la esperanza de llegar a alguien importante en el gobierno federal estadounidense que tuviera la potestad para autorizar la apertura de negociaciones para que el sargento regresara sano y salvo a Estados Unidos. Su objetivo era aproximarse todo lo posible al presidente Obama para conseguir que este apoyara algún tipo de estrategia dirigida a traer a Bowe de vuelta a casa. Nathan sabía que, a pesar de las muestras públicas de intransigencia, el gobierno federal sí negocia con terroristas y secuestradores la liberación de rehenes. Como él mismo indicó en *Serial*, si la CIA había sacado a Raymond Davis de Pakistán[20] aun a pesar de la acusación de doble asesinato que las autoridades de ese país habían presentado contra él, ¿por qué no iba a negociar la libertad del sargento Bergdahl?

Las directrices dadas por Nathan a los padres de Bowe comenzaron a dar ciertos frutos: un par de generales se implicaron personalmente en el asunto y abogaron a su vez ante altos funcionarios de la administración por procurar el rescate de Bowe. Pero no fue hasta que Bergdahl fue incluido dentro del paquete de un proyecto de política exterior más amplio (el de la reconciliación con los talibanes) cuando la liberación del sargento se convirtió en una prioridad. Formaría parte de un «intercambio» con cinco talibanes de alto nivel recluidos hasta entonces en el campo de detención de Guantánamo. Pero ese intercambio de prisioneros no representaba más que una pequeña parte del acuerdo general; la Casa Blanca estaba también muy

interesada en poner fin a la guerra en Afganistán y traer las tropas estadounidenses de vuelta a casa. Para hacer realidad ese fin más amplio, era preciso tomar ciertas medidas contemporizadoras y terminar la guerra contra los talibanes.

Naturalmente, nadie sabía de ese plan fuera de los círculos más próximos al presidente y al secretario de Estado. El plan de reconciliación completo nunca llegó a materializarse, pero el mencionado intercambio sí tuvo lugar según lo previsto. Es probable que, si la Casa Blanca hubiera obrado con mayor discreción y se hubiera abstenido de utilizar la liberación del sargento Bergdahl con fines publicitarios ante la opinión pública norteamericana, nunca se habrían desatado la indignación popular ni los comentarios negativos en los medios a propósito de la deserción de Bowe y de su intercambio por prisioneros talibanes. Ese interés en presentar a Bergdahl como un héroe indignó también a algunos de sus compañeros de filas en Afganistán, que denunciaron públicamente los actos de su exsargento y pusieron así en entredicho la explicación oficial de por qué había sido secuestrado. Muchos medios y políticos (como John McCain, por ejemplo) se sumaron rápidamente a aquel creciente clima de irritación colectiva.

Los rehenes pueden convertirse muy fácilmente en mercancía política para las autoridades, los periodistas, las empresas e, incluso, la ciudadanía en general.

TERCERA PARTE

12

PUNTO FINAL A LA VERDAD

En Siria, Estado Islámico elevó los secuestros a un nuevo nivel y los transformó en una herramienta propagandística muy potente y, en último término, en un instrumento de política exterior. Lo más probable es que sus dirigentes hubiesen ideado esa estrategia ya años antes, mientras Abu Bakr al Bagdadi estaba prisionero en Camp Bucca, planeando el ascenso al poder del Califato junto a unos cuantos antiguos miembros de los servicios de inteligencia militar de Sadam Huseín. Aquellos hombres, que terminarían convertidos en la élite dirigente del nuevo Estado, se habían unido a los yihadistas de Al Zarqaui en 2003, poco después de que Paul Bremer pusiera en marcha un programa de «desbaazización» en Irak.[1] Entre las tareas estratégicas previstas y aplicadas por el ISIS estaba el silenciamiento de los medios de comunicación en Siria, algo en lo que los baazistas tenían ya una dilatada experiencia acumulada en el país vecino durante el régimen de Sadam Huseín.

En la década de los sesenta, los medios de comunicación iraquíes estaban entre los más liberales del mundo árabe, pero Sadam Huseín se propuso destruirlos y lo consiguió a base de introducir un sistema institucionalizado de represión y censura. En Siria, el ISIS reprodujo ese violento modelo recurriendo a los secuestros, las detenciones prolongadas, las torturas e incluso las ejecuciones de periodistas. Milad al Shihabi, reportero sirio de la agencia de noticias Shahba, fue testigo directo de esa brutalidad.

«Tres hombres enmascarados y fuertemente armados vinieron a mi despacho —recordaba Al Shihabi—. Pensé que era una broma, pero no era así. Me condujeron al sótano del hospital infantil. Cuando les pregunté de qué se me acusaba, respondieron: “Odias al ISIS. Esa es la acusación en tu contra”.»[2] Este periodista sirio estuvo recluido en una celda minúscula durante trece días y con los ojos vendados. No le permitieron lavarse, ni siquiera antes de rezar. «Hacía mucho frío y tenía que dormir sobre el suelo con una manta mínima. La comida era insuficiente, pero cuando pedí que me dieran más, me suspendieron del techo y me dejaron allí colgado cuatro horas.»

Como todos los demás detenidos allí presos, Milad al Shihabi fue torturado y golpeado hasta que lo dejaron inconsciente. Mientras estaba en cautividad, presenció la ejecución de cuatro colegas del canal de televisión Shaza al Horya. Diecisiete días después de que lo secuestraran, fue puesto en libertad por un grupo de combatientes del Ejército Libre de Siria que asaltaron el hospital. Al poco, huyó a Turquía sin documentación ni papeles, convertido en un refugiado.[3]

Ya desde finales de 2011, el ISIS había estado vigilando de cerca a periodistas árabes que se desplazaban al sur de Turquía en busca de noticias sobre el conflicto sirio. Emulando la eficientísima oficina de censura de Sadam, Estado Islámico (EI) formó en Turquía un Equipo de Seguridad Informativa con la misión de recabar información sobre cualquier persona o cosa que pudiera perjudicar al propio EI. Al principio, los perseguidos fueron reporteros y activistas árabes porque eran quienes tenían mayor capacidad de influir en la opinión pública musulmana. Más tarde, hacia finales de 2012, los espías del ISIS comenzaron a poner sus miras en los medios foráneos también.

«Los medios de comunicación están considerados *takfir* —explicó a Omar al Muqdad en 2015, durante el rodaje del documental *We Left Them Behind*, un informador del ISIS que pidió ser identificado como Abu Hurayrah—. Los periodistas son nuestros enemigos.» Abu Hurayrah se había pasado de Al Nusra al ISIS y ejercía de espía en Antioquía. Su labor consistía en identificar qué periodistas, cooperantes o activistas representaban una amenaza para el ISIS y redactar informes sobre ellos. Luego, otra persona tomaba la decisión de si secuestrarlos o eliminarlos.[4] Hurayrah admitió incluso que, en 2014, cuando Omar al Muqdad visitó Antioquía con la intención de entrar en Siria desde allí, él lo había espiado y

había pasado la información al ISIS. Por suerte, Al Muqdad decidió en el último momento no cruzar la frontera.

Mientras el ISIS se esforzaba por silenciar a los medios árabes, la insurgencia tenía en el punto de mira a los periodistas extranjeros, pero no para callarlos, sino para secuestrarlos y cobrar rescate por ellos. Varias redes de espías e informadores se hacían pasar por guías, conductores o miembros del Ejército Libre de Siria en localidades turcas próximas a la frontera, donde podían poner cebos a reporteros de tierras foráneas para que se animaran a entrar en territorio sirio. ¿Cómo? Básicamente, prometiéndoles primicias falsas sobre la guerra civil y la insurgencia. Así secuestraron a Richard Engel y a su equipo nada más entrar en Siria en diciembre de 2012. Pero, si bien los periodistas profesionales como Engel no eran inmunes a caer en esa trampa, la mayoría de las víctimas del negocio de los secuestros eran reporteros *freelance* como Theo Padnos, un estadounidense que fue tomado como rehén en el otoño de 2012.

Como Daniel Rye Ottosen, Padnos no era un periodista profesional y carecía de experiencia alguna como informador en zonas de guerra. Era un hombre de mediana edad que había estudiado árabe durante unos años en Yemen y había vivido en Damasco una temporada hasta el verano de 2012. Entonces volvió a Estados Unidos e intentó vender allí reportajes y artículos sobre el islam escritos por él, pero ninguna publicación mostró interés en ellos. Así que, en octubre de 2012, tomó la decisión de instalarse en Antioquía con la esperanza de recopilar allí noticias sobre el conflicto sirio para vendérselas a los medios estadounidenses. Padnos, al igual que Ottosen, no tenía contactos en Siria ni en Turquía y los buscó en cuanto llegó a Antioquía, como hacen todos los *freelancers*, hablando con los lugareños y con otros periodistas que estaban allí «por libre» como él. Cuando tres jóvenes que afirmaban ser suministradores del Ejército Libre de Siria le ofrecieron entrarlo a escondidas en el país vecino, él no dudó en aceptar su oferta. Al día siguiente, lo secuestraron.

En el relato de su secuestro que publicó en el *New York Times*,[5] Padnos reconoce que cayó en la trampa porque tenía un concepto muy ingenuo de los yihadistas, la insurgencia y el conflicto sirio. Al leer su artículo, es inevitable tener la sensación de que, aunque era un buen conocedor de la historia y la cultura islámicas y hablaba un árabe fluido, no comprendía la complejidad política de la región ni las cambiantes alianzas y lealtades de aquella guerra subsidiaria en Siria.

A diferencia de otros muchos periodistas secuestrados, Theo Padnos tuvo suerte. Sus captores eran de Al Nusra y no de Estado Islámico: querían dinero, no su cabeza. Fue también afortunado porque Dave Bradley, un empresario de Washington D. C. que es dueño de la compañía propietaria de la revista *The Atlantic*, se implicó personalmente en la liberación de los rehenes estadounidenses retenidos en Siria. Por desgracia, Padnos fue el único de esos rehenes que Bradley pudo traer de vuelta a casa sano y salvo.

Dave Bradley se puso en contacto con Ali Soufan, un exagente del FBI que conocía muy bien el mundillo yihadista. Soufan le sugirió que contactara con los cataríes que, en nombre del propio gobierno de Washington, habían organizado el intercambio de los prisioneros talibanes por Bowe Bergdahl, el soldado estadounidense secuestrado en Afganistán. Los cataríes accedieron a participar en la negociación de la puesta en libertad de Padnos.[6]

Padnos fue liberado en agosto de 2014, apenas unos días después de la brutal decapitación de James Foley. «Los cataríes pagaron el rescate —comenta sobre aquel caso un negociador árabe—. Habían estado financiando a Al Nusra en Siria desde el inicio mismo de la guerra civil, así que tenían una privilegiada vía de acceso a sus líderes. Pero llevó mucho tiempo convencer a Abu Maria al Qahtani, el conocido como “El Instruido”, que comandaba el grupo que tenía rehén a Padnos, para que lo dejara libre.»

Por irónico que parezca, fue el hecho de que Estado Islámico llevara un tiempo apabullando al Frente Al Nusra y expulsándolo de áreas clave del país lo que indujo a El Instruido a aceptar el rescate. «Necesitaba dinero, armas y protección para contraatacar. Padnos era un ciudadano estadounidense: bien valía ese precio. No me sorprendería que el rescate también incluyera armas y entrenamiento», concluye el negociador árabe.

Botín humano

Con el fin de 2012 llegó el inicio de la temporada de «fusiones yihadistas» en Siria: como resultado, cada vez más grupos y organizaciones decidieron integrarse en las filas de Estado Islámico. Algunos comandantes de Al Nusra pusieron sus rehenes extranjeros encima de la mesa de negociación de sus particulares fusiones a modo de botín humano con el que incentivarlas. Entre esos secuestrados estaban John Cantlie y James

Foley. A esas alturas, el ISIS estaba ya preparado para esmerarse en silenciar a los medios extranjeros y para usar los rehenes como un instrumento de su política exterior. En el espacio de apenas unos meses, su Equipo de Seguridad Informativa actuó contra varios periodistas y cooperantes. También se compraron unos cuantos más en Siria, en el mercado secundario de rehenes, a grupos más pequeños especializados en secuestros.

A día de hoy, John Cantlie es el único rehén de ese conjunto original de extranjeros secuestrados entre finales de 2012 y comienzos de 2014 que todavía está retenido por Estado Islámico. Curiosamente, a él no lo decapitaron, sino que lo transformaron en un reportero que transmite desde dentro del Califato todas aquellas «informaciones» que el ISIS pretende que nos creamos.

Cantlie es un fotoperiodista británico con un currículum bastante inhabitual. Gran aficionado a las motocicletas, pasó de ser el director de una revista de motos a uno más de los innumerables reporteros de guerra *freelance* instalados en Oriente Próximo y Medio, una metamorfosis que tuvo lugar también (como en el caso de Padnos) cuando ya era un hombre de mediana edad.

Cuando Cantlie llegó a Siria en 2012, no tenía más experiencia como informador desde zonas de guerra que una breve estancia previa en Libia. De ahí que su valoración del riesgo de su nueva profesión fuese bastante deficiente: «John no creía necesaria formación específica alguna ni cursos de supervivencia como preparación para ir a zonas de guerra. Tenía un punto de *cowboy*», recuerda un colega estadounidense suyo que, en 2012, acudió a un acto sobre seguridad periodística en el Club Frontline, en Londres, en el que también estuvo Cantlie.

El de John Cantlie, como los de James Foley, Theo Padnos y Daniel Rye Ottosen, es un caso representativo de un fenómeno relativamente nuevo en el periodismo de guerra: el de los reporteros *freelance*, que aparecieron por vez primera en la guerra de Kosovo y proliferaron luego durante la Primavera Árabe. En Siria, se convirtieron en el botín humano ideal para los secuestradores.

La proliferación de *freelancers* es la consecuencia directa de los cambios radicales que han tenido lugar en el sector de los medios de comunicación durante los veinte últimos años. Desde finales de la década de 1990, los avances tecnológicos no han hecho más que exacerbar la

competencia entre medios informativos. Las redes sociales, sumadas al periodismo digital, han hecho bajar los beneficios. Muchos medios (desde los blogs digitales hasta los grandes periódicos) no pueden ya permitirse enviar sus propios corresponsales o periodistas profesionales a los conflictos bélicos. Los seguros que cubren riesgos por situaciones de guerra, unidos a los costes de la seguridad necesaria en esos casos, se han vuelto prohibitivos para unas empresas que registran continuas caídas de ventas y ganancias, por lo que los medios han recurrido cada vez más a reporteros *freelance* que, muchas veces, están dispuestos a asumir riesgos que los periodistas profesionales nunca asumirían. «Se trataba de ir más allá de donde la mayoría iban. Conseguir mejor material porque nadie más estaba allí para conseguirlo —explicó James Foley a *Newsweek* en octubre de 2012, solo un mes antes de que lo secuestraran en Siria—. Es el dilema que todo periodista *freelance* se plantea: asumir o no mayores riesgos para ganar por la mano a los periodistas que están allí enviados por los periódicos o las televisiones que los tienen en plantilla. Creo que se trata de observar las más elementales leyes de la competencia: tienes que obtener algo que los empleados fijos de los medios informativos no tengan. Y en una zona de conflicto, eso significa que hay que correr mayores riesgos: llegar antes, quedarse más tiempo, acercarse más.»[7]

Siguiendo esta lógica, en marzo de 2012, John Cantlie logró ser el primer periodista occidental que presenció una incursión de tropas de infantería del gobierno sirio en el noroeste del país. Fue en Saraqeb, donde una gran cantidad de tanques fuertemente armados comenzaron un bombardeo indiscriminado.[8] «Los tanques abrieron fuego. Fragmentos de metralla del tamaño de puños cortaron entonces el aire y decapitaron a un rebelde al instante. Su rifle repiqueteó en el suelo al caer, mientras sus amigos arrastraban su ya descabezado cuerpo para apartarlo de la línea de fuego», escribió Cantlie para el *Sunday Telegraph*.[9] Para ilustrar a qué se enfrentaron aquel día los rebeldes sirios, llegó incluso a sacar una foto del interior del cañón de uno de los tanques atacantes tomada desde su abertura superior.

Riesgos elevados, salarios bajos y ninguna prestación extrasalarial: esas son las características principales del periodismo *freelance* de guerra en Oriente Próximo y Medio. En 2007, en Afganistán, Jason Howe, un fotoperiodista británico, resumió así para Amanda Lindhout (la periodista por cuenta propia que, meses después, sería secuestrada en Somalia) los

principios del reporterismo *freelance*. «Tú te lo planificabas todo, te lo pagabas todo y asumías tus propios riesgos. Tú sobrellevabas los baches, ibas allí sin seguro ni planes a largo plazo de ningún tipo y te acostumbrabas a estar sin blanca. Y en cuanto a los encargos, tú te creas los tuyos propios metiéndote en el lugar y el momento más oportunos.»[10] Pero aunque semejantes principios recuerdan bastante a una guía de conducta del turista mochilero, lo cierto es que el periodismo *freelance* es infinitamente más peligroso que ir de excursión.

Los medios y el *boom* del trabajo periodístico por cuenta propia

Cuando Amanda Lindhout y el *freelancer* australiano Nigel Brennan llegaron a Mogadiscio, el guía que habían contratado, Ajoos Sanura, les dijo que, durante un tiempo, sería otra persona la que vendría a ayudarles, porque él estaba ocupado acompañando a dos periodistas de *National Geographic* que se alojaban en el mismo hotel. Era evidente que esos dos empleados a sueldo de la conocida revista eran más importantes que los dos periodistas *freelance* recién llegados porque el conglomerado mediático para el que trabajaban disponía de mayores recursos. Lindhout y Brennan no tuvieron más alternativa que conformarse y esperar, pues habían invertido todo su dinero en la aventura de informar desde Somalia y no podían dejar aquello para regresar allí más adelante.

La mañana en que secuestraron a Lindhout y a Brennan, Ajoos había salido más temprano de ese mismo hotel junto a los dos periodistas ya mencionados y dos todoterrenos con un equipo de guardias de seguridad contratados para protegerlos. Tomaron la misma dirección que después tomarían Lindhout y Brennan, hacia el oeste por la carretera de Afgoye. Pero los dos *freelancers* viajaban sin acompañamiento de seguridad alguno y fueron secuestrados justo al salir de Mogadiscio.

Tiempo después, se enteraron de que la intención de sus captores era secuestrar a los dos periodistas de *National Geographic* y que les había llegado el chivatazo de que, esa mañana, se estarían desplazando por aquella carretera, pero el caso es que terminaron tomando como rehenes a las personas equivocadas. Lo que no les dijeron a Lindhout y a Brennan era que atacar un convoy de tres todoterrenos fuertemente armados no era tan

fácil como hacer parar un coche con un chófer, un guía y dos periodistas por cuenta propia. Fueron un blanco fácil.

El riesgo que los reporteros *freelance* asumen parece desproporcionadamente alto en comparación con el rendimiento económico que aspiran a obtener de su presencia en esas zonas. Ni siquiera las grandes publicaciones pagan más de 200 dólares por artículo, lo que, en muchos casos, representa menos que el coste diario de contratar a un guía y a un conductor. Así se justificaba en *Newsweek* Nicole Tung, que trabajó con James Foley en Libia y en Siria: «No nos podemos permitir pagar de 200 a 300 dólares al día por un guía o un chófer, así que, desde el punto de vista logístico, resulta muy difícil trabajar tan por libre, porque dependemos de la buena voluntad de otras personas, o de otras maneras baratas de llegar a los sitios, que no siempre son las más seguras, pero lo cierto es que no tenemos otra opción porque no podemos costeárnosla».[11]

Francesca Borri dice que «James Foley fue secuestrado en noviembre de 2012 cuando compartía guía y conductor con John Cantlie en una zona donde, solo unos meses antes, Cantlie ya había sido raptado y liberado poco después. Todo el mundo sabía que entre los yihadistas del norte de Siria había orden de capturar a Cantlie si volvía a poner pie en aquella zona del país». Los yihadistas le tenían ganas a Cantlie porque, de regreso en el Reino Unido tras su primer secuestro, había prestado un testimonio crucial para identificar a un miembro de la organización que lo había tenido rehén, un médico llamado Shajul Islam, del este de Londres. «Así que nadie que estuviera en sus cabales hubiera compartido un trayecto en taxi como aquel con él», sentencia Borri.[12]

Calcular mal los riesgos es un error frecuente incluso entre profesionales de la información ya veteranos. En julio de 2015, Junpei Yasuda, un periodista *freelance* japonés que ya había sido secuestrado y liberado en Irak en 2004, cruzó la frontera siria por Gaziantep, un paso ubicado entre la localidad turca de Kilis y la siria de Azaz. Por el lado sirio, la zona está infestada de bandas de delincuentes. Yasuda viajaba bajo la protección de Ahrar al Sham, una coalición de grupos islamistas y salafistas considerada próxima al Frente Al Nusra.[13] «En las inmediaciones de Azaz, fueron atacados por una pandilla de criminales; los yihadistas ni siquiera opusieron resistencia»,[14] me cuenta sobre aquello Francesca Borri, que ha hablado con el negociador sirio que intermedió para la liberación de aquellos rehenes. Se trata de un fotógrafo que trabaja para

medios occidentales y que, desde 2015, se ha convertido en el principal negociador *de facto* para la liberación de rehenes extranjeros retenidos por Al Nusra y el ISIS.

Junpei Yasuda estuvo cautivo con tres periodistas españoles, Antonio Pampliega, José Manuel López y Ángel Sastre, a quienes secuestraron cerca de Azaz en el verano de 2015 cuando viajaban hacia Alepo. Los españoles fueron puestos en libertad a comienzos de mayo de 2016 gracias a la mediación de Catar y Turquía. Estaban en poder de un pequeño grupo de delincuentes, aunque Al Nusra llevó las negociaciones para su liberación.

Según Borri, «todos ellos se dirigían hacia Alepo desde el paso fronterizo de Gaziantep. La carretera va casi en línea recta desde allí. Todo el mundo entra en Siria por ese lugar, por mucho que todos sepan que la carretera está llena de controles de bandas criminales. La gente cree que se puede sobornar a esas bandas pagándoles unos miles de dólares y proseguir el camino como si nada, pero la gente se equivoca, y mucho. Personas como nosotros, italianos, españoles o japoneses, valemos unos 10 millones de dólares por cabeza. Nuestros gobiernos pueden pagar esas cifras». Borri tiene razón: unos miles de dólares no son nada comparados con lo que un rehén occidental de alguno de esos países puede llegar a reportar. Aunque sus secuestradores directos lo vendan a otras organizaciones más grandes, como Al Nusra o el ISIS, y no directamente a un gobierno extranjero, la rentabilidad que obtienen por ese secuestrado es muy alta.

«Yo siempre entraba en Siria por Bab al Hawa, el paso que une Reyhanlı (en Turquía) con Atmeh —prosigue Borri—. Y luego, para llegar a Alepo, atravesaba la región de Idlib, que está bajo control de Estado Islámico. Nunca tuve ningún problema en los controles de carretera, porque mi conductor tenía buenos contactos en el ISIS.»

Las palabras de Borri confirman que la mayoría de reporteros o cooperantes *freelance* que quieren informar de la guerra en Siria o realizar labores de ayuda humanitaria en ese país han cometido y continúan cometiendo (todavía en 2015) errores que desembocan en su secuestro porque tienen solo un conocimiento superficial de lo que está ocurriendo realmente sobre el terreno y ni se figuran lo rápido que las cosas cambian allí. Según el negociador sirio antes mencionado, los tres periodistas españoles secuestrados en 2015 recurrieron a un guía, un profesor de inglés, que ya no era de fiar, pero no porque hubiera decidido venderse a otro bando, sino porque ya no tenía los contactos adecuados. «Ahrar al Sham no

puede garantizar ya ninguna protección allí, porque la fuerza que controla el territorio en torno a Azaz es Al Nusra, y Al Nusra tiene su propio departamento de medios y exige que, si algún periodista quiere entrar en la región que está bajo su control, solicite permiso de entrada a dicho departamento. Es muy difícil obtener un permiso así. Por eso, muchas personas tratan de recurrir a otros grupos islamistas para entrar en el país, pero esa no es una vía de entrada segura. La única manera de introducirse en Siria por aquel paso fronterizo es contando con el permiso de Al Nusra para ello. Si no, es mejor no salir de Turquía.» El negociador sirio confirmó a Borri que los rehenes habían cometido un error confiando en Ahrar al Sham. Y es que, al parecer, los tres periodistas españoles fueron secuestrados mientras cenaban con personas a quienes habían pagado para protegerlos y que no opusieron resistencia alguna a que se los llevaran.

Posiblemente, la consecuencia más grave a la que nos exponemos tanto los lectores como los periodistas confiando la labor de informar desde la línea del frente a reporteros *freelance* es la de que su trabajo sea manipulado con fines propagandísticos. En 2008, Amanda Lindhout fue contratada en Afganistán por un canal de televisión iraní, Press TV, con un salario mensual de 4.000 dólares. Siendo como era una reportera que había ido allí por cuenta propia sin experiencia alguna, creyó que aquello representaba un gran progreso en su carrera. Pronto se dio cuenta, sin embargo, de que había sido integrada en una maquinaria de propaganda que caracterizaba a la política y a los soldados estadounidenses del modo más desfavorable posible.[15] Pero, claro, ¡a ver quién le decía que no a un salario tan generoso!

Otra consecuencia negativa de no tener a periodistas profesionales informando de los conflictos es la baja calidad de los análisis que van más allá de la noticia en sí. Así se explica que, hasta mayo de 2014 (inclusive), solo un mes antes de que naciera el Califato, ninguno de los *freelancers* que cubrían el conflicto sirio sobre el terreno hubiera escrito nada sobre el ISIS. Muy pocos de ellos habían denunciado por aquellas fechas el caótico estado en el que se encontraba el Ejército Libre de Siria, como ya habían hecho periodistas profesionales como Robert Fisk. Ninguno había denunciado tampoco el papel que estaban desempeñando los Estados del Golfo como patrocinadores de una sangrienta guerra sectaria.

Parte de ese fallo se debió a que los periodistas *freelance* no interactúan a menudo con directores, jefes de redacción o mentores experimentados. No

aprenden su profesión en el seno de un medio informativo con una organización y un engranaje bien engrasados. De ahí que muchos de ellos carezcan de cierta conciencia histórica. La mayor parte de sus informaciones adquieren así la forma de estampas, instantáneas de sucesos trágicos, que impresionan a los lectores sin pretensión instructiva o educativa alguna. De ahí que sus escritos puedan derivar fácilmente en el sensacionalismo. De hecho, esa misma superficialidad y esa falta de perspectiva histórica tienden a nublar su propia evaluación de los riesgos que corren y a meterlos en problemas.

VENDETTA PERSONAL

El 19 de julio de 2012, Cantlie entró en Siria con el fotógrafo holandés Jeroen Oerlemans cerca del paso fronterizo de Bab al Hawa. Aquella misma mañana, el Consejo de la Shura Muyahidín, la organización liderada por Firas al Absi, hermano de Abu Azir, se había hecho con el control de dicho paso y había izado en él la bandera negra de Al Qaeda.[16] Aquel no fue un incidente sin relevancia en el conflicto sirio. Todo lo contrario: demostró que los yihadistas ganaban terreno en el norte de Siria.

El Consejo de la Shura del Estado Islámico era aún un pequeño grupo de yihadistas extranjeros (unos 180 a lo sumo) que el propio Firas al Absi había reunido con el dinero de sus patrocinadores saudíes. Firas no estaba menos conectado que su hermano con el núcleo central de las redes yihadistas. Afirmaba haber conocido personalmente a Al Zarqaui en Afganistán, cuando el jordano dirigía un campamento en Herat. De hecho, solía decir que había recibido adiestramiento allí antes de cruzar con Al Zarqaui la frontera del Kurdistán iraquí y, posteriormente, la del Irak central.

Ahora bien, a diferencia de su hermano, Firas al Absi se había sumado a la yihad en Siria en un sentido genérico, sin jurar lealtad a ninguna organización en particular. Había intentado usar su anterior conexión con Al Zarqaui a modo de tarjeta de presentación. Pero ese dato no le había bastado para convencer a sus patrocinadores del Golfo para que siguieran financiando su *katiba* de combatientes extranjeros. Así que, en 2012, optó por cambiar de táctica y comenzó a recaudar dinero a base de secuestrar a extranjeros que entraban en Siria por el paso fronterizo de Bab al Hawa. Al

igual que Belmojtar en Mali, él era en esencia un yihadista-delincuente que se movía entre alianzas cambiantes. Lo más probable es que tuviera pensado vender a Cantlie y a Oerlemans a Al Nusra por unos miles de dólares.

Pero Al Absi estaba jugando con fuego. No solo se había propuesto secuestrar a periodistas en una región controlada por el Ejército Libre de Siria, sino que su bloqueo del paso de Bab al Hawa había enfurecido a la Brigada Faruk porque había impedido que esta recibiera unos importantes cargamentos de suministros y armas de Turquía que necesitaba. Cantlie y Oerlemans, que entraron en Siria por un lugar próximo a Bab al Hawa, no tenían ni idea de la lucha de poder que se libraba al otro lado de la frontera. Tampoco comprendían el riesgo que estaban corriendo cruzando por aquella zona.

A unos pocos kilómetros de Bab al Hawa, la *katiba* de Firas al Absi los secuestró. Al parecer, estaba informada de antemano por alguien que había traicionado a los periodistas. En una entrevista concedida al informativo *Channel 4 News*, Cantlie llegó a usar la expresión: «Nos entregaron [a Oerlemans y a mí] a los secuestradores», con lo que da a entender que alguien había alertado a sus captores de la llegada de aquellos *freelancers*. Es harto improbable que ni Cantlie ni Oerlemans supieran quiénes eran los hermanos Al Absi antes de que los hombres de uno de los dos los secuestraran. De hecho, el día mismo en que los capturaron, alguien colgó en YouTube un vídeo de la toma de Bab al Hawa.[17] Es imposible, pues, que a Cantlie le sonaran para nada el nombre o la cara de Firas al Absi. De hecho, no tenía ni idea de lo fuerte que era el movimiento yihadista en el norte de Siria. Como la mayoría de los periodistas *freelance* que trabajaban por la zona, tenía contactos nada más que con el Ejército Libre de Siria y solo había escrito sobre esta organización.

Nunca sabremos si Cantlie habría cruzado la frontera hacia Siria por las inmediaciones de Bab al Hawa si hubiera conocido lo fuertes que eran los vínculos entre los yihadistas iraquíes y sirios en esa región. Pero sí podemos atrevernos a afirmar sin temor a equivocarnos que ni se figuraba que esos lazos se remontaban a la invasión de Irak de 2003, momento en que la comunidad yihadista del norte de Siria facilitó el tránsito de combatientes extranjeros hacia territorio iraquí para su integración en las filas de la Yama’at al Tawhid wal Yihad, la organización (liderada por Al Zarqaui) a la que pertenecían Al Bagdadi y muchos exmiembros de los servicios de

inteligencia y del ejército de Sadam Huseín. En 2003, Cantlie andaba a lo suyo, que por entonces eran las motos.

Cantlie y Oerlemans quedaron atrapados así en una de las primeras disputas territoriales que se produjeron entre fuerzas laicas y yihadistas en el seno de la insurgencia siria. Y tuvieron la fortuna de ser rescatados, como Richard Engel. Cuando Al Absi se negó a aceptar los requerimientos de los líderes de los grupos armados que controlaban la región para que liberara a los rehenes, un comando del Ejército Libre de Siria se encargó de rescatarlos. Más adelante, miembros del Ejército Libre de Siria (probablemente la Brigada Faruk) mataron a Firas al Absi en castigo por haber invadido su territorio. Su hermano, Abu Azir, pasó a hacerse cargo de la *katiba* de aquel y prometió vengar su muerte. Cuando, en marzo de 2013, Dimitri Bontinck tuvo el ya relatado encuentro con Abu Azir en una mansión de Kafr Hamra, este era ya el líder *de facto* de Estado Islámico para todo el norte de Siria.

El secuestro de Cantlie y Oerlemans confirma que, ya en 2012, el Ejército Libre de Siria tenía problemas para mantener el control sobre la parte septentrional del país frente al avance de diversos grupos armados yihadistas. Como todos los demás periodistas raptados, Cantlie se convirtió en una noticia más y decidió regresar al escenario de su captura para elaborar un reportaje sobre su propio secuestro. Fue en calidad de reportero *freelance*, así que ningún director o jefe de redacción podía haberle disuadido de hacerlo. Al revés: él estaba convencido de que podría vender la historia de su rapto y cautiverio a los medios británicos.

«El secuestro de Cantlie tuvo un papel decisivo en la muerte de Firas al Absi —explica un negociador que participó en la liberación de los rehenes europeos—. Tras la muerte de Al Absi, el hermano de este, Abu Azir, emitió una especie de orden de búsqueda y captura contra Cantlie porque creía que, de no haber sido por el secuestro y el rescate de aquel hombre, Firas aún seguiría vivo. John nunca debería haber vuelto y, a juzgar por su comportamiento previo a que lo secuestraran por segunda vez, del todo imprudente, no se hacía la menor idea del peligro que corría.» Y eso que las señales de advertencia eran claras.

Unos días antes de su segundo secuestro, Cantlie había abordado a un grupo de yihadistas europeos en Alepo para charlar con ellos. Su guía, Mustafá, le dijo que aquello era muy mala idea, pero Cantlie ignoró su consejo. «En un momento de la conversación, le preguntaron por aquel

británico a quien habían secuestrado y que luego había incriminado a su médico al regresar al Reino Unido», recordaba Mustafá.[18] Lo sabían todo acerca del caso de Cantlie, pero no conocían su cara.

El día de Acción de Gracias de 2012, solo unos días después de ese incidente, John Cantlie y James Foley iban de regreso a Turquía desde Binnish, localidad situada a unos sesenta kilómetros de la frontera. Su guía se acordó de que se había dejado olvidado el móvil en un cibercafé, así que se detuvieron un momento para que él fuera a buscarlo. Ya dentro del café, Cantlie y Foley decidieron aprovechar la ocasión para entregar sus artículos, chatear con familiares y leer el correo electrónico. Un yihadista extranjero, que tenía aspecto de proceder del Golfo, entró en el cibercafé tocado con una boina y Cantlie le gritó: «¡Eh, Che Guevara!». El hombre no respondió pero sí le lanzó una mirada claramente hostil y se marchó al cabo de unos minutos.

«Esa es justamente la manera de actuar que hace que tengas más números para que te secuestren o te maten —afirma el mencionado negociador—. Es una absoluta insensatez, una muestra de infantilidad.» Aunque nunca sabremos a ciencia cierta si el yihadista que llevaba la boina del Che reconoció realmente a Cantlie y alertó a sus secuestradores, es probable que eso fuera exactamente lo que ocurrió. Menos de una hora después, en la carretera vieja de Alepo, un vehículo Hyundai de grandes dimensiones adelantó al taxi en el que viajaban Cantlie y Foley. En cuestión de un par de minutos, unos hombres armados y enmascarados tomaron como rehenes a los dos *freelancers* y dejaron al guía y al conductor pasmados allí mismo, en plena carretera.

«No me cabe duda ninguna de que Cantlie y Foley fueron entregados a Abu Azir», dice el negociador. En el otoño de 2012 y el invierno de 2013, la *katiba* de Abu Azir estaba muy próxima a los combatientes de Al Nusra. De hecho, se estaban produciendo negociaciones al más alto nivel para llevar a cabo una fusión entre esa organización y el Estado Islámico de Irak y Siria (ISIS). Por lo tanto, es posible que Cantlie y Foley fuesen un precioso incentivo para dicha fusión a modo de botín humano que daba satisfacción a las particulares ansias de *vendetta* de Abu Azir. En marzo de 2013, Jejoen Bontinck los vio en la prisión que la *katiba* de Abu Azir tenía en Alepo.

«Foley estaba donde no debía estar y en el momento equivocado. Tuvo muy mala suerte —concluye el negociador—. Pero Cantlie..., Cantlie ya debería haber sabido dónde se metía.»

Silenciar a los medios

Fueron las venganzas personales, y no el dinero ni las consideraciones políticas, las que convirtieron a Cantlie y a Foley en los primeros rehenes occidentales de Estado Islámico. Pero en cuanto esos dos hombres estuvieron ya en poder de Abu Azir, se puso en marcha el plan general del ISIS. «Establecieron a un grupo concreto de personas en Siria con la misión de encargarse de los rehenes extranjeros. Hasta finales de 2013, los trasladaban a menudo de un lugar de reclusión a otro para evitar posibles misiones de rescate. Luego los llevaron por una sucesión de casas y pisos francos por el norte de Siria», cuenta a ese respecto Jean-René Augé-Napoli. Fue en ese momento cuando las negociaciones con los diversos gobiernos europeos pasaron a ser serias.

De 2012 hasta el final de 2013, los rehenes fueron considerados como una especie de inversión política. Los líderes del ISIS valoraban para cada caso los pros y los contras de intercambiar al rehén en comparación con la opción de asesinarlo. «Al final, los dividieron en dos grupos: aquellos a los que ejecutarían y aquellos otros que intercambiarían», dice Jean-René Augé-Napoli.

Las tácticas empleadas para intimidar a los extranjeros fueron las mismas que las aplicadas hasta entonces con los periodistas árabes. La violencia no solo estaba permitida, sino incluso alentada. Eso era lo que practicaba Sadam Huseín cuando se trataba de aterrorizar a sus enemigos. De ahí que la imagen de los secuestradores sirios que se desprendía de los relatos de los supervivientes fuera la de unos individuos psicóticos con personalidades sádicas que disfrutaban torturando a sus prisioneros. De hecho, ese perfil psicológico se ajusta como un guante a la personalidad de los llamados «Beatles». Entre ellos estaba John el Yihadista, verdugo del ISIS.

El relato que el propio ISIS construyó en torno a los vigilantes de los rehenes se corresponde bastante con lo que esos rehenes decían de sus carceleros tras su liberación, calificándolos de inhumanos y psicóticos. En lo que cuentan sobre su propia experiencia, muchos exrehenes caracterizan a los secuestradores como malvados, como ejemplo del mal en estado puro, una impresión que confirman los vídeos mismos de las decapitaciones. No

hay justificación posible para semejante conducta, ni política ni religiosa. Cuando, en los primeros días de septiembre de 2013, Marc Marginedas se reunió con el comandante regional del ISIS (que era el hombre de quien dependía su destino en ese momento), un yihadista originario de Rusia le dijo: «Has venido aquí dos veces y nunca ha habido ningún problema. Ahora vamos a matarte».[19] Tanto periodistas como cooperantes y extranjeros en general fueron objeto de una campaña intencionada de terror dirigida a silenciarlos, una técnica que había funcionado muy bien en el Irak de Sadam Huseín.

El miedo ocultaba un plan maestro muy bien diseñado. A esas alturas de septiembre de 2013, la élite de Estado Islámico ya había decidido que el valor político de algunos de los rehenes era mucho mayor si se los ejecutaba, mientras que el de otros resultaba más rentable si se los intercambiaba por un rescate. Marginedas fue encuadrado en ese segundo grupo y, de hecho, fue el primer rehén en ser liberado. Y es que, lejos de estar dirigido por un puñado de psicópatas, el ISIS es una organización que prima la estrategia y que ha puesto la gestión de los rehenes en manos de políticos y negociadores muy hábiles. Los carceleros de esos rehenes, por su parte, eran mano de obra no cualificada, miembros de muy bajo rango del ISIS. Por muy crueles que fueran aquellos «Beatles», jamás controlaron el destino de sus secuestrados: ellos no decidían quién quedaría en libertad y a quién le cortarían la cabeza. John el Yihadista era poco más que un loro de la organización. Delante de la cámara, recitaba un guion que él no había escrito.

Los «Beatles» eran un ejemplo de la banalidad del mal tan bien descrita en su día por Hannah Arendt. Seguían órdenes y tenían encargada la misión de asustar a los rehenes, de asegurarse de que estos trasladarían luego el aterrador mensaje del ISIS al resto del mundo. Obnubilados por la inhumanidad de semejante maldad, ninguno de los rehenes logró entrever a través de la misma la potente maquinaria política del ISIS. Ninguno de ellos tuvo conciencia —mientras estaban en cautividad— de la lógica que explicaba sus destinos divergentes. Aún hoy, leyendo sus memorias sobre aquellos días o sus entrevistas, se echa en falta una referencia a su papel de «ladrillos» políticos en el proyecto de construcción nacional del Califato, o a cómo su calvario fue un medio muy útil para silenciar a los medios internacionales y ocultar la verdadera naturaleza de dicho Califato.

Las decapitaciones de rehenes pusieron fin a la época del periodismo *freelance* en Siria y dejaron la información sobre esa guerra en manos de los aparatos de propaganda de las diferentes fuerzas implicadas en el conflicto. Hasta los corresponsales de guerra veteranos ya no pudieron entrar en Siria porque los directores de sus publicaciones y medios se lo prohibieron. El Califato había conseguido por fin liberar la región de la presencia de los medios y dejar las informaciones sobre la situación de la zona en manos de sus propagandistas. En definitiva, había logrado su objetivo: poner punto y final a la verdad.

13

UN AJEDREZ CON LAS VIDAS DE LOS REHENES EN JUEGO

El 23 de diciembre de 2013, los rehenes extranjeros del ISIS fueron trasladados desde los diferentes lugares de reclusión donde se encontraban hasta un escondite improvisado ubicado en las montañas próximas a la frontera entre Siria y Turquía. Aquel iba a ser su Guantánamo particular y los «Beatles», sus carceleros.

Para reproducir las condiciones de los internos en Guantánamo, los «Beatles» obligaban a los rehenes a ponerse unos monos de color naranja y a memorizarse su número de identificación en árabe, que además llevaban grabado en el uniforme. Los números sustituyeron a partir de entonces a sus nombres. La tortura psicológica a la que estaban sometidos incluía requerimientos extravagantes, como el de cantar una versión yihadista del «Hotel California» de The Eagles cada vez que los «Beatles» entraban en la celda: «Bienvenidos al hotel de Osama, / qué precioso hotel, / qué precioso hotel. / Bienvenidos al hotel de Osama, / no intentéis salir / o vais a morir...».

La tortura física no era menos brutal y recuerda bastante a cómo la *katiba* de Abdelhamid Abu Zeid (de AQMI) trataba a sus propios rehenes. «Diecinueve rehenes de sexo masculino procedentes de nueve países y culturas diferentes, encerrados durante meses en claustrofóbicos espacios que no superaban los 20 metros cuadrados, sin posibilidad siquiera de salir a tomar el fresco, con hambre permanente y sometidos a una constante presión psicológica y física que incluía la posibilidad de perder la vida,

constituye una dura prueba para las capacidades de convivencia de cualquier individuo», escribió el exrehén Marc Marginedas a propósito de su propio cautiverio.[1]

Pero lejos de ser un Guantánamo, un limbo legal para presuntos combatientes ilegales, el mencionado escondite en las montañas que separan Siria de Turquía funcionaba más bien como el almacén donde los dirigentes de Estado Islámico guardaban su mercancía humana. Y lo hacían conforme a un plan bien detallado. Los rehenes se clasificaban según su nacionalidad y el papel que podían tener en la política exterior y las finanzas del ISIS, vivos o muertos. Su destino —ya fuera ser intercambiados por dinero, ya fuera ser decapitados— no se decidía en función de las necesidades financieras del ISIS ni de su ideología, sino de los intereses políticos del nuevo Estado: el Califato.

Para empezar, los dirigentes hacían negocio con aquellos a quienes querían liberar. Mientras los rehenes eran tratados con brutalidad en su reclusión, había negociadores del ISIS ocupados en extraer el máximo importe posible en concepto de rescate de los gobiernos europeos y, para ello, iban haciendo tratos con cada país por separado. El primer gobierno con el que negociaron para la liberación de rehenes fue el de España. Para intimidarlo (e intimidar de paso a todos los demás), el ISIS ejecutó al menos valioso de los artículos de su particular inventario humano: Sergei Gorbunov, un ingeniero ruso de origen tártaro que había sido secuestrado en su momento por la Brigada Muhayirin, un grupo fundado en el verano de 2012. Su líder, de etnia chechena, era Abu Omar al Shishani, un combatiente islamista de Georgia que había luchado en la primera y la segunda guerras chechenas contra Rusia. En 2012 y 2013, la Brigada Muhayirin colaboró con Al Nusra en diversos asaltos militares.

En un vídeo hecho público en octubre de 2013, Gorbunov pedía a las autoridades sirias que liberaran a un ciudadano saudí, Jalid Mohamed Suleiman, que estaba en prisión en la ciudad de Hama, a cambio de la libertad del propio Gorbunov. No se hacía mención alguna de la posibilidad de pago de un rescate.

Los negociadores del ISIS sabían de sobra que el gobierno ruso no pagaría por la libertad de Gorbunov ni por la de nadie. Al parecer, el propio rehén se había negado a facilitar una dirección personal de correo electrónico para que sus captores se pusieran en contacto directo con su familia y, para cuando decidieron dejar de torturarlo, ya había perdido el

juicio. El ISIS también sabía que el régimen de Asad jamás habría accedido a ningún intercambio de prisioneros. Sin embargo, los negociadores sí estaban convencidos de que, ejecutando a Gorbunov, los gobiernos europeos acelerarían las negociaciones y el pago de rescates por sus rehenes. Aquella había sido una táctica usada anteriormente por otras organizaciones, como AQMI, por ejemplo, que, en junio de 2009, ejecutó a Edwin Dyer, un rehén británico, con ese fin.

En marzo de 2014, poco después de la puesta en libertad de Marc Marginedas, Gorbunov fue sacado de aquella prisión improvisada y asesinado. Luego mostraron a los demás rehenes la foto del cuerpo sin vida del ejecutado. Le habían dado un tiro con una bala explosiva y se le habían quedado fragmentos de cerebro adheridos a la barba. Los «Beatles» forzaron entonces a Javier Espinosa a describir la imagen con el máximo lujo de detalles y le dijeron que así sería probablemente cómo moriría él también. «Todos los gobiernos y los servicios secretos de los países de origen de los rehenes extranjeros recibieron fotos e, incluso, un vídeo de la ejecución de Gorbunov. Les dijeron que, si no pagaban, la foto y el vídeo siguientes serían los de sus ciudadanos —recuerda uno de los negociadores de los rehenes europeos. Era una táctica intimidatoria—. También enseñaron la foto a los rehenes para que, en cuanto se reunieran con las autoridades de sus países tras su liberación, les confirmaran todo aquello. Los negociadores del ISIS querían asegurarse de que sus amenazas eran tomadas muy en serio.»

Había también otro motivo por el que los «Beatles» aterrorizaban a los rehenes: para tenerlos silenciados incluso después de que recuperaran la libertad. A los rehenes se les decía una y otra vez que, si revelaban cualquier información sobre los escondites en los que habían estado, se tomarían represalias contra quienes continuaran aún en cautividad. El plan funcionó a la perfección. Hasta 2014, el mundo no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo en Siria ni de lo fuerte que se había vuelto el ISIS.

Marc Marginedas fue liberado a comienzos de 2014. En las informaciones de prensa de aquel entonces, llegó a mencionarse incluso que había estado retenido por el ISIS, «una organización radical vinculada a Al Qaeda»,[2] un dato que solo era correcto en parte, pues Al Qaeda (es decir, Al Nusra) y el ISIS no cooperaban, sino que eran organizaciones enemigas entre sí. A finales de marzo, también dejaron libres a Javier Espinosa y a Ricardo García Vilanova. De nuevo, los medios presentaron una

descripción inexacta de quiénes habían sido sus captores. Al poco de esa liberación, el diario *The Guardian*, por ejemplo, señalaba que, «hasta fecha reciente, no había habido comunicación alguna con los captores de los rehenes ni con sus representantes, y sus exigencias no estaban claras. Incluso tras intensos intentos de contacto por parte de los gobiernos europeos, no ha surgido ninguna figura coordinadora clave en el seno del ISIS. El destino de los cautivos parece estar supeditado al antojo de ciertos señores de la guerra locales».[3]

Menos de un mes después, el 20 de abril de 2014, Edouard Elias, Didier François, Nicolas Hénin y Pierre Torres, los cuatro rehenes franceses, aterrizaban sanos y salvos en Francia. De nuevo se hizo únicamente alusión al ISIS como el grupo que los había mantenido cautivos y como una más de las múltiples organizaciones yihadistas que estaban activas en Siria. Entre abril y mayo, el ISIS liberó asimismo a cinco cooperantes de Médicos Sin Fronteras. El 24 de mayo, la ONG francesa ACTED publicaba en su sitio web que «ACTED se alegra de anunciar la liberación de su empleado, Federico Motka, que había sido hecho rehén en Siria mientras trabajaba en el marco de las actividades de ayuda de ACTED a favor de las poblaciones sirias afectadas por el conflicto. [...] ACTED no emitirá más declaraciones sobre este tema».[4] El gobierno italiano pagó el rescate, a pesar de que Motka era italosuizo. No se hizo mención del ISIS en los medios italianos ni en los suizos. Por último, en junio, el ISIS ponía en libertad al rehén alemán Toni Neukirch y al danés Daniel Rye Ottosen.

En total, Estado Islámico obtuvo con la liberación de estos rehenes el mayor rescate jamás ingresado, de entre 60 y 100 millones de euros, sin que nadie se diera cuenta. Incluso el hecho de que, en el plazo de tres meses, doce rehenes hubieran sido liberados por la misma organización en Siria había pasado totalmente inadvertido, no ya para los medios de comunicación, sino también para los parlamentos de los países que habían abonado los rescates, y no digamos ya para los contribuyentes que, de entrada, habían aportado aquellos fondos públicos.

«Es un plan muy, muy inteligente. El ISIS se embolsó grandes sumas de dinero en el más absoluto secreto. Silenció a los rehenes y a los medios para que sus negociadores pudieran fomentar la competencia entre gobiernos extranjeros por no ser los últimos en sacar a sus ciudadanos de allí. ¿Qué impresión se habría tenido en Francia si los rehenes españoles y los italianos hubieran regresado ya a casa, pero los franceses fueran a ser

ejecutados? Esa fue la idea que machacaron en la mente de los negociadores europeos. Sabían cómo manipular a los gobiernos occidentales y cómo salirse con la suya negociando fuerte», dice un negociador que ayudó a liberar a dos rehenes.

En junio, el ISIS había dado salida a todas aquellas existencias de su cargamento humano que quería vender a cambio de un rescate, y estaba ya listo para invadir el noroeste de Irak. Los rehenes restantes pasarían a ser usados como peones en la partida política que el Califato estaba a punto de comenzar a jugar con Occidente.

Diplomacia ISIS

El ISIS tenía en reserva a los rehenes estadounidenses y británicos, listos para ser usados en el momento oportuno. Puede que el motivo inmediato de los secuestros de Cantlie y Foley fuera el deseo de venganza particular de Abu Azir por el asesinato de su hermano, pero la decisión de ejecutar al estadounidense y al británico no tuvo nada de personal. Tampoco vino dictada por una negativa de los gobiernos de esos dos países a pagar rescate alguno. Ya hemos visto que, si se dan las circunstancias adecuadas (cuando el rehén en cuestión es un soldado, por ejemplo), incluso Washington y Londres negocian con secuestradores.

La decisión de decapitar a esos dos rehenes tuvo un sentido político y simbólico. Bush y Blair habían fabricado pruebas falsas para justificar la invasión de Irak, y Estado Islámico estaba compuesto en gran medida por vestigios diversos de los más férreos oponentes que estadounidenses y británicos se habían encontrado en dicho país: los salafistas radicales de Al Zarqaui y los exmiembros del sistema militar y de los servicios de inteligencia de Sadam Huseín. Los dos brazos de Estado Islámico, el religioso y el laico, tenían su origen en la insurgencia iraquí contra la coalición de ocupación. Los unía (y los une) el deseo de construir una nueva nación, de implementar la utopía política musulmana. El nacionalismo pasó a ser el denominador común que aglutinó a esas dos fuerzas insurgentes. Así que la idea de usar a un rehén estadounidense y a otro británico para contribuir a sentar los cimientos de una nación nueva, una nación que se convirtiera en el trampolín de lanzamiento de un combate

a mayor escala aún, resultaba muy atractiva desde el punto de vista de su simbolismo.

En junio de 2014, cuando se proclamó el Califato, nadie entendió aquella estrategia, ni siquiera los negociadores europeos que habían pasado meses tratando con el ISIS la liberación de los rehenes; tampoco los que todavía intentaban conseguir la libertad de los rehenes británicos y estadounidenses que quedaban cautivos. Se consideró entonces que Estado Islámico no era más que una banda de harapientos yihadistas, fanáticos religiosos y psicópatas. Nadie cayó en la cuenta de que, a diferencia de otros grupos yihadistas previos (Al Qaeda y los talibanes incluidos), el Califato en sí no era el objetivo final de la yihad. Para Estado Islámico, el Califato era un instrumento de guerra, una herramienta para alcanzar la victoria. Y la decapitación de los rehenes era una táctica estratégica con la que atraer al enemigo hacia su propio territorio.

En agosto de 2014, tras suprimir la frontera sirio-iraquí, proclamar el nacimiento del Califato e invadir el noroeste de Irak, los mandos del ISIS tendieron su trampa: decapitaron a James Foley y, en cuestión de horas, el vídeo de su muerte se volvió viral. Fue un suceso que sacudió literalmente a la opinión pública internacional y forzó a las potencias mundiales a emprender algún tipo de acción en Siria.

«James fue el primero en ser asesinado y aquello fue un trauma, un trauma personal para mí, pero también un trauma para el mundo —declaró Nicolas Hénin, uno de los rehenes franceses, a Amy Goodman en el programa de radio y televisión *Democracy Now!*—. Y por eso empiezo mi libro con él, porque el objetivo de Estado Islámico asesinándolo era colocar una trampa muy extensa bajo nuestros pies. Quería imponernos sus prioridades. Quería dilapidarnos hasta que nos quedáramos tan conmocionados que dejáramos de actuar con racionalidad. [...] [L]os actos terroristas tienen una cualidad muy suya propia. El éxito, la materialización definitiva de un atentado terrorista, no depende de quienes lo perpetran, sino de sus víctimas.»[5]

Hénin tenía razón. Hacia finales de agosto de 2014, bajo la presión creciente de su electorado, el presidente Obama abandonó su postura antiintervencionista con respecto al régimen de Damasco y lanzó una iniciativa para formar una gran coalición. Esta tendría como cometido emprender una implacable campaña de bombardeos tanto contra el ISIS como contra las fuerzas de Asad. El plan contemplaba también financiar,

entrenar y armar a la insurgencia siria, la de las fuerzas consideradas «moderadas». Así que el Califato, todavía en pañales como quien dice, había conseguido él solito arrastrar a Washington y a sus aliados a otro nuevo atolladero en Oriente Próximo y Medio.

Aquellos bombardeos fueron un éxito para el ISIS por muchas razones. Forzaron la huida de los moderados sirios al tiempo que reforzaron en los radicales la impresión de que las fuerzas de la coalición eran el enemigo y el ISIS era quien realmente estaba luchando por protegerlos. Aun hoy en día, la campaña de bombardeos continúa siendo un arma propagandística para el ISIS.

Hénin lo expresaba así: «Es una pugna por la propaganda. Básicamente, esta guerra no la ganará el bando que luche más o que disponga del armamento más caro o más nuevo, o de los combatientes más valientes. La ganará el bando que consiga poner al pueblo de su parte. Y el problema es que todos esos bombardeos (porque la verdad es que ahora mismo todo el mundo está bombardeando algo en Siria), todos esos bombardeos, como digo, tienen un terrible efecto secundario, que básicamente es que nosotros mismos, los occidentales, pero también los rusos y también el régimen, estamos arrojando el pueblo sirio en brazos del ISIS. Estamos haciéndole el juego. Estamos reclutándole los apoyos. Así que yo no me opongo de plano a cualquier tipo de ataque, pero sí digo que esos ataques deberían mantenerse en la mínima expresión, porque no podemos olvidar cuáles son sus consecuencias y sus efectos no deseados».[6]

Durante el año 2014 y parte de 2015, los rehenes se convirtieron en potentes armas en manos de Estado Islámico con las que influir en la política exterior de los países de la OTAN también, como se evidenció con el secuestro de cuarenta y nueve empleados del consulado de Turquía en Mosul cuando Estado Islámico conquistó dicha ciudad. Los rehenes fueron liberados al cabo de 101 días, tras las decapitaciones de James Foley, Steven Sotloff y Dave Haines. Dos meses antes, Estado Islámico también había dejado en libertad a treinta y dos camioneros turcos que había apresado en junio en Mosul.

El servicio secreto turco, la Organización Nacional de Inteligencia (MİT), gestionó las negociaciones junto con la presidencia del gobierno del país sin intervención foránea de ninguna clase. Los intermediarios fueron los líderes de las tribus suníes de Mosul, que mantenían buenas relaciones con Turquía desde hacía mucho tiempo. Algunas fuentes turcas confirman

que la negativa de Erdogan a acceder a la petición estadounidense de apoyo activo a la gran coalición fue fundamental para la liberación de los rehenes.

Pero el mejor ejemplo de la eficacia de la diplomacia del ISIS a la hora de influir en decisiones importantes de países extranjeros se vio durante la crisis de los rehenes japoneses de enero de 2015. Hasta que el primer ministro Shinzō Abe pronunció un discurso en enero de 2015 en un congreso empresarial y de inversiones celebrado en El Cairo, en el que se comprometió a asignar 200 millones de dólares en concepto de ayuda no militar a países que estaban luchando contra el ISIS, Haruna Yukawa (secuestrado en el verano de 2014) y Kenji Goto (hecho rehén en el otoño de 2014) pertenecían a la categoría de mercancía humana destinada a ser cambiada por dinero.

El primer ministro Abe admitió que su gobierno estaba enterado del secuestro del señor Goto ya desde noviembre de 2014. Según la esposa de Goto, ese mismo mes de noviembre, ella empezó a recibir mensajes de correo electrónico —remitidos al parecer por el ISIS— referidos al secuestro de su marido. A finales de diciembre, los captores comenzaron a hacer alusión a un rescate y finalmente exigieron unos 2.000 millones de yenes (17 millones de dólares) por la libertad del secuestrado, una petición que estaba más o menos en la misma línea que los rescates inicialmente pedidos por Estado Islámico a otros gobiernos occidentales. Las negociaciones se estaban llevando a cabo en secreto, lejos del radar de los medios. Sin embargo, todo cambió tras aquella visita de alto perfil del primer ministro Abe a Oriente Próximo.

El discurso del primer ministro japonés brindó a Estado Islámico la inesperada oportunidad de poner en entredicho la gran coalición anti-ISIS y de castigar a Japón por su promesa de ayudarla económicamente. Japón llevaba mucho tiempo ganándose una disposición favorable bastante general en todo Oriente Próximo y Medio gracias a sus discretos oficios entre bastidores, alejados del primer plano escénico. Pero desde julio de 2014, el primer ministro había puesto en marcha una campaña dirigida a modificar la interpretación política de la pacifista constitución japonesa con el fin de que se entendiera que esta permitía también el «ejercicio del derecho a la autodefensa colectiva» en territorios foráneos. Tan controvertida reinterpretación del artículo 9 de la carta magna nipona había concitado una fuerte respuesta contraria en el propio país. Abe decidió

entonces aprovechar su visita a Oriente Próximo para dar la vuelta a la opinión pública japonesa sobre esa cuestión.

¿Cómo es que Estado Islámico sabía tanto de política japonesa? Esa es una pregunta interesante, porque, a diferencia de lo que sucedía con los piratas somalíes, el Califato no tenía una diáspora propia a la que recurrir. Ahora bien, los nuevos ciudadanos de este recién creado Estado Islámico conforman una población verdaderamente cosmopolita, procedente de todos los rincones del globo. Los líderes del ISIS mantienen a sus enemigos vigilados porque piden a sus propios «ciudadanos» que conserven sus vínculos con sus países natales y actúen como intérpretes que les descifren la situación política de sus naciones de origen. No es de extrañar, pues, que la élite política del Califato estuviera tan al tanto de lo que estaba sucediendo en Japón y de que se hiciera una idea muy aproximada de cuál era la controversia que rodeaba a aquella reinterpretación del artículo 9 de la constitución.

Ante tan excepcional telón de fondo, Estado Islámico vio la ocasión propicia de usar a los dos rehenes japoneses para impedir que Japón se integrara en la coalición de Obama y, al mismo tiempo, para reforzar sus propias pretensiones como Estado de nuevo cuño.

Así, las negociaciones por la liberación de Yukawa y Goto pasaron de pronto a ser de dominio público, lo que produjo una verdadera tempestad mediática. Para poner de relieve la debilidad del enemigo, las condiciones planteadas inicialmente fueron súbitamente reemplazadas por otras que, desde cualquier interpretación realista, podían considerarse imposibles de satisfacer: 200 millones de dólares en setenta y dos horas si querían ver en libertad a ambos rehenes; o intercambiar a Goto (en poco más de cuarenta y ocho horas) por la presa jordana Sayida al Rishaui, una mujer árabe que no había logrado detonar el cinturón de explosivos que llevaba puesto en 2005, en el atentado contra el hotel Radisson SAS de Ammán. No solo era demasiado poco el margen temporal que se dejaba así para las negociaciones de última hora, sino que el rescate exigido era demasiado elevado como para que pudiera aceptarse y entregarse a tiempo.

De rehenes, Yukawa y Goto pasaron de pronto a transformarse en peones políticos de la nueva diplomacia yihadista del ISIS, una metamorfosis que el primer ministro Abe había desencadenado con su repentina disposición a sumarse a la gran coalición de Obama. De ahí que los dos rehenes japoneses terminaran corriendo la misma suerte que habían

corrido meses antes James Foley y sus compañeros de cautiverio, y que el propio John el Yihadista usara imágenes de sus cabezas cortadas para transmitir el mensaje del ISIS a todo el mundo.

El manejo de la crisis de los rehenes nipones fue un gran éxito para el ISIS. Para empezar, inclinó la opinión pública japonesa del lado de mantener un perfil bajo en la lucha contra el terrorismo islamista. De hecho, los vídeos de los rehenes y las exigencias pedidas a cambio de su rescate iban dirigidos en realidad a incrementar la frustración y a infundir el miedo en la población japonesa para disuadirla de apoyar el cambio de interpretación de la constitución de su país. Con su propaganda, pues, el ISIS creó una vía de diálogo directo con el pueblo de Japón, como ya había hecho con el de Estados Unidos en el momento de la decapitación de Foley, implicando y manipulando al gobierno del país por vía de su electorado.

Arrastrar a Jordania a la negociación no hizo más que exacerbar la impotencia japonesa a ojos del resto del mundo. La exigencia de intercambiar a Goto, y no al piloto jordano apresado (Moaz al Kasasbeh), por Sayida al Rishaui constituyó una provocación abierta para Ammán. El ISIS sabía que el rey Abdulá II jamás aceptaría unas condiciones semejantes. Si hubiera intercambiado a Rishaui por Goto dejando a Al Kasasbeh en manos de Estado Islámico, habría despertado las iras de la población jordana. Así que, con su habilidosa manipulación de la crisis de los rehenes japoneses, el ISIS también consiguió socavar la posición del gobierno jordano.

Y aun así, pese a tan complejo despliegue de habilidad política, muchos analistas pasaron por alto el sofisticado ejercicio de diplomacia llevado a cabo por el Califato y continuaron exclusivamente centrados en el mensaje de la violencia (truculenta y brutal) del ISIS. Algo parecido ocurriría después, durante ese mismo año 2015, cuando muchos analistas tampoco supieron percatarse de otra victoria «diplomática» del ISIS: la que se anotó al evidenciar la vulnerabilidad de Europa ante el éxodo de migrantes procedentes de Oriente Próximo y Medio.

14

HISTORIA DE AMOR DE DOS REFUGIADOS

Antes de convertirse en dos de los más de un millón de refugiados sirios en busca de asilo en Europa, Mohammad Jamil Hassan y su esposa Teakosheen Joulak eran miembros de la clase media alta de Alepo. En la primavera de 2013, el mundo en el que esta pareja de kurdos sirios vivía comenzó a desmoronarse. En el capítulo 6, hemos leído el relato de cómo el Ejército Libre de Siria confiscó la fábrica de trajes de Hassan y de cómo él mismo fue arrestado y encarcelado por el régimen de Asad hasta que su tío pagó un rescate de 12.000 dólares. Huyendo de la guerra civil siria, marido y mujer buscaron sus respectivas vías de escape por separado a fin de incrementar sus probabilidades de supervivencia, y tanto él como ella pasaron a formar parte de la mercancía humana vendida y comprada por los mercaderes de personas. Su impactante historia nos revela la existencia de una nueva red internacional de delincuencia instalada tanto en Oriente Próximo y Medio como en Europa: una red erigida por organizaciones armadas y bandas criminales sobre miles de millones de dólares de capital semilla (por así llamarlo) procedente de los rescates cobrados por el secuestro de extranjeros a lo largo de más de una década (y pagados por países como Italia).

La que sigue es la historia de Mohammad Jamil Hassan tal como él me la contó en el otoño de 2015 en Dinamarca:

«Entré en Turquía desde Siria y llegué a Gaziantep, la primera localidad kurda al otro lado de la frontera. Estábamos a finales de junio de 2013. Yo llevaba una bolsa llena de dinero en efectivo que mi tío me había dado para

el viaje hasta Europa. Todo fue tan rápido que no pude ni despedirme de mi esposa [...], pero veía el futuro con optimismo. Llegaría a Suecia, solicitaría asilo y luego la traería conmigo a tierras suecas.

»Desde Gaziantep, fui en autocar hasta Estambul. El conductor me pidió 100 dólares para no delatar mi nacionalidad siria. Yo le pagué y subí al bus. Cuando llegué a Estambul, fui a Sirkeci, el barrio que hay entre Sultanahmet y Emonönü, cerca del Puente de Gálata y del Cuerno de Oro. Me dijeron que me dirigiera al hotel Scerim, porque suelen frecuentarlo contrabandistas: personas que llevan a gente como yo hasta Grecia. Cuando llegué allí, había un montón de sirios y otros migrantes de Asia y el Golfo. Todos querían pasar a Europa.

»Me quedé en el hotel dos semanas. Me hice amigo de un grupo de hombres kurdos, árabes y sirios. Un día, se me acercaron y me dijeron que habían encontrado a alguien que podía llevarnos hasta Grecia por tierra por 1.500 dólares. Acepté sumarme a ellos. Los traficantes nos metieron a doce en un coche; cuando estábamos cerca de la frontera, nos ordenaron salir del vehículo y seguirlos. Allí íbamos en total unas treinta personas: veinte de Afganistán y nueve o diez de Siria. Tras una hora, nos encontramos con un río. Inflaron unos botes neumáticos diminutos y nos pusieron a cinco de nosotros en cada uno. Cruzamos el río y, en la otra orilla, del lado griego, había dos hombres armados hasta los dientes, con máscaras, que nos esperaban. Todos nos asustamos al verlos. Esos hombres nos obligaron a caminar en fila india por una línea de ferrocarril. Caminamos tres horas sin que ellos dejaran de apuntarnos con sus armas. Al final, nos dijeron que nos paráramos para sentarnos y descansar. También nos dieron algo de agua. Esperamos un rato y, luego, los dos hombres nos ordenaron que siguiéramos andando por la vía en dirección a la carretera. Hasta que se hizo de noche.

»Un enorme camión cisterna se detuvo a un lado de la carretera. Los hombres abrieron una puerta de la parte trasera del camión y nos dijeron que nos metiéramos dentro. Era un espacio muy reducido y nosotros éramos treinta personas apretujadas allí dentro. No podíamos ni sentarnos; teníamos que ir de pie. Había unos pequeños orificios en el techo para que entrara el aire, pero éramos tantos y dentro hacía tanto calor que costaba respirar. El camión no dejaba de acelerar todo el rato, así que nos zarandeaba constantemente e íbamos dándonos golpes y empujones sin querer. Así estuvimos allí dentro, unas cinco o seis horas, hasta que llegamos a Atenas.

»Allí nos detuvimos en el interior de un garaje. Alguien abrió la puerta y salimos. Dos griegos nos llevaron a un piso que había en la planta baja de un edificio y nos encerraron dentro. Si queríamos salir, teníamos que pagar 1.500 dólares. Ese era el precio que habíamos acordado por el viaje de Estambul a Atenas. Se paga cuando se llega al destino, no antes. Una de las personas con las que viajaba, un sirio, tenía un amigo en la zona, así que nosotros pagamos lo nuestro y fuimos al piso de esa persona. Su amigo nos dijo dónde ir a buscar traficantes que nos llevaran a Italia. Solían reunirse en un café del lugar. Allí fuimos y nos dijeron que ir en avión hasta Bélgica costaba 3.500 euros. Yo decidí que iría en avión. Una semana después, me entregaron un documento de identidad y un billete, pero, en el aeropuerto, la policía me paró. El carnet era falso. Así que me llevaron dentro de una sala del propio aeropuerto y me interrogaron. Cuando descubrieron que yo era sirio, me dijeron que entendían perfectamente lo mal que lo estaba pasando y dejaron que me fuera.

»Volví al mismo café y encontré a alguien que estaba dispuesto a llevarme en barco a Italia por 2.500 euros. Me garantizó que así no me atraparían. Aquel traficante me dijo que tenía que ir a Creta y que allí subiría a un barco lleno de turistas, un ferri. Así que fuimos a Creta en ferri. Iban más refugiados con nosotros. Cuando llegamos al puerto, había un hombre con un Jeep Cherokee esperándonos. Tenía una barba larga. Era un sirio alauí y se llamaba Abu Isham. Nos llevó a su casa. Era una casa grande, la mejor de toda la calle, que era una vía sin salida. Supe leer el nombre de la calle porque había estado diez años trabajando en Grecia para eludir el servicio militar en Siria y, gracias a eso, sé hablar griego. La vivienda tenía dos plantas con sendos pisos independientes. Nosotros nos quedamos en el primer piso y, por encima de nosotros, vivía una familia.

»En aquel mismo piso, había dos mujeres y las dos querían ir a Alemania [...]. Estuvimos trece días en la casa de Abu Isham. La gente comenzaba ya a ponerse muy nerviosa. Quería marcharse. Pero dos hombres armados que estaban al servicio de Abu Isham nos amenazaron. Así que tuvimos que callarnos y esperar. Al final, vino un minibús a recogernos. Dentro había dos albaneses, un hombre y una mujer. Parecían mayores de cincuenta años. Ordenaron que nos tumbáramos en el suelo del minibús y así viajamos durante unas tres horas hasta que llegamos a un pueblo próximo al mar. Detuvieron el vehículo al borde de un pinar y nos llevaron al interior del bosque. Los dos albaneses iban armados. Al cabo de

un rato, ordenaron que nos sentáramos y que esperáramos hasta que oscureciera.

»Al caer la noche, llegaron cuatro hombres. Uno era de Raqa, otro de Alepo y otro del Kurdistán iraquí. El cuarto era su jefe. Vestía como un afgano y era de Afganistán. Nos condujeron a través del bosque a oscuras. Entre ellos, se hablaban en griego. No sabían que yo podía entender lo que se decían. Por ejemplo, entendí que el afgano vivía en el pueblo de al lado. Nos llevaron a una cueva. Nos registraron y nos quitaron los teléfonos. ¡Yo creí que nos habían vuelto a secuestrar!

»Al día siguiente, al despertarme, me di cuenta de que, en aquella cueva, había más de cien hombres y que estábamos allí dentro encerrados. La cueva tenía una portezuela ante la que hacían guardia tres vigilantes armados. Había también dos hornos donde preparaban nuestra comida. En el interior, hablé con sirios, libaneses, afganos, bangladesíes... Algunas de aquellas personas tenían un muy alto nivel educativo: profesores, ingenieros... Uno de ellos me dijo: “¡Yo tenía a más de cien trabajadores en mi fábrica y fíjese adónde he venido a parar, encerrado en esta cueva!”. Algunos llevaban meses allí, a la espera de proseguir el viaje hacia Europa. Les habían crecido barbas muy largas ya.

»Al cabo de un tiempo, un grupo de sirios comenzó a gritar que ya no querían seguir, que querían volverse para Siria. Los tres vigilantes sirios se les acercaron y les dijeron que los matarían y los enterrarían allí mismo si pronunciaban una sola palabra más. Luego nos informaron a todos de que “en el caso de que” llegáramos a Italia, “tal vez” nos dejarían ir. Yo tuve suerte porque solo estuve en aquella cueva diez días. Allí no había cuarto de baño, así que los vigilantes nos sacaban por grupos de diez por la mañana y por la noche. Yo enfermé allí dentro y comencé a sangrar por culpa de unas hemorroides. Fue un dolor terrible.

»Una noche, hacia las diez, vinieron tres afganos fuertemente armados. Su jefe era Abu Ali, un sirio de Afrin, un pueblo al noroeste de Alepo. Nos dijeron que nos preparáramos. Antes de que nos marcháramos, dieron una paliza a tres afganos jóvenes y los dejaron dentro de la cueva, creo que porque entre la familia de aquellos muchachos y la del jefe afgano de los tres vigilantes sirios (el hombre que nos había conducido por el bosque hasta la cueva) había algún tipo de enemistad.

»Al llegar a la costa, nos dimos cuenta de que esta era muy rocosa y el mar estaba embravecido. Los afganos nos dijeron que nos dispersáramos

por la orilla. Más de cien personas estábamos allí, frente al mar, aguardando a que llegara el ferri. Al cabo de un rato, llegaron los familiares. No sé dónde los habían tenido encerrados, tal vez en otro escondrijo. La cueva era solo para hombres. Al final, éramos más de ciento cincuenta personas en total. Al cabo de una hora más, llegó un barco de veinte metros de eslora. Era demasiado pequeño para que cupiéramos todos nosotros. Algunos empezaron a quejarse, pero los traficantes afganos nos encañonaron con sus armas y comenzaron a empujarnos para que nos metiéramos en la embarcación. Todos estábamos asustados.

»Nos hicimos a la mar. Las olas eran muy altas. Varias personas empezaron a marearse. Gritaban, los niños lloraban, algunas personas rezaban. Un egipcio manejaba la embarcación. Tenía un ayudante que también era egipcio. Ignoraban nuestros gritos y llantos. Hacia las cinco de la mañana, llegamos a la altura de un petrolero de unos cincuenta metros de eslora. Era muy viejo y maloliente, y en su interior había ya muchas personas. Nos arrojaron cuerdas desde cubierta y comenzaron a izarnos como si fuéramos sacos de arroz.

»A bordo iban siete tripulantes, todos de Egipto. El buque era egipcio. Cuando subimos todos a bordo, el barco estaba completamente atestado de gente y la mayoría de sus ocupantes estaban enfermos. Muchos sufrían deshidratación (yo mismo entre ellos). Estuve tres días a bordo de aquel barco. Lo único que me dieron fue un trozo de falafel y algo de agua. Me sentía tan mal y tenía tanto frío que pedí que me dieran té. ¡Tuve que pagar 500 euros por uno! Estaba tan enfermo que incluso me desmayé. Era tal mi desesperación, que llegué a fantasear con suicidarme arrojándome al mar para poner fin a aquella agonía.

»Lo que hizo aquel petrolero egipcio fue transbordarnos a través de las aguas internacionales. Cuando llegamos a aguas territoriales italianas, nos pasaron a un barco pequeño, cuyo capitán nos dijo: “Nos vamos a Italia”.

»En esa otra embarcación, estuvimos un día entero. Por la tarde, empezaron los desmayos. Hacía tanto calor que era insoportable. Luego, al anochecer, empezaron las disputas por el agua. Finalmente, a las diez de la noche, vimos las luces de la costa: era Sicilia. El capitán sacó una pistola y lanzó una alerta de humo para que el barco de rescate italiano nos viera y viniera a recogernos. El capitán se hizo pasar por un refugiado más. Nadie denunció a la policía quién era aquel hombre en realidad.

»La policía italiana nos dejó en el muelle durante más de una hora sin darnos agua ni mantas. Vino un médico y nos auscultó un poco. Le dije que estaba enfermo, pero me ignoró. Me dijo que me esperara, pero nadie vino a ver cómo estaba. Al final, la policía volvió, nos condujo a todos al patio de un edificio y nos dejó allí hasta la mañana siguiente. Entonces nos advirtieron de que, si queríamos salir de allí, tendrían que tomarnos las huellas dactilares. Yo no quería: yo pretendía llegar a Suecia y sabía que, si dejaba que me tomaran las huellas, tendría que quedarme en Italia en aplicación de la Convención de Dublín.[1] Pero me encontraba muy mal y necesitaba un médico, así que, al final, accedí a facilitarles mis huellas digitales.

»A continuación, nos llevaron a un colegio. No había camas, solo colchones extendidos en el suelo. Allí estuve tres días, esperando a que viniera un médico, pero no vino nadie. Luego, llegó la policía y nos ordenó que nos marcháramos. “No queremos verlos de nuevo en Italia. Váyanse a donde tengan previsto ir y no vuelvan.”

»Seis de nosotros cogimos un taxi hasta la estación de autobuses y compramos billetes para Milán. Llevábamos los carnets de identidad falsos que los traficantes nos habían dado en la cueva, así que los usamos. Pero yo me di cuenta entonces de que me había dejado la bolsa en la que llevaba el carnet en una pequeña cafetería donde habíamos comido algo. La policía había hallado la bolsa y había venido hasta el autocar en nuestra búsqueda. Nos llevaron a la comisaría. Nos riñeron y nos volvieron a tomar las huellas dactilares, pero, al final, dejaron que nos fuéramos.

»Nada más llegar a Milán, yo me quedé en la estación. Allí había un sitio donde podíamos conseguir comida todos los días. La señora mayor a la que había conocido en el piso de Creta llamó a su hijo, que vivía en Alemania. Él vino a recogerla y ambos se ofrecieron a llevarme en coche a mí también. Y así llegué a Múnich, donde alguien nos alojó unos días. Me dijeron que fuera a un restaurante turco frecuentado por traficantes. Allí conocí a un chaval argelino de veintitrés años que aceptó ayudarme a llegar a Suecia en coche por 1.200 dólares.

»Me recogieron un iraquí gordo y una danesa. La mujer era alta y rubia y no hablaba árabe. El hombre condujo todo el rato mientras atravesamos territorio alemán, pero, justo antes de cruzar las fronteras danesa y sueca, dejó que fuera la mujer la que se pusiera al volante. Yo iba escondido dentro

del vehículo. Llegué a Suecia en agosto de 2013, unas semanas antes de que llegaran mi esposa, Teakosheen, y su hermana».

La mujer de Mohammad, Teakosheen Joulak, me cuenta también su parte de esta historia. Ella era profesora de inglés y había entrado a colaborar como voluntaria de la Cruz Roja y la Media Luna Roja para ayudar a personas necesitadas en Alepo. Varios miembros de su familia eran médicos y ella se convirtió así en intermediaria que trataba de conseguir de esas dos organizaciones los medicamentos y el dinero necesarios para la labor del personal sanitario. Pero fue precisamente esa labor humanitaria la que la metió en problemas.

«En 2013, Alepo estaba dividido en dos sectores: una parte seguía estando bajo control del régimen y la otra estaba controlada por la insurgencia, a la que se conocía por el nombre de Ejército Libre de Siria. Muchas personas ancianas estaban atrapadas en uno u otro de esos dos sectores y no podían moverse, así que nosotros les llevábamos medicamentos y ayuda. Yo vivía en uno de los barrios controlados por el régimen, para el que lo que yo hacía era un delito.

»A finales de julio, después de que mi marido se hubiese marchado del país, el director de nuestro grupo (un grupo de apoyo formado entre amigos y sin connotaciones políticas) murió por un disparo de francotirador. Dos de nuestras amistades fueron encarceladas al momento, así que mi hermana y yo huimos para refugiarnos en la localidad de nuestros padres, Afrin, en la Siria kurda. Cuando llegamos allí, el PKK [Partido de los Trabajadores de Kurdistán, por sus siglas en turco], que mandaba en la zona, comenzó a interrogarnos porque habíamos traído con nosotras a la esposa del hombre asesinado por el francotirador; ella era también profesora en mi escuela. Sospechaban mucho de ella en particular porque tanto ella como su marido habían sido firmes activistas contra el régimen. Sabíamos que el PKK tenía ciertos lazos con el régimen de Asad, así que nos asustamos mucho. Varias personas buscadas por el régimen habían sido apresadas por el PKK y habían desaparecido a partir de entonces, así que temíamos que a nosotros nos hicieran lo mismo. Un día, en julio, alguien del PKK vino a casa de mi madre y dijo que teníamos que ir todas a su sede local para ser interrogadas aquella misma noche. Mi madre nos dijo entonces: “Vosotras no iréis. Tenéis que iros a Europa ya mismo”.

»En nuestra casa solo había mujeres: mi madre, mis dos hermanas, mi amiga y yo. No había nadie que pudiera protegernos. Mi madre dijo:

“Disponemos del dinero necesario, así que vamos a usarlo para ir a Europa”. Vendió todo nuestro oro para recaudar el dinero suficiente para irnos. Para entonces, ya habíamos estado haciendo preparativos para que mi amiga (la viuda) pudiera ir a Turquía, así que mi madre decidió que mi hermana y yo también iríamos y que ella y mi otra hermana se reunirían con nosotras más adelante.

»Mi madre llamó al marido de su hermana y le pidió que nos ayudara. Esa noche fuimos a dormir a casa de ellos. Nos quedamos allí solo un día. Mi tío nos consiguió un chófer kurdo con el que cruzamos todos (tres mujeres y dos hombres) la frontera en Bab al Salam, un paso que por aquel entonces estaba controlado por los kurdos del Ejército Libre de Siria. Era el 10 de agosto. Llevábamos hiyab y la cabeza gacha: bajo ningún concepto podíamos mirar a los ojos a los policías, porque, si no, nos arriesgábamos a que se dieran cuenta de que llevábamos los pasaportes de otras personas. Atravesar la frontera nos costó 150 euros.

»Pasé dos meses en un pueblo situado a apenas quince kilómetros del paso fronterizo, en casa de un primo. Mientras estábamos allí, recibimos el mensaje de que otra chica, Rosa, a quien habían citado al mismo tiempo que a nosotras para que se presentara en el local del PKK para ser interrogada, había acudido allí y ya no había vuelto. ¡Mi madre tenía razón!

»Mi primo lo organizó todo para que un traficante nos llevara hasta Estambul en autocar y, de allí, a Suecia en avión por 8.000 euros por cabeza, o sea, que a mi madre le tocó pagar 16.000. Un hombre viajó con nosotros todo el camino aunque fingió no conocernos. En el aeropuerto, nos entregó dos documentos de identidad. Creo que eran turcos y que no eran falsos. Llevábamos un pañuelo en la cabeza y tratábamos de no levantar la mirada, como hacen las buenas musulmanas, así que nadie nos prestó atención. Subimos al avión rumbo a Estocolmo.

»Cuando llegamos a la capital sueca, el hombre que nos acompañaba nos dio un teléfono y lo usamos para llamar a nuestra familia e informarles de que habíamos llegado a Estocolmo. Entonces, nuestra familia pagó al socio de nuestro acompañante en Turquía. Realizada la transacción, el hombre nos entregó dos pasaportes europeos. Sabíamos lo que teníamos que hacer. Él ya nos había explicado que, si la policía de fronteras nos paraba, teníamos que solicitar asilo de inmediato. Pero, si nos dejaba pasar, teníamos que entregar el pasaporte a otro hombre que nos esperaba en el exterior y solicitar asilo al día siguiente. Pasamos el control policial y dimos

los dos pasaportes a un hombre que nos aguardaba en la zona de llegadas. Se acercó a nosotras y nos dijo: “Dadme los pasaportes”.

»No solicitamos asilo en el aeropuerto y fue el mayor de mis errores, pero es que desconocía las normas. No tenía ni idea de que, como las huellas digitales de mi marido habían sido registradas en Italia, se me ordenaría ir a Italia. Si hubiera solicitado asilo en el aeropuerto, no habría tenido ese problema.

»Era el 8 de octubre y mi esposo estaba ya en Suecia con un pariente nuestro que vivía en Helsingborg, cerca de Malmoe. Al día siguiente, acudí a la oficina de inmigración junto a mi marido y mi hermana para solicitar asilo en el país, y allí tomaron nuestras huellas digitales. Esperamos seis meses a que nos citaran para una entrevista, pero, al final, solo concedieron el asilo a mi hermana. A nosotros nos lo denegaron porque las huellas digitales de Mohammad constaban ya inicialmente en Italia. Les dije que era mi marido. Les conté la verdad y ellos me respondieron que, en virtud de los Reglamentos de Dublín, la esposa debe acompañar a su cónyuge.

»Me entrevistaron a solas. Me preguntaron: “Si enviamos a su marido de vuelta a Italia, ¿iría usted con él?”. Yo les dije que no, que no podía. No conocemos a nadie allí. ¿Dónde íbamos a vivir? En Suecia tengo a mi hermana y a algún pariente más. Pero ellos me dijeron que yo tenía que seguir el mismo destino que mi marido porque él es mayor que yo y, por lo tanto, se le considera responsable legal mío y yo estoy obligada a ir a Italia con él.

»Eso fue en marzo de 2014. Nos dieron una semana de plazo para que nos fuéramos a Italia. En la estación del ferrocarril, rompí a llorar desconsoladamente. No podía parar. Mohammad me dijo entonces: “Vete a Dinamarca, que allí tienes a dos tíos tuyos, y pide asilo allí. Yo volveré a Siria y esperaré hasta que te concedan la residencia y puedas solicitar que me reúna contigo”. Él no quería volver a Italia. Dijo que prefería morir antes que regresar a Italia porque había visto allí mucha pobreza entre los refugiados y los migrantes y había comprendido que allí existían muy pocas oportunidades para personas como él.

»Él se fue a Turquía y yo fui a Dinamarca, donde la ONG Danish Refugee Council me ayudó a pedir asilo. Cuando las autoridades de inmigración danesas se pusieron en contacto con las suecas, estas les dijeron a aquellas que yo les estaba mintiendo, que en Suecia no habían denegado mi solicitud y que tampoco me habían dicho que estaba obligada

a seguir a mi marido. Yo mostré a la organización danesa los papeles de denegación para que me creyeran. La oficina de inmigración de Dinamarca se puso en contacto entonces con los italianos y explicaron qué había ocurrido. Al final, ambos países me rechazaban: Italia, porque yo no estaba con mi marido, y Suecia, porque tenía un marido.

»Llegó un punto en que yo estaba tan desesperada que pedí que me devolvieran a Siria. Yo era feliz en Siria. Tenía mi propio piso. Tenía un coche. Trabajaba en la universidad. Tenía una buena vida. Eso era lo que yo decía, pero es verdad: teníamos una vida genial. Fue entonces cuando intervino la Cruz Roja. Estuve dos días con una enfermera de psiquiatría que terminó pidiendo a un abogado que me ayudara. Al final, la Cruz Roja me puso en contacto con su abogado y este asumió mi caso. El abogado dijo que yo era uno de esos muchos refugiados que se quedaban atascados dentro del sistema. Él me ayudó. En una semana, me dieron el permiso de residencia.»

Mohammad estuvo en Turquía un año y medio. No logró regresar a Siria. Toda su familia se había marchado a Alemania. Así que, mientras estaba en Turquía, se puso a trabajar y a esperar a que Teakosheen obtuviera la residencia danesa. Cuando la consiguió, pagó a un traficante para que lo llevara a Dinamarca por 7.000 dólares. Era el 9 de junio de 2015. Voló a Alemania, posiblemente a Hamburgo, desde Estambul. Como ya ocurriera con su mujer un par de años antes, a él también le dieron un pasaporte europeo apenas unos minutos antes de pasar por el control de aduanas. Luego, devolvió el pasaporte a un hombre que lo esperaba en la zona de llegadas y este lo condujo hasta dos traficantes iraquíes que, a su vez, lo introdujeron ilegalmente en Dinamarca por carretera. En seis horas, ya había llegado al piso donde su mujer lo esperaba.

Cuando solicitó asilo en la oficina de inmigración danesa, esta lo internó en un campamento de refugiados. No le permitieron quedarse con su mujer. Solo cuando ella enfermó de cáncer, lo autorizaron a cuidar de ella, convaleciente como estaba de la intervención quirúrgica a la que tuvo que someterse.

En el momento de escribir estas líneas, Mohammad y Teakosheen siguen esperando que las autoridades le concedan a él también el permiso de residencia. No pueden trabajar. Viven en un limbo legal, pero siguen soñando con tener una familia algún día.

15

EL BUMERÁN POLÍTICO

En 2015, 1,8 millones de personas entraron ilegalmente en la Unión Europea, una cifra que no hará más que aumentar en el futuro más o menos inmediato. En el verano de ese año, se hizo evidente la conexión entre el secuestro de extranjeros y el tráfico de migrantes. Como bien admitió el director de la Europol, «el 90 por ciento de los migrantes que llegan a Europa lo han hecho ayudados por alguna organización delictiva».[1] De ahí la decisión tomada en la primavera de 2016 de crear el Centro Europeo contra el Tráfico de Migrantes (EMSC por sus siglas en inglés) con la misión de desmantelar esas redes ilícitas.[2]

Los europeos están sencillamente abrumados por el mayor éxodo acaecido desde los tiempos de la segunda guerra mundial, un negocio que genera más de mil millones de euros al año que van a parar a una nebulosa de bandas locales de delincuentes. Fuera de las fronteras de la Unión Europea (UE), una serie de pequeños grupos delictivos y yihadista-delictivos suministran su diaria mercancía humana a los traficantes que operan en aguas o en suelo de la UE. Esas bandas se embolsan sumas de dinero similares a las que recaudan sus homólogos europeos. Como ya hemos visto, durante la pasada década muchas de esas organizaciones se han financiado con un capital semilla inicial procedente de los rescates cobrados por la liberación de rehenes, que, en el fondo, es lo mismo que decir que ha sido pagado con dinero de los contribuyentes europeos. En un contexto de creciente desestabilización política en los márgenes de Europa, en el plazo de apenas una década, la inversión del dinero de los rescates ha

convertido el tráfico de migrantes en una industria internacional que mueve miles de millones de dólares y que, en lo que a sus ganancias respecta, compite ya con las del tráfico de drogas. ¡Hablamos, pues, de un bumerán político que está volviendo con fuerza contra Europa!

El tráfico de migrantes ha sido rentable —como lo es el secuestro de extranjeros— para grandes organizaciones yihadistas como Estado Islámico que controlan pasos fronterizos clave en la ruta de los migrantes hacia Europa. En 2015 y 2016, tres eran los grandes flujos migratorios. De los tres, la ruta del Mediterráneo oriental, que es la que va desde Siria hasta los Balcanes pasando por Turquía y Grecia, es con mucho la más transitada vía de entrada en la UE. En 2015, cerca de 1,5 millones de personas se desplazaron por la misma. Aunque los sirios forman el más numeroso contingente de inmigrantes de ese éxodo, también atraviesan la misma ruta muchas personas procedentes de Afganistán, Bangladés y el África oriental.

Quienes trafican con inmigrantes sirios usan principalmente el paso fronterizo controlado por Estado Islámico para entrar en Turquía. «Resulta más seguro viajar por el Califato —me comenta un exrefugiado sirio que pide permanecer en el anonimato—. No hay controles de carretera de diferentes grupos armados y señores de la guerra. El viaje es tranquilo incluso aunque haya bombardeos en la zona, porque los traficantes viajan evitando los pueblos, las ciudades y las instalaciones petroleras. Además, cuando entras en Turquía, no te arriesgas a que te disparen las patrullas de fronteras turcas como sí te disparan en Bab al Salam o en las otras barreras fronterizas próximas a Afrin, en la provincia de Idlib.» Además, esa ruta es más barata para los migrantes, porque los traficantes pagan únicamente una tasa en la frontera, en vez de pagar varias veces según van cruzando territorios controlados por diferentes grupos armados, bandas criminales o, incluso, tropas del ejército de Asad. En el verano de 2015, la tasa por mercancía humana que se cobra previamente a la entrada en Turquía reportó a Estado Islámico del orden de medio millón de dólares diarios, más que lo recaudado por el tributo sobre el petróleo de contrabando.

Las rutas menos concurridas son la que atraviesa el Mediterráneo central por Libia e Italia, y la del Mediterráneo occidental, de Marruecos a España. Según Frontex, en 2015 unos 300.000 migrantes llegaron a Europa por esas dos rutas. Y Estado Islámico está sacándole rentabilidad al negocio del tráfico humano no solo en Siria, sino también en Libia. El ISIS ha instaurado una serie de regulaciones que estipulan, por ejemplo, que los

barcos que zarpen de las costas occidentales de la zona del país que está bajo su control solo pueden transportar un máximo de ciento veinte personas a bordo. Antes de permitir que esas embarcaciones se hagan a la mar, miembros de Estado Islámico las comprueban una por una asegurándose de que el número de migrantes no sobrepasa la cantidad impuesta. Los traficantes pagan al ISIS un 50 por ciento de sus beneficios a cambio del derecho a navegar, por lo que el conteo de migrantes sirve también para calcular la cantidad de tributo que toca pagar a cada barco. En 2015, ese impuesto generó unos 20 millones de dólares por cada diez mil migrantes.[3]

Asimismo, antes de conceder una licencia para usar sus costas, Estado Islámico realiza una comprobación de la identidad de cada traficante y verifica que haya cumplido con el precio fijado para la travesía. Eso significa que a los traficantes no se les permite cobrar a los migrantes una tarifa superior a la establecida por el ISIS. Por eso, navegar bajo la supervisión de Estado Islámico se ha convertido en una especie de garantía de calidad para los migrantes. A razón de 1.600 dólares por persona, lo cierto es que cruzar por territorio controlado por el ISIS resulta más caro que efectuar la travesía desde las costas orientales de Libia, pero el viaje es más seguro. El ISIS no solo cobra precios más altos por usar sus rutas, sino que también exige a los migrantes el requisito de asistir a un cursillo de sharia de una semana de duración para que se les conceda el salvoconducto. El ISIS aprovecha así los flujos migratorios para hacer proselitismo de su credo.[4]

Migración: «pago sobre la marcha»

A medida que aumentaba considerablemente el número de migrantes que huían de Estados fallidos y de territorios bajo control islamista, el tráfico de esas personas se fue convirtiendo en un negocio ilícito de grandes dimensiones. Si quince años atrás apenas algo más de cien mil personas llegaban a Europa de manera irregular cada año, en la actualidad ese número se acerca a los dos millones. Y si antes los inmigrantes eran mayormente personas pobres y sin estudios que buscaban mejores oportunidades económicas, hoy proceden de todas las clases sociales y profesiones, pues lo que las mueve a partir de sus países es la inestabilidad

política. Perfectamente conscientes de esa realidad, los traficantes han adaptado precios y servicios en correspondencia con la capacidad de pago de los nuevos migrantes. Así, por ejemplo, el coste de llegar a Europa en avión desde Turquía oscila entre los 8.000 y los 10.000 euros, mientras que optar por la mucho más arriesgada ruta terrestre tiene un precio mucho más barato.

Pero por rico o pobre que sea un migrante, el traficante es un elemento imprescindible en su viaje. Incluso durante el breve periodo del verano de 2015 en el que la Unión Europea abrió temporalmente sus fronteras, se necesitaron alijadores para llegar a un Estado miembro u otro. Una vez dentro de la UE, los migrantes tienen que seguir a pie su camino y es entonces cuando no faltan traficantes que se ofrecen para transportar a aquellos que pueden permitirse sus servicios. Por ejemplo, por 1.000 dólares por persona, los cargan en camiones y coches para realizar el viaje de Bulgaria o Hungría a Alemania. Estos desplazamientos internos por el territorio de la Unión Europea no son muy distintos de los que se recorren cruzando el desierto libio.

En agosto de 2015, setenta y un migrantes fallecieron por asfixia mientras atravesaban Austria en un furgón cerrado que había salido de Bulgaria. Ese mismo día, la policía austriaca descubrió otro camión que transportaba a ochenta y un migrantes a punto de morir por idéntico motivo. Esa noche, la policía alemana paró a un tercer camión en las proximidades de la frontera austriaca con ochenta y seis migrantes en su interior. El informe policial detalla que los traficantes forraron los camiones de madera a modo de aislamiento sonoro para impedir que los agentes descubrieran el cargamento humano que llevaban dentro. Los migrantes tienen que pasar a veces más de veinticuatro horas encerrados en esos camiones sin parada alguna para beber agua ni para ir al baño.[5]

En el verano de 2015, el auge del negocio del tráfico de migrantes convenció a las bandas de delincuentes que operan a lo largo de la ruta europeo-oriental de que les valía mucho la pena involucrarse en él. El tráfico era tan rentable que incluso abandonaron sus otras actividades ilícitas. La policía austriaca, por ejemplo, constató un drástico descenso en el robo de alambre de cobre, un delito que antes estaba muy extendido por las cercanías de la frontera húngara. Las bandas y los delincuentes comunes locales optaron en vez de eso por alquilar furgonetas y coches para transportar a migrantes de un lado a otro de la frontera. La policía austriaca

detuvo muchos de esos vehículos ya en territorio de Austria. Sin embargo, en septiembre, cuando el gobierno húngaro decidió llevar a los migrantes en autocar sin cobrarles nada por el servicio, la policía austriaca no atrapó a ningún traficante. Ahora bien, en cuanto el gobierno de Budapest interrumpió ese transporte en autobuses, el tráfico se reanudó con fuerza una vez más.

Exactamente igual que sucede en el Sahel y en el norte de África, muchos pequeños grupos independientes de delincuentes que operan a escala local trafican migrantes pasándolos por las fronteras europeas. Dentro de Europa, quienes forman esas bandas son predominantemente pequeños malhechores o traficantes pertenecientes a la misma diáspora de los migrantes. Pero los suyos son grupos reducidos, no monopolios. En un país tras otro, y en frontera tras frontera, quienes emigran irregularmente a Europa tienen que buscarse a los traficantes adecuados a su caso y situación y pagarles únicamente cuando alcanzan al punto de llegada acordado.

Ese modelo «pago sobre la marcha» es consecuencia de la elevada descentralización del negocio del contrabando humano. Curiosamente, aunque la globalización ha pulverizado las fronteras económicas y financieras de naciones enteras y ha hecho del mundo una aldea global, los secuestradores y los traficantes se han centrado en modelos de negocio localizados que operan dentro de fronteras nacionales o, incluso, regionales. La piratería y el yihadismo delictivo han florecido dentro de áreas cultural e históricamente homogéneas encuadradas hasta hace un tiempo dentro de naciones coloniales y poscoloniales. En el interior de esas regiones, la autoridad política central se ha hundido y los valores y líderes tribales han llenado ese vacío. El secuestro de extranjeros en el Sahel, en el norte de África y en Siria ha prosperado en un contexto así, a menudo con la colaboración de los propios líderes tribales y políticos locales como mediadores entre los secuestradores y las familias o los gobiernos de los países de origen de los rehenes.

Esta delincuencia de nuevo cuño contrasta acusadamente con el viejo modelo, altamente integrado, de crimen organizado occidental, como el de la Mafia, porque el secuestro de extranjeros y el tráfico de migrantes son actividades ilícitas que se han desarrollado y han evolucionado totalmente al margen del Estado-nación occidental. En realidad, se generan allí donde reina la anarquía política y se alimentan del más valioso recurso de esas zonas: las personas. Eso nunca ha sido el caso con el crimen organizado,

pues este siempre ha precisado de un gobierno político centralizado como condición previa para establecerse como sistema alternativo al mismo.

Los traficantes no europeos han logrado exportar a la Unión Europea el modelo delictivo de «pago sobre la marcha», en parte, porque es el más funcional y eficiente para los migrantes, como la terrorífica odisea de Mohammad Jamil Hassan bien lo demuestra. También han aprovechado así la falta de una política unificada en la UE en materia de fronteras nacionales e inmigración. Dentro de las fronteras de la UE, existe un vacío político —producido por la ausencia de una política exterior europea común— que puede ser ocupado por comunidades de delincuentes comunes y migrantes irregulares con relativa facilidad.

El del tráfico de migrantes no es el primer ejemplo de fecundación cruzada de ideas entre la delincuencia europea y la no europea. El negocio de la prostitución de mujeres africanas se ha basado en una colaboración parecida. «El verano pasado, la policía nos pidió que alojáramos a dos chicas gambianas. Habían llegado con un grupo de refugiados de Libia —comenta Ida Pierotti, de Aquiloni, una organización humanitaria de Verona (Italia)—. Nos dijeron que necesitaban ayuda porque habían sido maltratadas y violadas durante el viaje. Alquilamos una habitación con una cocina pequeña y les facilitamos una profesora de italiano. Eran mujeres jóvenes y muy guapas. Una se parecía a Naomi Campbell. Notamos que vestían con un estilo muy provocativo y que siempre llevaban mucho maquillaje, así que tratamos de advertirlas de que era mejor que no fueran así por la calle, que era peligroso, pero no nos hicieron caso. Transcurrido poco más de un mes, una amiga suya senegalesa que vivía en Brescia vino a visitarlas. Se quedó muy poco tiempo y luego se marchó. Ese mismo día, las dos mujeres se esfumaron. Dejaron tras de sí un montón de tickets de compra de ropa y calzado que habían adquirido. Los importes de algunas de aquellas compras superaban los 500 euros. También hallamos resguardos de Western Union por transferencias de dinero desde España y Brescia por importes de 200 a 300 euros cada una. Una semana después, una cooperante vio a una de aquellas mujeres ejerciendo la prostitución por las calles de Verona. Se acercó a ella, le preguntó qué estaba haciendo y le ofreció ayuda. La mujer se rio de ella y se fue. No puedo probarlo, pero estoy segura de que aquellas dos mujeres formaban parte de una red ilegal internacional de prostitución que las había enviado a Europa camufladas como refugiadas para trabajar aquí como prostitutas.» Varias personas que

trabajan con organizaciones de ayuda humanitaria opinan lo mismo que Pierotti. Una serie de delincuentes africanos y europeos aprovechan la ruta de los migrantes para traficar con drogas y prostitutas.

En cualquier caso, sería un error pensar que la mayoría de mujeres migrantes están interesadas en convertirse en prostitutas como los grandes adalides antiinmigración en Europa querrían hacernos creer. Debemos recordar que la emigración/inmigración es una cuestión muy compleja y que las personas dejan su país en busca de una vida mejor en Europa, Estados Unidos o cualquier otra nación rica, porque en su lugar de origen les resulta imposible mejorar su existencia.

Tras la caída del régimen de Gadafi, aumentó sensiblemente el número de mujeres del este y el oeste de África con las que se traficaba hacia Europa a través de Libia para satisfacer un mercado creciente en España, Suiza y el norte de Italia.

«De 2010 a 2013, los migrantes eran predominantemente varones africanos jóvenes de hasta treinta o treinta y dos años de edad —explica Pierotti—. En 2014, comenzamos a recibir también hombres de Bangladés y Pakistán. Poco después, llegaron los menores de edad: se corrió la noticia de que ellos lo tenían más fácil para obtener asilo y empezaron a migrar en masa. Luego llegaron las mujeres africanas: mujeres solteras jóvenes, todas de muy buen ver, mayormente de Nigeria, Gambia y Zambia. En fechas más recientes, en 2015 y 2016, entre los migrantes predominan las familias con niños y mujeres embarazadas. Muchas quedan encintas en Libia y llegan a Italia durante los primeros meses de embarazo porque les dicen que así será más fácil que les concedan asilo.»

Mientras se procesa su solicitud de asilo, los migrantes son atendidos por organizaciones como la Aquiloni de Pierotti, que facilita asistencia diversa: desde alojamiento con pensión completa hasta ropa y ayuda básica con las citas con los médicos y otras necesidades más triviales, como obtener un teléfono inteligente o comprarse unas gafas de sol de diseño. No son peticiones infrecuentes. «La mayoría de migrantes con los que tratamos ven Occidente como un inmenso centro comercial. Quieren los productos que han visto en televisión en su país y quieren mostrar a los amigos y amigas que han dejado allí que los han podido comprar aquí —aclara Nadia Albini, que también trabaja en Aquiloni—. Sus perfiles de Facebook están repletos de fotos donde exhiben esas compras. Quieren que quienes se comunican con ellos desde sus países de origen los vean, lo que no hace

más que reforzar ese concepto absurdo que tienen allí de Occidente. Sí, estas personas son inmigrantes económicos, pero muchos de ellos vienen a Europa por motivos equivocados, solo para integrarse en una frívola sociedad de consumo.»

El contribuyente europeo paga las facturas de esas personas desde el instante en que arriban a costas europeas hasta que obtienen la residencia y el permiso de trabajo. Y ese es un proceso que puede alargarse varios años. De ahí que satisfacer las necesidades de los migrantes que se hallan en ese limbo legal se haya convertido en otra industria de grandes proporciones que está enriqueciendo a un nuevo género de emprendedores europeos.

Enriquecerse explotando a los migrantes

El mayor éxodo global desde la segunda guerra mundial no solo es un filón para delincuentes europeos de poca monta. Desde organizaciones de ayuda humanitaria hasta empresarios independientes, son muchos los agentes para quienes esta situación representa una inmensa oportunidad de crecimiento, ya que los refugiados y los migrantes son personas a las que hay que alojar, vestir, alimentar y reubicar. He ahí un significativo sector de actividad «legal» que se sufraga (una vez más) con dinero de los contribuyentes.

En 2015, Noruega, un país de 5 millones de habitantes, recibió a 31.500 refugiados, más del doble de los que había recibido el año anterior. Dichos migrantes procedían predominantemente de Siria, Afganistán, Irak y Eritrea. La Dirección General de Inmigración (UDI) de Noruega, viéndose incapaz de gestionar tal flujo de entrada, recurrió a empresas privadas en busca de ayuda.

Un 90 por ciento de los refugiados que viven actualmente en Noruega son atendidos por compañías privadas con ánimo de lucro. Para los dueños de esas empresas, la crisis de los refugiados es el equivalente de la Fiebre del Oro. Por alojar y alimentar a los refugiados, el gobierno noruego paga entre 31 y 37 dólares por noche. Es fácil ver hasta qué punto pueden obtenerse ganancias con semejantes tarifas. «Justo a las afueras de Oslo, un empresario avispado llamado Ola Moe [...] alquiló por 10.000 euros al mes un hospital que estaba vacío, le hizo unas reformas mínimas y, luego,

comenzó a cobrar al Estado 460.000 dólares mensuales por hospedar y dar de comer allí a doscientos refugiados.»[6]

Entre los beneficiarios de esta particular fiebre del oro está Hero Norway, una empresa hotelera propiedad de los hermanos noruegos Adolfsen. Hero ofrece un surtido de productos: residencias para las estancias cortas de quienes esperan el correspondiente examen policial de sus casos; plazas para estancias más largas (de dos a tres semanas) para quienes esperan a ser interrogados por otras autoridades de inmigración; y campamentos para periodos más prolongados cuyos huéspedes viven en casas independientes mientras esperan (durante años en algunos casos) a ser reubicados en Noruega.

Hero Norway no es la única empresa con ánimo de lucro que opera a tan grande escala en el Viejo Continente. ORS Service AG, una compañía suiza, generó 99 millones de dólares de ingresos en 2014 con el negocio de la atención a refugiados en Suiza, Austria y Alemania. Por otra parte, es imposible recabar información sobre los ingresos de muchas de esas empresas para el ejercicio de 2015, pues las empresas con ánimo de lucro que se encargan de los refugiados se han vuelto muy reservadas con sus cuentas.

A los migrantes y los refugiados se los aloja en edificios que, o bien estaban abandonados, o bien llevaban mucho tiempo sin utilizarse, como pueden ser antiguos internados, centros de rehabilitación, hospitales u hoteles de montaña. Personas como los hermanos Adolfsen los compran baratos y los convierten en campamentos para refugiados.

Es un patrón que se repite a lo largo y ancho de Europa. En el verano de 2015, unos quinientos migrantes y refugiados estaban alojados en un gran complejo, Centro di Costagrande, en el Véneto. «El propietario es un rico empresario de Verona, Pietro Delaini, que compró ese complejo con ese fin», cuenta Ida Pierotti. El gobierno italiano paga 35 euros por persona y día: 27,50 euros por habitación y comida, 2,50 euros en concepto de dinero para pequeños gastos personales, y 5 euros para que la organización cumpla con los requisitos del programa, que van desde clases de idiomas hasta visitas médicas. Las organizaciones de ayuda humanitaria (como Cáritas o Aquiloni, donde trabaja Pierotti) reciben solamente 30 euros porque facilitan esa última parte de manera gratuita, pero otras empresas, como la cooperativa Spazio Aperto, que atiende a los refugiados en el propio Costagrande, reciben esos 5 euros adicionales por migrante y día. «No es

una cantidad sin importancia —comenta Ida Pierotti—. Por quinientas personas, hablamos de 2.500 euros diarios o 75.000 al mes. Estos fondos deberían emplearse en pagar trabajadores y trabajadoras sociales, a razón de uno por cada diez refugiados. Ese es el criterio considerado estándar para proporcionar una asistencia diaria adecuada. Sin embargo, la mayoría de las empresas metidas en este negocio no contratan personal a tiempo completo, sino que recurren a voluntarios.»

A veces, incluso las ONLUS —que, por definición, no tienen ánimo de lucro— no pagan como es debido a trabajadores y trabajadoras sociales para que presten apoyo a los migrantes. Muchas personas me han expresado quejas respecto a lo que les pagan. Por ejemplo, una refugiada que ha realizado labores de traducción para una entidad italiana sin ánimo de lucro, una de las principales del sector de la atención a los refugiados en Milán, me contó que su trabajo de traductora se le retribuía en cheques comedor. Como muchas personas empleadas en ese sector, prefiere permanecer en el anonimato porque teme la reacción de las grandes ONLUS, que disponen de dinero y abogados para llevarlas a juicio si se da la ocasión. Como en todas las fiebres del oro, en la generada por la crisis de los refugiados abundan los especuladores que se aprovechan de la situación.

Más impactante aún resulta el hecho de que las autoridades no controlen los presupuestos de las compañías que se encargan de este negocio, compañías a las que se paga con dinero público para que presten servicios de alojamiento y manutención a los migrantes. Grandes ONLUS como, por ejemplo, la mencionada entidad milanesa, reciben cuantiosas sumas de dinero de los gobiernos municipales para que cuiden de migrantes que, hasta hace poco, estaban acampados en las estaciones centrales de sus ciudades. Y ese es un dinero que dichas entidades pueden gastar como les plazca, incluso contratando servicios de publicidad y relaciones públicas. Cuando, en octubre de 2015, una voluntaria me llevó de visita al centro para refugiados situado cerca de la estación de Milán, unas instalaciones donadas por la asociación de ferroviarios y gestionadas por la gran ONLUS milanesa ya mencionada, se me acercó un grupo de personas de dicha entidad mientras yo estaba sacando una foto del comedor. Un tipo bastante grosero me dijo que yo no tenía autorización para sacar fotos y que necesitaba permiso para hablar con cualquier persona que estuviera dentro del centro. Cuando le pregunté quién era, me dijo que el encargado de prensa de la organización. A su lado, había un hombre con una cámara de fotos muy cara

en la mano. ¡Era el fotógrafo oficial de aquella entidad sin fines lucrativos! Les expliqué que estaba allí investigando para un libro sobre los secuestros y los refugiados, y ellos me indicaron de inmediato la puerta de salida.

Dentro de ese centro neurálgico gestionado por esa organización, estaban instaladas también otras ONLUS y otras organizaciones de ayuda humanitaria, incluida la Cruz Roja, que ofrecen servicios a los refugiados. Antes de ser conducida tan displicentemente hasta la salida, tuve tiempo de hablar con un médico sirio. Mientras conversaba con él, llegó un eritreo. Llevaba unas sandalias de plástico muy gastadas, vestía ropa muy vieja e iba muy sucio. Parecía agotado y enfermo. Nadie le ofreció en ningún momento ayuda, comida, ropa ni la posibilidad de que se diera una ducha. El médico le dijo que esperara hasta que hubiera acabado de hablar conmigo. Aquel hombre se sentó en una silla fuera de la consulta, con la cabeza entre las manos y sin imaginarse siquiera que «valía» 45 euros diarios.

Mientras investigaba sobre este campo, tuve una muy viva impresión de que los refugiados son mercancías para todo el mundo, fuentes de renta e ingresos. La industria erigida en torno a su tragedia da empleo a cientos de miles de personas en toda Europa. Y muchos son puestos de trabajo a tiempo parcial, sí, pero no dejan de ser empleos en economías asoladas por porcentajes de desempleo de hasta dos cifras.

Regular el modo en que se facilita alojamiento y manutención a los migrantes es tan difícil como en su momento pudo serlo el regular la Fiebre del Oro de 1849 en California. Quienes llevan la iniciativa en este negocio van siempre un paso por delante de todo y de todos. «Hasta las empresas sin ánimo de lucro pueden lucrarse —dice la traductora de Milán—. Todo lo que tienen que hacer es emitir facturas a empresas “amigas” o pagar “salarios” a amigos o conocidos.» ¿Contratando a un encargado de prensa y a un fotógrafo, quizá? Posiblemente, pero más fácil todavía resulta lucrarse trasladando a los refugiados de un lugar a otro como si fueran mercancía. Cuando se hizo evidente que tener a quinientas personas juntas en Costagrande (hombres y mujeres) no era buena idea, cerca de la mitad fueron llevadas a otro emplazamiento. Algunas terminaron en Prada, un pueblo de montaña situado cerca de San Zeno di Montagna, en un hotel abandonado y aislado que el dueño de Costagrande había comprado y acondicionado para ese nuevo uso.

Sangre nueva para el Viejo Continente

Los traficantes andan muy ocupados haciendo dinero con personas que huyen de las campañas de bombardeos de la gran coalición de Obama o de las fuerzas aéreas de Putin. Luego, unas entidades con ánimo de lucro o sin él proporcionan alojamiento y manutención a esas mismas personas, y son los contribuyentes los que pagan tanto los ataques aéreos como la atención a las víctimas huidas de ellos. Para justificar tan surrealista panorama, no faltan economistas ni políticos que afirmen que la repentina entrada de nueva mano de obra es positiva para Europa, o dicho de otro modo, que la Unión Europea puede beneficiarse de esa tragedia humana.

En enero de 2016, UBS, el banco internacional suizo, elaboró un informe titulado «El futuro de Europa»[7] en el que se afirmaba que, «para equipararse con el índice del crecimiento de la mano de obra en Estados Unidos, la UE precisa de 1,8 millones de inmigrantes adicionales (en edad laboral) al año durante el próximo decenio». Es decir, que la crisis de los migrantes —pese a ser una pesadilla para la civilización occidental, para localidades y ciudades de toda Europa, y para la seguridad europea en general— es perfecta para quienes desean contar con más mano de obra barata en el continente. Naturalmente, ese argumento sería correcto si la mayoría de los migrantes fuesen varones en edad de trabajar, pero no lo son. La mayoría de los migrantes sirios son familias enteras. Aunque una mayoría de refugiados son hombres, en cuanto obtienen el permiso de residencia, recurren a los procedimientos de reunificación familiar para traer a sus parientes cercanos. Como señalaba el *Financial Times*,[8] en los años venideros, Europa tendrá que gestionar los millones de personas dependientes que esos recién llegados querrán «traerse» desde sus países de origen. De ahí que la idea de aprovechar esta crisis migratoria para generar una mano de obra ampliada resulte fácilmente cuestionable, sobre todo si se tienen en cuenta el contingente potencial total de personas dependientes, el desembolso de capital necesario para procesar administrativamente, supervisar policialmente y proporcionar vivienda a todas ellas, y, por qué no reconocerlo, el pasivo en concepto de pensiones debidas que se acumulará de resultas de ello.

Hay estudios del Fondo Monetario Internacional (FMI) y de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) que

aseguran que las migraciones serán positivas para Europa a largo plazo, porque este es un continente que envejece con rapidez y, si nadie lo remedia, podría estar en un futuro muy cercano en una situación como la de Japón, con una proporción apabullante de pensionistas y una fuerza laboral demasiado reducida como para sufragar esas pensiones. Alemania es uno de los países que más rápidamente envejece de Europa. Al término de 2060, el cociente entre el número de pensionistas (personas de sesenta y cinco o más años de edad) y el de habitantes en edad laboral (personas de entre catorce y sesenta y cuatro años de edad) habrá aumentado hasta 0,59 desde 0,14 en 2013. Así pues, si nada cambia de aquí a ese año 2060, por cada pensionista alemán habrá menos de dos personas que trabajen y paguen impuestos que le sufraguen la pensión. Además, el coste de la sanidad y las pensiones públicas absorberá por sí solo un 5 por ciento adicional del PIB.

Los datos demográficos parecen hacer recomendable la inmigración. Según la OCDE, para evitar el estancamiento, la Unión Europea tendrá que absorber unos 50 millones de inmigrantes de aquí a 2060, lo que supone más de un millón cada año. Sin esa inyección de sangre nueva, la población germana disminuirá de los 81,3 millones de habitantes que tenía el país en 2013 a solo 70,8 millones en 2060. Para entonces, el país más poblado de Europa será el Reino Unido, cuya población va camino de crecer durante ese mismo periodo desde los 64,1 millones de habitantes hasta los 80,1 millones. Se trata de cifras relacionadas muy directamente con los elevados flujos migratorios actuales de entrada en el Reino Unido, flujos que, curiosamente, en años recientes han procedido principalmente de otros Estados miembros de la UE.

De todos modos, hoy en día, la afluencia de refugiados y migrantes representa realmente un problema para los europeos. «A corto plazo, el gasto público adicional incrementará la demanda interna y el PIB —concluía el FMI en uno de sus informes sobre inmigración—. Los expertos del FMI calculan que ese efecto será moderado para el conjunto de la UE (aumentará el nivel del PIB en algo así como un 0,1 por ciento en 2017), pero más pronunciado en los principales países de destino de los solicitantes de asilo.»[9] Bajará el PIB per cápita, eso sí, como respuesta al peor rendimiento de los refugiados en el mercado laboral y a las restricciones que algunos países impondrán en el acceso a ese mercado de trabajo para los solicitantes de asilo. «A largo plazo, el impacto económico neto dependerá de la velocidad de la integración de los refugiados en el mercado

laboral.» Pero a los políticos cortos de miras les importa poco el largo plazo, y la crisis de los migrantes está derivando rápidamente en una crisis política muy grave.

Lejos de considerarlo desde su vertiente de tragedia humana, para muchos dirigentes europeos el mayor éxodo acaecido desde la segunda guerra mundial es un bumerán político que se cierne de vuelta sobre ellos a toda velocidad, un bumerán que derribará a quienes encuentre a su paso en su trayectoria de regreso. No se divisa ninguna solución fácil en el horizonte. Poner fin a la campaña de bombardeos en Siria solo serviría para dar a Rusia mayor poder de cara a fortalecer el régimen de Asad, lo que no detendría la hemorragia de población siria que abandona sus hogares. Abrir las fronteras se ha demostrado una medida desastrosa debido al enorme número de refugiados y migrantes que entran entonces en Europa. Y la única solución posible que se le ha ocurrido a la UE es hacer lo que hicieron Berlusconi y Prodi: frenar a los migrantes en las puertas de Europa con la ayuda de una nación amiga, Turquía. ¿Hará Erdogan para la Unión Europea lo que Gadafi hizo para Italia y la UE hasta hace muy pocos años? Turquía pide dinero y un estatus de colaboración privilegiada, que incluye la anulación del requisito de visado de entrada en la Unión Europea para los ciudadanos turcos, como preludio de un posible ingreso futuro en la UE.

Los migrantes quedarán bloqueados dentro de Turquía y confinados en campamentos de refugiados donde se criará la próxima generación de secuestradores, yihadistas y delincuentes. El Califato hallará en esas agitadas aguas un abundante caladero de futuros guerreros.

Epílogo

EL «BREXIT»

Fue la noche más larga. A los pocos minutos de que cerraran los colegios electorales tras la jornada del referéndum británico sobre la permanencia en la Unión Europea, YouGov publicó los resultados de un sondeo a pie de urna que daban un cómodo margen de victoria a los proeuropeos y, en apenas unos instantes, el tipo de cambio de la libra respecto al dólar se disparó hasta los 1,50 dólares por libra, un síntoma claro de la confianza que se tenía en la fiabilidad de aquel pronóstico.

Yo consulté repetidas veces la página de Bloomberg y los indicadores estaban en verde: ¡todo subía! Los mercados y el mundo entero estaban seguros de que aquel sería el resultado definitivo..., ¿y por qué no iba a serlo? Durante semanas, políticos, economistas, instituciones internacionales, científicos y hasta estrellas de Hollywood varias habían exhortado a los británicos para que siguieran en Europa, para conservar el *statu quo*, aun cuando no fuera una situación «ideal».

Los mercados se mostraban particularmente optimistas y contentos en aquellos momentos, porque la UE había sido uno de los más firmes adalides del neoliberalismo y una de las grandes fuerzas impulsoras de la globalización. Tras la caída del Muro de Berlín, la Unión Europea había entregado *de facto* el antiguo bloque soviético a los mercados financieros. También había acudido al rescate de los mercados financieros en más de una ocasión. En 2010, en el inicio de la crisis de la deuda soberana, pero también en 2011, cuando los sistemas bancarios italiano y español parecían estar a punto de implosionar, el Banco Central Europeo desempeñó un

papel crucial en ese sentido, pues impidió una debacle de las finanzas mundiales rescatando a bancos e instituciones financieras diversas. Sí, los mercados habían sido unos de los principales beneficiarios de la «nueva» Unión Europea «ampliada», una institución con veintiocho miembros y con aspiraciones de añadir a algunos más. Así que era natural que, durante aquella noche de recuento de los votos que los británicos habían emitido para decidir si continuarían perteneciendo o no a dicho club internacional, el mundo de las finanzas estuviera bien despierto y a favor del bando de la «permanencia».

Durante una hora, aproximadamente, corredores y agentes de todo el mundo anduvieron muy ocupados operando, tomando posiciones largas con la libra y comprando acciones (y, de paso, impulsando los índices al alza). Los especuladores se prometían una noche fantástica: el *brexit*, la temidísima salida de la segunda mayor economía de la UE de dicho club, parecía haberse quedado en pesadilla del pasado, y ganar dinero apostando a un aumento de valor de la libra parecía tan fácil como quien lo gana fabricando billetes. Como suele ser el caso, las apuestas a favor de la libra se hacían con recursos tomados a préstamo, un truco demasiado extendido en el mercado actual. El «apostador» pone una pequeña parte de la apuesta y pide prestado a otro agente el resto del importe de esta. Cuando realiza su ganancia, devuelve el préstamo con sus correspondientes intereses y se embolsa el resto de los beneficios. No llega a producirse movimiento de dinero alguno y las apuestas en cuestión son a muy corto plazo, de solo unas horas en muchos casos. Pero si la apuesta es fallida, ¡las pérdidas son enormes!

En cuanto llegaron los primeros resultados del recuento de votos reales, el bando partidario de la salida de la UE informó de que sus cifras estaban siendo mejores que las inicialmente esperadas y todo cambió.

En veinte minutos, el tipo de cambio de la libra con respecto al dólar cayó de 1,50 dólares por libra a 1,43, un verdadero precipicio en las gráficas de evolución. Y seguiría cayendo toda la noche hasta alcanzar su valor mínimo en treinta años: 1,32. La que estaba destinada a ser una velada de celebración para las finanzas internacionales terminó convertida en una noche de confusión y consternación. Los corredores entraron en pánico; los políticos entraron en pánico; el mundo entró en pánico. El *statu quo* se desmoronaba.

Mientras proseguía el recuento de votos, se iba haciendo evidente no solo que el Reino Unido se encaminaba hacia el *brexit*, sino también que era un país hondamente dividido. Inglaterra y Gales votaron muy mayoritariamente a favor de la salida por motivos eminentemente económicos y sociales: para poner fin al estancamiento económico, que muchos atribuyeron a la reglamentación excesiva de una institución europea demasiado burocratizada, la UE, y para frenar las migraciones masivas procedentes de otros Estados miembros de la Unión Europea hacia el Reino Unido, una corriente constante y creciente de personas en busca de empleos y de un futuro en un país que, desde 2010, había creado más puestos de trabajo que ninguno de los otros 27 miembros.

Al amanecer del día siguiente, el mapa de la división del país apareció claramente dibujado en las pantallas de televisión. Sin embargo, lo que los programas informativos no ofrecieron fue la imagen fija de un continente dividido en torno a las mismas cuestiones y, en particular, a la de la inmigración. De hecho, lo que había inclinado la balanza de los votos británicos hacia el *brexit* no había sido la caótica forma que Bruselas había tenido de manejar toda una serie de crisis económicas a lo largo de los últimos años, ni la obsesión de los euroburócratas por las reglas y las regulaciones, sino lo mal que habían gestionado las autoridades europeas el éxodo de refugiados desde África, Oriente Próximo y Medio, y el Asia central. El bando de los partidarios de la permanencia tuvo la mala suerte de que la crisis de los refugiados estallara en el verano de 2015. Enseguida se convirtió en el tema central de las críticas contra Bruselas. Los líderes de la campaña a favor del *brexit* criticaron con fuerza que se hubieran abierto súbitamente las fronteras sin contar antes con una estrategia adecuada a propósito de cómo absorber a los migrantes. Y se opusieron con más vehemencia si cabe al acuerdo cerrado más tarde con Turquía, pues afirmaban que terminaría dando a la población turca el derecho a entrar en el Reino Unido sin necesidad de visado.

Y es que, para cuando se celebró el referéndum del *brexit*, la fortaleza europea llevaba ya un año desmoronándose desde dentro, presionada por la llegada de millones de personas desplazadas, víctimas de la insensata política exterior que Europa había seguido desde el comienzo del actual milenio. ¡Una política diseñada al otro lado del Atlántico, en Washington D. C., no en Bruselas! La crisis de los refugiados, el mayor éxodo desde la segunda guerra mundial, es consecuencia directa de la desestabilización

política de un amplio sector geográfico del mundo, un fenómeno irreversible desencadenado, en primer lugar, por la globalización y, en segunda instancia, por el crecimiento del yihadismo delictivo. ¿Entienden bien esto los europeos o los norteamericanos? Sus dirigentes vienen proyectando últimamente un dibujo de la situación diferente, un escenario de presunta confrontación entre el bien y el mal. Y los medios de comunicación han renunciado a relacionar factores y fenómenos para ofrecer una interpretación más realista de esta épica tragedia humana. Así que la respuesta a la pregunta es «NO»: los líderes europeos y americanos parecen incapaces de entender que la causa originaria ha de buscarse en la respuesta que dieron al 11-S en forma de una «guerra contra el terror». Pero la incompetencia de una clase política que no ha sabido enderezar el rumbo en las tormentosas aguas de la globalización no es algo que haya pasado inadvertido al juicio de la ciudadanía.

El *brexit* solo es la punta del iceberg. La popularidad en aumento de ciertos grupos derechistas, la vuelta de la xenofobia y el racismo, el restablecimiento de las fronteras, los llamamientos al proteccionismo: todos son síntomas de un malestar que se está propagando por todo el mundo occidental. En los años venideros, tal vez seamos testigos de la llegada de una nueva clase política dirigente que apele a un deseo de cerrar heridas y fracturas. Pero también veremos más estancamientos electorales, como el que se vive ahora en España, donde, por segunda vez consecutiva, ningún partido ha obtenido la mayoría necesaria para gobernar. Mientras ese sea el panorama vigente, los mercaderes de personas continuarán haciendo su agosto traficando con mujeres y hombres desesperados hasta las puertas de las fortalezas occidentales, un negocio que, a su vez, seguirá financiando al yihadismo tanto dentro como fuera de las flamantes nuevas murallas que vayamos erigiendo a nuestro alrededor.

GLOSARIO

Abu Bakr al Bagdadi: Líder del ISIS y autoproclamado califa del Estado Islámico.

Brigada Abu Omar: Grupo yihadista de combatientes extranjeros, conocido también como Katibat al Muhayirin («Brigada de los Emigrantes») y como Brigada Muhayirin, liderado por Abu Omar al Shishani, que fue luego líder de Yaish al Muhayirin wal Ansar en Siria justo antes de integrarse en Estado Islámico. Shishani es un exsoldado georgiano que fue licenciado del ejército tras contraer tuberculosis.

ACTED (anteriormente Agence d'Aide à la Coopération Technique et au Développement, es decir, «Agencia de Ayuda a la Cooperación Técnica y al Desarrollo»): ONG humanitaria francesa fundada en 1993. Es una entidad no gubernamental, apolítica y sin ánimo de lucro comprometida con el apoyo a poblaciones vulnerables de todo el mundo.

Alauismo: Secta religiosa siria que sigue una variante mística del islam chií. Como es un grupo que ha mantenido históricamente un gran secretismo en torno a sus creencias, no se sabe mucho de ellas. Sus miembros representan una minoría muy significativa en Siria: en torno al 12 por ciento de la población.

Al Nusra: Rama de Al Qaeda que actúa en Siria y Líbano. Se creó en 2012, durante la guerra civil siria. Ha tenido varios enfrentamientos con el ISIS, con el que mantiene ahora una guerra abierta en la que se está viendo a todas luces superado por este.

Ansar al Islam: Grupo armado suní que estuvo activo durante la guerra de Irak. Se fundó en ese país en 2001 como un movimiento salafista dedicado a la misión de imponer una aplicación estricta de la sharia. El grupo siguió combatiendo contra el gobierno iraquí tras la retirada de las tropas estadounidenses y envió también miembros a Siria para luchar en la guerra civil de ese país.

Autodefensas Unidas de Colombia (AUC): Organización paramilitar dedicada también al tráfico de droga que estuvo activa en Colombia entre 1997 y 2006. Para comprender los orígenes de esta milicia, hay que remontarse a los años ochenta, cuando los señores de la droga crearon varios de esos grupos con el fin de combatir los secuestros y la extorsión cometidos por las fuerzas rebeldes. Las AUC llegaron a tener unos 20.000 miembros y estaban bien financiadas gracias al comercio de la droga y al apoyo de terratenientes y ganaderos locales, de empresas mineras y de petróleo, y de diversos políticos.

Grupo Islámico Armado o *Groupe Islamique Armé* (GIA): Una de las dos organizaciones islamistas armadas principales que luchó contra el gobierno argelino durante la guerra civil de Argelia. Se creó a partir de la unión de grupos armados más pequeños a raíz del golpe militar de 1992 y del arresto y el encarcelamiento de miles de miembros, cuadros y dirigentes del FIS después de que este partido ganara la primera vuelta de las elecciones parlamentarias de diciembre de 1991.

Califa: Título del principal gobernante civil y religioso musulmán, a quien corresponde proteger la integridad del Estado y de la fe. Los califas están considerados sucesores de Mahoma. El término

se deriva del árabe *jalifa*, que significa «sucesor». «Califa» fue también el título honorario adoptado por los sultanes otomanos en el siglo XVI, después de que el sultán Mehmed II conquistara Siria y Palestina, hiciera de Egipto un satélite del Imperio otomano y fuese reconocido como guardián de las ciudades santas de La Meca y Medina.

Califato: Gobierno del califa o territorio sobre el que se ejerce ese gobierno.

Convención de Dublín: Conocida también como Reglamentos de Dublín, es una ley de la UE y piedra angular del llamado Sistema de Dublín, que consiste en dos normas regulatorias básicas —el Reglamento de Dublín propiamente dicho y el Reglamento de la Eurodac— por las que se instituye una base de huellas dactilares de ámbito paneuropeo de quienes entran sin autorización en la UE. Los Reglamentos de Dublín pretenden que sea «fácil determinar el Estado miembro responsable» de cada solicitud de asilo y estipulan que el solicitante de asilo correspondiente sea transferido a ese Estado. Normalmente, el Estado miembro responsable es aquel a través de cuyas fronteras entró inicialmente en la UE el solicitante de asilo en cuestión.

Centro Europeo contra el Tráfico de Migrantes (EMSC): Puesto en marcha en febrero de 2016 por la Europol, su misión consiste en apoyar proactivamente a los Estados miembros de la UE en el desmantelamiento de redes delictivas implicadas en el tráfico organizado de migrantes. El centro presta especial atención a los puntos geográficos donde más se concentra esa actividad criminal y trata de aumentar la capacidad general de la Unión Europea para combatir las redes de tráfico humano.

Euskadi Ta Askatasuna (ETA): Significa «País Vasco y Libertad» en lengua vasca. Es un grupo armado que lucha por que el País Vasco se independice de España. ETA comenzó siendo EKIN, un grupo nacionalista que cambió su nombre por el de Euskadi Ta Askatasuna en 1958. Las actividades iniciales de la nueva organización consistieron en la colocación de artefactos explosivos en ciudades vascas como Bilbao. En 1968, ETA llevó a cabo su primera iniciativa militar y, en años posteriores, intensificó su violencia, centrada especialmente en miembros de las fuerzas de seguridad y en políticos. Sigue siendo una organización en activo en España y mantiene lazos con grupos armados de todo el mundo. Se cree que cuenta con pocos miembros, quizá no más de una veintena de activistas acérrimos y unos cientos de seguidores, y también se cree que tiene su cuartel general en las provincias vascas de España y Francia.

Brigada Faruk: Organización armada formada por varias unidades del Ejército Libre de Siria en Homs. El grupo aumentó rápidamente su tamaño y su protagonismo en 2012, pero luego sufrió divisiones internas y reveses en el campo de batalla que hicieron que, en 2013, su influencia se hubiese reducido ya en considerable medida. En 2014, el grupo prácticamente había dejado ya de existir, pues las diversas facciones que lo componían se habían integrado en otras organizaciones rebeldes.

Abogados Libres de Siria: Sus miembros comenzaron a manifestarse al inicio de la revolución siria en Qasr al Adli, el tribunal principal de Alepo. Luego, cuando el régimen comenzó a encarcelar a otros activistas, llevaron su protesta a la calle. Además de manifestarse y de entregar ayuda humanitaria, los Abogados Libres de Siria también trabajan por construir un sistema judicial mejor que integre la tradición siria y sea más reconocible para el pueblo.

Hezbolá: «Partido de Dios», en árabe. Hezbolá es un grupo chií libanés radical que se formó en 1982 como respuesta a la invasión israelí del Líbano. Aboga por la instauración de un régimen islámico en ese país como el que se instauró en Irán, así como por la liberación de todas las tierras árabes ocupadas y la expulsión de los no musulmanes de los países donde dicha religión es mayoritaria. La organización está patrocinada por Irán y su ámbito de operaciones predominante es el valle de la Bekaa, al sur de Beirut. Se calcula que cuenta con unos 40.000 miembros en el Líbano y varios miles de seguidores. Posee artillería pesada: múltiples lanzacohetes BM-21, por ejemplo. Se sabe que varios de sus miembros han cometido (o son sospechosos de haber cometido) numerosos ataques armados contra Estados Unidos. A Hezbolá también se lo conoce como la Yihad Islámica, pero su ala armada oficial se llama Resistencia Islámica. Esta última, creada en 1983, supervisa las

operaciones militares de la organización en el sur del Líbano. Cuenta con unos 400 combatientes bien entrenados y unos 5.000 seguidores que le sirven de personal de apoyo. Aparte de ciertos ataques aislados esporádicos (la mayoría, atentados con bomba y asesinatos), también lanza operaciones militares propiamente dichas contra los ejércitos israelí y libanés. Desde 1993, se han ilegalizado muchas actividades de Resistencia Islámica, que mantiene una estructura organizativa de corte netamente militar. Mientras tanto, Hezbolá ha dedicado especiales esfuerzos a consolidar una base popular en el sur del Líbano fomentando actividades de auxilio social, como su Yihad al Hoed («Iniciativa santa para la reconstrucción»), que subvenciona la reconstrucción de edificios destruidos por el ejército israelí. También dona 25.000 dólares a las familias de los «mártires» que mueren en operaciones suicidas.

Human Rights Watch (HRW): ONG internacional que se dedica a realizar estudios sobre la situación de los derechos humanos en el mundo y a concienciar sobre esta.

Organización Internacional para las Migraciones (OIM): Fundada en 1951 con el nombre de Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas (CIME) con el fin de ayudar al reasentamiento de personas desplazadas por la segunda guerra mundial. A fecha de abril de 2015, la OIM tiene 162 Estados miembros y nueve Estados observadores. Es la principal organización intergubernamental en el terreno de las migraciones. La OIM se dedica a promover el carácter humano y ordenado de las migraciones en beneficio de todos. Para ello, facilita servicios y asesoramiento a gobiernos y migrantes.

Ejército Republicano Irlandés (IRA): Nombre de varios movimientos armados irlandeses que se han dedicado activamente en los siglos XX y XXI a la causa del republicanismo en Irlanda con el propósito de crear una república independiente que abarcara el territorio de toda la isla. También se han caracterizado por creer que, para alcanzar tal meta, era preciso recurrir a la violencia política.

ISIS: Iniciales en inglés de «Estado Islámico en Irak y Siria». Conocido también como Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIL), o como Estado Islámico (EI) a secas, esta organización terrorista se creó oficialmente en 2013, aunque su historia se remonta a principios de la década anterior y a Al Qaeda. Su territorio abarca extensos sectores tanto de Irak como de Siria, y sus fuerzas tardaron muy pocos meses en llegar a las puertas de la ciudad iraquí de Mosul, que estaba ya siendo atacada por Estado Islámico a principios de septiembre de 2014.

Frente Islámico de Salvación: Antiguo partido político en Argelia. En 1990, el FIS recibió más de la mitad de los votos válidos emitidos por los argelinos en las elecciones municipales de ese año. Cuando todo indicaba que obtendría la victoria en la segunda vuelta de las elecciones generales de enero de 1992, un golpe militar disolvió el partido y recluyó a miles de sus militantes en campos de internamiento en el Sáhara. Quedó oficialmente prohibido dos meses después.

Islamismo: Ideología política basada en la idea de que los principios religiosos musulmanes deben imponerse en todos los aspectos de la vida pública y de la privada.

Yihad: Término que se ha traducido erróneamente muchas veces por «guerra santa», una concepción equivocada que nació en Europa durante las Cruzadas. *Yihad* es una palabra árabe que se traduce más bien como «esfuerzo» y que, desde el punto de vista religioso, viene a entenderse como la necesidad de luchar por servir mejor a la causa de Dios. Dos son los aspectos de la yihad: hay una «gran yihad», que es el esfuerzo requerido para vencer los deseos carnales y las inclinaciones malignas, y una «pequeña yihad», que se entendería como la defensa armada del islam contra sus agresores. El término ha sido utilizado por diversos grupos armados en sus enfrentamientos violentos con Occidente. Famosa fue la invocación de la yihad que hizo Osama Bin Laden cuando lanzó una fetua contra los estadounidenses llamando a una «guerra justa» contra el opresor.

Corán: Sagrada escritura del islam.

Movimiento para la Unicidad y la Yihad en África Occidental (Mouvement pour l'Unicité et le Jihad en Afrique de l'Ouest, MUJAO): Organización armada activa que se escindió de Al Qaeda en el Magreb Islámico. Anunció en un vídeo su primera acción armada el 12 de diciembre de 2011

con la intención de propagar la yihad a una región más extensa del África occidental, si bien sus operaciones se han limitado hasta el momento al sur de Argelia y el norte de Mali.

Muyahidín: Plural de la palabra árabe *muyahid*, que significa literalmente «quien hace la yihad». El término fue aplicado en su momento a los musulmanes que luchaban contra la ocupación soviética de Afganistán (1979-1989) y se ha traducido desde entonces como «combatientes de la guerra santa».

Nacionalismo: Término empleado para describir el sentimiento y la ideología de apego y compromiso con una nación y sus intereses. La palabra viene de la teoría según la cual un Estado debe estar fundado sobre una nación y que toda nación debe constituirse como Estado. El nacionalismo requiere de una conciencia previa de identidad nacional que puede incluir elementos como la integridad territorial, una lengua común, unas costumbres compartidas u otros factores culturales.

Operación Restaurar la Esperanza: Fuerza multinacional liderada por Estados Unidos bajo mandato de la ONU que intervino en Somalia entre el 5 de diciembre de 1992 y el 4 de mayo de 1993 con la misión de crear allí un entorno protegido para las operaciones de ayuda humanitaria en la mitad sur del país.

Organización para la Liberación de Palestina (OLP): Movimiento nacionalista palestino y organización central de todos los movimientos palestinos. La OLP fue creada en 1964 por Ahmed Shukeiry bajo los auspicios de Egipto. Su objetivo, según se expresa en su estatuto de constitución de mayo de 1964, es la creación de un Estado palestino independiente en el territorio del actual Estado de Israel o, como mínimo, en los Territorios Ocupados por este (Gaza y Cisjordania). Yasir Arafat fue su líder de 1969 hasta su muerte en 2004, cuando lo sucedió Mahmud Abás, quien continúa al frente de la organización.

Partido de los Trabajadores del Kurdistán (Partiya Karkerên Kurdistanê, PKK): Organización izquierdista radical con presencia en Turquía y el Kurdistán iraquí. El PKK libra desde 1984 una lucha armada contra el Estado turco por el derecho a la autodeterminación del pueblo kurdo en Turquía. La organización fue fundada en 1978 en el pueblo de Fis por un grupo de estudiantes kurdos liderados por Abdullah Öcalan. La ideología del PKK era originalmente una fusión de socialismo revolucionario y nacionalismo kurdo: lo que se pretendía era fundar un Estado marxista-leninista independiente que se llamase Kurdistán. En agosto de 2015, el PKK anunció estar dispuesto a aceptar un alto el fuego con Turquía garantizado por Estados Unidos. Pero en una declaración conjunta con otras nueve organizaciones hecha pública en marzo de 2016, el PKK volvió a llamar al derrocamiento revolucionario del gobierno turco y del capitalismo.

Al Qaeda: «La base» (traducción literal) fue formada originalmente por Osama Bin Laden y Abu Ubaidá al Banshiri (máximo comandante militar de Bin Laden) allá por 1988 como una red con la que interconectar a los árabes que combatían voluntarios en la yihad antisoviética. Al Qaeda también ayudó a financiar, reclutar y entrenar a extremistas islámicos suníes para la resistencia afgana. Con el tiempo, se convirtió en una organización insurgente islamista suní de carácter multiétnico que se ha mantenido activa desde entonces, incluso después de terminada la guerra en Afganistán. Su objetivo principal es la instauración de un califato panislámico que abarque todo el mundo musulmán. Por ello, busca la colaboración de otras organizaciones islamistas armadas para derrocar a los regímenes existentes considerados «no islámicos» y para expulsar a los occidentales y los no musulmanes de los países musulmanes. En 1998, se fusionó con la Yihad Islámica Egipcia («Al Yihad»). Se calcula que su número de miembros oscila entre varios centenares y varios miles.

Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI): Organización islamista armada que actúa en el África occidental y el Sahel y aspira a crear un Estado islámico. El grupo ha declarado su intención de atacar objetivos europeos (españoles y franceses, por ejemplo) y estadounidenses. Sus miembros proceden principalmente de comunidades locales de Argelia y el Sáhara (como los clanes tribales tuaregs y berabiches de Mali), y de suburbios de las ciudades marroquíes. La mayoría de sus líderes son argelinos.

Brigadas Rojas: Las *Brigate Rosse* (o BR) se formaron en 1969 en Italia a partir de los movimientos estudiantil y obrero. Su ideología defendía el uso de la violencia al servicio de la lucha de clases y la revolución. El grupo tenía su base (y su teatro) de operaciones en Italia y los blancos de sus atentados eran principalmente símbolos del orden establecido, como empresarios, políticos y hombres de negocios.

Real Policía Montada de Canadá (RCMP, por sus siglas en inglés, o GRC, por sus siglas en francés): Fuerza policial federal y nacional de Canadá.

Salafismo: Secta del islam que propugna una adhesión estricta y literal a los principios escritos de esta religión. Se originó en el siglo XIX en respuesta a la influencia europea en la región. Catalogados por algunos de puritanos y relacionados con frecuencia con la yihad, los salafistas se concentran mayormente en Arabia Saudí, Catar y los Emiratos Árabes Unidos, y se les considera la «minoría mayoritaria» en Oriente Próximo y Medio.

Al Shabab: Organización yihadista armada implantada en el África oriental. En 2012, juró lealtad a Al Qaeda y, en 2015, al ISIS. El número de efectivos de Al Shabab se estimaba en 2014 entre los 7.000 y los 9.000 militantes. En 2015, el grupo se ha retirado de las ciudades principales y ya controla solamente unas pocas áreas rurales.

Al Shabab nació de la Unión de Tribunales Islámicos, que se fragmentó en varias facciones más pequeñas tras su derrota en 2006 ante el Gobierno Federal de Transición (GFT) somalí, apoyado por sus aliados militares etíopes. El grupo se describe a sí mismo como inmerso en una yihad contra «los enemigos del islam».

Sharia: Palabra que significa literalmente «legislación» y que hace referencia al código moral y legal por el que se rige la vida de los musulmanes devotos.

Chiíes: Seguidores de la estirpe de los partidarios de Alí, yerno de Mahoma, que se negaron a someterse a la autoridad del califa Muawiya en el momento de la Gran Fitna, que dio lugar al mayor cisma de la historia del islam.

Suníes: Quienes conforman la secta mayoritaria en el islam. Tras la muerte de Mahoma, aquellos de sus seguidores que eran partidarios de seguir el método tradicional de elección de líderes basado en el acuerdo de la comunidad pasaron a ser conocidos como suníes. Se les opusieron los chiíes, favorables al principio hereditario como criterio de traspaso de la autoridad.

***Takfir*:** Acusación de apostasía.

Al Tawhid wal Yihad: Organización islamista radical fundada en Faluya en 2003 y liderada por Abu Musab al Zarqaui. El grupo preparó documentación falsa para más de cien combatientes de Al Qaeda que lograron huir así de Afganistán durante la guerra de 2001. También les facilitó dinero y un refugio seguro (cerca de Teherán), y organizó luego su desplazamiento desde Irán hasta otras zonas de Oriente Medio y Próximo, y de Occidente. En 2004, el grupo se declaró leal a Osama Bin Laden y cambió su denominación por la de Al Qaeda en Irak. Su nombre significa «monoteísmo y yihad».

USA PATRIOT Act: Ley del Congreso estadounidense firmada y sancionada por el presidente George W. Bush el 26 de octubre de 2001. Su acrónimo de diez letras (USA PATRIOT) significa «Uniting and Strengthening America by Providing Appropriate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorism» («Unión y fortalecimiento de Estados Unidos mediante la provisión de las herramientas necesarias para interceptar y obstaculizar el terrorismo»). La ley se aprobó con la intención de que ayudara a las agencias y organismos del gobierno a detectar e impedir tanto la comisión de posibles actos de terrorismo como el patrocinio de grupos terroristas.

Guerra subsidiaria: Un término por el que se designa un conflicto armado entre terceros que luchan «por delegación» de potencias mundiales más importantes. Un ejemplo prototípico de esta clase de guerras fue la de Vietnam entre mediados de la década de 1960 y principios de la de 1970, en la que el norte y el sur de dicho país se lanzaron a una confrontación bélica azuzados a ello por potencias extranjeras y, en especial, por Estados Unidos.

Abu Musab al Zarqaui: Radical islámico jordano que dirigía un campamento de entrenamiento en Afganistán en el año 2000. Saltó a la fama mundial tras ir a Irak y convertirse allí en responsable

de numerosos atentados con explosivos durante la guerra de Irak. Asesinado en 2006 por fuerzas estadounidenses.

AGRADECIMIENTOS

La idea de escribir este libro no fue mía. Mi editor japonés, Susumu Shimoyama, «Shim» (de Bungei Shunju), me sugirió que considerara la posibilidad de dedicar una obra al negocio de los secuestros. A mi agente, Diana Finch, le pareció buena idea, y mi editor estadounidense, Dan Simon (de Seven Stories Press), tuvo a bien encargarme el trabajo. Sin ellos, jamás hubiera emprendido tan difícil viaje.

Confieso que el tema me tenía bastante intranquila: los secuestros son un problema muy sensible que está envuelto, además, en una espesa bruma de secretismo. Llamé a todos mis contactos del entorno de la lucha antiterrorista, pero si algo hizo realmente posible que este libro viera la luz, fueron unos determinados avances clave en su desarrollo. El primero vino de la mano de mi editor danés, Claus Clausen (de Tiderne Skifter). Él fue quien me puso en contacto con Nagieb Khaja, un periodista *freelance* y autor de libros que estuvo secuestrado por los talibanes, y con Carsten Jensen, el aclamado novelista danés. A través de ellos, conocí a varias personas que trabajan en el ámbito de actividad relacionado con los rehenes y los secuestros. Uno de ellos, un negociador, aceptó hablar largo y tendido conmigo sobre su trabajo. Su visión desde dentro fue fundamental para comprender mejor lo complejo que se ha vuelto negociar con secuestradores desde la llegada del ISIS.

Otro gran avance se lo debo a la periodista *freelance* italiana Francesca Borri. Ella me aportó una perspectiva en tiempo real del negocio de los secuestros en Siria, así como información valiosa sobre cómo acaban siendo raptados los rehenes y sobre cómo se llevan a cabo las negociaciones. Además, Francesca me puso en contacto con algunos antiguos rehenes, entre ellos Joanie de Rijke, periodista *freelance* holandesa secuestrada en Afganistán por los talibanes. Las entrevistas con Joanie me resultaron valiosísimas para entender la importancia de la «hora de oro».

Varios periodistas se ofrecieron a ayudarme a contactar con exrehenes, negociadores o autoridades gubernamentales que trabajan en las «unidades de crisis» de sus respectivos países. Entre esas personas, vaya un agradecimiento especial a Mònica Terribas, conductora del programa *El Matí de Catalunya Ràdio* en Barcelona.

Por último, las mujeres de MAG Verona —Loredana Aldegheri, Nadia Albini e Ida Pierotti— me brindaron una perspectiva de la crisis de los refugiados que me sirvió para comprender el nexo que une ese negocio y el de los secuestros.

A medida que avancé en mi investigación, fui conociendo a personas dispuestas a compartir conmigo su experiencia con los secuestros: a Giacomo Madia, un agente de seguros italiano que me guio por las diversas fases de las negociaciones con los piratas somalíes; a Karin Weber, una antigua cooperante en misiones humanitarias de la ONU y de otras organizaciones, que me desveló las contradicciones en las que incurren algunas de estas entidades de ayuda humanitaria en zonas de guerra; y a Omar al Muqdad, un periodista *freelance* que me hizo partícipe de su investigación sobre los guías y los secuestradores en Siria.

Quiero dar muy sentidas gracias a Teakosheen Joulak, antigua profesora de inglés actualmente refugiada en Dinamarca, por compartir conmigo el impactante relato del viaje que ella y su marido tuvieron que hacer hasta llegar a Europa. Un agradecimiento muy especial es el que dedico a mi traductor danés, Joachim Wrang, que, yendo más allá de sus obligaciones estrictas como traductor, repasó todos los nombres, fechas y datos incluidos en este libro introduciendo las correcciones necesarias, y también a Lauren Hooker y a Jon Gilbert por revisar e insertar todos los cambios de última hora.

Debo dar gracias a todas las personas a las que he entrevistado por confiarme sus historias, e incluyo en ese agradecimiento también a aquellas que no he mencionado en el libro. Por razones de seguridad, he respetado su deseo de permanecer en el anonimato, pero quiero que sepan lo agradecida que les estoy por haber hablado conmigo.

Investigar para este libro y escribirlo han sido labores difíciles, agotadoras desde el punto de vista emocional y profusas en descubrimientos impactantes, como el de que los gobiernos clasifican a los rehenes según su supuesto orden de importancia. También me he encontrado a personas, víctimas de secuestros incluso, que se han negado a hablar conmigo y se han mostrado hostiles con la idea de que yo estuviera estudiando este fenómeno. Poner la verdad al descubierto puede ser un ejercicio muy doloroso para todos, exrehenes incluidos. La política del silencio es efectiva, entre otras cosas, porque los propios protagonistas no desean enfrentarse de nuevo a la pesadilla que vivieron. No obstante, si queremos impedir que otras personas caigan en las garras de los secuestradores, es perentorio que levantemos ese velo de silencio.

Sé que muchos me criticarán por haber destapado otra esquinita más de la cara oculta (y oscura) de la globalización, por haber cuestionado aquí la glorificación que se hace de los rehenes como si fueran héroes, y por denunciar la manipulación que los gobiernos de sus propios países hacen de la imagen de esas víctimas. Eso no significa que me traiga sin cuidado la tragedia humana del rapto y el asesinato de rehenes, ¡ni mucho menos! Muy al contrario: tanto en mi faceta de madre como en mi faceta de escritora, he tratado de mostrar a no pocos jóvenes entusiastas y a sus familias el peligro de «hacer el bien» en ciertas zonas del mundo, pero no para disuadirlos de dedicarse a tan honrosa tarea, sino para animarlos a desarrollarla de la forma más profesional y segura posible. «Haz el bien sin hacer(te) daño»: ese debería ser su lema. No olvidemos jamás que los rescates son una de las principales fuentes de financiación de muchas organizaciones armadas: es un dinero que las mantiene activas.

NOTAS

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

* Este capítulo recoge frases extraídas de todo un conjunto de entrevistas de Loretta Napoleoni con varios negociadores en los últimos diez años.

[1] Entrevistas de la autora con Maria Sandra Mariani, agosto de 2015 (por Skype) y octubre de 2015 (en Florencia). Todas las citas literales de las palabras de Mariani en este capítulo proceden de esas dos entrevistas.

[2] Las montañas de Acacus, o Tadrart Acacus (*tadrart* es el femenino de «montaña» en las lenguas bereberes), son un macizo montañoso ubicado en los desiertos occidentales de Libia que forma parte del Sáhara. Está situado al este de la ciudad libia de Ghat, y se extiende hacia el norte desde la frontera con Argelia a lo largo de un centenar de kilómetros. Las montañas de Acacus presentan una gran variedad de paisajes, desde dunas de arena de diferentes colores hasta arcos, desfiladeros, rocas aisladas y profundos barrancos (*uadis*). Aunque esta zona es una de las más áridas del Sáhara, tiene algo de vegetación y hay varios manantiales y pozos en la parte alta de las montañas. El área es conocida por su arte de pinturas en piedra y fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1985 por la importancia de esas pinturas y figuras grabadas que datan desde fecha tan antigua como el 12000 a. C. hasta aproximadamente el año 100 de nuestra era. *Wikipedia: The Free Encyclopedia*, s.v. «Tadrart Acacus», <https://en.wikipedia.org/wiki/Tadrart_Acacus>.

[3] Cf. Loretta Napoleoni, *Terror Incorporated*, Nueva York, Seven Stories Press, 2005, capítulo 18.

[4] Entrevista de la autora con un agente de la Europol, 2003 (en Turín).

[5] La nueva moneda común europea redujo también el coste del lavado de dinero. «En los viejos tiempos, la ‘*Ndrangheta* usaba las casas de cambio de divisas para turistas para lavar el dinero sucio obtenido en diversas monedas. Era una operación costosa, a razón de 50 liras por dólar, y también consumía mucho tiempo», explica un oficial de alto rango de la Guardia di Finanza italiana. Cf. Loretta Napoleoni, *Rogue Economics*, Nueva York, Seven Stories Press, 2008, capítulo 3 (trad. cast.: *Economía Canalla: La nueva realidad del capitalismo*, Barcelona, Paidós, 2008).

[6] Gioia Tauro, por ejemplo, es el tercer mayor puerto de Europa y el decimoctavo del mundo. Un número aproximado de tres mil embarcaciones y tres millones de contenedores pasan anualmente por él. El puerto está especializado en el transbordo de mercancías: concretamente, en la transferencia de cargamentos de grandes navíos (de 50.000 toneladas) a barcos más pequeños.

[7] Timothy Kustusch, «AQIM's Funding Sources—Kidnapping, Ransom, and Drug Running by Gangster Jihadists», *361 Security*, 28 de noviembre de 2012, <http://www.361security.com/analysis/aqims-funding-sources-kidnapping-ran som-and-drug-running-by-gangster-jihadists>.

[8] Cf. Richard Luscombe, «Ally of Hugo Chávez Jailed for Links to Colombian Drugs Cartels», *The Guardian*, 6 de noviembre de 2014, <http://www.the guardian.com/world/2014/nov/06/hug-chavez-colombian-drugs-cartels-jude-jail-venezuela>.

[9] Cf. Daniel Ruiz, «Drugs, Destabilisation and UN Policy in Guinea-Bissau», *podcasts* de la Universidad de Oxford, <http://podcasts.ox.ac.uk/drugs-des tabilisation-and-un-policy-guinea-bissau-role-investigative-journalism-oxpeace>.

[10] Kustusch, «AQIM’s Funding Sources».

[11] Cf. Dario Cristiani, «Al-Qaeda in the Islamic Maghreb and the Africa-to-Europe Narco-Trafficking Connection», *Terrorism Monitor*, 8, n.º 43, 24 de noviembre de 2010, <http://www.jamestown.org/single/?no_cache=1&tx_ttnews%5Btt_news%5D=37207.#.Vyiu7yguiIl>.

[12] Cf. Colin Freeman, «Revealed: How Saharan Caravans of Cocaine Help to Fund al-Qaeda in Terrorists' North African Domain», *The Telegraph*, 26 de enero de 2013, <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/africaandindianocean/mali/ 9829099/Revealed-how-Saharan-caravans-of-cocaine-help-to-fund-al-Qaeda-in-terrorists-North-African-domain.html>.

[13] Ibídem, donde también se dice que «los bienes a la venta en la economía argelina, socialista y subvencionada con fondos del petróleo, son considerablemente más baratos que en la paupérrima y remota Mali, lo que da pie al florecimiento de un activo mercado negro de toda clase de productos, desde petróleo hasta sémola. “Todo lo que comen en el norte de Mali viene de Argelia y ha llegado por vía ilegal”, asegura Andy Morgan, un experto en el Sáhara afincado en Gran Bretaña».

[14] El GSPC se formó en 1998 como una facción escindida del Grupo Islámico Armado (GIA) porque se oponía a que la población civil fuese blanco de los ataques. Se convirtió así en uno más de los diversos movimientos fundamentalistas islámicos comprometidos con el objetivo de restablecer e imponer la literalidad del islam original en el norte de África. Lógicamente, pues, su objetivo estratégico era derrocar los gobiernos nacionales e instaurar un Estado islámico.

[15] El Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC), que más tarde devendría en AQMI, secuestró a treinta y dos turistas europeos en el sur de Argelia, cerca de la frontera con Mali. Los turistas fueron liberados previo pago de un rescate de 5,5 millones de euros.

[16] Kustusch, «AQIM’s Funding Sources».

[17] R. Filippelli, «Cradle of Resistance: Algeria's Kabylia Region», *Parallel Narratives*, <http://parallelnarratives.com/cradle-of-resistance-algerias-kabylia-region>.

[18] Cf. Jean-Pierre Filiu, «Could Al-Qaeda Turn African in the Sahel?», *Carnegie Papers, Middle East Program 112*, junio de 2010, <http://carnegieendowment.org/files/al_qaeda_sahel.pdf>.

[19] Cf. Amado Philip de Andrés, «Organised Crime, Drug Trafficking, Terrorism: The New Achilles' Heel of West Africa», *Fride Comment*, mayo de 2008, <http://fride.org/descarga/COM_Achilles_heel_eng_may08.pdf>.

[20] Cf. Rukmini Callimachi, «Paying Ransoms, Europe Bankrolls Qaeda Terror», *New York Times*, 29 de julio de 2014, <http://www.nytimes.com/2014/07/30/world/africa/ransoming-citizens-europe-becomes-al-qaedas-patron.html>.

[21] Aunque ninguna agencia de inteligencia local u occidental ha vinculado todavía a AQMI con la organización del comercio transatlántico de droga, hay considerables indicios de que los yihadistas están obteniendo provecho del mismo a base de cobrar a los traficantes una tasa en concepto de salvoconducto por los territorios que están bajo el control del grupo yihadista, sobre todo, en el norte de Mali. Un grupo de traficantes mauritanos arrestados recientemente por las fuerzas de seguridad de Argelia declararon que un convoy de hachís —otra de las drogas transportadas por esa región— podía pagar hasta 50.000 dólares por atravesar territorio controlado por AQMI. Y aunque esos pagos suponen para la organización unos beneficios muy inferiores a los que se obtienen secuestrando para cobrar rescates, representan una fuente de ingresos más constante, pues el comercio de la droga no deja de crecer en la región. Cf. Kustusch, «AQIM's Funding Sources».

[22] Kustusch, «AQIM’s Funding Sources».

[23] «Saharawi Culture», Organization for Statehood & Freedom, 2010, <http://statehoodandfreedom.org/en/western-sahara/saharawi-culture> (trad. cast.: «La cultura saharaui», <http://statehoodandfreedom.org/es/sahara-occidental/la-cultura-saharaui>).

CAPÍTULO 2

[1] Cf. Henry Samuel, «French Hostages Return Home from Niger after Al-Qaeda Release», *The Telegraph*, 30 de octubre de 2013, <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/france/10414038/French-hostages-return-home-from-Niger-after-Al-Qaeda-release.html>.

[2] Cf. «2015 UNHCR Country Operations Profile—Algeria», UNHCR (ACNUR), <http://www.unhcr.org/pages/49e485e16.html>.

[3] Entrevistas de la autora con un negociador europeo, verano de 2015 (por Skype) y octubre de 2015 (en Dinamarca).

[4] Entrevista de la autora con Liban Holm, de la ONG Danish Refugee Council, octubre de 2015 (en Copenhague).

[5] Jessica Buchanan, Erik Landemalm y Anthony Flacco, *Impossible Odds: The Kidnapping of Jessica Buchanan and Her Dramatic Rescue by SEAL Team Six*, Nueva York, Simon & Schuster, 2013-2014, capítulo 1.

[6] Amanda Lindhout y Sara Corbett, *A House in the Sky*, Nueva York, Simon & Schuster, 2013-2014, pág. 366.

[7] «INTERSOS Humanitarian Organization», página de inicio, <http://www.intersos.org/en>.

[8] El atentado de Nasiriya fue un ataque suicida con explosivos contra el cuartel de la policía militar italiana en esa ciudad iraquí, al sur de Bagdad, el 12 de noviembre de 2003.

[9] Revista *Time*. Disponible en <http://content.time.com/time/magazine/europe/0,9263,901041011,00.html>.

[10] Joe Lopez, «Japanese Government Shaken by Iraq Hostage Crisis», *World Socialist Web Site*, 16 de abril de 2004, <https://www.wsws.org/en/articles/2004/ 04/jap-a16.html>.

CAPÍTULO 3

[1] Bruce Hoffman y Fernando Reinares (eds.), *The Evolution of the Global Terrorist Threat: From 9/11 to Osama bin Laden's Death*, Nueva York y Chichester (West Sussex), Columbia University Press, 2014.

[2] Robert R. Fowler, *A Season in Hell: My 130 Days in the Sahara with Al Qaeda*, Nueva York, HarperCollins, 2011, pág. 264.

[3] Paul Gilbert, *Terrorism, Security and Nationality: An Introductory Study in Applied Political Philosophy*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994.

[4] Al empezar el año 2000, en Mauritania, el PIB anual per cápita era de 1.042 dólares; en Mali, de 657 dólares; y en Níger, de 390. Algunas regiones (el norte de Mali, por ejemplo) ya constituían Estados fallidos.

[5] Vincent Cochetel, «I was held hostage for 317 days. Here's what I thought about…», conferencia TED, marzo de 2015, <https://www.ted.com/talks/vincent_cochetel_i_was_held_hostage_for_317_days_here_s_what_i_thought_about/transcript?language=en>.

[6] Adrian Edwards, «Vous devez trouver en vous les ressources nécessaires pour survivre», UNHCR (ACNUR), 19 de agosto de 2010, <http://www.unhcr.fr/4c6ce2a410.html>.

[7] Jean-Pierre Filiu, «Could Al-Qaeda Turn African in the Sahel?», *Carnegie Papers, Middle East Program*, 112, junio de 2010, <http://carnegieendowment.org/files/al_qaeda_sahel.pdf>.

[8] Fowler, *A Season in Hell*, pág. 294.

[9] Ibídem, pág. 296.

[10] «France “Paid $17 Million” Ransom for Mali Hostages», *France 24*, 8 de febrero de 2013, <http://www.france24.com/en/20130208-france-ransom-mali-hos tages-huddleston>.

[11] Fowler, *A Season in Hell*, pág. 302.

[12] «People Trafficking Is Biggest Crime Business after Drugs», *Irin*, 17 de septiembre de 2004, <http://www.irinnews.org/report/51407/west-africa-people-trafficking-is-biggest-crime-business-after-drugs>.

[13] Ibídem.

[14] Rachel Donadio, «Race Riots Grip Italian Town, and Mafia Is Suspected», *New York Times*, 10 de enero de 2010, <http://www.nytimes.com/2010/01/11/world/europe/11italy.html>.

[15] Entrevista de la autora con M, 2009 (en el *centro sociale* Ex Snia de Roma).

[16] Rukmini Callimachi, «Rise of al-Qaida Sahara Terrorist», Associated Press, 28 de mayo de 2013, <http://www.ap.org/Content/AP-In-The-News/2013/AP-Exclusive-Rise-of-al-Qaida-Sahara-terrorist>.

[17] Rukmini Callimachi, «Algeria Terror Leader Preferred Money to Death», *USA Today*, 20 de enero de 2013, <http://www.usatoday.com/story/news/world/2013/01/20/algeria-terror-leader/1849045>.

[18] Timothy Kustusch, «AQIM's Funding Sources—Kidnapping, Ransom, and Drug Running by Gangster Jihadists», *361 Security*, 28 de noviembre de 2012, <http://www.361security.com/analysis/aqims-funding-sources-kidnapping-ran som-and-drug-running-by-gangster-jihadists>.

[19] Andrea Segre, «Andrea Segre Come un uomo sulla Terra», vídeo de YouTube, 27 de abril de 2013, <https://www.youtube.com/watch?v=icV7wzHwhNQ>.

[20] Ibídem.

[21] Ibídem.

[22] Ibídem.

[23] Libia no solo no era signataria de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Estatuto de los Refugiados, sino que tampoco tenía instaurado sistema alguno para los solicitantes de asilo.

[24] «Italy/Libya: Gaddafi Visit Celebrates Dirty Deal», Human Rights Watch, 9 de junio de 2009, <https://www.hrw.org/news/2009/06/09/italy/libya-gaddafi-visit-celebrates-dirty-deal>.

[25] Segre, «Andrea Segre Come un uomo sulla Terra».

[26] Ibídem.

[27] Ibídem.

CAPÍTULO 4

[1] Judith Tebbutt, entrevistada por Dan Damon, «Hostage in Somalia for 6 Months», BBC World Service Radio, 29 de julio de 2013, <https://soundcloud.com/bbc-world-service/hostage-in-somalia-for-6>.

[2] Judith Tebbutt y Richard T. Kelly, *A Long Walk Home: One Woman's Story of Kidnap, Hostage, Loss—and Survival*, Londres, Faber and Faber, 2013, pág. 328.

[3] *Pirate Trails: Tracking the Illicit Financial Flows from Pirate Activities off the Horn of Africa*, Washington D. C., Banco Mundial, 2013, <http://siteresources.worldbank.org/EXTFINANCIALSECTOR/Resources/Pirate_Trails_World_Bank_UNODC_Interpol_report.pdf>.

[4] El *khat* es un arbusto de hoja perenne que contiene un estimulante emparentado con las anfetaminas y que está clasificado como droga adictiva por la Organización Mundial de la Salud. Cuando se masca, genera un «aumento de excitación situado a medio camino entre el de la cafeína y el de la cocaína». Las hojas se mastican y se dejan reposar en la parte interna de la mejilla, donde se descomponen con la saliva, con lo que, al final, su principio activo termina por llegar al torrente sanguíneo.

[5] De este incidente se da cuenta en Karsten Hermansen y Søren Lyngbjørn, *Sørens Somalia: Søren Lyngbjørns beretning om 839 dage som gidsel i Somalia*, Marstal (Dinamarca), Marstal Søfartsmuseum, 2014, págs. 126-127.

[6] Mark Bowden, *Black Hawk Down: A Story of Modern War*, Nueva York, Grove Press, 2010 [1999] (trad. cast.: *Black Hawk derribado: La batalla de Mogadiscio*, Barcelona, RBA, 2002).

[7] Brian Stewart, «Tales of a Nation of Poets», *CBC Prime Time News*, agosto de 1992, <https://www.youtube.com/watch?v=aR2eivEqHZg>.

[8] Joana Ama Osei-Tutu, «The Root Causes of the Somali Piracy», Kofi Annan International Peacekeeping Training Center (KAIPTC), Occasional Paper n.º 31, marzo de 2011, <http://www.kaiptc.org/Publications/Occasional-Papers/Documents/Occasional-Paper-31-Joana.aspx>.

[9] El Decreto Ley n.º 8 de 15 de enero de 1991, convertido en Ley n.º 82 de 15 de marzo de 1991, autoriza la congelación de activos que estuvieran a disposición de terroristas detenidos o de sus familias.

[10] Entrevista de la autora con Giacomo Madia, octubre de 2015 (en Milán).

[11] *Pirate Trails*, Banco Mundial.

[12] Ibídem.

[13] Tebbutt y Kelly, *A Long Walk Home*, pág. 329.

[14] *Pirate Trails*, Banco Mundial.

[15] Vincent Cochetel, «I was held hostage for 317 Days. Here's what I thought about…», conferencia TED, marzo de 2015, <https://www.ted.com/talks/vincent_cochetel_i_was_held_hostage_for_317_days_here_s_what_i_thought_about/transcript?language=en>.

[16] Ibídem.

[17] Scott Pelley, «The Rescue of Jessica Buchanan», *CBS News*, 12 de mayo de 2013, <http://www.cbsnews.com/news/the-rescue-of-jessica-buchanan/>.

[18] Tebbutt y Kelly, *A Long Walk Home*, pág. 302.

[19] «More Sophisticated than You Thought», *The Economist*, 2 de noviembre de 2013, <http://www.economist.com/news/middle-east-and-africa/21588942-newstudy-reveals-how-somali-piracy-financed-more-sophisticated-you>.

[20] Al Shabab, que significa «La Juventud» en árabe, surgió como el ala juvenil radical de la ya difunta Unión de Tribunales Islámicos, que controlaba Mogadiscio en 2006 antes de ser expulsada de la capital somalí por las fuerzas etíopes.

CAPÍTULO 5

[1] Robert Young Pelton y «MJ», «Mystery of Missing MV Leopard Crew Member», *Somalia Report*, 7 de agosto de 2011, <http://www.somaliareport.com/index.php/post/1315/Mystery_of_Missing_MV_Leopard_Crew_Member>.

[2] Disponible en <http://www.manw.nato.int/pdf/Press%20Releases%202011/Press%20releases%20Jan-June%202011/SNMG2/NATOWarshipGAZIANTEPAssists%20MVLeopard12Jan11%20(2).pdf>.

[3] Karsten Hermansen y Søren Lyngbjørn, *Sørens Somalia: Søren Lyngbjørns beretning om 839 dage som gidsel i Somalia*, Marstal (Dinamarca), Marstal Søfartsmuseum, 2014.

[4] Entrevista de la autora con Karsten Hermansen, octubre de 2015 (por Skype).

[5] *Pirate Trails: Tracking the Illicit Financial Flows from Pirate Activities off the Horn of Africa*, Washington D. C., Banco Mundial, 2013, <http://siteresources.worldbank.org/EXTFINANCIALSECTOR/Resources/Pirate_Trails_World_Bank_UNODC_Interpol_report.pdf>.

[6] Ibídem.

[7] Asimismo, López interpuso una demanda judicial contra los medios por la explotación que estos habían hecho de su condición de rehén.

[8] Entrevista de la autora con Karsten Hermansen, octubre de 2015 (por Skype).

[9] Mohamed Ahmed, «Somali Sea Gangs Lure Investors at Pirate Lair», *Reuters*, 1 de diciembre de 2009, <http://www.reuters.com/article/us-somalia-piracy-investors-idUSTRE5B01Z920091201>.

[10] Entrevista de la autora con Karsten Hermansen, octubre de 2015 (por Skype).

[11] *Pirate Trails*, Banco Mundial.

[12] Ibídem.

[13] Ibídem.

[14] *Desperate Choices: Conditions, Risks & Protection Failures Affecting Ethiopian Migrants in Yemen*, Nairobi (Kenia), Danish Refugee Council y Regional Mixed Migration Secretariat, octubre de 2012, pág. 23, <http://www.refworld.org/pdfid/52401aba4.pdf>.

[15] Ibídem.

[16] Ibídem.

[17] Ibídem.

[18] Ibídem.

[19] Marianne Riddervold, «Who Needs NATO to Fight Pirates? Why Europe Launched EU Counter-Piracy Mission Atalanta», *Piracy Studies*, 13 de octubre de 2014, <http://piracy-studies.org/who-needs-nato-to-fight-pirates-why-europe-laun ched-eu-counter-piracy-mission-atalanta/>.

[20] Colin Freeman, «Why Fighting Piracy Won’t Work as a Model for Fighting People Traffickers», *The Telegraph*, 23 de abril de 2015, <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/africaandindianocean/libya/11557301/Why-fighting-piracy-wont-work-as-a-model-for-fighting-people-traffickers.html>.

CAPÍTULO 6

[1] Entrevista de la autora con Mohamed, octubre de 2015 (en Milán).

[2] Entrevista de la autora con un negociador, noviembre de 2015 (en Dinamarca).

[3] Entrevista de la autora con un negociador, noviembre de 2015 (en Suecia).

[4] Entrevistas de la autora con Joakim Medin, septiembre de 2015 (en Gotemburgo) y noviembre de 2015 (por Skype).

[5] En 2014, Piccinin entrevistó a uno de sus secuestradores y el yihadista describió así la relación entre su *katiba* y la Brigada Faruk:
Piccinin: Para empezar, hay una cosa que me gustaría dejar muy clara. Cuando yo era vuestro prisionero, ni tú ni tus amigos ocultasteis el hecho de que estabais trabajando para las brigadas de Al Faruk.
Yihadista: ¡Sí! ¡Sí! Es verdad...
Piccinin: Te hago esta pregunta porque, a mi regreso a Bélgica, he denunciado a Al Faruk, pero ellos han refutado mis alegaciones diciendo que no os conocían y que nunca supieron nada de la *katiba* [de] Abu Omar.
Yihadista: No sé por qué te dijeron eso, porque nuestro grupo formaba parte de las brigadas de Al Faruk. Nuestra *katiba* trabajaba para las brigadas de Al Faruk en Al Quseir, y nuestro líder, Abu Omar, recibía órdenes de Al Faruk.
FUENTE: Pierre Piccinin da Prata, «Interview with the Jihadist Who Held Me Hostage for Five Months...», *The Maghreb and Orient Courier*, junio de 2014, <http://lecourrierdumaghrebetdelorient.info/exclusive/syria-interview-with-the-jihadist-who-held-me-hostage-for-five-months/>.

[6] Richard Engel, «The Hostage», *Vanity Fair*, 20 de marzo de 2013, <http://www.vanityfair.com/news/politics/2013/04/richard-engel-kidnapping-syria>.

[7] Richard Engel, «New Details on 2012 Kidnapping of NBC News Team in Syria», *NBC News*, 15 de abril de 2015, <http://www.nbcnews.com/news/world/new-details-2012-kidnapping-nbc-news-team-syria-n342356>.

[8] Ibídem.

[9] Ibídem.

[10] Domenico Quirico, «My 150-Day Ordeal as a Hostage of Syria's Rebels», *The Guardian*, 14 de septiembre de 2013, <http://www.theguardian.com/world/ 2013/sep/15/domenico-quirico-my-hostage-ordeal>.

[11] Ibídem.

[12] Entrevista de la autora con Marc Marginedas, diciembre de 2015 (por Skype).

[13] Javier Espinosa, «La libertad, al otro lado de la valla», *El Mundo*, 18 de marzo de 2015, <http://www.elmundo.es/internacional/2015/03/18/5508695222601d5f078b4570.html>.

[14] Davide Giacalone, «Monica Maggioni da Assad: non transformiamo il leader siriano in un gentlemen», *Libero Quotidiano*, 20 de noviembre de 2015, <http://www.liberoquotidiano.it/news/sfoglio/11850858/Monica-Maggioni-da-Assad-non.html>.

[15] Piccinin da Prata, «Interview with the Jihadist».

[16] Ibídem.

[17] Entrevista de la autora con Luis Munar, agosto de 2015 (por Skype).

[18] Piccinin da Prata, «Interview with the Jihadist».

[19] Harald Doornbos y Jenan Moussa, «The Italian Job», *Foreign Policy*, 15 de enero de 2014, <http://foreignpolicy.com/2014/01/15/the-italian-job>.

[20] Omar al Muqdad, «Inside the Islamic State Kidnap Machine», *BBC News*, 22 de septiembre de 2015, <http://www.bbc.co.uk/news/magazine-34312450>.

[21] Ibídem.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 8

[1] Robert R. Fowler, *A Season in Hell: My 130 Days in the Sahara with Al Qaeda*, Nueva York, HarperCollins, 2011, pág. 303.

[2] Página de inicio de la Real Policía Montada de Canadá, <http://www.rcmp-grc.gc.ca/en/home>.

[3] «Algeria: Ban ki-Moon chiede liberazione cooperante italiana e suoi colleghi», *Adnkronos*, 3 de noviembre de 2011, <http://www1.adnkronos.com/IGN/News/Esteri/Algeria-Ban-ki-Moon-chiede-liberazione-cooperante-italiana-e-suoi-colleghi_312608742782.html>.

[4] «Fonti arabe: “Rossella Urru è viva”», *Mediaset TgCom2*, 16 de junio de 2012, <http://www.tgcom24.mediaset.it/mondo/articoli/1049574/fonti-arabe-rossellaurru-e-viva.shtml>.

[5] Página de inicio de Rosario Fiorello, <http://www.rosariofiorello.it>.

[6] Deborah Dirani, «Rossella Urru, un sequestro che ha commosso gli italiani», *Il Sole 24 ore*, 3 de marzo de 2012, <http://www.ilsole24ore.com/art/notizie/ 2012-03-03/stampa-senegalese-rossella-urru-123227.shtml?uuid=AaVgMS1E>.

[7] Adam Entous y Giada Zampano, «U.S. Says Militants Demanded Ransom for Hostage Bodies in Pakistan», *Wall Street Journal*, 20 de agosto de 2015, <http:// www.wsj.com/articles/u-s-says-militants-demanded-ransom-for-hostage-bodiesin-pakistan-144011245>.

[8] Ibídem.

[9] Ibídem.

[10] «Giuramento e discorso di insediamento del Presidente Mattarella, I parte», vídeo de YouTube, 3 de febrero de 2015, <https://www.youtube.com/watch?v=4EXFjpOfMuA>:«Deseo dirigir un saludo —dijo el nuevo jefe del Estado— a los civiles dedicados en zonas de especial riesgo a la valiosa tarea de la cooperación y la ayuda al desarrollo. De tres italianos, el padre Paolo Dall'Oglio, Giovanni Lo Porto e Ignazio Scaravilli, no tenemos aún noticias desde aquellas castigadas tierras donde no es nada fácil trabajar. A ellos y a sus familias vayan la solidaridad y la cercanía de todo el pueblo italiano, junto con el deseo de que regresen pronto a sus hogares».

[11] Entrevistas de la autora con Margherita Romanelli, agosto de 2015 (por Skype) y octubre de 2015 (en Bolonia).

[12] Entrevista de la autora con Francesca Borri, abril de 2016 (por Skype).

[13] «E’ arrivata in Italia la salma di Lo Porto. Molti punti oscuri da chiarire», *Libero.it*, agosto de 2015, <http://247.libero.it/lfocus/23816243/1/e-arrivata-in-italiala-salma-di-lo-porto-molti-punti-oscuri-da-chiarire>.

[14] Al Jazeera Investigative Unit, *The Hostage Business*, octubre de 2015, <http://www.aljazeera.com/investigations/hostagebusiness.html>.

[15] Ibídem.

[16] Ewen MacAskill, Seumas Milne y Clayton Swisher, «Italian Intelligence Lied about Hostage Rescue to Hide Ransom Payment», *The Guardian*, 8 de octubre de 2015, <http://www.theguardian.com/world/2015/oct/08/italian-intelligence-lied-hostage-rescue-bruno-pelizzari-debbie-calitz>.

[17] Al Jazeera Investigative Unit, *The Hostage Business*.

[18] Amanda Lindhout y Sara Corbett, *A House in the Sky*, Nueva York, Simon & Schuster, 2013-2014, pág. 354.

CAPÍTULO 9

[1] Entrevista de la autora con Samir Aita, julio de 2015 (por Skype).

[2] Entrevista de la autora con Francesca Borri, julio de 2015 (por Skype).

[3] Entrevista de la autora con un senador italiano, junio de 2015 (por Whatsapp).

[4] Entrevista de la autora con Michaël Lescroart, agosto de 2015 (por Skype).

[5] Joanie de Rijke, *In the Hands of Taliban*, Pune (Maharashtra, India), Mehta Publishing House, 2011, pág. 29.

[6] Entrevista de la autora con Michaël Lescroart, agosto de 2015 (por Skype).

[7] Entrevista de la autora con Joanie de Rijke, agosto de 2015 (por Skype).

[8] Entrevista de la autora con un negociador europeo, octubre de 2015 (por Skype).

[9] Entrevista de la autora con un negociador, octubre de 2015 (por Skype).

[10] Entrevista de la autora con un cooperante europeo, noviembre de 2015 (por Skype).

[11] Rebekah L. Sanders y Richard Ruelas, «Final Months of Freedom: Mueller's Time before Her Capture Detailed», *AZ Central*, 14 de febrero de 2015, <http://www.azcentral.com/story/news/arizona/ 2015/02/14/muellers-final-months-detailed/23402231>.

[12] Ibídem.

[13] Entrevista de la autora con Francesca Borri, agosto de 2015 (por Skype).

[14] Entrevista de la autora con un negociador de liberación de rehenes, octubre de 2015 (por Skype).

[15] Entrevista de la autora con Francesca Borri, agosto de 2015 (por Skype).

[16] Abul Taher, «Heartbroken Lover of ISIS Hostage Kayla Mueller Breaks Silence to Reveal His Desperate Bid to Save Her by Pretending They Were Married...», *Daily Mail*, 14 de febrero de 2015, <http://www.dailymail.co.uk/news/article-2953880/Kayla-Mueller-s-lover-reveals-went-Syria-save-her.html>.

CAPÍTULO 10

[1] Entrevista de la autora con un negociador de liberación de rehenes, diciembre de 2015 (por Skype).

[2] Entrevista de la autora con Carsten Jensen, agosto de 2015 (por Skype).

[3] Entrevista de la autora con Omar al Muqdad, enero de 2015 (por Skype).

[4] Entrevista de la autora con un negociador sirio, febrero de 2015 (por Skype).

[5] Entrevista de la autora con Marc Marginedas, antiguo rehén europeo del ISIS, diciembre de 2015 (por Skype).

[6] Entrevista de la autora con un negociador de liberaciones de rehenes, diciembre de 2015 (por Skype).

[7] Entrevista de la autora con Carsten Jensen, agosto de 2015 (por Skype).

[8] Entrevista de la autora con un negociador de liberación de rehenes, noviembre de 2015 (por Skype).

[9] Entrevista de la autora con un negociador de liberación de rehenes, junio de 2015 (por Skype).

[10] Entrevista de la autora con Francesca Borri, abril de 2016 (por Skype).

[11] Entrevista de la autora con Joanie de Rijke, agosto de 2015 (por Skype).

[12] Entrevista de la autora con un psicólogo europeo, enero de 2016 (en Bruselas).

[13] Entrevista de la autora con un psicólogo europeo, enero de 2016 (en Bruselas).

[14] Entrevista de la autora con Joanie de Rijke, agosto de 2015 (por Skype).

[15] Entrevista de la autora con Joanie de Rijke, agosto de 2015 (por Skype).

[16] «La familia de Absi es de Alepo, pero él nació en Arabia Saudí, probablemente en 1979. Su hermano mayor, un dentista llamado Firas, se adiestró con Al Qaeda en Afganistán. Se cree que Amr y Firas se unieron a Al Qaeda en Irak, organización que pasó luego a ser el Estado Islámico de Irak y Siria (ISIS). El objetivo de ese grupo era instaurar un califato islámico que se extendiera por Oriente Próximo y Medio y más allá incluso. En 2007, Amr al Absi fue detenido en Siria y recluido en el ala de la prisión de Sednaya reservada a los condenados por pertenencia a Al Qaeda junto a cientos de otros extremistas. Cuatro años más tarde, en junio de 2011, el régimen de Asad los puso en libertad. Aquel fue un punto de inflexión en la guerra siria. Asad había asegurado ya con anterioridad que la oposición estaba llena de terroristas, una afirmación que aquella misteriosa amnistía contribuyó a confirmar. Pareció una jugada calculada con la intención de envenenar la entonces incipiente revolución siria.
»Absi asumió el liderazgo de una brigada yihadista en una zona cercana a la ciudad siria de Homs. Su hermano Firas había fundado poco antes un grupo denominado Consejo de la Shura del Estado Islámico, el cual adquirió fama y notoriedad tras izar la bandera de Al Qaeda en las puertas de la frontera próxima a Bab al Hawa, un importante punto de paso entre Turquía y Siria, en julio de 2012. Aquella fue la primera vez que se hizo alusión a un Estado islámico como objetivo en la guerra civil siria.» Ben Taub, «Journey to Jihad», *New Yorker*, 1 de junio de 2015, <http://www.newyorker.com/magazine/2015/06/01/journey-to-jihad>.

[17] Radwan Mortada, «Al-Qaeda Leaks II: Baghdadi Loses His Shadow», *Al-Akhbar*, 14 de enero de 2014, <http://english.al-akhbar.com/node/18219>.

[18] Entrevista de la autora con Joanie de Rijke, agosto de 2015 (por Skype).

[19] Entrevista de la autora con un negociador de liberaciones de rehenes, agosto de 2015 (por Skype).

[20] Ben Taub, «Journey to Jihad». *New Yorker*, 1 de junio de 2015, <http://www.newyorker.com/magazine/2015/06/01/journey-to-jihad>.

[21] Entrevista de la autora con un negociador europeo, agosto de 2015 (por Skype).

[22] Marine Olivesi, «American Took Up Arms with Libya's Rebels», NPR, 24 de octubre de 2011, <http://www.npr.org/2011/10/24/141646227/u-s-aid-worker- took-up-arms-with-libyas-rebels>.

[23] Eliot Higgins, «Interview with Kevin Dawes on His Time in Libya», *Bellingcat*, 8 de abril de 2016, <https://www.bellingcat.com/news/mena/2016/04/08/interview-with-kevin-dawes-on-his-time-in-libya/>.

[24] Kevin Patrick Dawes, «Aerial Battlefield Photojournalism», campaña en Kickstarter del 30 de marzo al 14 de mayo de 2012, <https://www.kickstarter.com/projects/177238975/aerial-battlefield-photojournalism>.

[25] Bobby Pollier, «Kevin Patrick Dawes: 5 Fast Facts You Need to Know», *Heavy*, 8 de abril de 2016, <http://heavy.com/news/2016/04/kevin-patrick-dawes-american-prisoner-released-from-syria-freelance-photographer-twitter-bashar-al-assad-regime-age/>.

CAPÍTULO 11

[1] «President Obama Speaks on the Recovery of Sgt. Bowe Bergdahl», página oficial de La Casa Blanca, 31 de mayo de 2014, <https://www.whitehouse.gov/photos-and-video/video/2014/05/31/president-obama-speaks-recovery-sgt-bowe-bergdahl#transcript>.

[2] Los talibanes detenidos en Guantánamo (el grupo de los conocidos como «Los Cinco») que fueron transferidos a Doha para ser puestos bajo la custodia de las autoridades cataríes fueron Mohamad Fasl, Jairulá Jairjua, Abdul Haq Wasiq, Norulá Nuri y Mohamad Nabi Omari. Se trataba del jefe del estado mayor del ejército, un viceministro de inteligencia, un antiguo ministro de Interior y otras dos figuras de alto nivel en la jerarquía talibana.

[3] Sarah Koenig *et al.*, «DUSTWUN», *Serial*, temporada 2, episodio 1, diciembre de 2015, <https://serialpodcast.org/season-two/1/dustwun>.

[4] Ibídem.

[5] Ibídem.

[6] Ibídem.

[7] Ibídem.

[8] Lawrence Wright, «Five Hostages», *The New Yorker*, 6 y 13 de julio de 2015, <http://www.newyorker.com/magazine/2015/07/06/five-hostages>.

[9] Entrevista de la autora con Omar al Muqdad, enero de 2015 (por Skype).

[10] Brian Oakes (director), *Jim: The James Foley Story*, vídeo promocional, HBO, enero de 2016, <http://www.hbo.com/documentaries/jim-the-james-foley-story/index.html>.

[11] Amanda Lindhout y Sara Corbett, *A House in the Sky*, Nueva York, Simon & Schuster, 2013-2014, pág. 100.

[12] Al Jazeera Investigative Unit, *The Hostage Business*, octubre de 2015, <http://www.aljazeera.com/investigations/hostagebusiness.html>.

[13] Daniele Raineri, «Greta e Vanessa raccontate da vicino», *Il Foglio*, 17 de enero de 2015, <http://www.ilfoglio.it/articoli/2015/01/17/greta-e-vanessa-rac contate-da-vicino___1-v-124688-rubriche_c392.htm>.

[14] Fiorenza Sarzanini, «Greta e Vanessa, il racconto ai pm “Ci hanno detto: rapite per soldi”», *Corriere della Sera*, 17 de enero de 2015, <http://www.corriere.it/esteri/15_gennaio_17/greta-vanessa-racconto-pm-ci-hanno-detto-rapite-soldi-4e39106a-9e15-11e4-a48d-993a7d0f9d0e.shtml>.

[15] Al Jazeera Investigative Unit, «Italy Paying Ransoms in Syria and Somalia», Al Jazeera, 9 de octubre de 2015, <http://www.aljazeera.com/news/2015/10/exclusive-italy-paying-ransoms-syria-somalia-151007093239241.html>.

[16] «Ai Servizi segreti è sparito un milione», *Il Tempo*, 5 de febrero de 2016, <http://www.iltempo.it/esteri/2016/02/05/ai-servizi-segreti-e-sparito-un-milione1.1505798>.

[17] Todas las organizaciones reconocidas como ONG por el Ministerio de Asuntos Exteriores conforme a la Ley 49/87 quedaron bajo la jurisdicción de dicho ministerio.

En la práctica, sin embargo, muchas organizaciones de carácter no gubernamental no estaban reconocidas por la Ley 49/87, aun cuando realizaran labores muy similares a las de las ONG. De hecho, cada vez fueron menos las organizaciones interesadas siquiera en recibir fondos del Ministerio de Exteriores italiano, pues, de ese modo, no se les exigía la «idoneidad» para tal fin prevista en la mencionada Ley 49/87. ActionAid, por ejemplo, era sin duda una ONG en el sentido amplio del término, pero no pasó a estar reconocida con arreglo a la 49/87 hasta el año 2003. Y lo mismo sucedió con otras muchas instituciones de ese tipo, incluidas algunas muy importantes hoy en día, como Save the Children, AMREF, etcétera.

Lo que ocurrió en 1997 fue algo distinto. La Ley 460/97, que es de índole fiscal, se aprobó con el fin de instaurar una nueva categoría de organizaciones: las ONLUS (*Organizzazioni Non Lucrative di Utilità Sociale*). De ese modo, durante un tiempo, una organización podía ser o no ser una ONLUS (desde la perspectiva fiscal) y ser o no ser una «ONG» (desde la perspectiva de la Ley 49/87). Todas las ONG reconocidas como tales en virtud de la 49/87 quedaron automáticamente reconocidas como ONLUS a partir de 2003 y hasta el 31 de diciembre de 2014, momento a partir del que entró en vigor una nueva legislación sobre la cooperación al desarrollo (la Ley 125/2014) que solo preveía la permanencia de unas doscientas y pico «ONG» como una categoría «residual» que todavía se define en función de las ventajas de las que tales organizaciones pueden gozar y de sus modos de funcionamiento previstos (también a nivel fiscal y comercial).

[18] «Greta e Vanessa, il prezzo della libertà», episodio de *Otto e Mezzo*, 16 de enero de 2015, <https://www.youtube.com/watch? v=IL9E13mX3B4>.

[19] Sarah Koenig *et al.*, «Listening Guide», *Serial*, temporada 2, abril de 2016, <https://serialpodcast.org/season-two/listening-guide>.

[20] Mark Mazzetti, «How a Single Spy Helped Turn Pakistan Against the United States», *New York Times*, 9 de abril de 2013, <http://www.nytimes.com/2013/ 04/14/magazine/raymond-davis-pakistan.html>.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 12

[1] «Durante los primeros meses de la ocupación encabezada por Estados Unidos, las autoridades proscribieron el Partido Baaz y depuraron a todos los baazistas de alto nivel del gobierno y de las fuerzas de seguridad. Pero las propias autoridades estadounidenses comenzaron a variar su estrategia en abril de 2004 y, con el fin de fortalecer el cuerpo de oficiales, permitieron que algunos antiguos altos cargos baazistas se reintegraran en las fuerzas de seguridad. El entonces primer ministro interino Ayad Allawi continuó con esa política». Sharon Otterman, «IRAQ: Debaathification», Council on Foreign Relations, 7 de abril de 2005, <http://www.cfr.org/iraq/iraq-debaathification/p7853>.

[2] Metraje no publicado del documental de Omar al Muqdad, *We Left Them Behind*.

[3] Ibídem.

[4] Entrevista de la autora con Omar al Muqdad, enero de 2016 (por Skype).

[5] Theo Padnos, «My Captivity», *New York Times*, 29 de octubre de 2014, <http://www.nytimes.com/2014/10/28/magazine/theo-padnos-american-journa list-on-being-kidnapped-tortured-and-released-in-syria.html>.

[6] Lawrence Wright, «Five Hostages», *The New Yorker*, 6 y 13 de julio de 2015, <http://www.newyorker.com/magazine/2015/07/06/five-hostages>.

[7] Sarah A. Topol, «Rookie Freelancers Risking Their Lives to Cover the Arab Spring», *Newsweek*, 8 de octubre de 2012, <http://europe.newsweek.com/rookie-freelancers-risking-their-lives-cover-arab-spring-65383>.

[8] Colin Freeman, «The Video that Shows the Real John Cantlie», *The Telegraph*, 26 de septiembre de 2014, <http://web.archive.org/web/20140929041743/http://blogs.telegraph.co.uk/news/colinfreeman/100287672/the-video-that-shows-the-real-john-cantlie>.

[9] John Cantlie, «Syria Eyewitness Dispatch: “I Watched as Assad’s Tanks Rolled in to Destroy a Rebel Town», *The Telegraph*, 31 de marzo de 2012, <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/middleeast/syria/9177910/Syria-eyewitness-dispatch-I-watched-as-Assads-tanks-rolled-in-to-destroy-a-rebel-town.html>.

[10] Amanda Lindhout y Sara Corbett, *A House in the Sky*, Nueva York, Simon & Schuster, 2013-2014, pág. 81.

[11] Topol, «Rookie Freelancers Risking Their Lives».

[12] Entrevista de la autora con Francesca Borri, septiembre de 2015 (por Skype).

[13] Harakat Ahrar al Sham al Islamiyya es una coalición de múltiples grupos islamistas y salafistas que se formó para luchar contra el gobierno de Bashar al Asad.

[14] Entrevista de la autora con Francesca Borri, abril de 2016 (por Skype).

[15] Lindhout y Corbett, *A House in the Sky*, pág. 93.

[16] «(07-09-12) Bab Al-Hawa, Sarmada | Idlib | FSA Frees Syria / Turkey Border from Regime Forces», vídeo de *Ugarit News*, 19 de julio de 2012, <https://www.youtube.com/watch?v=W13i_Nbj3q8>(en árabe).

[17] Ibídem.

[18] Metraje no publicado del documental de Omar al Muqdad, *We Left Them Behind*.

[19] Entrevista de la autora con Marc Marginedas, diciembre de 2015 (por Skype).

CAPÍTULO 13

[1] Marc Marginedas, «Los que no pueden contarlo», *El Periódico*, 19 de marzo de 2015, <http://www.elperiodico.com/es/noticias/internacional/homenaje-los-rehenes-que-fueron-ejecutados-por-estado-islamico-4029456>.

[2] «Journalist Marc Marginedas Back in Barcelona after 6 Months of Captivity in Syria», Agència Catalana de Notícies, 3 de marzo de 2014, <http://www.cata lannewsagency.com/society-science/item/journalist-marc-marginedas-back-in-barcelona-after-6-months-of-captivity-in-syria>.

[3] Martin Chulov, «Spanish Journalists Freed in Syria after Six-Month Ordeal», *The Guardian*, 30 de marzo de 2014, <http://www.theguardian.com/world/ 2014/mar/30/spanish-journalists-javier-espinosa-ricardo-vilanova-garcia-freed-syria>.

[4] «Syria: ACTED Humanitarian Worker Released in Syria», ACTED, 27 de mayo de 2014, <http://www.acted.org/en/27-may-2014-syria-acted-humanitarian-worker-released-syria>.

[5] Amy Goodman *et al.*, «Airstrikes against Syria Are a Trap, Warns Former ISIS Hostage Nicolas Hénin», *Democracy Now!*, 7 de diciembre de 2015, <http://www.democracynow.org/2015/12/7/airstrikes_against_syria_are_a_trap>.

[6] Ibídem.

CAPÍTULO 14

[1] Véase el Glosario.

CAPÍTULO 15

[1] «Europol Launches the European Migrant Smuggling Centre», Europol, 22 de febrero de 2016, <https://www.europol.europa.eu/content/EMSC_launch>.

[2] «La Europol ha puesto hoy en marcha el Centro Europeo contra el Tráfico de Migrantes (EMSC). El objetivo del centro es apoyar de forma proactiva a los Estados miembros de la UE en el desmantelamiento de las redes criminales implicadas en el tráfico organizado de migrantes. El centro pondrá especial atención en los puntos geográficos conflictivos desde el punto de vista de ese tipo de delincuencia y dotará a toda la Unión Europea de una mayor capacidad para luchar contra las redes de tráfico de personas. [...] Rob Wainwright, director de Europol, ha declarado al respecto que "[...] el Centro Europeo contra el Tráfico de Migrantes será la plataforma que se necesita para que los Estados miembros puedan mejorar su intercambio de información y su coordinación operativa en la lucha contra el tráfico organizado de migrantes".» Ibídem.

[3] Adrian Goldberg, «Terror Finance & Emissions», *BBC Radio 5 Live*, 15 de mayo de 2015, <http://www.bbc.co.uk/programmes/b05vck3r>.

[4] Ibídem.

[5] Joe Parkinson, Georgi Kantchev y Ellen Emmerentze Jervell, «Inside Europe's Migrant-Smuggling Rings», *The Wall Street Journal*, 28 de octubre de 2015), <http://www.wsj.com/articles/inside-europes-migrant-smuggling-rings- 1446079791>.

[6] Bill Donahue, «Meet the Two Brothers Making Millions Off the Refugee Crisis in Scandinavia», *Bloomberg Businessweek*, 6 de enero de 2016, <http://www.bloomberg.com/features/2016-norway-refugee-crisis-profiteers/>.

[7] Ricardo García (ed.), *The Future of Europe*, Basilea (Suiza), UBS AG y UBS Switzerland AG, 13 de enero de 2016, <https://www.fundresearch.de/sites/default/files/partnercenter/UBS/News/news_2016/European%20economy_en_1217027.pdf>.

[8] Duncan Robinson, «Women and Children Refugee Numbers Crossing into Europe Surge», *Financial Times*, 20 de enero de 2016, <http://www.ft.com/intl/cms/s/0/dff3b5ea-bf99-11e5-9fdb-87b8d15baec2.html>.

[9] Shekhar Aiyar *et al.*, *The Refugee Surge in Europe: Economic Challenges*, Washington D. C., Fondo Monetario Internacional, enero de 2016, <https://www.imf.org/external/pubs/ft/sdn/2016/sdn1602.pdf>.

Traficantes de personas
Loretta Napoleoni

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Merchants of Men*
Publicado originalmente en inglés por Seven Stories Press

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta, Thanassis Stavrakis – AP Photo – Gtres

© Loretta Napoleoni, 2016

© de la traducción, Albino Santos Mosquera, 2016

© de todas las ediciones en castellano
Espasa Libros, S. L. U., 2016
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2016

ISBN: 978-84-493-3265-4 (e-pub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

This file was downloaded from Z-Library project

zlibrary

Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.

www

z-library.sk z-lib.gs z-lib.fm go-to-library.sk

Official Telegram channel

Z-Access

W

https://wikipedia.org/wiki/Z-Library